

HISTORIA DE LAS INDIAS DE NUEVA ESPAÑA ISLAS DE LA TIERRA FIRME

NOTAS DE INTRODUCCIÓN

Entre los escritores españoles del siglo XVI que dieron su atención a las cosas mexicanas es difícil hallar alguno tan importante como el dominico fray Diego Durán. Es una categoría aparte del gran Sahagún. Si éste se entrega en cuerpo y alma a la indagación de las cosas de la Nueva España durante largos sesenta años y nos deja la Enciclopedia más completa que de ellas se conoce en la historia, Durán, que casi es mexicano, si no por nacimiento, sí por asimilación, nos da en una obra, que parece pequeña y es grandiosa, una suma de temas de penetración de la cultura antigua, en su faz náhuatl, de modo especial. Razón había para ello. El, aunque no nació en Tezcoco, allí mudó de dientes, según su bella frase, ya mexicana en todo.

Vive y convive con los indios, sin dejar de ser español por raza y formación familiar. Y de ambos veneros deduce su modo de ser y pensar. Es español y siente la cultura de Occidente, tan matizada de semitismo en España; pero es indio en el alma, si no en la sangre, con el contacto largo y hondo con los vencidos de Tezcoco. En esta circunstancia está la gran valía de Durán y sus escritos.

En esta introducción intento solamente dar los temas fundamentales que ayuden al lector a leer su obra con provecho. En algunas partes soy deficiente por lagunas de información; en otras, soy deficiente por mi propia voluntad. Daré ahora para ayudar al lector de esta edición una serie de notas sobre su vida y sobre su obra, en general, y la consideración propia de cada una irá al principio de la edición de cada uno de los tres escritos suyos.

SECCIÓN PRIMERA
DE LOS DIOSES Y SUS FIESTAS
CAPITULO PRIMERO

DE QUIÉN SE SOSPECHA QUE FUE UN GRAN VARÓN QUE HUBO EN ESTA TIERRA, LLAMADO TOPILTZIN Y, POR OTRO NOMBRE, PAPA, A QUIEN LOS MEXICANOS LLAMARON HUEYMAC. RESIDIÓ EN TULA

1. Antes que empecemos a tratar de los dioses en particular, de los ritos y ceremonias, que se les hacían, quiero tratar de un gran varón que aportó a esta tierra, de su vida religiosa, del culto que enseñaba, de donde los mexicanos, teniendo noticia de él, se incitaron a componer ceremonias y cultos, a adorar ídolos, edificar altares y templos, y a ofrecer sacrificios.

2. Este Topiltzin, que por otro nombre llamaron estos indios Papa, fue una persona muy venerable y religiosa, a quien ellos tuvieron en gran veneración y le honraban y veneraban como a persona santa.

3. La noticia que de él se tiene es grande: el cual vi pintado a la manera que arriba aparece, en un papel bien viejo y antiguo, en la ciudad de México, con una venerable presencia. Demostraba ser hombre de edad, la barba, larga, entrecana y roja; la nariz, algo larga, con algunas ronchas en ella, o algo comida; alto de cuerpo; el cabello, largo; muy llano, sentado con mucha mesura.

4. Estaba siempre recogido en una celda, orando, el cual pocas veces se dejaba ver; era hombre muy abstinente y ayunador; vivía castamente y muy penitenciero; tenía por ejercicio el edificar altares y oratorios por todos los barrios y poner imágenes en las paredes, sobre los altares e hincarse de rodillas ante ellas y reverenciarlas y besar la tierra, algunas veces con la boca, otras veces con la mano; el ejercicio del cual era continua oración; dormía siempre en la peaña del altar que edificaba en el suelo. Llegaba a sí discípulos y los enseñaba a orar y a predicar, a los cuales discípulos llamaban "tolteca", que quiere decir "oficiales o sabios en algún arte".

5. Las hazañas y maravillas de Topiltzin y sus hechos heroicos son tan celebrados entre los indios y tan mentados y casi con apariencias de milagros, que no sé qué me atreva a afirmar ni escribir de ellos, sino que en todo me sujeto a la corrección de la santa iglesia católica. Porque aunque me quiera atar al sagrado evangelio que dice por San Marcos que mandó Dios a sus sagrados apóstoles que fuesen por el mundo y predicasen el evangelio a toda creatura, prometiendo a los que creyesen y fuesen bautizados la vida eterna, no me osaré afirmar en que este varón fuese algún apóstol bendito. Pero gran fuerza me hace su vida y obras a pensar que, pues estas eran creaturas de Dios racionales y capaces de la bienaventuranza que no las dejaría sin predicador, y si lo hubo, fue Topiltzin.

6. El cual aportó a esta tierra, y según la relación de él se da, era cantero que entallaba imágenes de piedra y las labraba curiosamente. Lo cual leemos del glorioso santo Tomás ser oficial de aquel arte y también sabemos haber sido predicador de los indios y que escarmentado de ellos pidió a Cristo, cuando le apareció en aquella feria donde andaba, que le enviase donde fuese servido, excepto a los indios.

7. Y no me maravillo se excusasen los sagrados apóstoles de venir entonces a tratar con gente tan desabrida y tan inconstante y torpe y tan

tarda de juicio para creer las cosas de su salvación, y tan mudable y presta a creer los fabulosos agüeros sin ningún fundamento ni apariencia de bien.

8. ¿Qué hombre de mediano juicio habrá en nuestra nación española que se persuada que con chupar los cabellos con la boca se quita el dolor de cabeza, ni que la hagan en creyente que refregándole el lugar que le duele le saquen piedras, ni agujas o pedacillos de navajas, como a estos les persuadieron los embaidores, ni que la salud de los niños dependía de tener la cabeza trasquilada, de esta manera o de esta otra? Cosa por cierto de bajísimo y corto juicio terrestre y abominable, y que para despersuadirlos de aquello lleguen a trasquilar a su hijo y a quitarle aquellos pegones de cabellos y cruces que les ponían, y ser tanta la fe que en aquello tenían, que se ponían descoloridos y mortales, de turbados, temiendo que, en quitándole aquello a su hijo, luego había de morir.

9. No me espanto que los que agora los tratamos, se exasperen y huyan de tratarlos, pues los apóstoles, confirmados y llenos de gracia, pedían no ir a los indios. Aunque no nos ha de acobardar eso, pues lo más está ya por el suelo.

10. Volviendo a nuestro propósito, Topiltzin era un hombre advenedizo de tierras extrañas, que casi quieren certificar que apareció en esta tierra, porque ninguna relación puede hallar(se) de qué parte hubiese venido. Empero, sábese muy 'de cierto que, después que llegó a esta tierra y empezó a juntar discípulos y a edificar iglesias y altares, que él y sus discípulos salían a predicar por los pueblos, y subían a los cerros a predicar, y que sus voces se oían de dos y tres leguas, como sonido de trompeta. Predicaban en los valles y hacían algunas cosas maravillosas, que debían de ser milagros, que admirada la gente, les puso este nombre de "tulteca".

11. También hacían cosas por sus manos heroicas, que hoy en día me ha acontecido preguntar: "¿Quién hizo esta abertura en este cerro?" o "¿Quién abrió esta fuente, quién descubrió esta cueva, o quién hizo este edificio?" Responden que los tultecas, discípulos del Papa. Y así podemos probablemente tener que este varón fue algún apóstol de Dios, que aportó a esta tierra, y los demás, que llaman oficiales y sabios, eran sus discípulos, que confirmando su predicación con algunos milagros, trabajando de convertir a estas gentes a la ley evangélica; y viendo la rudeza de sus terrestres corazones, desampararon la tierra y se volvieron a las partes de donde habían venido y a donde sacasen algún fruto de sus trabajos y predicación.

12. Y la pertinacia grande en su maldita y descomulgada ley, como hoy en día experimentamos los que entre ellos vivimos, de algunos que tuvieron alguna noticia, los cuales son ya muy pocos, cuan pertinaces hayan estado en sus antiguos juguetes y en olvidarlos, que siendo cosas tan bajas, alumbrados con la fe, ellos están reprobados por ser sin fundamento todos los pasados ritos y cerimonias.

13. Contra Topiltzin y contra sus discípulos se levantó gran persecución, que oí certificar que se levantó guerra contra ellos, porque el número de gente que había tomado aquella ley, era mucha, y los que seguían la predicación de este santo varón y de sus discípulos.

14. El caudillo de esta persecución, según dicen, fue Tezcatilpoca, el cual, fingiendo ser bajado del cielo para aquel efecto, fingía también hacer milagros, juntando discípulos y gente maligna para molestar a aquellos varones de buena vida y desterrallos de la tierra, no dejándolos hacer asiento en pueblo ninguno, trayéndolos de acá para allá, hasta que vino a hacer su asiento en Tula, donde reposó por algún tiempo y años, hasta que allí los

volvieron a perseguir. De suerte, que ya cansados de tanta persecución, se determinaron a dar lugar a la ira de sus perseguidores e irse.

15. Así determinados, Topiltzin mandó juntar el pueblo de Tula, o toda la gente de él, y agradeciéndoles el hospedaje que le habían hecho, se despidió de ellos. Y preguntándole los de Tula la causa de su ida como pesándoles de verlo ir, les respondió que la causa eran las persecuciones de aquella malvada gente, y haciéndoles una larga plática, les profetizó la venida de gente extraña, que de la parte oriente aportarían a esta tierra, con un traje extraño y de diferentes colores, vestidos de pies a cabeza, y con coberturas en las cabczas, y que aquel castigo les había de enviar Dios, en pago del mal tratamiento que le habían hecho y la afrenta que le echaban. Con el cual castigo, chicos y grandes perecerían, no pudiendo escaparse de sus manos de aquellos sus hijos; que habían de venir a destruirlos, aunque se metiesen en cuevas y en las cavernas de la tierra, y que de allí los sacarían y allí los irían a perseguir y matar estas gentes.

16. Luego pintaron en sus escrituras aquestas gentes que el Papa les profetizaba, para tener memoria de ellas y esperar el suceso, como después lo vieron cumplido en la venida de los españoles.

17. También les dijo que la venida de aquellas gentes no la verían ellos, ni sus hijos, ni sus nietos, sino su cuarta o quinta generación: "Estos han de ser vuestros señores, y a estos habéis de servir y os han de maltratar y echar de vuestras tierras, como vosotros lo habéis hecho conmigo." Y volviéndose a sus discípulos, y otra mucha gente que lo seguía llorando, les dijo: "Ea, hermanos: salgamos de donde no nos quieren, y vámonOS donde tengamos más descanso."

18. Y así empezó Topiltzin a caminar, pasando por todos los más pueblos de la tierra, dando a cada lugar y cerro su nombre, apropiado al pueblo y a la hechura del cerro, siguiéndolo de cada pueblo mucha gente. Y tomó la vía hacia el mar y que allí abrió, con sola su palabra, un gran monte, y se metió por allí. Otros dicen que echó el manto encima 'de la mar y que hizo una señal con la mano encima y que se sentó encima de él, y sentado empezó a caminar por el agua y nunca más lo vieron.

19. Aunque, preguntado otro indio viejo la noticia que tenía de la ida de Topiltzin, me empezó a relatar el capítulo Catorce del Exodo, diciendo que el Papa había llegado a la mar con mucha gente que le seguía, y que había dado con un báculo en la mar y que se había secado y hecho camino, y que entró por allí él y su gente, y que sus perseguidores habían entrado tras él, y que se habían vuelto las aguas a su lugar y que nunca más habían sabido de ellos. Y como vi que había leído donde yo y dónde iba a parar, no me di mucho por preguntarle, porque no me contase el Exodo, de que le sentí tener noticia, y tanta que fue a dar en el castigo que tuvieron los hijos de Israel, de las serpientes, por la murmuración contra Dios y Moisés.

20. Pasando Topiltzin por todos estos pueblos que he dicho, dicen que iba entallando en las peñas cruces e imágenes. Y preguntándoles dónde se podrían ver, para satisfacerme, nombráronme ciertos lugares, donde lo podría ver, y uno en la Zapoteca. Y preguntando a un español que se había hallado por allá, si aquello fuese verdad, me certificó con juramento que él había visto un crucifijo entallado en una peña en una quebrada.

21. También me dijo un indio viejo que, pasando el Papa por Ocuituco les había dejado un libro grande, de cuatro dedos de alto, de unas letras. Y yo, movido con deseo de ver este libro, fui a Ocuituco y rogué a los indios, con toda la humildad del mundo, que me lo mostrasen. Y me juraron que habrá seis años que lo quemaron, porque no acertaban a leer la letra, ni era como la

nuestra, y que temiendo no les causase algún mal, le quemaron. Lo cual me dio pena, porque quizá nos diera satisfacción de nuestra duda, que podría ser el sagrado evangelio en lengua hebrea, lo cual no poco reprendí a los que lo mandaron quemar.

22. Andaban los discípulos de este santo varón con unas hopas largas hasta los pies; traían en sus cabezas coberturas de paños o bonetes, lo cual quisieron pintar los indios cuando, por poner las tocas o bonetes, que traían, pintaron caracoles. También eran las hopas de diversos colores.

23. Traían algunos de ellos el cabello largo, a las cuales cabelleras llamaron después estos indios "papa". Hallé la pintura, como la verán pintada en esta hoja, junto a la pintura de Topiltzin, no menos vieja y antigua que estotra, que para prestármela, el indio de Chiauhitla, que la tenía, me hubo primero de conjurar que se la había de volver. El cual, dándole mi palabra de que, en sacándola, se la volvería, me la prestó con tantas ceremonias y zalemas, y con tanto secreto, que me admiró lo mucho en que la tenía. Y sé afirmar que creo no se quitó de con el pintor hasta que la hubo sacado.

24. Del cual (indio) procuré tener alguna noticia, y me relató todo lo que atrás dejo dicho, salvo que se aventajó en decirme que todas las ceremonias y ritos, el edificar templos y altares, y el poner ídolos en ellos, el ayunar y andar desnudos y dormir por los suelos, el subir a los montes a predicar allá su ley, el besar la tierra y comerla con los dedos, y el tañer bocinas y caracoles, y flautillas en las solemnidades, todo fue remedar a aquel santo varón, el cual incensaba los altares y hacía tañer instrumentos en los oratorios que edificaba.

25. Queriéndome confirmar si esto era verdad, pregunté a un indio viejo que me le vendieron por letrado en su ley, natural de Coatepec, el cual murió de esta enfermedad, que me dijese si aquello era así, que allí tenía escrito y pintado, y como no saben dar razón, si no es por el libro de su aldea, fue a su casa y trujo una pintura, que a mí me parecieron ser más hechizos que pinturas.

26. El cual tenía allí cifrada, por unos caracteres ininteligibles, toda la vida del Papa y de sus discípulos, y me la relató como el otro, o mejor, de que no poco contento quedé. Y se aventajó un poco con más, enseñándome la figura de Topiltzin, que cuando celebraba las fiestas, se ponía aquella corona 'de plumas que en la pintura vimos, a la manera que se ponen la mitra los obispos en la cabeza, cuando dicen misa. La pintura es esta:

27. Las figuras de atrás son los discípulos que trujo el Papa, a los cuales llamaban toltecas e hijos del sol. Hay de sus hechos grandes cosas y obras memorables. Tuvieron su principal asiento en Cholula; aunque discurrieron por toda la tierra. Tuvieron aquel asiento antes que los cholultecas poblasen; fueron predicadores de los serranos de Tlaxcala, que llamaban chichimecas, y de los gigantes; andaban vestidos con hopas de colores, a las cuales llaman los indios xicolli, y por razón de las tocas que traían en las cabezas, los llamaron cuateccizce, que quiere 'decir "cabezas con caracoles".

28. Rogaron los señores de esta tierra a este santo varón Hueymac que se casase y respondió que ya tenía determinado de casarse, pero había de ser cuando el roble echase manzanas y el sol saliese por esta otra parte contraria y cuando la mar se pudiese pasar a pie enjuto, y cuando los ruiseñores criasen barbas como los hombres.

29. En una pintura le vi con una loba larga y un sombrero grande puesto en la cabeza a este varón Hueymac y un rótulo que decía "padre de los hijos de las nubes".

30. Queriéndome satisfacer más y sacar algún puntillo del indio que he dicho, para con una palabra de aquí y otra de allí cumplir mi escritura, le pregunté de nuevo la causa de la salida de aquel santo varón de esta tierra, el cual me respondió haber sido la persecución de Quetzalcóatl y de Tezcatlipoca, los cuales eran brujos y hechiceros que se volvían con las figuras que querían.

31. Preguntéle qué molestias fueron las que le hicieron, el cual dijo que la principal por la que el santo varón se fue había sido porque estos hechiceros, estando él ausente de su retrainamiento, con mucho secreto le habían metido dentro a una ramera, que entonces vivía, muy deshonesta, que había (por) nombre Xochiquetzal. Y que volviendo a su celda Topiltzin e ignorando lo que dentro había, habiendo aquellos malvados publicado cómo Xochiquetzal estaba en la celda de Topiltzin, para hacer perder la opinión que de él se tenía, y de sus discípulos. De lo cual, como era tan casto y honesto Topiltzin, fue grande la afrenta que recibió y luego propuso su salida de la tierra.

32. Preguntéle dónde saben o han oído que aportó. Aunque me dijo algunas cosas fabulosas, vino a conformar en que hacia la mar se había ido y que nunca más se supo de él, ni saben a dónde aportó, y que sólo saben que fue a dar aviso a sus hijos los españoles de esta tierra, y que él los trujo, para vengarse.

33. Y así, estos indios como tenían la profecía de tan atrás de la venida de las extrañas gentes, siempre estuvieron con aviso, y así, cuando le llegó la nueva a Motecuhzoma de su llegada al puerto de San Juan de Ulúa, o al de Coatzacoahuac, sabida la orden de su traje y manera, hizo revolver sus pinturas y libros y conoció ser los hijos de Topiltzin, los cuales le habían dejado anunciada su venida, y así los envió luego aquel presente de joyas y plumas, y oro y piedras de mucho valor. Y temiendo lo que le vino, le envió a rogar se volviese, que no quería le llegase a ver, teniendo en su profecía que no le venían a hacer bien alguno, sino mal y daño.

34. Y cuando los españoles llegaron al puerto y los atalayas de Motecuhzoma los vieron, diéronle la nueva, diciendo que los hijos de Hueymac eran llegados. Respondió Motecuhzoma: "Esos vienen por el tesoro que Hueymac dejó acá, el cual había recogido para hacer un templo. Liévenselo y no vengan acá." Este dicho hallé en una pintura que de la vida y hechos de Motecuhzoma me mostraron.

35. La figura del ídolo presente es la que los mexicanos adoraron por el mayor dios de todos, y a quien tenían mayor confianza. Decían incitar los corazones de los hombres y embravecerlos para la guerra, debajo la cual opinión adoraron los gentiles al dios Marte, y a esta causa llevaban la estatua de ese ídolo a la guerra.

Trátase en sus historias cosas muy de notar y muy curiosas para aviso de los ministros y, para los que no lo son, muy gustosas.

CAPITULO II

DEL GRAN ÍDOLO DE LOS MEXICANOS LLAMADO HUITZILOPOCHTLI Y DE LOS RITOS Y CERIMONIAS CON QUE LE HONRABAN

1. La fiesta más celebrada y más solemne de toda esta tierra, y en particular de los tezcucanos y mexicanos fue la del ídolo llamado Huitzilopochtli. En la cual fiesta habrá mucho que notar, por haber una mezcla de ceremonias tan diversas, que unas acuden a nuestra religión cristiana, y otras, a la de la ley vieja, y otras endemoniadas y satánicas, inventadas por ellos.

2. Y holgara mucho de no haberme confundido con tanta variedad de relaciones, como de unos y otros he procurado, para poder poner la mera verdad. El cual deseo me incitó a hacer más inquisición de la que debía, pero de lo mucho que en el borrador se escribió, evitando la prolijidad de los indios en contar fábulas y cosas impertinentes que cuentan cuando les prestan atención -en lo cual son inacabables- pondré todo aquello en que hallo más conformidad en los relatores.

3. Y para que la verdad de lo que informare sea con testigos contestes, unos de vista y otros de oídas, informaré de lo más esencial y de lo más necesario al aviso de los ministros, lo cual es nuestro principal intento: advertirles la mezcla que puede haber acaso de nuestras fiestas con las suyas, que fingiendo estos celebrar las fiestas de nuestro Dios y de los santos, entremetan y mezclen y celebren las de sus ídolos, cayendo el mismo día, y en las ceremonias mezclarán sus ritos antiguos, lo cual no sería maravilla que se hiciese agora.

4. Y es que como nuestras fiestas movibles y las suyas antiguas y más señaladas caen muchas veces en un mismo día, y otras veces muy cerca la una de la otra, celebrarán juntamente su ídolo, y entonces solemnizarán la fiesta y la regocijarán y la bailarán y cantarán y festejarán, con mucha más alegría que cuando caen apartadas la una de la otra. Porque cuando caen juntas, festejaránlas con más libertad, fingiendo ser a Dios aquel regocijo, como sea su objeto el ídolo. No me osaría determinar en un juicio tan temerario, si no tuviese mucho temor de ello y aviso de algunos que se han determinado a salvarse y fiarse de Dios, y no estemos ya tan ciegos e ignorantes, como lo hemos estado hasta aquí.

5. Avisen ya y sepan los ministros el gran mal que entre esta gente podría ser que hubiese disimulado vistiendo en los bailes algún indio al modo que su ídolo solía estar. Y esto, con mucha disimulación, festejándolo y cantándole cantares apropiados a las excelencias y grandezas que de él fingían, y en el mudar de los trajes y ornatos, y en el diferenciar de sonos y cantares: en todo hacían mal e idolatría, pues todo era a la diferencia de cada ídolo.

6. Y, para que con más facilidad se entienda ser verdad lo que digo, considere el lector que, cuando hubiere algún "mitote", si viere ir uno delante de todos, o dos, con diferentes ornamentos, y bailando con diferentes contrapasos, y yendo y viniendo hacia los que guían el baile, haciendo de cuando en cuando una algazara placentera, acabándola con un silbo o diciendo algunas palabras que no son inteligibles, pues es de saber que aquellos representaban dioses y a éstos iban haciendo la fiesta y baile, interior y exteriormente, y esto es lo más cierto que quizá podría acontecer agora y quizá ha acontecido.

7. El ídolo de que vamos tratando era tan temido y reverenciado de toda esta nación, que a él solo llamaban "Señor de lo criado y Todopoderoso", y a

este eran los principales y grandes sacrificios, cuyo templo era el más solemne y suntuoso, mayor y más principal entre todos los de la tierra. Del cual oí siempre a los conquistadores contar muchas excelencias de su altura y hermosura y galán edificio y fortaleza. Cuyo sitio era en las casas de Alonso de Avila, que agora están hechas muladar. Del cual templo diré adelante en su lugar.

8. Huitzilopochtli era una estatua de palo, entallada a la figura de un hombre, sentada en un escaño de palo azul, a manera de andas. Por cuanto de cada esquina salía un palo vasidrón, con una cabeza de sierpe, al cabo; del largor cuanto un hombre lo podía poner en el hombro. Era este escaño azul de color de cielo, que denotaba estar en el cielo asentado; tenía este ídolo toda la frente azul, y por encima de la nariz, otra venda azul, que le tomaba de oreja a oreja. Tenía sobre la cabeza un rico penacho a la hechura de pico de pájaro, el cual pájaro llamaban "huitzitzilin", que nosotros llamamos "zunzones", que son todos verdes y azules 'de las plumas, del cual pájaro hacen en Michoacán las imágenes.

9. Tienen estos paj arillos el pico largo y negro y la pluma muy relumbrante. Del cual pájaro, antes que pase adelante, quiero contar una excelencia y maravilla, para honra y alabanza del que lo crió. Y es que los seis meses del año muere y los seis vive. Y es de la manera que diré:

Cuando siente que viéne el invierno, vase a un árbol coposo que nunca pierde la hoja y con instinto natural busca en él una hendedura, y pósase en una ramita junto a aquella hendedura, y mete en ella el pico todo lo que puede y estase allí seis meses del año: todo lo que dura el invierno, sustentándose con sola la virtud de aquel árbol, como muerto, y en viniendo la primavera, que cobra el árbol nueva virtud y va a echar nuevas hojas, el pajarito, ayudado 'con la virtud del árbol, torna a resuscitar y sale de allí a crear. Y a esta causa dicen los indios que muere y resuscita.

10. Y porque he visto este pájaro con mis propios ojos en el invierno, metido el pico en la hendedura de un ciprés y asido a una ramita de él, como muerto, que no se bullía, y dejando señalado el lugar, volví (a) la primavera, cuando los árboles retoñecen y tornan a brotar, y no lo hallé. Lo oso poner aquí y creo lo que los indios de él me 'dijeron, y alabo al todopoderoso y omnipotente Dios, que es poderoso para hacer otros mayores misterios.

11. El pico en que el penacho del ídolo estaba fijado era de oro muy bruñido, contrahecho en él. El pajarito dicho, las plumas del penacho eran de pavos verdes, muy hermosas y muchas en cantidad. Tenía una manta verde con que estaba cubierto, y encima de la manta, colgado al cuello, un delantal o babadero de ricas plumas verdes, guarnecido de oro, que sentado en su escaño, le cubría hasta los pies.

12. Tenía en la mano izquierda una rodela blanca, con cinco pegujones de plumas blancas puestos en cruz. Colgaban de ella plumas amarillas a manera de rapacejos. Salía por lo alto de ella una bandereta de oro, y, por el lugar de las manijas, salían cuatro saetas, las cuales eran insignias que les fueron enviadas del cielo a los mexicanos para, con aquellas insignias, tener las grandes victorias que tuvieron en sus antiguas guerras, como a gente valerosa, como en otro libro lo refiero.

13. Tenía este ídolo en la mano derecha un báculo, labrado a la manera de una culebra toda azul y ondeada. Tenía ceñida una bandereta que le salía a las espaldas, de oro muy bruñido. Tenía en las muñecas unas ajorcas de oro; tenía en los pies unas sandalias azules. Todo este ornato tenía su significación e intento a alguna superstición.

14. Este ídolo así vestido y aderezado estaba siempre puesto en un altar alto en una pieza pequeña, muy cubierta de mantas y de joyas y plumas y aderezos de oro y rodela de plumas, lo más galano y curioso que ellos sabían y podían aderezarlo. Tenían siempre una cortina delante para más reverencia y veneración.

15. Pegada a esta cámara había otra, no menos aderezada y rica, donde tenían otro ídolo, que se decía Tláloc.

16. Estas piezas estaban en la cumbre del templo, que para subir a ellas había ciento y veinte gradas. Que para encarecerme la altura me la

compararon a la altura que tiene una cruz que está en el patio de san Francisco de México.

17. Estaban estas piezas ambas muy bien labradas de figuras de talla, las cuales figuras y bestiones están puestas en la esquina de las casas reales, debajo del reloj de la ciudad: algunas figuras de aquellas tenía por lumbrales, otras por esquinas, otras por hacheros y candeleros. En fin, todas estas dos cámaras estaban llenas de figuras de talla y bestiones de diferentes efigies, para ornato de aquellos dioses y grandeza. Los cuales dos dioses habían de estar siempre juntos, porque los tenían por compañeros y por de tanto poder al uno como al otro.

18. Delante de estos dos aposentos donde estaban estos dioses había un patio de cuarenta pies en cuadra, muy encalado y liso, en medio del cual y frontero de las dos piezas estaba una piedra algo puntiaguda, verde, de altor como hasta la cintura, que echado un hombre de espaldas sobre ella le hacía doblar el cuerpo. Sobre esta piedra sacrificaban los hombres, al modo que en otra parte veremos.

19. Y porque hay tanto que notar en las particularidades de este templo, quiero después de darlo pintado, hacer particular mención de cada cosa en particular, que no dejará de causar contento y recreación el oírlo y leerlo, y el ver la curiosidad con que estos edificaban los templos a sus dioses y cómo los adornaban y pulían. Y ahora' para Dios hay quien diga que basta una iglesia de adobes, bajita y no muy grande.

20. Oído lo que del ornato del ídolo se ha tratado, oigamos lo que de la hermosura de sus templos hay que notar. Y no quiero empezar por la relación que de los indios he tenido, sino por la de un religioso, que fue conquistador de los primeros que en la tierra entraron. El cual se decía fray Francisco de Aguilar, persona muy venerable y de mucha autoridad, en la Orden del padre glorioso Santo Domingo. .. (De este la) tuve y de otros conquistadores, de mucha verdad y autoridad los cuales me certificaron que el día que entraron en la ciudad de México y vieron la altura y hermosura de los templos, que entendieron ser algunas fortalezas, torreadas para defender la ciudad, y ornato de ella, o que fuesen algún alcázar o casas reales, llenas de torres o miradores, según era la hermosura y altura que desde lejos se demostraba.

27. Y es de saber que, de ocho a nueve templos que en la ciudad había, todos estaban pegados unos con otros, dentro de un circuito grande, dentro del cual circuito, cada uno estaba arrimado al otro y tenía sus gradas particulares y su patio particular, y sus aposentos y dormitorios para los ministros de los templos.

22. Todo lo cual tomaba mucho campo y lugar, que ver unos más altos que otros, y otros más galanos que otros, unos a oriente las entra-

das, otros a poniente, otros al norte, otros al sur, todos encalados y labrados y torreados con diversa hechura de almenas, pintadas de bestiones y figuras de piedra, fortalecidos con grandes y anchos estribos, que era cosa

deleitosa de verlos, y hermo세aba tanto la ciudad y autorizábala tanto, que no había más que ver.

23. Pero tratando del templo en particular del ídolo de que vamos tratando, por ser del principal dios, era el más suntuoso y galano que entre todos había. Tenía una cerca muy grande de su patio particular, que toda ella era de piedras grandes, labradas como culebras, asidas las unas de las otras. Las cuales piedras el que las quisiese ver, vaya a la iglesia mayor de México, y allí las verá servir de pedestales y asientos de los pilares de ella. Estas piedras que agora allí sirven de basas sirvieron de cerca en el templo de Huitzilopochtli y llamábanla a esta cerca coatepantli, que quiere decir "cerca de culebras".

24. Tenía en la cumbre de las cámaras o adoratorios donde el ídolo estaba un pretil muy galano, de unas piedrecitas pequeñas, negras como azabache, puestas por mucho orden y concierto, revocado todo el campo de blanco y colorado, que lucía de abajo extrañamente.

25. Encima del cual pretil había unas almenas muy galanas, labradas a manera de caracoles. Tenía por remate de los estribos que como escalones de braza subían hasta lo alto, dos indios de piedra, sentados con unos candeleros en las manos, de los cuales candeleros salían unas como mangas de cruz, con remates de ricas plumas amarillas y verdes y unos rapacejos largos de lo mismo.

26. Dentro de este patio había muchos aposentos y apartamentos de religiosos y religiosas, sin otros que en lo alto había para sacerdotes y papas que al ídolo servían. Era este patio tan grande que en un areito se juntaban en él ocho o diez mil hombres, y porque no se haga esto imposible, quiero contar una cosa que es verdadera, contada de quien con sus manos mató dentro de él muchos indios.

27. Cuando el Marqués entró en México y su gente, celebraban los indios la fiesta de este gran dios suyo. Sabido por el Marqués, rogó a Motecuhzoma rey de la tierra, que, pues celebraban la fiesta de su dios, que le suplicaba mandase saliesen todos los señores y valerosos hombres a la celebrar y hacer el baile acostumbrado, juntamente con todos los capitanes, porque quería gozar de la grandeza de su reino.

28. El miserable rey, como estaba ya preso y con gente de guardia, por agradar y mostrar la riqueza de su reino y grandeza, mandó se juntase toda la nobleza de México y de toda la comarca, con toda la riqueza y galanos aderezos que tenían de joyas, piedras, plumas: que no quedase cosa por dar contento al teoti, que así llamaban a él y a todos, que quiere decir "los dioses", pues al principio por tales los tuvieron, seguros los desventurados de lo que les aconteció.

29. Saliendo, pues, a su baile toda la flor de México, así de grandes como de valientes hombres, que en una pintura conté eran por todos ocho mil y seiscientos hombres, todos de linaje y capitanes de mucho valor, no sólo de México, pero llamados de las ciudades y villas comarcanas. Estando todos dentro del patio haciendo su areito, tomadas las puertas del patio, fueron todos metidos a cuchillo, sin quedar uno ni más a vida, y despojados de todas las joyas y riquezas que por mostrar su grandeza y riqueza y también por dar placer y solaz cada uno había traído a la fiesta.

30. Téngame nuestro Señor la pluma y mano para no descomedirme contra hecho tan atroz y malo, suma de todas las crueldades de Nerón. De esta mortandad sucedió la rebelión y guerra contra los 'españoles y la muerte de Motecuhzoma, rey y señor de toda la tierra, levantándose juntamente contra él sus vasallos, acumulándole aquel hecho haber sido concierto entre él y los

españoles y que los hizo juntar para que allí fuesen muertos, a cuya causa le negaron la obediencia y eligieron por rey a un sobrino suyo llamado Cuauhtémoc

31. He traído toda esta historia para decir la grandeza del patio de este templo, que tal debía ser, pues cabían en él ocho mil y seiscientos hombres en una rueda bailando. Este patio tenía cuatro puertas o entradas: una hacia oriente, otra hacia poniente, y otra a mediodía y otra a la parte del norte. De cada parte de estas tenían principio cuatro calzadas: una hacia Tiacopan, que agora llamamos la calle de Tacuba, y otra hacia Guadalupe, y otra hacia Coyoacán; otra iba a la laguna y embarcadero de las canoas.

32. También tenían los cuatro templos principales hacia las partes dichas las portadas, y los cuatro dioses que en ellos estaban, los rostros vueltos hacia las mismas partes. La causa de ello, aunque sea fábula, no la dejaré de contar, para que sepamos el misterio.

33. Fingieron los antiguos que antes que el sol saliese ni fuere criado, tuvieron sus dioses entre sí muy grande contienda, porfiando entre sí a qué parte sería bueno que el sol saliese, que se determinasen antes que le criasen. Pretendiendo salir cada uno con su voluntad, el uno dijo que era muy necesario que saliese a la parte del norte; el otro que no, que por mejor tenía que saliese a la parte del sur; el otro que no, que saliese al poniente; el otro diciendo que al oriente era más conveniente que saliese. El cual vino a salir con su parecer, y así le fue puesta la cara hacia el sol que él decía saliese allí, y a los demás pusieron las caras hacia las partes que desearon saliese, y a esta causa había estas cuatro puertas, y así decían la puerta de tal dios, y la otra lo mismo, dando a cada puerta el nombre de su dios.

34. Frontero de la puerta principal de este templo de Huitzilopochtli había treinta gradas, largas de treinta brazas de largo, que las dividía una calle que estaba entre la cerca del patio y ellas. En lo alto de ellas había un pasadero, ancho de treinta pies, tan largo como eran las gradas. El cual pasadero estaba todo encalado con sus gradas muy bien obradas. Por medio de este ancho y largo pasadero estaba a lo largo una bien labrada palizada, cuanto de alto podía tener un gran árbol, hincados todos en ringlera, que de palo a palo había una braza. Estos palos estaban todos barrenados con unos agujeros pequeños y tan espesos los agujeros, que de uno a otro no había media vara, los cuales agujeros llegaban hasta la cumbre de los gruesos y altos palos.

35. De palo a palo, por los agujeros, venían unas barras delgadas, en las cuales estaban ensartadas calaveras de hombres por las sienas. Tenía cada vara veinte cabezas; llegaban estas ringleras de calaveras hasta el alto de los maderos de la palizada de cabo a cabo llena, que me certificó un conquistador que eran tantas y tan sin cuento y tan espesas, que ponían grandísima grima y admiración. Estas calaveras eran todas de los que sacrificaban, a los cuales, después de muertos, y comida la carne, traían la calavera y entregábanla a los ministros del templo y ellos las ensartaban allí.

36. Preguntado si las mudaban o quitaban de allí en algún tiempo, dicen que no, sino que aquellas de viejas y añejas se caían a pedazos, excepto que, cuando la palizada se envejecía, la tornaban a renovar y que, al quitar, que quedaban muchas, y otras quitaban para que cupiesen más, y para que hubiese lugar para los que adelante habían de matar.

37. Pregunté si las ponían con su carne y todo: respondiéronme que no, sino después de haberles comido toda la carne, traían al templo solo el hueso, aunque a algunas les dejaban las cabelleras y así estaban allí hasta que se les caía el cabello. También pregunté qué se hacía de los demás huesos: a lo

cual me dijeron que el amo del indio que se había sacrificado los ponía en el patio de su casa en unas varas largas, por trofeos de su grandeza y hazañas, y para que se supiese que aquel había sido su prisionero habido en la guerra: lo cual tenían en gran honra y vanagloria.

38. Hacíase al pie de esta palizada una cerimonia extraña con los que habían de ser sacrificados, y era que todo el número de los que se habían de sacrificar los ponían en ringlera. Al pie de esta palizada, en lo alto de las gradas puesto, allí acompañados de gente de guardia que

los cercaba, salía un sacerdote, vestido con un alba corta, llena de rapacejos por abajo, a manera de orla, y descendía de allá de lo alto del templo con un ídolo de masa: de una masa que llaman tzualli, la cual se hace de semilla de bledos y maíz, amasados con miel. De esta masa traía este sacerdote hecho un ídolo, con los ojos de unas cuentezuelas verdes, y los dientes de granos de maíz.

39. Y bajaba con toda la priesa que podía por las gradas del templo abajo, y subía por encima de una gran piedra que estaba fijada en un mentidero alto que estaba en medio del patio, a la cual piedra llamaban cuxuhxicalli, la cual vide a la puerta de la Iglesia Mayor los días pasados. Subiendo este sacerdote por una escalerilla y bajando por otra que estaba de la otra parte, abrazado con su ídolo, subía a donde estaban los que habían de sacrificar, y desde un canto hasta el otro, iba mostrándoles aquel ídolo, a cada un en particular, y diciéndoles: "Este es vuestro dios."

40. Acabado de mostrárselo, descendía por el otro canto de las gradas, y veníanse así en procesión tras él todos los que habían de morir, hasta el lugar donde habían de ser sacrificados, donde hallaban aparejados aquellos carniceros y ministros de Satanás, que los sacrificaban abriéndoles el pecho y sacándoles el corazón, y medio vivos, los echaban a rodar por las gradas del templo abajo. Las cuales gradas se bañaban en sangre. Y esta era la cerimonia que en la fiesta de este ídolo se hacía con los que sacrificaban, y esto es lo que queda atrás pintado.

41. Había, como atrás dejo dicho, en este templo, dentro de la cerca de él, dos monasterios: el uno de mancebos recogidos, de diez y ocho y veinte años, a los cuales llamaban religiosos. Traían en las cabezas hechas unas coronas corno frailes: el cabello un poco más crecido, que les daba a media oreja, al colodrillo cuanto cuatro dedos de ancho; dejaban crecer el cabello que descendía a las espaldas, que a manera de trenzado los entrenzaban de cuando en cuando.

42. Hubo en la relación de estos alguna variedad, que los unos dicen que en México no traían coronas, sino todos motilados, a navaja, y que las coronas, en la sola provincia de Chalco las usaban los religiosos de este templo, y en las de Huexotzinco. La pintura de los cuales es la que verán en esta otra hoja.

43. Estas figuras son las de los mancebos recogidos que servían en el templo de Huitzilopochtli y los cuales vivían en castidad pobreza y en obediencia y hacían el oficio de levitas, administrando a los sacerdotes y dignidades en el templo, el incensario, la lumbre, las vestimentas; barrían los lugares sagrados, traían leña para que siempre ardiese en el brasero divino que era como lámpara que ardía continuo.

44. Había otros muchachos, que eran como monacillos, que servían en este templo, que servían de cosas manuales, como era enramar, componer los templos de rosas, y juncia, y dar aguamanos a los sacerdotes, de administrar navajuelas para sacrificarse, de ir con los que iban a pedir limosna para traer la ofrenda. Todos estos tenían sus capitanes y prepósitos que tenían

cargo de ellos, a los cuales llamaban telpochtlatoh que, que quiere decir "mandones de mozos".

45. Todos estos vivían con tanta honestidad y miramiento que, cuando salían en público, donde había mujeres, salían (con) las cabezas muy bajas y los ojos en el suelo, sin osar alzarlos a mirarlas. Traían por vestido unas mantillas de red.

46. Llamaban a estos mancebos recogidos elocuatecomame, que en nuestra lengua declarado este nombre es casi disparate, porque para denotar la cabeza rapada toma el tecómatl, que es liso, y para decir que aquella cabeza tenía corona tomaba eloti y componían "cabeza lisa como jícara, con cerco redondo como mazorca", y esto quiere decir elocuatecomame.

47. A esto acude agora la superstición de poner a los niños coronas en las cabezas, y no lo tengan a poco más el permitirlo, porque no es más de permitir idolatrar a las madres y a los padres que se las ponen, y adviertan los que tienen cargo entre indios en no lo permitir, que aunque por no entender bien a los indios lo ignoren, sea esto aviso para los estorbar, siendo, como es, a especie de idolatría.

48. Estos recogidos tenían licencia de salir por la ciudad de cuatro en cuatro y de seis en seis, muy mortificados, a pedir limosna por los barrios y tenían licencia, cuando no se la daban, de llegarse a las sementeras y coger las mazorcas que habían menester, sin que el dueño osase hablarles, ni evitárselo, ni había de decir "bien hecho" ni "mal hecho es". Tenían esa licencia, porque vivían en pobreza, sin tener renta ni de donde poder comer, sino de lo que pedían de limosna y cogían en las milpas para la sustentación de aquel día.

49. También vivían en castidad y penitencia. No podía haber más de cincuenta de estos penitentes, el ejercicio de los cuales era atizar la lumbre del templo que siempre ardía y traer leña que había de arder; enramar y aderezar el templo, levantarse a media noche a tañer unos caracoles con que despertaban a la gente del velar al ídolo por sus cuartos de noche, porque la lumbre no se apagase, administrar el incensario con que los sacerdotes incensaban al ídolo a media noche, y a la mañana, y a medio día, y a la oración.

50. Llamaban a esta ceremonia de incensar tlenamactli. Y estos estaban sujetos a los mayores y muy obedientes. No salían un punto de sus

mandamientos. Estos, a la hora que acababan de incensar, a la hora dicha de la noche, se iban a un lugar particular y se sacrificaban los molledos de los brazos, y la sangre que se sacaban, poníansela por las sienas hasta lo bajo de la oreja, y hecho el sacrificio, se iban luego a lavar a una laguna, de la cual laguna diré en su lugar, cuando tratemos de los sacerdotes de los templos.

51. Estos mozos no se embijaban ni ponían ningún betún ni en la cabeza, ni en el cuerpo. Su vestido era una manta de nequén, muy áspera y blanca. Durábales esta penitencia y ejercicio un año cumplido, el cual año vivían con mucho recogimiento y con mucha mortificación, en ayunos y penitencia extraña.

52. La segunda casa y apartamento que dije estaba a otra parte del patio, frontera de esta otra, donde había otro recogimiento de monjas, recogidas todas doncellas, de doce a trece años, a las cuales llamaban "las mozas de la penitencia". Eran otras tantas como los varones, sin haber más ni menos. Estas vivían en castidad y recogimiento, como doncellas diputadas al servicio del dios. Las cuales no tenían otro ejercicio si no era barrer y

regar el templo, y hacer cada mañana de comer para el ídolo y a los ministros del templo de aquello que de limosna recogían.

53. La comida que al ídolo hacían era unas tortillas pequeñas, hechas a manera de manos y de pies, y otras retorcidas como melcochas. Llamaban a este género de comida macpaltlaxcalli, xopaltlaxcalli y cocoltlaxcalli, que quiere decir "pan con manos, con pies, y retorcido". Con este pan hacían unos guisados de chile y poníanselos al ídolo delante y esto era cada día. Entraban estas mochachas trasquilonas y desde que entraban dejaban crecer el cabello. Las cuales verás a la vuelta de esta hoja.

54. La presente figura demuestra la manera que tenían las mozas recogidas que servían en el templo de Huitzilopochtli. Las cuales vivían con el mismo encerramiento y clausura que viven ahora las monjas, hasta cierto tiempo, con toda honestidad y limpieza y estas barrían y regaban los lugares sagrados y hacían de comer a los dioses y juntamente a los sacerdotes y a las dignidades del templo. Las cuales en ciertas festividades se emplumaban las piernas y brazos y se ponían color en los carrillos.

55. Levantábanse de noche a media noche a las alabanzas de los ídolos que de continuo se hacían, y hacían los mismos ejercicios que los varones hacían. Tenían amas, que eran como abadesas y prioras, que las ocupaban en hacer mantas de labores de muchas diferencias para el ornato de los dioses y de los templos, y para otras muchas cosas particulares del servicio y ministerio de los dioses. El traje que a la continua traían era todo de blanco, sin labor, ni color ninguna.

56. Eran cadañeras, como los varones. Cumplido el año de su servicio y penitencia, salían de allí para poderse casar, así ellos como ellas, y en saliendo aquellas, luego entraban otras, que hacían ellas o sus padres, voto de servir un año al templo en aquella penitencia. A media noche, a la hora que los varones se sacrificaban los molledos, a esa mesma hora se sacrificaban ellas las puntas de las orejas de hacia la parte de arriba, y la sangre que se sacaban poníansela por los carrillos, en el lugar donde se ponen el color las mujeres. Estas mozas tenían en su recogimiento una alberca donde se lavaban después aquella sangre.

57. El recogimiento de estas era grande; vivían con gran honestidad y era tanto el rigor con que se miraba por ellos, que si tomaban alguno o alguna en algún delito, por leve que fuese, contra la honestidad, luego los mataban, sin ninguna remisión, acumulándoles haber ofendido al dios y gran señor suyo.

58. Sobre lo que fundaban agüero y era que, como había mozos y mozas que conocían su poca constancia y mucha flaqueza, y viviesen con aquel cuidado y recelo, en viendo entrar o salir algún ratón en el oratorio del ídolo, o algún murciélago, o si hallaban acaso roída alguna manta del templo, o agujero que hubiese hecho el ratón en la pieza, luego decían que algún pecado se había cometido y que alguna injuria se había hecho a su dios, pues el ratón, o murciélago, o otra cualquier sabandija, se había atrevido a ofender al ídolo, y andaban muy sobre aviso para saber quién era la causa de tan gran desacato y (falta de) reverencia. Hallado el delincuente, por muy aventajado que en dignidad fuese, luego le mataban y vengaban con aquello la injuria que a su dios se había hecho. Llamaban a la injuria tetlazolmictiliztli.

59. Estos mozos y mozas habían de ser de seis barrios que para este efecto estaban nombrados, y no podían ser de otros barrios, sino de aquellos. Estos mozos y mozas servían un año en este templo, que era de una fiesta a otra. El cual año cumplido de su penitencia y recogimiento, salían de allí. Los señores y mandoncillos de aquellos barrios que dije, tenían ya apercebidos a los que aquel año habían de entrar a comenzar su servicio del ídolo y

ejercicio, con el recogimiento y penitencia que los pasados, entragábanlos a los sacerdotes y viejos del dormitorio, que así los llamaban, para que les impusiesen en las cerimonias, así a los mozos, como a las mozas, los cuales servían otro año, y esto era infalible, sin faltar jamás de aquellos "calpules" mozos y mozas diputados para solo el servicio de este solo ídolo.

60. Lo cual concuerda con lo que Dios tenía mandado en el Deuteronomio, que los sacerdotes ministros del templo fuesen de la tribu de Leví y de la estirpe de Aarón; a los cuales dio Dios por herencia que comiesen de las oblacones y sacrificios ofrecidos a Dios, mandándoles que no fuesen participantes en la posesión de sus hermanos, sino que tuviesen a solo Dios por herencia y que sólo él fuese su patrimonio.

61. Así lo guardaban los sacerdotes y ministros de los templos en esta tierra, que como dejo dicho, vivían en pobreza y no comían sino de limosnas y de las ofrendas y oblacones que a los templos acudían, y de las limosnas que les daban sin tener rentas, ni tierras, ni patrimonios, teniendo a los dioses que tenían, y aquel oficio por herencia y patrimonio y así nunca les faltaba de comer y todo lo que habían menester muy cumplidamente, con tanta abundancia que lo que les sobraba daban a los necesitados y pobres.

62. Las mozas del recogimiento, de este templo, dos días antes de la fiesta de este ídolo de que vamos tratando, molían mucha cantidad de la semilla de bledos que ellos llaman huauhtli, juntamente con maíz tostado. Después de molido, amasábanlo con miel negra de los magueyes. Después de amasado, hacían un ídolo de aquella masa, tal y tan grande como era el de palo que atrás dejo dicho, poniéndole por ojos algunas cuentas verdes, o azules, o blancas, y por dientes, granos de maíz, haciéndole sus pies y manos, sentado en cuclillas, como en la pintura vimos.

63. El cual, después de perfeccionado, venían todos los señores y traían un vestido curioso y rico, conforme al traje dicho del ídolo, y vestían aquella masa en figura de ídolo, poniéndole aquel pico de pájaro, todo de oro muy bruñido y relumbrante, con aquella corona de plumas en la cabeza y su delantal de plumas, su rodela y báculo, y sus brazaletes y ajorcas de los pies, sus sandalias muy ricas y su braguero muy galano de labores y plumería y, después de muy bien vestido y aderezado, sentábanlo en un escaño azul a manera de andas de las cuales salían cuatro asideros.

64. Aderezado el ídolo de esta masa y puesto en este escaño o andas, venida la mañana de la fiesta, una hora antes que amaneciese, salían todas estas doncellas, vestidas de blanco, con camisas y naguas nuevas. A las cuales por aquel día las llamaban "las hermanas de Huitzilopochtli", conviene a saber ipilhuan Huitzilopochtli. Estas venían todas coronadas con guirnaldas en las cabezas, de maíz tostado y reventado, que ellos llaman momochiti. De este maíz traían unas guirnaldas gruesas y, a los cuellos, gruesas sartas de lo mesmo, que les venían por debajo del brazo izquierdo. Así aderezadas, puesta su color colorada en los carrillos y los brazos, desde los codos hasta las muñecas de las manos emplumadas de plumas de papagayos coloradas, tomaban aquellas andas en los hombros y sacábanlas al patio.

65. Acá afuera estaban los mancebos, vestidos con unas mantas de red galanas y muy galanos bragueros, de mucha pluma labrados; coronados de aquellas guirnaldas de maíz, con sartas de lo mesmo al cuello. Los cuales, en saliendo que salían las mozas con el ídolo en los hombros, llegaban ellos con mucha reverencia y tomábanlo ellos en los suyos, y veníanse con ellas al pie de las gradas del templo, y humillándose todo el pueblo, y tomando tierra del suelo, poníanla en la boca, la cual cerimonia era muy ordinaria entre estos en los principales días de sus dioses.

66. Hecha esta cerimonia, salía todo el pueblo en procesión, con toda la priesa posible, e iban al cerro de Chapoltepec, y allí hacían estación y sacrificio. Y de allí con la misma priesa venían por Atlacuihuayan, y allí hacían segunda estación. De Atlacuihuayan venían a Coyoacan y allí, sin hacer pausa, se volvían a México. El cual camino se hacía en tres o cuatro horas. Llamaban a esta procesión ipaina Huitzilopchtli, que quiere decir "el veloz y apresurado camino de Huitzilopchtli".

67. Dijéronme algunos que esta procesión no era el mesmo día, sino en su octava, porque la tenían de veinte días, pero, que sea el mesmo día, que sea en su octava, a este ídolo y a hora suya se hacía y estarse ha a lo dicho, aunque yo por más verdadero tengo que se hacía en el día principal y no en la octava.

68. Acabado de llegar al pie de las gradas del templo, ponían allí las andas y tomaban luego unas sogas gruesas y atábanlas a los asideros de las andas, y, con mucho tiento y reverencia, unos estirando de arriba, otros ayudando de abajo, subían las andas con el ídolo a la cumbre del templo, con mucho sonido de bocinas y flautillas y clamor de caracoles y atambores. Subíanlo de esta manera a causa de que las gradas del templo eran muy empinadas y angostas y la escalera larga y no podían subir con ellas en los hombros sin caer y así tomaban aquel medio para subirle.

69. Al tiempo que le subían estaba todo el pueblo en el patio, con mucha reverencia y temor. Acabado de subirle a lo alto y metido en una casita de rosas que tenía hecha, a manera de enramada, venían luego los mancebos y derramaban muchas rosas de diversos colores y maneras, y henchían todo aquel lugar de ellas, hasta acá afuera y todas las gradas.

70. Después de hacer lo dicho, salían todas aquellas doncellas dichas con el aderezo referido y sacaban de allá de su recogimiento unos trozos de masa de tzoalli, que es la mesma masa de que el ídolo era hecho, hechos a manera de huesos muy grandes, y entregábanlos a los mancebos, y ellos subíanlos arriba y poníanlos a los pies del ídolo y por todo aquel lugar, hasta que no cabían más, porque, según relación, eran cuatrocientos huesos de masa. A esta masa en figura de huesos llamaban "los huesos de Huitzilopchtli y la carne".

71. Y es de notar que había dos ceremonias que no d de poner en silencio y es, que las mozas recogidas sacaban aquellos huesos que ellas tenían hechos y entregábanlos a los mancebos recogidos, porque no les era permitido, en ninguna manera ni tiempo, entrar en el recogimiento de las mujeres, y ellos los recibían de las manos de ellas y los subían y ponían ante el ídolo, porque en ninguna manera se permitía entrar mujer ante el ídolo, ni administrar cosa ninguna ante él, ni aun subir a las gradas arriba, y así lo guardaban, como si quebrantarlo fuera sacrilegio, o crimen lessae maiestatis, y a la verdad, en su ley, lo era.

72. Puestos allí los huesos, salían todos los ancianos del templo, sacerdotes y levitas y todos los demás ministros y sacrificadores, según sus antigüedades, porque las había muy por su concierto y orden, con sus nombres y dictados, como en su lugar diré.

73. Salían unos tras otros, con sus mantas de red de diferentes colores, y labores, conforme a la dignidad y oficio de cada uno, y con guirnaldas en las cabezas y a los cuellos. Tras estos salían todos los dioses y diosas, o sus personajes, vestidos a la misma forma de ellos, y poniéndose en orden, al rededor de aquella masa en trozos, hacían cierta cerimonia de canto y baile sobre ellos, con lo cual quedaban benditos y consagrados por carne y huesos de aquel ídolo llamado Huitzilopchtli. Y luego se apercebían los sacrificadores,

que tenían por nombre chachaimeca, los cuales eran dictado de mucha honra. El modo de los cuales y de su oficio y ejercicio veremos en el capítulo que viene.



CAPÍTULO III

DEL MODO QUE SE TENÍA EN SACRIFICAR HOMBRES EN LAS SOLEMNIDADES

1. Después de haber lo que del ídolo Huitzilopochfli hemos oído, antes de dar fin a las muchas ceremonias que faltan por referir y contar, a causa de que todo vaya por su orden, quise contar el modo que esta gente tenía de sacrificar, y quise hacer capítulo particular de ello, por lo mucho que hay que notar, así en el sacrificio, como en los particulares ministros que para ello había.

2. Donde, después de acabada la ceremonia y bendición de aquellos trozos de masa en figura de hueso y carne del ídolo, en cuyo nombre eran reverenciados, y honrados con la veneración y acatamiento con que nosotros reverenciamos al divino sacramento del altar, para más satisfacción y honra, salían los sacrificadores de hombres que para este día y fiesta había diputados y constituidos en aquella dignidad.

3. Los cuales eran seis: los cuatro, para los pies y manos, y otro, para la garganta. El otro para cortar el pecho y sacar el corazón del sacrificado, y ofrecerlo al demonio. Los nombres de los cinco eran chachalmeca, que en nuestra lengua quiere tanto decir como levita o ministro de cosa divina, o sagrada. Era una dignidad entre ellos muy suprema y en mucho tenida, la cual se heredaba de padres a hijos, como cosa de mayorazgo, sucediendo los hijos a los padres en aquella sangrienta dignidad endemoniada y cruel.

4. El sexto ministro, que era el que tenía oficio 'de matar, era tenido y reverenciado como supremo sacerdote, o pontífice. El nombre del cual era diferente, conforme a la diferencia de los tiempos y las solemnidades en que sacrificaba, así como en la diferencia de sus pontificiales vestidos con que se adornaba, cuando salía a ejercitar el oficio de su suprema dignidad.

5. En la fiesta del ídolo de que vamos tratando el nombre de su dignidad era Topiltzin, con el cual nombre se aderezaba y vestía unas ropas aplicadas a honor de aquel gran varón, que llamamos Topiltzin, de quien hicimos memoria en el capítulo atrás. El traje y ropa era una manta colorada, a manera de dalmática, con unas flecaduras verdes por oria, una corona de ricas plumas verdes y amarillas en la cabeza, y en las orejas, unas orejeras de oro, engastadas en ellas piedras verdes, y debajo del labio, un bezote de una piedra azul.

6. Venían todos estos seis matadores embijados de negro, muy atezados; traían los cinco unas cabelleras muy enrizadas y revueltas, con unas bandas de cuero, ceñidas a la cabeza, y en la frente traían unas rodela pequeñas de papel, pintadas de diversos colores; vestidos con unas dalmáticas blancas, labradas de negro, a las cuales llamaban papalocuchtlí. Traían estos la misma figura del demonio, que verlos salir con tan mala catadura ponía pavor y grandísimo miedo a todo el pueblo.

7. El supremo sacerdote traía en la mano un gran cuchillo de pedernal, muy agudo y ancho; el otro traía una collera de palo, labrada a la figura de una culebra. Puestos ante el ídolo, hacían su humillación y poníanse en orden junto a una piedra puntiaguda, que estaba frontera de la puerta de la cámara donde estaba el ídolo, tan alta que daba a la cintura, y tan puntiaguda, que, echado de espaldas encima de ella el que había de ser sacrificado, se doblaba de tal suerte que, en dejando caer el cuchillo encima del pecho, con mucha facilidad se abría un hombre por medio, como una granada.

8. Puestos en orden estos carniceros, con la figura de cuyo oficio ejercitaban, que era el demonio; con aquel aspecto espantoso, echado un cerco blanco alrededor de la boca, que parecía, sobre lo negro, figura infernal,

sacaban todos los que habían preso en las guerras que en esta fiesta habían de ser sacrificados, los cuales habían de ser de Tepeaca y de Caipan y de Tecalli y de Cuauhtlinchan y de Cuauhquechollan y de Atotonilco, y no de otra nación, porque para este dios no habían de ser las víctimas de otra nación sino de las nombradas y otras no le agradaban, ni las quería. Y muy acompañados de gente de guardia, como en el capítulo pasado queda dicho, subíanlos en aquellas largas gradas, al pie de la palizada de calaveras, todos en ringlera, desnudos en cueros.

9. Descendía una dignidad del templo constituida en aquel oficio, y bajando en brazos un ídolo pequeño, lo mostraba a los que habían de morir. Y acabado de andar la ringlera, se bajaba, yéndose tras él todos, y subía al lugar donde estaban apercebidos los ministros satánicos, y tomándolo uno a uno, uno de un pie, y otro de otro, y uno de una mano y otro de otra, lo echaban de espaldas encima de aquella piedra puntiaguda, donde al cuitado le asía el quinto ministro y le echaba la collera a la garganta, y el sumo sacerdote le abría el pecho y, con una presteza extraña, le sacaba el corazón, arrancándoselo con las manos y así bahando se lo mostraba al sol, alzándolo con la mano, ofreciéndole aquel baho, y luego se volvía al ídolo y arrojándoselo al rostro.

10. Acabado de sacarle el corazón, dejábanlo caer por las gradas del templo abajo, porque estaba la piedra puesta tan junto a las gradas que no había dos pies de espacio entre la piedra y el primer escalón.

11. Y a esta misma forma sacrificaban todos los presos y cautivos traídos de la guerra de los pueblos dichos; todos, sin quedar ninguno, pocos o muchos. De donde, después de muertos, y echados abajo, los alcanzaban los dueños, por cuya mano habían sido presos y se los llevaban y repartían entre sí y se los comían celebrando la solemnidad con ellos. Los cuales, por pocos que fuesen, siempre pasaban de cuarenta, o cincuenta, conforme a la maña que en prender y cautivar en la guerra se habían dado.

12. Lo mismo hacían los tlaxcaltecas, huexotzincas, calpas, tepeacas, teacalcas, atotonilcas y cuauhquecholtecas de los que de la parte de México prendían y cautivaban, celebrando la misma fiesta y solemnidad de su dios con ellos por la misma orden que estotros y con las mismas cerimonias.

13. Lo mismo se hacía en todas las provincias de la tierra, a causa de que esta fiesta era general y así la nombraban coailhuitl que quiere decir "fiesta de todos y general". Y así cada pueblo sacrificaba los que sus capitanes y soldados habían cautivado, y así podremos pensar qué número de gentes se sacrificaba aquel día en toda la tierra. No querría poner cosa que pudiese duda, pero entiendo que me certificaron que en toda la tierra pasaban de mil los que aquel día morían y se llevaba el demonio.

14. Y porque viene aquí a coyuntura, quiero decir a qué fin se ordenaban las guerras que entre México y Tlaxcallan y toda la generación tlaxcalteca había. Porque, como muchas veces habremos oído, con mucha facilidad sujetaban los mexicanos a Tlaxcallan y a Huexotzinco, y a Tepeaca y a Tecalla y a Calpa, Cuauhtinchan, Acatzinco, Cuauhquecholan y Atlixco, como habían sujetado a todo lo restante de la tierra.

15. Pero no querían, por dos razones que daban los reyes de México: la primera y principal era decir que querían aquella gente para comida sabrosa y caliente de los dioses, cuya carne les era dulcísima y delicada, y la segunda era para ejercitar sus valerosos hombres, y donde fuese conocido el valor de cada uno. Y así, en realidad de verdad, no se hacían para otro oficio ni fin las guerras entre México y Tlaxcallan, sino para traer gente de una parte y de otra, para sacrificar.

16. El modo de los cuales es el que diré: es a saber, que cuando se acercaba el día de cualquier fiesta donde había de haber sacrificio que en pocas lo dejaba de haber-, iban los sacerdotes a los reyes y manifestábanles cómo los dioses morían de hambre; que se acordasen de ellos los reyes. Se apercibían y avisaban unos a otros cómo los dioses pedían de comer; que apercibiesen sus gentes para el día señalado, y enviaban sus mensajeros a las provincias de Tlaxcallan para que se apercibiesen a venir a la guerra.

17. Y así, hechas sus gentes y ordenadas sus capitanías y escuadrones, salían a los llanos de Tepepulco, donde se 'encontraban y juntaban los ejércitos, y donde toda su contienda y batalla era el pugnar por prenderse unos a otros, para el efecto del sacrificio. Y así, el pueblo que más gente podía enviar y aventajarse, así de una parte como de otra, más enviaba, para poder traer más cautivos que sacrificar. De suerte que en aquellas batallas y reencuentros más pugnaban por prenderse que por matarse unos a otros, y este era su fin: prender y no matar, ni hacer otro mal y daño en hombre, ni mujer, ni casa, ni sementera, sino sólo traer de comer al ídolo y a aquellos malditos carniceros, hambrientos por comer carne humana.

18. Hecha la relación del modo que en el sacrificio se tenía como en el principio del capítulo lo doy pintado, para más claridad y noticia de la crueldad con que se ejercitaba, quiero agora dar fin a las cerimonias que en la fiesta de Huitzilopochtli se hacían.

19. Después de acabado el sacrificio, lo cual era que, después de muertos todos los que de víctimas habían servido, y el ídolo de masa y aquellos trozos que en nombre de carne y huesos de aquel ídolo estaban consagrados, todos muy bien rociados de aquella sangre humana, y todos los umbrales de las mezquitas y aposentos de los ídolos, untadas las caras de los ídolos con ella, salían luego todos aquellos mancebos y todas aquellas mozas así aderezados, como dije arriba, de guirnaldas y sartales a los cuellos, de maíz reventado, puestos en orden y en ringleras, los unos fronteros de los otros, bailaban y cantaban al son de un atambor que les tañían cantores, en loor de aquel ídolo y de la solemnidad. A cuyo canto todos los señores y viejos y gente principal respondían, haciendo su rueda y báile, como lo tienen de costumbre, teniendo a los mozos y mozas en medio. A cuyo espectáculo concurría toda la ciudad.

20. Este mismo día era precepto, muy guardado en toda la tierra, de que no se había de comer otra comida sino tzoalli con miel, que era la masa de que aquel ídolo era hecho. La cual comida se había de comer luego en amaneciendo, y no habían de beber agua, ni otra cosa ninguna sobre ello, hasta pasado el medio día; lo cual tenían por agüero y por sacrilegio el beber sobre aquella comida ninguna cosa, hasta después de pasadas aquellas cerimonias y sacrificios.

21. Y así escondían el agua, a los niños y avisaban a los que tenían uso de razón que no bebiesen, pues habían comido tzoalli, porque vendría la ira de aquel dios sobre ellos y morirían. Lo cual guardaban tan rigurosamente y tan por el extremo, como los judíos el no comer carne de puerco.

22. Acabadas las cerimonias, bailes y sacrificios, entremeses y juegos que entre los dioses había -digo entre aquellos que los representaban- íbanse a desnudar, y los sacerdotes y dignidades del templo tomaban el ídolo de masa y desnudábanle aquellos aderezos que tenía, y así a él como a los trozos que estaban consagrados en huesos y carne suya, hacíanlos muchos pedacitos y, empezando desde los mayores, los comulgaban con ellos a todo el pueblo, chicos y grandes, hombres y mujeres, viejos y niños, y recibíanlo con tanta reverencia y temor y lágrimas que era cosa de admiración, diciendo que comían la carne y huesos del dios; teniéndose por indignos de ello. Los que tenían

enfermos pedían para ellos y se lo llevaban con mucha reverencia y veneración. Todos los que comulgaban quedaban obligados a dar diezmo de aquella semilla de que se hacía aquella masa para la carne y huesos del dios.

23. Note el lector qué propiamente está contrahecha esta cerimonia endemoniada la de nuestra iglesia sagrada que nos manda recibir el verdadero cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre por Pascua florida. Donde notaremos otra cosa: que la fiesta de este ídolo se celebraba por Pascua florida, digo a diez de abril, que por la mayor parte suele caer en el mismo tiempo y mes, que por ser fiesta movable, cae ocho o diez días, unas veces más, otras veces menos.

24. De lo cual se colijen dos cosas: o que hubo noticia -como dejo dicho- de nuestra sagrada religión en esta tierra, o que el maldito de nuestro adversario el demonio las hacía contrahacer en su servicio y culto, haciéndose adorar y servir, contrahaciendo las católicas ceremonias de la cristiana religión, como en otras muchas partes notaremos, y muy en particular en lo que en este mismo día se hacía.

25. Y era que, acabada la solemnidad y ceremonias, se subía un viejo de mucha autoridad de las dignidades del templo y a voz alta predicaba su ley y ceremonias, juntamente los diez mandamientos que nosotros somos obligados a guardar, conviene a saber: que temiesen y honrasen a sus dioses y los amasen. Los cuales eran tan honrados de ellos y reverenciados, que el ofenderles se pagaba con la vida, harto con más temor y reverencia que lo es nuestro Dios de nosotros. También el no tomar a sus dioses en la boca, en ninguna materia ni plática. El santificar las fiestas con un rigor extraño, cumpliendo las ceremonias y ritos de ellas, con sus ayunos y vigiliass inviolablemente. El honrar a los padres y a las madres y a los parientes y a los sacerdotes y viejos.

26. No hay gente en el mundo, ni la ha habido, que con más temor y reverencia honrase a sus mayores que esta, y así a los que irreverenciaban a los viejos, padres y madres, les costaba la vida. Y así lo que más esta gente encargaba a sus hijos y les enseñaba era reverenciar a los ancianos de todo género, dignidad y condición que fuesen. De donde venían a ser los sacerdotes de su ley tan estimados y reverenciados, de grandes y chicos, de señores y populares, de ricos y pobres, cuanto agora en estos infelices tiempos nuestros son de abatidos y menospreciados y menos honrados.

27. El matar uno a otro era muy prohibido y, dado que no se castigaba con muerte natural, pagábase por muerte civil, al cual (matador) daban por esclavo perpetuo de la mujer o de los parientes del muerto, para que les sirviese y ganase el sustento de los hijos que dejaba.

28. También se prohibía el fornicar y adulterar, de suerte que si tomaban a uno en el adulterio, le echaban una soga a la garganta y le apedreaban y le arrastraban por toda la ciudad y después lo echaban fuera de la ciudad, para que fuese comido de fieras. Lo mismo del hurtar se guardaba harto más que no se guarda agora, pues al que hurtaba, o le mataban, o vendían por el precio del hurto.

29. También huían de no levantar falsos testimonios dando pena al que los levantaba, y así, los que habían caído en estos pecados y quebrantado la ley andaban siempre temerosos y pidiendo a estos dioses favor para no ser descubiertos. El perdón de los cuales delitos era de cuatro años, como jubileo, donde tenían remisión de ellos en la fiesta de Tezcatlipoca.

30. La cual fiesta celebraban con tantas y más ceremonias que la pasada, las cuales significaré en otro capítulo, lo más breve y especificadamente que me sea posible: por breve que quiera serlo, la

diversidad de ritos y ceremonias que usaban estas gentes no me da lugar para serlo, y más que el estilo de los indios, de quien voy tomando noticia, son variables en algunas cosas y muy prolijos en otras. Así que, por estas razones, no me da lugar a poder ser tan breve en los capítulos, como mi voluntad es en serlo, y más que, si no va especificado conforme al estilo de cómo pasó, quedaría con confusión mi deseo. Por lo cual pido no se me atribuya a que quiero ser molesto y prolijo, pues mi deseo no es sino de dar claridad de esta historia y contento al discreto lector.



CAPITULO IV

DEL ÍDOLO LLAMADO TEZCATLIPOCA Y DEL MODO CON QUE ERA SOLEMNIZADO

1. La fiesta más principal y solemnizada y de más ceremonias, después de la que hemos tratado, era esta del ídolo llamado Tezcatlipoca. La cual solemnizaba esta supersticiosa gente con tantas diferencias de ritos y sacrificios que era cosa de notar. En lo cual manifestaban la mucha reverencia que le tenían, pues igualaban su solemnidad con la de Huitzilopochtli.

2. Llamaban a esta fiesta "la fiesta de Toxcati": fiesta de las del número de su calendario. A cuya causa se solemnizaban dos fiestas: una de las del número de su calendario, que era Toxcatl, y la otra, del ídolo Tezcatlipoca.

3. El cual ídolo, en la ciudad de México era de una piedra muy relumbrante y negra, como azabache, piedra de que ellos hacen navajas y cuchillos para cortar.

4. En las demás ciudades era de palo, entallada en él una figura de un hombre todo negro y, de las sienas para abajo, con la frente, narices y boca, blanco, de color de indio. Vestida de unos atavíos, galanos a su indiano modo.

5. Cuanto a lo primero, tenía unas orejeras de oro y otras de plata; en el labio bajo tenía un bezote de un viril cristalino, en el cual estaba metida una pluma verde y otras veces azul, que después, de afuera parecía esmeralda o rubí. Era ese bezote como un jeme de largo.

6. Encima de una coleta de cabellos que tenía en la cabeza, tenía una cinta de bruñido oro, con que tenía ceñida la cabeza, la cual (cinta) tenía por remate una oreja de oro, con unos bahos o humos pintados en ella, que significaba el oír los ruegos y plegarias de los afligidos y pecadores.

7. De entre esta oreja y la cinta sallan unas garzotas y plumas de garza blancas, un gran manojo de ellas. Al cuello tenía colgado un joyel de oro, tan grande que le cubría todo el pecho.

8. En los brazos tenía dos braceletes de oro. En el ombligo tenía una rica piedra verde. En la mano izquierda tenía un amoscador de plumas preciadas, azules, verdes y amarillas, las cuales salían y nacían de una chapa redonda de oro muy relumbrante y bruñida, como un espejo, que era dar a entender que en aquel espejo veía todo lo que se hacía en el mundo y en la lengua le llamaban itlachiayan, que quiere decir "su mirador". En la mano derecha tenía cuatro saetas, que le significaban el castigo que por los pecados daba a los malos, y así al ídolo que más temían no les descubriese sus pecados era este.

9. En cuya fiesta, de cuatro en cuatro años, había remisión de delitos. En el cual día mataban la semejanza de este ídolo.

10. En las gargantas de los pies tenía veinte cascabeles de oro, a los cuales llamaban "sonajas" de los pies; tenía en el pie derecho una mano de venado atada siempre, que le significaba la ligereza y agilidad en sus obras y poder.

11. Tenía una manta de red muy bien obrada; toda la red negra y blanca, con una orla a la redonda de unas rosas blancas y negras y coloradas, muy adornadas de plumas. Con unos zapatos en los pies, a su uso y muy labrados y ricos. Con el cual aderezo estaba a la continua.

12. El templo en que estaba este ídolo era alto y hermosamente edificado. Tenía, para subir a él, ochenta gradas, al cabo de las cuales,

había un remanso, de doce o catorce pies de ancho y, junto a él, un aposento, ancho y largo, de tamaño de una sala; la puerta, ancha y baja, al uso de los edificios de los indios. Esta sala estaba toda entapizada de mantas galanas, labradas a su modo, de diversos colores y labores, todas llenas de plumas, que es lo que con esta nación adornan sus aderezos y atavíos.

13. La puerta de la pieza estaba siempre cubierta con un velo o antepuerta de muchas labores, de suerte que esta cámara siempre estaba cerrada u oscura, y el ídolo, oculto y cerrado. Al cual lugar nadie era osado entrar, sino solos los sacerdotes que para el culto y servicio de este ídolo estaban diputados.

14. Frontero de la puerta de esta sala, arrimado a la pared, había un altar del altor de un hombre y, sobré él, una peana de palo, de un palmo de altor, sobre la cual estaba puesto el ídolo en pie. El altar era a la misma forma que nuestra sagrada religión cristiana y la iglesia católica usa, el cual cubrían con mantas curiosas y galanas, las más ricas que ellos podían labrar y tejer.

15. Porque, como estas naciones no usaron de sedas ni la tenían, usaban de mantas de algodón, empero muy labradas y curiosas, de diversas labores y colores. Servían estas mantas de frontales.

16. También tenían en esta pieza pintadas todas las vigas de pinturas a su tosco modo, y sobre la cabeza del ídolo, un guardapolvo, adornado de plumería, e insignias, divisas y armas muy de ver con otra mucha plumería de diversas hechuras, guarnecidas de oro y piedras.

17. C'elebrábase la solemnidad de este ídolo a diez y nueve de mayo, según nuestros meses, y según las suyas, era la cuarta fiesta de su calendario, a la cual llamaban Toxcatl. Su celebración era muy solemne y tanto, que la que hemos relatado, ninguna ventaja le hacía.

18. La vísp'era de esta fiesta venían los señores al templo y traían un vestido nuevo, conforme a lo sobredicho, y entregábanlo a los sacerdotes, para que se lo pusiesen al ídolo. El cual (vestido) recibido, iban luego y vestíanselo, quitándole las ropas que tenía vestidas, las cuales guardaban en unas petacas, con tanta reverencia como nosotros tratamos los ornamentos y más. En las cuales petacas había muchos aderezos de aquellas joyas y brazaletes y plumas, tan guardados, que no servían de cosa ninguna, sino de estarse allí, adorándolos como el mismo dios.

19. Demás del vestido que a este ídolo ponían, que era el que a la continua tenía, le ponían particulares insignias de plumas, brazaletes, quitasoles, adornándolo todo lo más que podían.

20. Después de curiosamente adornado, quitaban el antepuerta o velo que a la entrada tenía, para que fuese visto de todos. Y, abriendo, salía una dignidad de las de aquel templo, que le llamaban Titiacahuan, vestido a la misma manera que el ídolo. Estaba con unas rosas en las manos y una flautilla de barro pequeña, de un sonido muy agudo. Y vuelto hacia la parte de oriente, tocaba la flautilla, y vuelto hacia occidente, hacia lo mismo, y vuelto al norte, lo mismo, y a la parte sur.

21. Acabado de tañer su flauta hacia las cuatro partes del mundo, todos los presentes que estaban y todos los ausentes que lo oían, ponían el dedo en el suelo, y cogiendo tierra en él, lo metían a la boca y comían aquella tierra que con el dedo habían cogido, y postrándose todos, lloraban llamando a la oscuridad de la noche y al viento, rogándoles que no los desamparasen, ni olvidasen, o que les acabaseñ la vida y diese fin a tantos trabajos Como en la vida se padecen.

22. En oyendo esta flauta, los ladrones, o los fornicarios, o los homicidas, o cualquier género de delincuentes, era tanto el temor y la tristeza que tomaban, y algunos se cortaban, de tal manera que no podían disimular haber en algo delinquido. Y así todos aquellos días no pedían otra cosa, sino que no fuesen sus delitos manifestados, derramando muchas lágrimas con extraña confusión y arrepentimiento, ofreciendo cantidad de incienso para aplacar a aquel dios.

23. Los valientes y valerosos hombres y todos los soldados viejos que seguían la milicia, con extraña agonía y devoción, pedían este día, oyendo la flautilla, al dios de lo creado y al señor por quien vivimos, y al sol y a Quetzalcóatl y a Tezcatlipoca y a Huitzilopochtli y a Cihuacoatl, que eran los principales dioses que adoraban, que les diese victoria contra SUS enemigos, y fuerzas para prender muchos cautivos en la guerra.

24. Hacíase esta cerimonia diez días antes de esta fiesta, en los cuales días, este indio tañía esta flautilla, en las cuatro partes dichas, para que todos hiciesen aquella cerimonia de comer tierra y de pedir a los dioses las cosas que querían y lo que deseaban, haciendo oración, alzando los ojos al cielo, suspirando y gimiendo, como gente que se doha de sus culpas y pecados.

25. Aunque el dolerse de ellos, como en realidad de verdad se dohan, no era sino por temor de la pena corporal que les daban, y no por la eterna, certificando no saber que en la otra vida la hubiese tan estrecha, y así se ofrecían a la muerte tan sin pena ni temor.

26. Y que esto sea así se manifiesta en pedir este día que sus pecados no fuesen manifestados, lo cual hoy en día les dura: el temor de descubrir y manifestar sus pecados, aun en las confesiones, no dándonos crédito en la necesidad que hay, tan estrecha y necesaria, de la rmanifestación de sus pecados en la confesión, temiendo que, si allí lo manifiestan, que la tiene que venir algún mal corporal o pena, no acordándose más de la eterna, que si no la hubiera.

27. Por lo cual hacen mal los ministros que en las confesiones se muestran ásperos y enojados con 'estos flacos indios, amenazándolos y amagándolos con las manos, conociendo su flaqueza y sabiendo cuan necesaria sea la benignidad y mucha paciencia y muestras de amor en el acto de la confesión, para que no se cometan los sacrilegios que se cometen, a causa de mostrar severidad con obras. Lo cual se había de castigar como caso de inquisición, dando perpetua privación de aquel oficio al que tal hace.

28. Llegado el mismo día de la fiesta de Tezcatlipoca, juntándose toda la gente de la ciudad en el patio para celebrar la solemnidad del Toxcatl, que quiere decir "cosa seca", donde, para más noticia, es de saber que toda esta fiesta se enderezaba para pedir agua al cielo, al modo que se dirigen nuestras rogaciones y letanías, las cuales siempre son por el mes de mayo, y así estos tenían esta fiesta por mayo, como queda dicho.

29. Empezaba su celebración a nueve de dicho mes y acababa a diez y nueve. Venida pues, la mañana del mesmo día solemne, sacaban los ministros del templo unas muy aderezadas andas, de mantas de colores diversas, de amarillo, verde, azul y colorado, etc. Tenían estas andas tantos asideros cuantos eran los ministros que las habían de llevar. Los cuales salían todos embijados de negro, con unas cabelleras largas: algunos dicen que eran postizas, otros que naturales, dejadas crecer para este efecto, a manera de nazareos; trenzada la mitad de esta cabellera con unas cintas blancas y con unas vestiduras todas a la mesma manera que el ídolo estaba vestido.

30. Encima de aquellas andas ponían al personaje del ídolo, que ellos llamaban "la semejanza del dios Tezcatlipoca". Sobre la cual hay opinión que era el mismo de palo que estaba en 'el altar; otros, que no, sino un indio, que vivo le iba representando en aquellas andas. El cual puesto en ellas, tomábanlo en los hombros y sacábanlo en público al pie de las gradas.

31. Luego sacaban los mozos recogidos y mozas recogidas de aquel templo una sogá torcida, gruesa, hecha de maíz tostado, y rodeaban todas las andas con ella, echando al cuello del ídolo una sarta de ello, y en la cabeza poniéndole una guirnalda de lo mismo. A la cual sogá llamaban toxcati, denotando la esterilidad y sequedad del tiempo.

32. Salían aquellos mozos todos embijados, con mantas de red, y con sartas de maíz tostado al cuello y con guirnaldas de lo mismo. Las mozas salían todas muy bien vestidas de nuevos aderezos de naguas, y huipillis; con sus sartales de maíz tostado a los cuellos y en las cabezas, tiaras hechas de varillas, todas cubiertas de aquel maíz. Traían los brazos y las piernas emplumadas de plumas coloradas y los carrillos llenos de color.

33. Sacaban muchas gargantillas de este maíz y poníanlas a los principales al cuello y en las cabezas, y, en lugar de candelas, poníanles unas rosas en las manos. Lo cual hoy día lo usan en algunas solemnidades, particularmente en la fiesta de la Ascensión y en la del Espíritu Santo, que cae por mayo, y en algunas que corresponden a sus antiguas fiestas. Véolo y callo, porque veo pasar a todos por ello, y también tomo mi báculo de rosas, como los demás, y voy considerando la mucha ignorancia nuestra, pues podía haber en ello mal.

34. Después de puesto el ídolo en sus andas, tendían por todo aquel lugar mucha cantidad de pencas de maguey, en lugar de juncia, y por todas las gradas, por encima de estas pencas, puestas sobre los hombros aquellas andas, las llevaban con aquel ídolo encima en procesión por dentro del circuito del patio, llevando delante de sí dos sacerdotes con dos braseros o incensarios de barro, incensando al ídolo, yendo y viniendo muy a menudo a incensarle. Donde cada vez que echaba aquel incienso, alzaba el brazo en alto, tanto cuanto podía extenderlo, haciendo aquella cerimonia al ídolo y al sol, pidiéndoles subiesen sus ruegos y peticiones al cielo, como subía aquel humo odorífero a lo alto.

35. Toda la demás gente se estaba queda en medio del patio, volviéndose en redondo hacia la parte donde iba el ídolo. Los cuales tenían en las manos unas sogas de nequén nuevas, de a braza, con un nudo al cabo, y con aquellas se disciplinaban dándose muchos golpes y recios en la espalda, a la manera que nosotros nos disciplinamos. Toda la cerca del patio y las almenas de él estaban llenas de ramas y rosas, tan bien aderezadas y compuestas, de tanta frescura, que era cosa de gran contento de ver el aderezo festival que había.

36. Acabada esta procesión tornaba a subir su ídolo a su lugar y asiento. Acabado de poner, salían tanta cantidad de indios, con rosas aderezadas de diversas maneras a su modo, con diversas hechuras y colores, y enchían el altar y la pieza y todo el patiezuelo de ellas, que no parecía sino aderezo de monumento. Estas rosas ponían por su mano los sacerdotes, administrándoselas los mancebos desde fuera, y quedábase así abierto por aquel día, sin echar el velo.

37. Hecho lo susodicho, salían a ofrecer todos de lo que era uso y costumbre ofrecer en semejantes solemnidades, conviene' a saber: mantas, joyas, piedras, copal. De esto se ofrecía grandísima cantidad. Palos de tea, manojos de mazorcas, codornices..., todo de voto y promesa que entre año habían hecho de ofrecer aquel día algo a aquella solemnidad.

38. En el ofrecer de las codornices había una cerimonia muy natural a la que en la Ley Vieja se hacía y es, que traían codornices a ofrecer los pobres, y entregábensela al sacerdote, y el sacerdote tomábala y con la mano arrancábale la cabeza y echábala al pie del altar, donde se escurría la sangre de aquella codorniz, y así hacía a todas cuantas se ofrecían. La cual cerimonia hallaremos al propio en el primer capítulo del Levítico.

39. Otras ofrendas había de comidas, cada una, como les ayudaba la posibilidad. Todas las cuales ofrendas eran de los ministros del templo y así, ellos las alzaban todas y las metían en los aposentos y dormitorios que allí tenían, donde, después de haber ofrecido, se iba la gente a comer a sus lugares y casas, quedando así la fiesta suspensa hasta después de haber comido.

40. Y esto era la gente del pueblo, porque acá en el templo todas aquellas mozas que dije adornadas y aderezadas de huipilli y naguas llenas de cadenas de maíz tostado y tiaras en las cabezas y color en los rostros y emplumados los brazos y piernas, y los mozos embijados, con sus mantas de red y gargantillas y guirnaldas de maíz tostado, con sus plumas de garzotas y bezotes postizos, se ocupaban en servir al ídolo de todo lo necesario a su comida.

41. La cual comida guisaban otras mujeres que habían hecho voto de ocuparse aquel día en hacer de comer al ídolo y servirle en aquel templo y no fuera. Y así se venían todas las que habían hecho voto aquel día en amaneciendo y ofrecíanse a las dignidades y prepósitos del templo y decíanles cómo venían a cumplir el voto que habían hecho de hacer la comida a Tezcatlipoca, y así lo hacían con mucha diligencia y cuidado y con tanta diferencia de manjares y de géneros de pan que era extraña cosa.

42. Hecha, esta comida y llegada la hora de comer, que era al medio día, salían todas aquellas doncellas de que queda hecha mención, todas en ringlera, con un cestillo de pan en la mano y en la otra una escudilla de guisado de todas las diferencias posibles, para el cual servicio se habían puesto en el circuito de la boca un cerco negro.

43. Traían delante de sí estas mozas un viejo que servía de maestresala al ídolo, y, como de guión de estas doncellas, venía vestido con una sobrepelliz que le daba a las pantorrillas, blanca, con muchos rapacejos por oria; encima de esta sobrepelliz, traía un jubón sin mangas, a manera de sambenito, de cuero colorado; por mangas traía unas como alas, colgando otras largas: de estas alas salían unas cintas anchas, de las cuales colgaba, al medio de las espaldas, una calabaza mediana, la cual, por unos agujerillos que tenía, estaba toda injerta de rosas. En esta calabaza venían muchas pelotillas de Piciete y otras de tizne: esta calabaza llamaban iyetecon.

44. Este viejo iba delante guiando, muy humilde y contrito, muy baja la cabeza, y en llegando al puesto, que era al pie de las gradas, humillábase, y haciéndose a un lado, llegaban las mozas con su comida, la iban poniendo por sus ringleras, llegando, una a una, a poner lo que traía.

45. En habiéndola puesto, tornaba el viejo a guiarlas y volvíanse a sus recogimientos. Acabadas ellas de entrar, salían los mancebos y ministros de aquel templo y alzaban de ahí aquella comida y metíanla a los aposentos donde estaban los que llamaban calmeccz teteuctin, que eran las dignidades de aquel templo y sacerdotes y ministros; los cuales habían ayunado cinco días arreo, que no habían comido, sino una vez al día sola, apartados de sus mujeres todos aquellos cinco días que no sallan del templo, azotándose con aquellas sogas que abajo queda dicho, sacrificándose y martirizándose al demonio.

46. Metida aquella comida, que la debían estar esperando como la salvación, comían hasta más no poder. Mas de aquella comida divina, que así la llamaban, de la cual comida a ninguno era lícito comer, sino a ellos solos, y guardaban con tanto cuidado y temor que nadie osaba comer de ella, aunque la viese allí puesta y estuviese muy muerto de hambre. Lo que hallarás en el Levítico, mandado por Dios a Moisés y aplicado a Aarón y a sus hijos y a los sacerdotes del templo y serviciales de él, conviene a saber, a solos los varones de aquella estirpe y generación.

47. En acabando de comer, tornaba la gente de la ciudad a recogerse en el patio del templo a ver y celebrar el fin de la fiesta. Donde, después de recogida, sacaban un indio esclavo, que había representado al ídolo un año, vestido y aderezado y honrado como el mesmo ídolo. Y, haciéndoles todos la reverencia, lo entregaban a los sacrificadores, que salían al mesmo tiempo, vestidos y aderezados a la mesma manera que atrás queda dicho. Tomábanle los cuatro de pies y manos; el papa le cortaba el pecho y le sacaba el corazón y lo alzaba con la mano, todo lo que podía extender el brazo a lo alto, y daba el baho al sol y, después de un espacio de ave maría que lo tenía así, arrojábalo al ídolo, y al muerto, daban con él por las gradas abajo.

48. Muerto Tezcatlipoca, llegábanse a un lugar que llamaban ixhuacan, consagrado para aquel efecto, y salían aquellos mozos y mozas con el aderezo dicho tañéndoles. Las dignidades del templo bailaban y cantaban, puestos en orden junto al tambor, andando en rueda todos los señores, aderezados y vestidos con las insignias que los mozos traían, y de ellos, con tiaras en las cabezas, a la manera que las mozas las traían, andando uno aderezado y revuelto, con aquella sogá de maíz tostado que dijimos que se llamaba toxcati, a quien era la segunda fiesta y Solemnidad.

49. En este día no moría más de este indio, porque era la ordenanza y cerimonia que solamente de cuatro en cuatro años muriesen otros con él. A los cuales llamaban imallacualhuan, que quiere decir "los presos de su comida", y cuando éstos morían, era el año de su jubileo e indulgencia.

50. A puestas del sol, hartos de tañer y cantar y de comer y beber, íbanse aquellas mozas a sus retraimientos y tomaban unos platos de barro, grandes como fuentes y, llenos de tzoalli amasados con miel, cubiertos con unas mantas pintadas con unas calaveras de muertos y huesos cruzados, y llevaban colación al ídolo y subían hasta el patiezuelo que estaba delante de la puerta del adoratorio y poníanlo allí, yendo su maestresala delante, y luego se bajaban.

51. Y acabados de bajar, aquellos mancebos todos puestos en orden, con sus cañas en las manos, arremetían a las gradas y arrojaban sus varas a lo alto, y, después de arrojadas, subían por las gradas del templo arriba, unos a porfía de otros, pugnando de llegar los unos primero que los otros a los platos de colación y a las dignidades del templo. Tenían cuenta con el primero que llegaba y con el segundo y con el tercero y con el cuarto. Del quinto ni de los demás no se hacía caso, hasta que llegaban todos y arrebatábanlos como reliquia.

52. A los cuatro que dije habían llegado primero, los tomaban en medio las dignidades y ancianos del templo y, con mucha honra, los metían a los aposentos y los bañaban y daban muchos aderezos, y desde (allí) en adelante como a hombres señalados los respetaban y honraban.

53. Acabada la presa, celebrada con mucho regocijo y algazara, todas aquellas mozas que habían servido al ídolo y mozos de que hemos venido tratando, les daban libertad para que se fuesen y, así, en orden, unas tras otras salían para irse. Al tiempo que ellas salían estaban todos los muchachos

de los colegios y escuelas a la puerta del patrio, todos con pelotas de juncia en las manos, y, al salir que salían, las apedreaban y burlaban de ellas, como de gente que se iba del servicio del ídolo, con libertad de hacer de su persona a su voluntad. Y con esto se daba fin a la fiesta y solemnidad de Tezcatlipoca y del toxcati.

54. Que, si bien hemos notado, tantas ceremonias y más ha tenido como la de Huitzilopochtli de quien tratamos en el capítulo pasado, y por que nos hemos detenido mucho en este capítulo, pasaremos a tratar en otro del edificio del templo en que estaba y de la segunda manera con que le tenían y pintaban y de los sacerdotes que en él servían y ceremonias que tenían.



CAPITULO V

DEL EDIFICIO QUE EL TEMPLO DE TEZCATLIPOCA TENÍA Y DEL ORDEN QUE ENTRE LAS DIGNIDADES DE ÉL HABÍA Y CEREMONIAS

1. En la gran ciudad de México y en la de Tezcoco, que eran las dos más insignes de la tierra y donde había y florecía toda la policía y buen orden y concierto, así en las cosas de gobierno, como en el cumplimiento de los ritos y ceremonias de los dioses, con todo el orden y concierto del mundo, tenían a este ídolo Tezcatlipoca de dos maneras, o con dos efigies pintado. La una manera, de la suerte que el capítulo pasado queda dicho.

2. La otra manera era como agora contaré y verán la pintura de esta hoja, donde está señalada. Donde, para más claridad, es de saber que en México y en Tezcoco, como digo, a quien las demás villas y ciudades seguían en costumbres y ritos, leyes y ordenanzas, tenían a este ídolo en un templo, ya no de la manera que atrás contamos, en pie y vestido y lleno de mil insignias, sino asentado en un asentadero de palo a su modo, vestido de una manta colorada, toda labrada de calaveras de muertos y huesos cruzados, y en la mano izquierda, una rodela blanca, con cinco copos de algodón puestos en cruz en ella, que son los vestidos del cielo, y en la mano derecha, una vara arrojadiza, amenazando con ella, el brazo muy extendido, que parecía quererla arrojar, la cual vara estaba puesta en un amiento. Dentro la rodela salían cuatro flechas.

3. Estaba con un semblante y denuedo airado, el cuerpo todo embijado de negro y la cabeza toda emplumada con plumas de codornices. Teníanlo por dios que enviaba las secas y hambres y esterilidad de tiempos y pestilencias, y así, en esta segunda efigie le pintaban riguroso y airado. De donde sucedía que todas las mujeres que tenían niños enfermos, luego acudían a este templo, ofreciendo estos niños a este dios.

4. Traíanlos ante los sacerdotes, los cuales tomaban los niños y poníanles el traje e insignias del ídolo, que era embijarlos con el betún del dios y emplumarles la cabeza con plumas de codornices, o de gallinas; conforme a lo que usa la devoción de los cristianos de ofrecer a los niños a los santos de las órdenes, echándoles el hábito de Santo Domingo, o de San Francisco, o de San Agustín.

5. De lo cual queda avisado el celoso de la honra de Dios que todas las veces que viere a los niños de estos indios emplumadas las cabezas, sepa que están ofrecidos a este ídolo y cumplen el voto que su madre hizo de traerlos embijados y emplumados y podrá mandarlo quitar y castigar, y merecerá en ello el cielo cualquier siervo de Dios.

6. El betún con que embijaban y hoy en día los he visto embijados algunos niños, era el mismo con que embijaban a este ídolo y con que los sacerdotes y ministros de este templo se embijaban cuando iban a los montes a ofrecer sacrificio; con lo cual iban muy seguros, sin ningún temor, especialmente que las más veces iban de noche.

7. Este templo en México estaba edificado en el mismo lugar en que está edificada la casa arzobispal. Donde, si bien ha notado el que ha en ella ha entrado, verá ser toda edificada sobre terraplano, sin tener aposentos bajos, sino todo macizo el primer suelo. Allí estaba este ídolo en su templo, no menos galano y torreado y almenado que el de Huitziopochtli; edificado con tanta curiosidad de efigies, tallas y revocados, que aplacía cualquiera vista.

8. Tenía dentro de su patio y cerca muchos aposentos; unos, de las dignidades de aquel templo, que había particulares, pues eran como iglesias

catedrales, especialmente los templos de los dioses más preeminentes, porque otros había que no eran sino como parroquias, como de cada uno iremos declarando.

9. Había también aposentos de mancebos recogidos, que servían ya en el culto y ceremonias a los viejos prebendados, guardando su recogimiento y pobreza y obediencia y ejercitándose ya en la misma penitencia que los ancianos. Había también aposentos de mozas recogidas y religiosas de las cuales tratamos en el capítulo pasado, y de su traje y ejercicio y de lo que servían al ídolo en su fiesta y el modo con que se aderezaban para ella, como lo verás pintado en la presente hoja.

10. Antes que pasemos a tratar de los demás ídolos en particular, quiero tratar de los sacerdotes de este templo y de sus ceremonias y traje, su manera, su forma y hábito y de todos los demás servidores de él. Por haber cosas que notar quise hacer particular capítulo de su relación, con la mucha aspereza y penitencia que hacían, el rigor con que se trataban y el tesón con que perseveraban en aquellos pesados y sangrientos ejercicios.

11. Los sacerdotes y dignidades de este templo no eran gente diputada para el servicio de él, como lo eran los que servían a Huitzilopochtli, que habían de ser de ciertos barrios particulares. En este templo no eran de 'esa manera, sino una gente ofrecida desde su niñez al templo, que sus padres y madres -como agora los envían a las iglesias para que sirvan en el altar, o como mozos de coro, que enseñándose allí a cantar y rezar y a estudiar, se aficionan a ser eclesiásticos y los ordenan y vienen a subir en las prebendas y dignidades, como han subido muchos virtuosos hijos de vecinos, que los conocí yo con hopas coloradas, sirviendo de cirial y cetro- de esta manera ponían los padres en los templos en el tiempo de su infidelidad, ofreciéndolos a los dioses para que fuesen guardados y amparados de ellos. Y esto hacían cuando los veían enfermos, o en algún peligro, por ser la gente que más ama a sus hijos que hay nación en el mundo. Así los ofrecían a los dioses para que allí se criasen y deprendiesen a servir en el templo y buenas costumbres y juntamente las ceremonias y culto de los dioses.

12. De estos niños había casa particular, como escuela y pupilaje, donde había gran número de muchachos, los cuales tenían ayos y maestros que les enseñaban e industriaban en buenos y loables ejercicios y costumbres: a ser bien criados, a tener reverencia a los mayores, a servir, a obedecer, dándoles documentos cómo habían de servir a los señores' para caber entre ellos y saberjes ser agradables. Allí los enseñaban a cantar, a danzar y a otras mil sutilezas.

13. También los industriaban a ejercicios de guerra: a tirar una flecha a puntería, a tirar una fisga, o varas tostadas, con amientos, a mandar bien una rodela y espada, haciéndolos dormir mal y comer peor, para que desde niños supiesen de trabajos y no se criasen con regalo.

14. En esta casa había muchos, de todo género de personas, así hijos de principales como de gente baja, y aunque todos estaban de una puerta adentro, los hijos de los reyes y los grandes siempre estaban más respetados y mirados, trayéndoles las comidas de sus casas, en particular y especialmente a los hijos de Montezuma y de otros valerosos y principales señores que tenían allí sus hijos, encomendados a los viejos que mirasen por ellos.

15. Predicábanles y amonestábanles el vivir castamente y el ayunar, el comer y beber templadamente y con reposo y mesura, y no apresuradamente, probándolos con algunos trabajos y pesados ejercicios para conocer en ellos lo que aprovechaban en la virtud.

16. A esta casa llamaban telpuchcalli, que quiere decir "casa de mancebos o muchachos", donde después de ya criados y enseñados en los ejercicios dichos, consideraban en ellos la inclinación que tenían y a lo que más se aplicaban e inclinaban. Si les veían con ánimo y brío de ir a la guerra, en teniendo edad, luego en ofreciéndose coyuntura, en achaque de que llevasen la comida y bastimento a los soldados, los enviaban para que allá vieses lo que pasaba y el trabajo que se padecía, para que perdiesen el miedo.

17. Y muchas veces les echaban unas cargas pesadas para que, mostrando ánimo en aquello, con más facilidad los admitiesen a la compañía de los soldados. Y así acontecía muchas veces ir con carga al campo y volver por capitán y con insignias 'de valeroso, y otros quererse señalar tanto que quedaban presos o muertos en el campo. Porque muchas veces antes se dejaban hacer pedazos que dejarse prender. Y por la mayor parte los que a esto se inclinaban eran los hijos de valerosos hombres, de señores y caballeros, gente principal: lo cual es general en todas las naciones del mundo los tales bien nacidos ir a señalarse su persona en defensa de su ley y por su rey y por la patria y para ilustrar sus personas y linajes.

18. Otros se aplicaban e inclinaban a religión y recogimiento; a los cuales, en conociéndoles la inclinación de esto, luego los apartaban y traían a los aposentos del mismo templo y dormitorios, poniéndoles las insignias de eclesiásticos -como se usa en nuestra iglesia sagrada que, en inclinán dose los mozos a ser eclesiásticos, luego les ponen un manteo y un bonete, qu'e son insignias y hábito eclesiástico, ordenándolos luego de corona Y grados-.

19. Así a estos naturales los sacaban de estos colegios y escuelas donde deprendían las cerimonias y el culto de los ídolos y los pasaban a otras casas y aposentos de más autoridad, a la cual casa llamaban tlamacazcalli. Este nombre dicho se compone de tiamacaz, que quiere decir "hombre perfecto" y de calli, que quiere decir "casa". Y así la llamaban casa de mancebos ya en la perfecta edad de la juventud.

20. Y así tenían estos indios cuatro vocablos para diferenciar sus edades: el primero era piltzintli, que es como nosotros decimos "puericia". El segundo era tlamacazqui, que quiere decir tanto como "juventud". El tercero era tlapaliuhqui, que quiere decir ya la "edad madura y perfecta", y huehuetqui, que quiere decir "vejez". La cual vejez era en mucho tenida y reverenciada entre estas naciones, y lo es hoy día entre los señores, haciendo mucho caso de ellos y de su parecer y consejo, sin el cual no se hace nada.

21. Traían, pues, a estos mancebos a esta casa de más autoridad; en la cual casa y aposentos hallaban otros maestros y prelados que los guardaban e imponían y enseñaban en lo que les faltaba de deprender. Los cuales, desde el día que entraban en este segundo lugar, lo primero que hacían era dejar crecer el cabello, como nazareos; lo segundo, embijarse de pies a cabeza con un betún negro, cabellos y todo; que, de la mucha tizne que en ellos se ponían mojada venían a criar unas plantas en ellos y a ponérseles como unas trenzas, que no parecían sino clines de caballo encrisnejadas. Los cuales con el largo tiempo les venían a dar a las corvas y era tanto el peso que traían en la cabeza que hacían grandísima penitencia con él.

22. Este cabello no lo cercenaban ni cortaban 'hasta que morían, o hasta que ya muy viejos los jubilaban y ponían en cargo de regimiento u otros oficios honrosos en la república, que ellos llaman tlatocayotl, que es como nosotros decimos los grandes en la corte de su Majestad. Traían estos las cabelleras trenzadas atrás con unas trenzadoras de algodón blanco tanto no más de cuanto toman seis dedos.

23. A estas cabelleras así tiznadas y entrenzadas llamaban papa. Hoy en día he visto niños crecido el cabello y tiznado con este betún, que se lo ponen las madres a imitación quizá de aquellos sus antepasados, y traen de la tizne tan enmarañado el cabello y tiznado con este betún que, si no es cortándolo, no hay remedio de desenmarañarlo.

24. El ordinario tizne era de humo de tea, la cual tea y humo fue muy tenido y reverenciado antiguamente y era particular ofrenda de los dioses. Con esta tizne estaban siempre embijados de los pies a la cabeza, que no parecían sino negros muy atezados, y este embijado con solo tizne de ocote era el cotidiano, porque cuando habían de ir a sacrificar, especialmente a encender inciensos a las espesuras y cumbres de los montes altos y a las cuevas oscuras y temerosas, donde tenían sus ídolos y hacían sus particulares cerimonias, para perder todo temor y cobrar gran ánimo, se embijaban con otro betún diferente, al cual llamaban teotiacualli, que quiere decir "comida divina".

25. Y esta comida de dios era conforme al dios que la comía, la cual era toda hecha de sabandijas ponzoñosas, conviene a saber: arañas, alacranes, cientopiés, salamanquesas, víboras, etc. Las cuales recogían los muchachos de estos colegios y las tenían recogidas, muchas en cantidad, para cuando los sacerdotes las pedían, como los pajes de palacio proveen de mondadientes para la mesa de los señores. Así estos muchachos el tiempo que les vagaba andaban a caza de estas sabandijas mortíferas y, si acaso yendo a otra cualquiera cosa topaba alguna así ponía el cuidado en cazarla como si le fuera en ello la vida. De donde ha venido a no temer estos indios a tratar estas sabandijas con la mano, como si no fueran peligrosas y asquerosas.

26. Para hacer esta comida de dios con que se embijaban en los tiempos dichos tomaban los sacerdotes y ministros de los templos, y en particular de este que vamos tratando, todas aquellas sabandijas dichas y quemábanlas en el brasero del dios que estaba en el templo y, después de quemadas, echaban aquella ceniza en unos morteros y juntamente mucho picietí, que es una yerba que los indios usan para amortiguar las carnes y no sentir el trabajo, que es a la misma manera que el beleño de España, el cual revuelto con cal, pierde la fuerza que tiene de matar, aunque no la de almadiar y desvanecer y ser nocivo al estómago. De esta yerba echaban en aquellos morteros y algunos alacranes y arañas vivas y cientopiés y allí majaban y hacían un ungüento endemoniado, hediondo y mortífero.

27. Después de majado, echábanle una semilla molida que llaman ololihqui, que se ponen los indios y la beben para solo ver visiones, el cual tiene el efecto de emborrachar y (echaban) gusanos negros peludos que solo el pelo tiene ponzoña y lastima a los que toca. Todo esto amasaban junto con tizne y echábanlo en unas olletas y jícaras y poníanla delante de este dios como comida divina. Los cuales embijados con ella era imposible dejar de volverse brujos o demonios, y ver y hablar al demonio.

28. Pues debía de ser este ungüento hecho para el efecto, como aquel con que se untan las brujas. Guarde nuestro señor esta mi obra de dar aviso a alguna matrona honrada que lo quiera experimentar, como hizo Asno de Oro, que pensando volverse pajarito, erró el botecillo y tornóse asno, como lo cuenta la fábula que de esto trata!

29. Embijados estos sacerdotes en esta manera perdían todo temor: mataban los hombres en los sacrificios con grandísima osadía; iban de noche y solos, así embijados, a los montes, a las cuevas oscuras, a las quebradas sombrías y temerosas. Todos, sin temor de que nada les empeciese ni osase hacerles mal, llevando como amparo la comida divina, con que iban untados, menospreciando las fieras, teniendo por muy averiguado que los leones, tigres y otras fieras alimañas nocivas que en los montes se crían huirían de ellos

por virtud de aquel betún de dios, o por mejor decir, del diablo. Y aunque no huyesen del betún, huirían de ver un retrato del demonio en que iban transformados.

30. También servía esta medicina o betún para curar los enfermos y los niños, para lo cual la llamaban "medicina divina". Y así acudían de todas partes a las dignidades de este templo como a saludadores, para que les aplicasen la medicina divina, y así les embijaban con ella la parte enferma y donde sentían dolor, y sentían notable alivio.

31. La causa es, a lo que a mí me parece y como lo he persuadido a muchos de estos naturales, que con extraña fe y confianza lo han usado en sus enfermedades, que como el picietl y el ololihqui tienen extraña virtud de desvanecer y almadiar, que aplicado por vía de emplasto amortigua las carnes, y esto solo por sí. Cuanto más revuelto con tanto género de ponzoña es av'eriguado que, puesto sobre cualquier dolor, amortiguaría y daría descanso! Y así, curando estos sacerdotes con este betún' y unguento y untándoles el cuerpo con él, amortiguados con la fuerza del picieti y el ololihqui, parecían efecto de improvisado y cosa celestial y así acudían a estos sacerdotes como a hombres santos.

32. Los cuales traían engañados y envanecidos a los ignorantes, persuadiéndolos de cuanto querían de agüeros y supersticiones, como hoy en día creo se lo persuaden, haciéndoles acudir todavía a hacer sus medicinas y ceremonias satánicas. Y persuadir 'en ello con tanta facilidad que no será menester darles tormento, ni amenazarlos con la rueda 'de navajas en que pusieron a Santa Catalina, ni con las parrillas de San Lorenzo, porque bastará decirles los viejos que, si quieren no morir, o que no se muera su hijo, que hagan lo que los antiguos idólatras hacían. Y luego, sin más dilación, a trueque de que no muera su hijo, o su marido, acudirán a los ritos antiguos y supersticiones.

33. Como es a las ofrendas del copal y del olin; de los tzuales y tortillas; a la superstición de la tizne y de las plumas, y del trasquilar de las cabezas, de atarles papelillos, de ceniza a los pescuezos, el pasarles el incensario de los 'dioses por encima de la cabeza, lleno de brasa y copal, el atarles hilos de colores a la garganta y huesezuelos de culebras, contezuelas, zarcillos; que se bañen a tal y a tal hora; que velen de noche a un fogón de fuego, y que no coman otro pan sino lo que ha sido ofrecido a los dioses.

34. Y luego acuden a los sopladores de los baños, y a los chupadores, y a los refregadores; lo cual hoy en día se ha hallado en algunos tan vivo y tan ordinario, sin nosotros entenderlo ni saberlo, como agora ha sesenta años en su infidelidad. Y, lo que peor es, que como eran tan inclinados a agüeros que cierto lo eran por extremo, luego acudían los Sortilegios, que con maíces, o con medirlos de hilo, echaban suertes y a los que adivinaban mirando en los lebrillejos del agua. A los cuales vaya Dios apocando poco a poco. Ya no creo ha quedado ninguno, si alguno había.

35. Después de dicho lo que hemos tratado de estos ministros, es menester declarar del culto y servicio que hacían al ídolo cada día, y de su áspera penitencia. Donde será necesario ver su modo y pintura para que entendamos, vista su figura, con más facilidad, lo que de ellos escribiremos. Los cuales eran a la manera que aquí ves.

36. Vista su figura, es de saber que el ejercicio de estos era incensar al ídolo cuatro veces, entre día y noche, con aquel incensario que en la mano vimos que tenía, y era a las horas que diré: la primera, en amaneciendo, y la otra, a medio día, y la otra, a la oración, y la cuarta, a media noche, a la misma hora que nosotros nos levantamos a decir maltines. A

esta misma hora se levantaban todas las dignidades y prebendas de aquel templo y en lugar de campanas, tomaban los que llamamos tiamacaz que unos caracoles grandes, y otros, unas flautillas, y tañían gran rato un sonido triste y endemoniado.

37. Después de haber tañido salía el semanero de aquella semana, vestido con una larga ropa, hasta las corvas, como dalmática, y con su brasero o incensario en la mano, lleno de brasa del fogón del dios, y en la otra mano, una bolsa llena de incienso. Echaba de aquel incienso en el incensario y entraba al ídolo e incensaba, a la misma manera que agora inciensan los sacerdotes el divino altar, alzando la mano hacia arriba y tornándola abajo. Dejaba luego el incensario, al cual llamaban tiemaiti, y tomaba luego una manta y sacudía el altar y las mantas que estaban por ornato de la pieza. Estando ya la pieza bien llena de humo de aquel incienso, salíase a su recogimiento. Lo mismo hacían en amaneciendo, con el mismo sonido de caracoles, y a medio día, y a la oración sin f altar un día tan solo.

38. Acabada la cerimonia que a media noche se hacía, luego se iban a un lugar de una ancha pieza, donde había muchos asentaderos de palo y de juncia, y allí se sentaban y tomaba cada uno su puya de maguey, y punzábanse las pantorrillas junto a la espinilla y exprimían la sangre y untábanse las sienes con ella. Después de untadas las sienes la demás sangre, untaban con ella todas las puyas con que se punzaban y sacrificaban y poníanlas entre las almenas .de la cerca del patio, hincadas en unas pelotas de paja grandes que allí había de ordinario para aquel efecto muy enramadas y dejábanlas allí, para que, hallándolas, viesen todos la penitencia y martirio que en sí mismos hacían, como hombres que hacían penitencia por el pueblo.

39. De estas puyas había en aposentos gran número de ellas en este templo, a causa de que las iban quitando cada día y guardando y poniendo otras de nuevo, porque no había de servir ninguna puya dos veces. De estas puyas quemaron los padres de San Francisco gran número de ellas en su llegada, y los españoles halláronlas tan guardadas, y con tanta veneración qu'e era cosa de maravilla, teniéndolas en memoria de la mucha sangre que derramaban.

40. En acabando el sacrificio salían todos a aquella misma hora del templo, íbanse a una lagunilla que tenían hacia la Veracruz, que tenía por nombre Ezapan, que quiere decir "agua sangrienta", y allí se lavaban de aquella sangre que se habían puesto en las sienes y lavándose como hombres inmundos de las culpas que aquel día habían cometido. Después de lavados, volvíanse al templo y luego se tornaban a embijar con aquella tizne.

41. Luego los mayores mandaban a los servidores del templo que barriesen el patio, las gradas; que lo enramasen todo; que fuesen por leña, porque era cerimonia que ninguna leña se quemase sino sólo aquella 'que ellos traían, y no la podían traer otros, por ser para el brasero divino que ellos llamaban, en el cual brasero eternamente no había de faltar lumbre, ni se había de apagar jamás. Con el mismo cuidado que agora ponemos de que la lámpara esté encendida siempre ante el santísimo sacramento. Estos y no otros, habían de enramar y aderezar los templos.

42. El cual oficio ha quedado hasta el día de hoy a los mancebos, los cuales enraman las iglesias y las aderezan de ramos, rosas y juncia. Para lo cual tienen sus capitanes y mandoncillos que ellos llaman telpochtlato que. Y permítese, viendo que en 'ello no se halla superstición, sino antigua costumbre.

43. También hacían estos sacerdotes otras grandes penitencias, como era ayunar diez y cinco días, siete días arreo, antes d'e algunas fiestas principales, a manera de cuatro témporas. Guardaban continencia, y muchos de

ellos, por no venir a caer en alguna flaqueza, se hendían por medio los miembros viriles, y se hacían mil cosas para volverse impotentes por no ofender a sus dioses.

44. No bebían vino; dormían muy poco, porque los más de sus ejercicios eran de noche, como era atizar la lumbre, ir a los cerros, a ofrecer sacrificios, por los que se los encomendaban, y era tan ordinario el ocurrir a ellos, que fuesen a ofrecer por ellos sacrificios a los montes, llevando ofrendas de incienso y comida y vino y olin y cajetillos y escudillejas y cestillos, como lo es agora el traer limosna para qu'e les digan una misa, o como lo era en la Ley Vieja ofrecer corderos, cabrones, etc., a los sacerdotes por los pecados.

45. En fin, ellos se martirizaban bravísimamente y con sus grandes penitencias, estaban hechos mártires del demonio, a trueque de que los tuviesen en opinión de santos y de ayunadores y penitencieros, y el que más penitencia podía hacer, más hacía, para ser tenido en más opinión, y así los llamaban tlamaceuh que y mozauh que, que quiere decir "penitentes" y "abstinentes". De lo cual recibían gran contento y vanagloria.

46. También tenían oficio de ir a enterrar a los muertos y hacerles exequias. Y a unos enterraban en sus sementeras y a otros, en los patios de sus mismas casas; a otros llevaban a los sacrificadores de los montes; a otros quemaban y les enterraban las cenizas en los cúes. Y a ninguno enterraban que no le visti'esen toda cuanta ropa de mantas y bragueros tenía y joyas. En fin, todo, que no dejaban cosa. Y si le quemaban, en la olla en donde echaban las cenizas, allí echaban las joyas y piedras, por ricas que fuesen.

47. A estos cantaban cantares funerales, como responsos, y los lamentaban y hacían grandes cerimonias en estos (ritos) mortuorios. Comían y bebían y, si era persona de calidad, daban mantas a todos los que habían acudido al entierro. A éstos tenían cuatro días tendidos en un aposento, hasta que acudiesen de todas las partes donde era conocido. Los cuales (concurrentes) traían presentes al muerto, y si era rey o señor de algún pueblo el muerto, le ofrecían esclavos para que los matasen con él para que fuesen allá a servirle.

48. Mataban al sacerdote o capellán que tenía. Porque todos los señores tenían un capellán que dentro de casa les administraba las cerimonias. Matábanle para que fuese allá a administrarle las cerimonias. Mataban al maestresala que le había servido y al copero, a los corcovados y corcovadas, y enanos que le habían servido. Lo cual era grandeza entre los señores: servirse de corcovados, y las señoras, de corcovadas.

49. Mataban a las molenderas, para que fuesen allá a molerle y hacerle pan al otro mundo. Y porque no tuviesen pobreza allá, enterraban con él mucha riqueza de oro, plata, joyas, piedras ricas, mantas, orejeras, bezotes, brazaletes, plumas. Y silo quemaban, juntamente quemaban toda aquella gente que había muerto para su servicio, y revolvían toda aquella ceniza y echábanla, así revuelta, y enterrábanla con gran solemnidad.

50. Duraban las exequias diez días de lamentables y llorosos cantos los cuales he trabajado (por) saber qué contenían con todas mis fuerzas, y no he podido sacar qué cantares fuesen, ni ha habido indio que me los quiera declarar, respondiéndome que no se acuerdan ya. Plega a nuestro señor sea verdad y qu'e estén raídos de su memoria, pero témome que no lo están en algunos, porque, como ellos tenían sus fiestas de difuntos, una de difuntos menores y otra de mayores, creo -y sin creo- podremos afirmar que mezclarán algo de ello con nuestra fiesta de difuntos, como mezclan con las demás,

cantando sus funerales responsos, llorando sus señores y dioses antiguos, y, porque no lo entendemos, dicen que no se acuerdan de ellos.

51. Estos sacerdotes sacaban a todos los que lo pedían con particulares ceremonias y tantas que fuera menester hacer particular capítulo de ellas, pero bastará decir aquí algunas para dar el aviso que pretendo. Y porque no muchos días antes que esto se escribiese hallé que, después de haber casado yo unos mozos y mozas, con toda la solemnidad y ceremonias que el sacramento demanda, acabados de salir de la iglesia, los llevaron a casa de los viejos y viejas y los tornaron a casar, con las ceremonias y ritos antiguos. Los cuales son:

52. Primeramente, el sacerdote toma por la mano a los novios y les pregunta si se quieren casar, y sabida la voluntad de ambos, tomaban la manta de él y la manta o camisa de ella, y atábanlos, haciendo un nudo y, así atados, llevábanlos a la casa de ella, donde tenían un fogón de fuego encendido y a ella hacíanla dar siete vueltas alrededor de aquel fogón. Dadas las siete vueltas, sentábanlos juntos en una estera nueva, junto al mismo fogón y dejábanlos allí, donde consumían (consumaban) el matrimonio.

53. Ponían la estera nueva y que nunca se hubiera estrenado por ceremonia del nuevo acceso a la nueva mujer y donde se manifestasen las muestras de la virginidad de ella. Lo cual entre los principales y señores era muy mirado y celebrado. Y si parecía no estar virgen, para que se conociese su mal recato, así de ella como de sus padres, horadaban todos los cestillos por abajo con los que daban de la comida del banquete, y horadaban los platos y las escudillas, y así conocían todos los convidados haber ido novia al tálamo. Lo cual sentían mucho los padres y lloraban. Empero, si estaba como había de estar, había ofrendas a los dioses y gran banquete: uno en casa de ella y otro en casa de él.

54. Cuando la llevaban a casa, ponían por memoria lo que él tenía, todo, así de joyas como de provisión de casa, tierras y casas, y en otra memoria, lo que ella traía. Las cuales memorias guardaban los padres de los desposados y señorcillos de los barrios, porque, si por ventura se viniesen a descasar -como era uso y costumbre entre ellos en no llevándose bien pedir divorcio- hacían partición de los bienes, conforme a lo que cada uno trujo, poniendo a cada uno en libertad, dando a él los hijos, y a ella, las hijas con todo el recaudo mujeril de su casa dándolas licencia para poderse casar con otro, y él con otra, mandándole estrechamente que no tornase a juntarse con aquella mujer más, so pena de la vida. Y así se guardaba con mucho rigor.

55. También tenían estos sacerdotes otra ceremonia que hacían a los niños que eran recién nacidos que era sacrificarles las orejas y el miembro genital, a manera de circuncisión, especialmente a los hijos de los reyes y señores, a los cuales, en naciendo, si era varón, lo lavaban los mismos sacerdotes y, lavado, poníanle en la mano derecha una espada pequeña y en la otra, una rodellilla chiquita.

56. Esta ceremonia hacían al niño cuatro días arreo. Ofrecían los padres por él grandes oblaciones. Y si era hija, después de lavada cuatro veces, poníanle en la mano un aderezo pequeño de hilar y tejer, con los dechados de labores. A otros niños ponían a los cuellos carcajes de flechas y arcos en las manos. A los demás niños de la gente vulgar les ponían las insignias de lo que por el signo en que nacían conocían. Si su signo le inclinaba a pintor, poníanle un pincel en la mano; si a carpintero, dábanle una azuela, y así de lo demás, etc.

57. Ya que hemos visto de todos los ejercicios y ceremonias de los sacerdotes antiguos y hemos leído el modo de sus supersticiones, querría yo

que se conociese y entendiese la intención con que lo he relatado. La cual no es sólo de contar historias y antiguallas, sino también avisar con cristiano celo a los sacerdotes de Dios que con extraño cuidado ejerciten el ministerio en que Dios los puso, para el cual los escogió con dichosa suerte, y escudriñen y saquen de raíz las malezas que de cizaña puede haber en el trigo y las arranquen, para que no crezcan junto con la divina ley y doctrina de Dios, y no permitan con su flojedad y descuido, con sus holguras y pasatiempos, pasar a los indios con estas cosas mínimas, como es disimular trasquilar las cabezas a los niños, y emplumárselas con plumas de aves silvestres, ni ponerle el ule en las cabezas, o en la frente, ni entizarlos, ni embijarlos con el betún de los dioses, de donde vienen a criar unas trenzas largas, que parecen demonios, ni permitan una nueva superstición que entre ellos se ha inventado de hacer coronas a los niños, para lo cual se han levantado nuevos médicos y maestros de hacer coronas y no solamente a los niños, pero a los grandes.

58. Y porque sé digo verdad, quiero contar lo que en cierto pueblo me aconteció y es, que llamándome a confesar un enfermo, fui, y hallé una vieja que tenía ochenta años, con un gran paño de cabeza. Yo como la vi y la experiencia me ha abierto los ojos, lo primero que hice quitarle el rebozo, y así como se lo quité vi que le habían hecho una corona de fraile, tan cana y venerable, que si la enfermedad no lo estorbara, merecía ser solemnizada con una mitra a la puerta de la iglesia. Y avisándolo yo a algunos religiosos que la manden quitar, responden que no lo hacen sino por la devoción de los religiosos.

59. Heme hecho fuerza a creer de los tales decirlo con santa simplicidad, y no puede persuadirme, sino que es grandísima ignorancia y no entender el frasis de los indios, pues no los mueve otra devoción, sino sus ritos antiguos y sus supersticiones. Y si no, pregúntenle a aquella vieja hasta dónde llegaba la devoción que tenía a los religiosos, frailes y clérigos, cuando se consintió hacer la corona. Y la evidencia está muy clara en ver que ha cundido por toda la tierra, como les han dejado pasar con ello, que en los montes y en los poblezuelos y en las quebradas muy escondidos, están los muchachos todos con coronas y tienen tanta devoción a los religiosos que, en viéndolos, huyen de ellos que no saben dónde se meter. Con haber cincuenta y cinco años y más que los tratan, huyendo como el primer día.

60. Y porque demos fin a este capítulo, quiero dar la resolución de él con contar lo que hacían estos sacerdotes, en acabando de sacrificar a la semejanza de este ídolo Tezcatlipoca.

61. Y es de saber que, como contamos en el capítulo pasado, el día de este ídolo sacrificaban un esclavo y, acabado de sacrificar, luego aquel mismo día ofrecían otro esclavo, el que de ello había hecho voto o promesa y dábalo a los sacerdotes, para que siempre la semejanza del ídolo no faltase, que era una cerimonia de renovar el ídolo, como renovar el sacramento en las iglesias.

62. Al cual indio vestían, después de haberle muy bien bañado, y lavado todas las ropas del ídolo e insignias, a la misma manera que atrás queda pintado; p'oníanle 'el mismo nombre del ídolo, conviene a saber, Tezcatlipoca, y andaba todo el año tan honrado y reverenciado como el mismo ídolo. Traía siempre consigo doce hombres de guardia, porque no se huyese, dejándole andar libremente por donde quería, pero siempre la guarda va con aviso y el ojo con él, porque si se huía, el principal culpado de la guarda entraba en su lugar a representar a su dios, para después morir.

63. Tenía este indio el más honrado aposento en el templo, donde comía y bebía y donde todos los señores y principales le venían a reverenciar y servir trayéndole de comer, por el mismo orden que a los grandes. Y cuando

salía por la ciuda'd iba muy acompañado de señores y principales. El cual llevaba una flautilla en la mano y tocábala de cuando en cuando, para que supiesen que pasaba, y luego salían las mujeres con sus niños en los brazos y se los ponían delante y le saludaban como a dios; lo mesmo las más gentes.

64. De noche le metían en una jaula de palo de recias viguetas para que no se fuese. Venido y llegado el día de la fiesta le sacrificaban como queda dicho y, de cuatro en cuatro años, otros muchos con él, a la hora del medio día. Duraba la solemnidad de este ídolo veinte días, los cuales eran como octava, y así se concluía la fiesta de este ídolo y demonio, y juntamente con el capítulo, el cual nos ha forzado con sus innumerables cerimonias a ser muy largo.



CAPITULO VI

DEL IDOLO LLAMADO QUETZALCOATL, DIOS DE LOS CHOLULTECAS, DE ELLOS MUY REVERENCIADO Y TEMIDO. FUE PADRE DE LOS TOLTECAS, Y DE LOS ESPAÑOLES, PORQUE ANUNCIÓ SU VENIDA

1. En todas las ciudades, villas y lugares de esta Nueva España en su infidelidad tenían los indios un dios particular, y aunque los tenían todos y los adoraban y reverenciaban y celebraban sus fiestas, empero, uno en particular señalado, a quien como abogado del pueblo, con mayores ceremonias y sacrificios honraban, como hacen agora, que, aunque solemnizan las fiestas de los santos todos, empero la fiesta del pueblo y advocación de él celebranla con toda la solemnidad posible, y así era antiguamente en las fiestas de los ídolos, que teniendo cada pueblo su ídolo por abogado, en su día hacían excesiva fiesta y gasto.

2. Y así, el ídolo de que agora en este capítulo se ofrece tratar era el dios y abogado de los cholultecas, de ellos muy festejado y solemnizado, tanto que el día en que se celebraba su fiesta, como ellos eran mercaderes y gente rica, y la generosidad y franqueza nace con los hombres en esta tierra para no estimar el oro ni la plata en nada, ni las piedras preciosas, cuando se ofrece en qué señalarse los hombres de ella, y no solo los que tienen buena pasadía, pero los muy tristes indiezuelos, siéndoles tan natural la magnanimidad y franqueza, la generosidad de ánimo para desprenderse de cuanto tienen y honrarse con ello, y que no se les sienta flojedad ni flaqueza, como le es natural a la fuente manar agua y a la tierra producir frutos.

3. Así, estos cholultecas hacían este día una soberbia y costosa fiesta a este ídolo llamado Quetzalcoatl, el cual era el dios de los mercaderes, donde empleaban cuanto habían granjeado todo el año, sólo para aventajarse de las demás ciudades y mostrar y dar a entender la grandeza y riqueza de Cholula, donde hoy en día los naturales de aquella ciudad permanecen en el trato y contrato de la mercadería, corriendo todos los lugares de la tierra, muy apartados y remotos, como es a Guatimala, a Xoconochco, a todas costas y minas, con sus cargazones de bujerías de buhoneros, como lo hacían antiguamente. Plega a Dios no lo hagan agora confiando en el mismo ídolo que entonces confiaban, abogado de los mercaderes!

4. Este ídolo Quetzalcoatl estaba en un templo alto, muy autorizado en todos los lugares de la tierra, especialmente en Cholula, en cuyo patio mandó el Marqués del Valle, don Hernando Cortés, matar quinientos indios, porque pidiéndoles de comer, en lugar de comida traían leña. Lo cual hicieron tres días arreo, y al tercer día, los mataron a todos, y luego trujeron de comer, no sólo a los hombres, pero a los caballos. De suerte que, trayendo una gallina para el hombre, traían otra para el caballo, y así de lo demás. Lo cual, si al principio lo hicieran, como en los demás pueblos, estorbaban aquella, crueldad y matanza.

5. Estaba este ídolo en una ancha y larga pieza, puesto sobre un altar, aderezado todo lo posible, pues todo el aderezo era de oro y plata, joyas, plumas, mantas muy bien labradas y galanas. Era este ídolo de palo, y tenía la figura que en la pintura vimos, conviene a saber: todo el cuerpo de hombre y la cara, de pájaro, con un pico colorado, nacida en el mismo pico una cresta con unas berrugas en él, a manera de anadón del Perú. Tenía en el mismo pico unas ringleras de dientes y la lengua de fuera, y desde el pico hasta la media cara, tenía amarilla y luego una cinta negra que le venía junto al ojo cifiendo por debajo del pico.

6. El ornato de este ídolo era que en la cabeza tenía una mitra de papel, puntiaguda, pintada de negro y blanco y colorado. De esta mitra

colgaban atrás unas tiras largas pintadas, con unos rapacejos al cabo, que se tendían a las espaldas. Tenía en las orejas unos zarcillos de oro a la misma hechura de unas orejas. Tenía al cuello un joyel de oro grande, a la hechura de una ala de mariposa, colgado de una cinta de cuero colorado.

7. Tenía una manta toda de pluma, muy labrada, de negro y colorado y blanco, a la misma hechura que el joyel, como una ala de mariposa. Tenía un suntuoso braguero, con las mismas colores y hechura, que le daba abajo de las rodillas.' En las piernas tenía unas calcetas de oro, y en los pies, unas sandalias calzadas. Tenía en 'la mano derecha una segur, a hechura de hoz, la cual era de palo, pintada de negro, blanco y colorado, y junto a la empuñadura tenía una borla de cuero blanco y negro. En la mano izquierda tenía una rodela de plumas blancas y negras, todas de aves marinas, conviene a saber, de garzas y cuervos marinos, con cantidad de rapacejos de las mismas plumas muy espesas.

8. El continuo ornato de este ídolo y su manera era el que he referido. Algunos me han dicho que a tiempos se le diferenciaban: por evitar prolijidad no curé de referirlo, supuesto que todo se concluye y encierra en mudarle una manta y poner otra y diferenciarle hoy una mitra, otra vez, otra, Empero, la principal relación 'es la referida.

9. La fiesta de este ídolo celebraban los naturales a tres de febrero, un día después de nuestra Señora de la Purificación, según nuestro ordinario. La cual solemnidad se solemnizaba de esta manera: Cuarenta días antes de este día los mercaderes compraban un indio, sano de pies y manos, sin mácula ni señal ninguna, que ni fuese tuerto, ni con nube en los ojos; no cojo, ni manco, ni contrahecho; no lagañoso, ni baboso, ni desdentado; no había de tener señal ninguna de que hubiese sido descalabrado, ni señal de divieso, ni de bubas, ni de lamparones. En fin, que fuese limpio de toda mácula.

10. A este esclavo compraban para que, vestido como el ídolo, le representase aquellos cuarenta días. Y antes que le vistiesen, le purificaban, lavándole dos veces en el agua de los dioses. Después de lavado y purificado, le vestían a la misma manera que el ídolo estaba vestido, según y como queda referido de él, poniéndole la corona, el pico de pájaro, la manta, el joyel, las calcetas y zarcillos de oro, el braguero, la rodela, la hoz. Este hombre representaba vivo a este ídolo aquellos cuarenta días. El cual era servido y reverenciado como a tal; traía su guardia y otra mucha gente que le acompañaba todos aquellos días.

11. También lo enjaulaban de noche porque no se les huyese, como queda dicho del que representa a Tezcatlipoca. Luego, de mañana, le sacaban de la jaula y, puesto en un lugar preeminente, le servían muy buena comida. Después de haber comido, dábanle rosas en las manos y cadenas de rosas al cuello y salían con él a la ciudad. El cual iba cantando y bailando por toda ella para ser conocido por la semejanza del dios, y esto era en lugar, de la flautilla que el otro tañía para el mismo efecto de ser conocido. Y en oyéndole venir cantando, salían de las casas las mujeres y niños a le saludar y ofrecer muchas cosas, como a dios.

12. Nueve días antes que se llegase el día de la fiesta, venían ante él dos viejos muy venerables de las dignidades del templo, y humillándose ante él le decían con una voz humilde y baja, acompañada de mucha reverencia: -- "Señor, sepa vuestra majestad cómo de aquí a nueve días se le acaba este trabajo de bailar y cantar, y sepa que ha de morir." Y él había de responder que fuese muy en hora buena. A la cual cerimonja llamaban neyolmaxiltiliztli que quiere decir "apercibimiento o satisfacción".

13. A este apercebido tenían atención y si le veían que se entristecía y que ya no bailaba con aquel contento que solía y con aquella alegría que deseaban, hacían una hechicería y superstición de mucho asco, y era que luego iban y tomaban las navajas de sacrificar y lavábanles aquella sangre humana que estaba en ella pegada de los sacrificios pasados, y con aquellas navajas hacíanle una jícara de cacao y dábansela a beber. La cual bebida dicen que hacía tal operación en él que quedaba sin ninguna memoria de lo que le habían dicho y casi insensible, y que luego volvía al ordinario contento y baile, olvidado del apercebimiento que le habían hecho. Y es opinión que él mismo con mucha alegría y contento se ofrecía a la muerte enhechizado con aquel brebaje, al cual brebaje llamaban itzpacalatl, que quiere decir "lavazas del cuchillo". La causa porque le daban este brebaje era porque el entristecerse este indio de tal apercebimiento que le hacían teníanlo por muy mal agüero y pronóstico de algún mal futuro.

14. Llegado el mismo día de la fiesta, que como hemos dicho era a tres de febrero, a media noche, después de haberle hecho mucha honra de incienso y música, tomábanlo y sacrificábanlo al modo dicho, a aquella mesma hora, haciendo ofrenda de su corazón a la luna y después arrojado al ídolo, en cuya presencia lo mataban, dejando caer el cuerpo por las gradas abajo, de donde lo alzaban los que lo habían ofrecido, allí, que eran los mercaderes, como he dicho, cuya fiesta era la presente, y alzándolo de allí, llevábanlo a la casa del más principal y allí lo hacían guisar en diferentes manjares, para, en amaneciendo, estando ya guisado, para celebrar la comida y banquete, dando primero los buenos días al ídolo, con un pequeño baile, que mientras amanecía y se guisaba el indio que había sido semejanza del dios se hacía. El cual bailecillo junto a una candela hacen hoy en día las mañanas de las fiestas principales.

15. Al banquete solemne de este esclavo se juntaban los mercaderes todos que trataban en todo género de mercaderías, especialmente en comprar y vender esclavos, ofreciendo cada año este esclavo para semejanza de este dios suyo, comprándole de comunidad en el tianguis de Azcapotzalco, o en el de Itzacan, que era el tianguis reputado para los esclavos y en ninguno otro se podían vender. Y hacíase aquella cerimonia de lavarlos y purificarlos los sacerdotes a causa de que eran comprados y con aquello quedaban limpios de aquella mácula del cautiverio.

16. Este ídolo era de los principales dioses' de los indios, y así el templo en que estaba era de mucha autoridad, especialmente el de Chalula. En la ciudad de México, como no era la advocación de la ciudad, tenían no tanta cuenta de hacerle fiesta, como en Cholula.

17. Tenía (el templo) sesenta gradas para subir a él, no más, y su edificio era que, después de aquellas gradas, se hacía un patio muy encalado, de mediana anchura, donde tenía una pieza toda redonda, que, aunque era grande, era a hechura de horno, y la entrada era como boca de horno, ancha y baja, que para entrar era menester inclinarse mucho, Tenía por techo una copa redonda, pajiza, que ellos llaman xacallj.

18. En este templo había sus aposentos, como en los demás, donde había ayuntamiento de muchos que servían a este ídolo y dependían las ceremonias de su culto, para después conseguir y suceder a los sacerdotes de él. Donde había solo un sacerdote a la continua que residía allí y tenía a cargo de imponer y enseñar a aquellos muchachos y de hacer todas las ceremonias al ídolo, y era como semanero, porque, dado que había tres o cuatro "curas" o dignidades de aquel templo, servía una semana uno y otra, otro, sin salir de allí en toda la semana del oficio.

19. El cual era que todos los días tañía a la hora que se pone el sol un gran atambor que había en solo aquel templo, haciendo señal, con él, como agora usamos tañer al Ave' María. El cual tambor era tan grande que su sonido ronco se oía por toda la ciudad. El cual oído, se ponía la ciudad en tanto silencio que parecía que no había hombre en ella, desbaratándose los mercados, recogiendo la gente, quedando todo en tanta quietud y sosi'ego que era extraña cosa, siendo aquella señal de recoger, como agora se usa tañer a la queda en las ciudades para que los hombres se recojan. Y así, en oyendo el sonido del atambor, decían: "Recojámonos, pues ha tocado Yecatl", que era el segundo nombre del ídolo.

20. Al alba, cuando ya amanecía, tornaba aquel sacerdote a tañer su atambor, a la misma hora que agora se toca al alba. Con el cual sonido daba señal que amanecía, y así los caminantes y forasteros se aprestaban con aquella señal para sus viajes, estando hasta entonces como impedidos sin poder salir de la ciudad. También se aprestaban los labradores, mercaderes y tratantes con aquella señal, los unos para ir a sus mercados y los otros, a sus labranzas. También se levantaban las mujeres a barrer sus pertenencias, lo cual era fundado en alguna superstición, y hasta agora les dura este cuidado idólatra de levantarse en amaneciendo a barrer la pertenencia suya y muchas veces la ajena.

21. Este templo tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos y muy graciosos entremeses. Para lo cual había en medio de este patio un pequ'ño teatro de treinta pies en cuadro, muy encalado, el cual enramaban y aderezaban para aquel día, con todo la pulicía posible, cercándolo de arcos hechos de toda diversidad de rosas y rica plumería, colgando a trechos muchos y diferentes pájaros y conejos, y otras cosas festivas y a la vista apacibles. Donde, después de haber comido, todos los mercaderes y señores bailando alrededor de aquel teatro con todas sus riquezas y ricos atavíos; cesaba el baile y salían los representantes.

22. Donde el primero que salía era un entremés de un buboso, fingiéndose estar muy lastimado de ellas, quejándose de los dolores que sentía, mezclando muchas graciosas palabras y dichos, con que hacía mover la gente a risa. Acabado este 'entremés, salía otro de dos ciegos y de otros dos muy lagañosos. Entre estos cuatro pasaba una graciosa contienda y muy donosos dichos, motejándose 'los ciegos con los lagañosos.

23. Acabado este entremés, entraba otro, representando un arromadizado y lleno de tos, fingiéndose muy acatarrado, haciendo grandes ademanes y graciosos. Luego representaban un moscón y un escarabajo, saliendo vestidos al natural de estos animales; el uno, haciendo zumbido como mosca, llegando a la carne y otro ojeándola y diciéndole mil gracias', y 'el otro, hecho escarabajo, metiéndose a la basura. Todos los cuales entremeses entre ellos eran de mucha risa y contento.

24. Lo cual no se representaba sin misterio, porque iba fundado en que a este ídolo Quetzalcoatl tenían por abogado de las bubas y del mal de ojo y del romadizo y tos, donde en los mismos entremeses mezclaban palabras deprecativas a este ídolo, pidiéndole salud, y así todos los apasionados de estos males y enfermedades acudían con sus ofrendas y oraciones a este ídolo y templo.

25. La ofrenda que la gente común ofrecía este día en el templo a este fingido dios era pan y aves, de ellas vivas y de ellas guisadas. Las que se ofrecían guisadas era de esta manera: que, haciendo unos platos de cañas secas de maíz, atadas unas con otras -lo cual no carecía de misterio, pues denotaba la sequedad del tiempo que entonces era- encima de aquellos platos o cascos pequeños ponían unos tamales grandes, del tamaño de gruesos melones -los

cuales tamales es el pan que ellos comen- sobre esos tamales ponían grandes pedazos de gallinas, o gallos cocidos, de lo cual hacían mucha cantidad de ofrenda delante del altar del ídolo. Otros ofrecían 'las ordinarias ofrendas, conviene a saber: copal, hule, plumas, tea, codornices, papel, pan cenecño, tortillas pequeñas, en figura de pies y manos, lo cual todo tenía su particular fin y objeto.

26. Toda la gente de la tierra, excepto los guastecos, que era la gente que éstos tenían por gentiles e idólatras que no guardaban la ley, como los cananeos entre los judíos, toda la demás comían este día pan cenecño, como acá decimos pan sin levadura. Y para que entendamos este modo y la diferencia que hay del pan cenecño al otro sazonado, es de saber que esta nación cuece el maíz con cal y con ceniza para sazonarlo y ablandarlo, para hacer su pan sazonado, la cual cal sirve al maíz como a nuestro pan de trigo la levadura para leudarlo.

27. Este día se hacía todo el pan sin cocer el maíz con cal, salvo cocido en sola agua. Lo cual era de esta manera que cocido el maíz en sola agua lo molían y molido, deshacían aquella masa en agua, dejándola bien espesa y luego colábanla por unos paños ralos. Después tomaban aquellá masa y echábanla en hojas de maíz envuelta y cocíanla en ollas y espesábase con el fuego dentro de aquellas hojuelas, y este pan comían y no otro. Llamam a este pan en la lengua atamalli que quiere decir "pan de agua sola", que propiamente hablando es decir pan cenecño, amasado con agua, sin sal ni levadura.

28. Resta agora decir por qué esta fiesta era más de los mercaderes que de los demás. Para lo cual quise hacer particular capítulo, pero por parecerme era cosa que tocaba a la relación de lo que vamos tratando tocante a este ídolo, no me pareció salir de propósito el ponerlo en este lugar.

29. En esta tierra los reyes y príncipes antiguos en su infidelidad, tenían muy particular cuidado y cuenta de premiar y honrar a los virtuosos y buenos y ,a los valerosos hombres, para que los demás se animasen a seguir la virtud, viendo el premio que por ella se daba a los que la seguían por mano de los reyes y principales. Y así muchos procuraban por todas las vías que podían de levantar sus nombres y procurar dictados y procurar más, y blasones y levantar linajes y dictados por sus personas y virtud, p'ara lo cual había tres modos señalados en las repúblicas muy honrosos:

30. La primera y principal manera que las leyes señalaban era la milicia, señalando sus personas en la guerra, haciendo algunas cosas hazañosas, como era señalarse en matar, prender, desbaratar ejércitos, escuadrones o ser causa de ello. A éstos daban gran honra y premio y armas y blasones que señalaban sus grandes hechos y valor. Poníanles un nuevo nombre, que era tequiuaque, que quiere decir tanto como "hombre que usa bien del oficio" de soldado. El cual vocablo se compone de tequitl, que quiere decir "oficio" y de esta sílaba uaque (que) hace relación de la persona que ejercitó bien aquel oficio. De manera que, hablando a nuestro modo, le podemos apropiar el nombre de "capitán".

31. La segunda manera de levantarse los hombres era por la iglesia, allegándose al sacerdocio, de 'donde, después de haber servido en los templos, con gran ejemplo y penitencia y recogimiento, ya viejos ancianos, los sacaban a dignidades y cargos honrosos en las repúblicas, que hoy en día duran entre ellos, dándoles unos dictados y nombres, que hablando en nuestra manera y según el respeto y reverencia que se les hacía y hoy en día se les hace, es como decir condes, duques o marqueses, obispos y arzobispos, e'tc. Pues con ellos se celebraban las cortes y se tomaban los pareceres y consejos, se juntaban los cabildos y juntas. Los reyes, sin el consejo y parecer de éstos, no osaban hacer cosa, casi al mesmo modo que los consejos que Su Majestad

tiene para descargo de su real conciencia. Así, a la misma manera, eran estos puestos en aquellas dignidades, después de largas penitencias y trabajos y vida y ejemplo.

32. A los cuales, cuando les daban estas dignidades, y renombres, hacían muchas ceremonias, cortándoles aquel largo cabello, lavándoles la tizne con que siempre andaban embijados, de suerte que podemos darles el nombre d'e "doctoramientos", pues con aquellas ceremonias cobraban grandes privilegios y autoridad de caballeros, haciendo gran fiesta y banquete. Y hoy en día se hace al uso antiguo, lo cual puedo afirmar, como testigo de vista, pues me he hallado en más de cuatro grados de estos, y para que los que saben y entienden el frasis de estos quiero declarar los dictados, cuales son, conviene a saber: tlacatecuhtli, mexicatecuhtli, tiacochcalcatl tecuhtli, tecpanecatl, huitzoncatl, tecuhtli, auiztlato, etc."

33. El tercer modo y menos honroso era el de la mercancía y trato de comprar y vender, hallándose en todos los mercados de la tierra, trocando mantas por joyas, y joyas por plumas, y plumas por piedras, y piedras por esclavos, tratando siempre con cosas gruesas y honrosas y de precio. Estos ensalzaban sus linajes con el dinero, como vemos haber subido muchos hombres del bajo suelo y peor sangre a tanto estado, que han venido a casarse sus hijas con duques y condes y marqueses y hacer grandes y ricos mayorazgos, mezclando su sangre baja con la buena de España.

34. Así eran estos indios mercaderes que adquiriendo hacienda y alcanzando esclavos, que poder sacrificar a este su dios, luego era reputado entre los magnates de la tierra. Y era la causa porque, así como el valeroso soldado traía de la guerra cautivos que sacrificar, por donde alcanzaba renombre de valeroso, convidando y haciendo banquete con la carne de aquel hombre que había traído para ofrenda a su dios a todos los señores y principales, dándole por ello insignias grandes y privilegios, así estos mercaderes, con un esclavo o dos que ofrecían al sacrificio, con las demás ceremonias de comidas y bailes que hacían, vistiendo a todos los señores de mantas y bragueros y cotaras, haciendo plato a todos cuantos fuesen y viniesen, les daban dictados de grandes y los honraban con la misma solemnidad que a los pasados y poníanles un nombre al tal apropiado, distinto del de los demás, que denotaba el modo por donde ganaba aquella honra, conviene a saber: tla'altique, que quiere decir "purificadores de hombres" para sacrificar. Y así tratamos al principio de este capítulo cómo los mercaderes celebraban esta fiesta ofreciendo esclavos para sacrificar, purificándolos primero al modo dicho.

35. Hacían a este ídolo la fiesta los mercaderes a causa de que este su dios era el más aventajado y rico mercader de su tiempo y por ventura el que dio entre ellos forma y reglas de tratar. Con lo cual concluiré con este capítulo, avisando cómo hay hoy en día una 'diabólica costumbre entre estos indios y muy en particular en Cholula, al cual ídolo adoraban, que andan unos mercaderejos diez y doce y veinte años ganando y recogiendo doscientos y trescientos pesos y, al cabo de todos sus trabajos y mal comer y trasnochar, sin ningún propósito ni causa, hacen un banquete solemnísimos, donde gastan cuanto habían ganado y más. Lo que de ellos siento es que, al uso antiguo, hacen aquella memoria para celebrar sus nombres y 'poner sus personas en dignidad, y no sería mucho el inconveniente, si no tuviese respeto a aguardar al día donde se celebraba este ídolo para solemnizarla, en lo cual Dios nuestro señor no permita por su infinita bondad y misericordia y destierre ya de estos la memoria de Amalec y los encamine en su servicio. Amén.

CAPITULO VII

DE LA RELACIÓN DEL IDOLO LLAMADO CAMAXTLE, DIOS QUE FUE DE LOS DE HUEXOTZINCO Y DE TLAXCALA

1. Después de haber tratado de las fiestas de los más principales dioses de la tierra s'e ofrece agora tratar de uno, no menos servido y reverenciado, con tantas y tan gustosas cerimonias quanto la nación indiana podía celebrar. La cual relación será apacible y gustosa, notando las cosas que en ella tratate con atención, como la historia lo pide, pues ninguna cosa hay escrita que de ella no se saque mucho aprovechamiento' y aviso, y aun que en ella abreviaré todo lo posible, por evitar prolijidad -de lo cual he sido reprendido de muy Sucinto y breve, avisándome que, ya que me ponía a escribir historia tan nueva y gustosa, que no debía procurar tanta brevedad como procuro- pero tomando el medio conveniente y menos enfadoso, no podré dejar de contar todo lo que de fuerza a' la historia perteneciére, y así, ofreciéndose tratar del ídolo llamado Camaxtli, dios de la provincia de Huexotzinco, no podré dejar de extender la pluma por la gran solemnidad y fiesta que en aquella ciudad y en las demás se le hacía.

2. Habiendo pues, tratado de Quetzalcoatl, dios de los cholultecas, vengamos a tratar del de Huexotzinco, donde le tenían en tanta reverencia y veneración como a Huitzilopochtli en México los mexicanos. A este ídolo tenían por dios de la caza; llamábanle Camaxtli, y por otro nombre, Yemaxtli. Celebraban la solemnidad suya los cazadores y allí con más aplauso y aparato donde había montes y caza. Y así los de Huexotzinco, como gente que se precia de que goza de montes y de caza, tomaron a este dios por su abogado, teniéndole tan honrado y reverenciado y tan servido quanto en el mundo se puede imaginar. Y plugiese a la Divina Majestad que aquel cuidado y temor y reverencia lo hubiesen vuelto y aplicado a su divino servicio, como a verdadero Dios y señor nuestro.

3. Llamáronle el dios de la caza porque fue el primero 'que dio modos y maneras de cazar, y por haber sido muy diestro y astuto en el arte, y el primer señor que los chichimecas y cazadores tuvieron. Y así en México y en Tezcucó no tenían este ídolo, ni le celebraban fiesta, lo uno por ser tan moderno como era, y lo otro, por tener como tenían guerra perpetua con Huexotzinco los mexicanos y tezcucanos. No se lo habían querido dar, ni ellos por armas ganar.

4. Y así, cuatro o seis años antes que los españoles viniesen a la tierra, pretendió el rey Motecuhzoma de hurtar este ídolo a los huexotzincas y traerlo a esta ciudad. Para lo cual hizo muchos embustes y engaños y fingimientos; lo cual sintiéndolo los de Huexotzinco, y conociendo la traición y maña con que Motecuhzoma les quería tomar su dios y siendo avisados del mesmo ídolo -según ellos dicen- teniendo a los mexicanos aposentados en los aposentos reales de su ciudad, teniendo ya ordenada la celada y maña para saltar el templo y llevar el ídolo, agora por fuerza, agora hurtado, los huexotzincas los cercaron en aquellas casas y dieron sobre ellos para quererlos matar.

5. Los mexicanos, sintiendo el mal que sobre ellos venía y que no podían dejar de ser muertos, o presos, subieron por los fogones y chimeneas de los aposentos a lo alto y azoteas de las casas, y entrando los huexotzincas, no los hallaron. Los mexicanos, viéndolos todos dentro, saltaron a la calle y pusiéronse en huida, y, visto por los de la ciudad, quisieron ir en su seguimiento y la noche los detuvo, contentándose con que se había ido, sin lo que pretendían.

6. Celebrábase la fiesta de este ídolo en solas dos partes: la una y principal era en la ciudad de Huexotzinco y Tlaxcala; la otra, en Coatepec, un pueblo que parte términos con el mismo Hu'exotzinco, a quien antiquísimamente los coatepecas fueron sujetos y muy amigos, y por aquella vía les fue dado este dios, y también por preciarse del mismo oficio de cazadores y chichimecas.

7. Dirá alguno: -"Pues ¿por qué no iban los mexicanos y tezcocanos a ese pueblo por él, pues era en su tierra?" A eso digo que los reyes no pretendían reliquias, sino el cuerpo, y así lo que en Coatepec había eran reliquias, dadas por los huexotzincas, y acullá 'estaba lo principal, y aquello apetecían y querían y, si a Motecuhzoma no le atajaran los pasos con la venida de los españoles, él lo trujera, a pesar de los huexotzincas, o, sobre ellos, los destruyera.

8. Caía esta fiesta a quince de noviembre, la cual era la principal y la que con todo el aplauso del mundo y fiesta celebraban y donde mayor cantidad de gente moría en el sacrificio. Tenía, de ochenta en ochenta días, una conmemoración, donde se hacía una fiesta mediana, de suerte que, si la principal era de veinticinco capas -como dicen- la de ochenta en ochenta días no era sino de cuatro. Quiero decir, que, si en la principal mataban treinta o cuarenta indios, en el sacrificio que en la conmemoración hacían, no mataban sino uno o dos.

9. La efigie de este ídolo era de palo, figurada en él una figura de 13 indio, con una cabellera muy larga; la frente y ojos, negros; en la cabeza puesta una corona de plumas; en las narices tenía atravesada una piedra de un viril; en los molledos tenía unos braceletes de plata, hechos a manera de unas ataduras, engastadas en ellos unas flechas: tres en cada brazo. Tenía por debajo el brazo unos cueros de conejos, como por almaizal; en la mano derecha tenía una esportilla de red, donde llevaba la comida al monte, cuando iba a caza; en la izquierda tenía el arco y las flechas; tenía un braguero muy galano y, en los pies, unos zapatos; tenía el cuerpo todo rayado de arriba a abajo de unas rayas blancas.

10. El templo en que estaba este ídolo era hermosísimo, de cien gradas en alto, tan populoso y labrado que en todo excedía al de la ciudad de México, así en hermosura y galanía, como en riqueza. Tenía al cabo de las gradas una hermosa pieza, toda redonda, con una cobertura de paja, tan bien y pulidamente labrada, que no se podía parecer obra 'de paja mejorar. Esta cobertura se remataba con una larga punta, al cabo de la cual estaba, por remate, un mono de barro, muy al natura!. De dentro estaba muy entapizada de ricas mantas, plumas y joyas y otros aderezos, lo mejor que a su rústico modo podían.

11. A los pies de este ídolo -el cual estaba puesto en un altar- tenían una arquilla alta, redonda, como vasera; el altor que tenía era de una vara, poco menos; cubierta con un tapador. Dentro de ella tenían un género de sacar lumbre, que este ídolo en su tiempo usó, con un tizoncilio pequeño, en el cual se encendía la lumbre. Tenían también en aquella vasera plumas de diversas aves, conviene a saber: azules, verdes, coloradas, amarillas: todas de pájaros preciados. A la cual petaca o vasera hacían tanta reverencia y humillación que al mismo ídolo, teniéndola muy tapada, con sus cortinas encima, casi con el mismo aparato y manera que los judíos tenían el arca del testamento, donde estaban las tablas de la ley y la vara de Aarón, con el vaso del maná. Así, a la misma arte, tenían en este templo guardada esta arquilla, con aquellas plumas y con aquel género de encender lumbre, que bien le podemos dar nombre de yesca y pedernal. Y entre ellos, unas flechas quebradas, viejas, que debían de haber sido de aquel dios, con un arco pequeño. Y así es que aquellas insignias fueron con las cuales guió a los chichimecas, y los guió a

los lugares donde agora se hallan, enseñándoles con aquellos instrumentos a buscar la vida por los montes, cuando los trujo y guió a esta tierra.

12. Y así, a honor de este beneficio, guardaban y reverenciaban aquellas insignias como reliquias de alguna cosa divina y del cielo. Y así, en el pueblo de Coatepec no tenían a este ídolo de palo, ni de piedra, ni en ninguna efigie de persona, como lo había en la ciudad de Huexotzinco y Tlaxcala, Solamente adoraban y reverenciaban aquella arquilla o vasera, puesta en un altar, muy cubierta y aderezada, dentro de la cual tenían parte de aquellas plumas y de aquella yesca y pedernal y de aquellas flechas y un arco pequeño, que sus amigos los de Huexotzinco les dieron. Por eso dije que 'os mexicanos no querían reliquias, sino al mesmo ídolo.

13. Ochenta días antes de que se llegase el día de la fiesta elegían uno de los sacerdotes de aquel templo, muy antiguo y ya de días, el cual él mesmo se ofrecía a ello, y desde aquel mesmo día comenzaba un ayuno a pan y agua y una sola vez al día. El cual, cumplidos los ochenta días, quedaba tan flaco y debilitado y macilento que apenas se podía tener en los pies ni echar el habla.

14. Acabado el prolijo ayuno, la víspera de la fiesta, pintaban este indio de arriba abajo con aquellas mismas bandas blancas que tenía el ídolo, y vestíanlo al mesmo modo y manera que (del) ídolo dejamos dicho: con aquella corona de plumas, braceletes, y aquellos pellejos de conejo, puestos por almaizar; dábanle su arco y flechas, y en la otra mano, su esportilla con comida; poníanle un muy galán braguero y en las pantorrillas unas medio calcetas de oro.

15. Este sacerdote viejo, así vestido y ataviado, habiendo ayunado aquellos ochenta días, a trueque de 'la honra de aquel día y de ser adorado como el ídolo o como dios, muy de mañana, antes que amaneciese, todas las dignidades del templo, con todos los demás ministros de él, y los mozos y muchachos de los colegios y recogimientos, al son de muchas bocinas y atambores, le sacaban de los aposentos y le subían en la cumbre del templo. Puesto allí, todos los mancebos que dije y muchachos se vestían y aderezaban a manera de cazadores, con sus arcos y flechas en las manos, y todos puestos en 'escuadrón, con gran alarido y grita, arremetían hacia el macilento viejo que representaba al ídolo, y disparaban mucha cantidad de flechas enviándolas a lo alto por no ofender al ídolo.

16. Acabada la cerimonia y grita, tomaban al flaco viejo y bajábanlo del brazo todas aquellas dignidades con mucha reverencia y de allí enderezaban su camino al monte, todos puestos en ordenanza, a manera de procesión. En este monte, ochenta días antes de esta fiesta, había edicto público que nadie no entrase por leña, ni por madera, ni ramos, ni cosa ninguna. Para lo cual, había guardas en los montes, para que el que allá cogiesen, perdiese la hacha y los cordeles de la carga. Y más, le quitaban las mantas y cuanto llevaba.

17. Todo se hacía a causa de que no asombrasen la caza y la ahuyentasen, porque, demás de ser esta fiesta del dios Camaxtli, era día solemne de las fiestas de su calendario, que se decía quecholli, que le podemos interpretar "fiesta de caza". La cual fiesta celebraban en toda la tierra, y así en Huexotzinco celebraban dos fiestas: la una era de su ídolo Camaxtil, y la otra, del solemne día de quechoii, del cual día será necesario tratar en particular.

18. Pero, volviendo a nuestro propósito, en llegando que llegaban al monte todos los señores y cazadores y capitanes de la caza, que los habían nombrado y señalado. Los nombres de los cuales eran amizt.equiuaque o amiztlato que, que quiere decir "capitanes o señores de los cazadores" y

prepósitos suyos. Los cuales habían ayunado cinco días antes de este día, pidiendo favor y abundancia de caza. Todos estos señores, luego en amaneciendo, antes que los de la ciudad hubiesen llegado, se aderezaban a la manera que diré:

19. Primeramente, se embijaban de negro el circuito de la boca a la redonda, y los ojos, ni más ni menos. Emplumábanse las cabezas y las orejas con plumas coloradas; ceñíanse la cabeza con una banda de cuero colorado, y en el nudo, o lazada, que el cuero hacía al colodrillo, ataban un manojo de plumas de águila y otras, que dejaban caer a las espaldas, embijándose el cuerpo con unas bandas blancas de yeso, desnudos 'en cueros todos, salvo con sus bragueros puestos, muy galanos.

20. Ya que llegaba el que representaba a quecholli, salíanle ellos a recibir, muy puestos en orden, y habiéndole recibido, llevábanle al lugar donde había de ser la caza. En el cual lugar tenían puesto un ídolo y hecha una enramada en la cumbre del cerro, muy curiosamente aderezada de rosas y plumas y mantas, a la cual enramada le tenían puesto nombre de mixcoateocalli, que quiere decir "el lugar sagrado de Mixcoatl". Mixcoatl quiere decir "culebra de nube".

21. Luego que llegaban cercaban el monte de suerte que, puestos todos en ala, quedase aquel cerro donde estaba hecho el adoratorio o ramada, en medio. Esto hecho, hacían una señal, la cual oída, cuando los prepósitos de la caza y capitanes de ella iban allegándose al cerro, con gran alarido y grita, que parecía que el monte se hundía, yendo tan en orden y concierto, sin despegarse los unos de los otros, ni apartarse, que un ratón era imposible írseles, y así con aquel concierto, se venían a juntar a la coronilla del cerro, donde la ermita estaba, trayendo por delante toda la caza y sabandijas del monte. La cual, viéndose cercada, pugnaba por huir. Allí era el matar y flechar y tomar a mano venados, liebres, conejos, leones, gatos monteses y otras fieras; ardillas, comadreas, culebras, tomando viva toda la más caza que podían, honrando mucho a los principales prendedores y matadores de la caza, dándoles nuevas y galanas preseas de mantas y galanos bragueros, plumas y otras cosas.

22. Acabada de hacer la caza, llevábanla toda ante el ídolo y allí delante la sacrificaban y mataban, al mismo modo que de los hombres se hacía sacrificio. Acabado el sacrificio, se bajaban al llano junto a donde se dividiesen dos caminos y allí tendían mucha paja y ponían por nombre a aquel lugar Zacapan, que quiere decir "encima de la yerba", y sentábanse todos.

23. Luego sacaban de la vasera dicha aquella yesca y pedernal e instrumentos de sacar lumbré y 'los sacerdotes encendían lumbré nueva, bendiciéndola con ciertas ceremonias y hacían grandes lumbradas y asaban toda aquella caza y comíansela con gran devoción y contento, con pan de tzoalli que, como dejo dicho, es pan de semilla de bledos, que era como en nuestro modo pan de cebada.

24. Este día se quedaban todos en el monte hasta otro día de mañana. Los cuales, en amaneciendo, tornaban a la caza y, si cazaban algo, hacían lo mismo que el día antes. Donde, después de haber comido, volvían con la misma ordenanza que habían ido, trayendo al mismo personaje del ídolo con mucha reverencia, y en llegando, subíanlo a lo alto del templo y quedaba la fiesta así suspensa hasta de ahí a diez días que era la octava de quecholli y así le llamaban a la fiesta y día referido tiaco quecholli, que quiere decir "la media fiesta de quecholli". Y así todos aquellos diez días había particulares

regocijos y bailes, banquetes y comidas hasta que llegaba el décimo día que era fin y perfección de la fiesta.

25. Llegado el décimo día, que era como día octavo de esta fiesta, luego de mañana tomaban los sacerdotes y dignidades de este templo una india y un indio; a la india poniéndole por nombre Yoztlamiyahual y al indio llamábanlo Mixcoatontlj. A los cuales vestían como a los ídolos que representaban. A ella, conforme a la diosa de aquel nombre, y a él, ni más ni menos, conforme al dios que representaba, que era Mixcoatontli. A éstos sacaban en público, a los cuales la gente hacía reverencia.

26. Luego, en acabando de salir en público salían muchos mancebos, vestidos a la misma manera que el indio estaba y ofrecíanseles por vasallos y servidores al dicho Mixcoatontli y llamábanles mimixcoa, el cual es nombre genérico, que era como aplicar aquel nombre al género de aquel ídolo, y así él los recibía y los juntaba.

27. Así luego tomaban la india, daban cuatro golpes con ella en una peña grande que había en el templo, la cual tenía por nombre teocomiti, que quiere decir "olla divina", y antes que acabase de morir, así aturdida por los golpes, cortábanle la garganta, como quien degüella a un carnero, y escurríanle la sangre sobre la misma peña.

28. Acabada de morir, cortábanle la cabeza y llevábansela a Mixcoatontli, el cual la tomaba por los cabellos y poníase luego en medio de aquellos sus servidores y la gente en orden, y alrededor del patio daban cuatro vueltas, a manera de procesión, y el que iba representando al ídolo Mixcoatontli en medio de sus servidores, con la cabeza en la mano, iba volviéndose a los unos y a los otros, hablándoles y amonestándoles cosas divinas y culto de los dioses. Acabada la procesión de cuatro vueltas, tornaban al que había representado al ídolo Mixcoatontli y sacrificábanlo a la misma manera que a los demás y echábanlo a rodar por las gradas abajo. Con lo cual se concluía la fiesta y día octavo, así del ídolo Camaxtli, como de la fiesta de Quecholli.

29. En el servicio de este templo e ídolo había muchos sacerdotes, con otros ayuntamientos de mancebos, donde, a la misma manera que (en) los capítulos pasados queda dicho, deprendían buenas costumbres; de donde los más salían grandes cazadores, porque el principal ejercicio que allí deprendían era cazar. En el cual ayuntamiento había dos extremos: el uno era de castidad y el otro, de lujuria. Para lo cual, es de saber que los que habían de quedar a servicio de este ídolo, así en el sacerdocio, como en el demás ministerio, no habían de conocer mujer, ni se les había de sentir ninguna deshonestidad, ni curiosidad en mirarla, ni en obra ni en palabra, so pena de la vida.

30. Y el otro extremo era que se les permitía la fornicación simple, con mucha libertad, a los que de ella quisieran usar, y era de esta manera, que a los que no pretendían quedar en el ministerio del templo les dejaban tomar una sola manceba, con la cual podían libremente estar amancebados el tiempo que quisiesen, dándosela como a prueba, para que, si teniendo hijos de ella, quisiese después casarse con ella, se casase y, si no, que la pudiese dejar y casarse con otra. Y así a los que probaban bien en tener hijos, así ellos, como ellas, les hacían mucha honra, alabándoles su fecundidad y buen multiplico.

31. Había, de ocho en ocho años, renovación o reedificación de este templo y, a la renovación de él, sacrificaban un indio, con otras muchas cerimonias, a manera de edificación de iglesia y consagración de templo. De la cual bendición es muy notorio que hoy en día usan en las casas acabadas de edificar, antes que los dueños entren en ellas, haciendo aquel las cerimonias

en ellas que antiguamente usaban en la renovación o edificación de sus casas y templos. De lo cual pongo por testigos a los ministros que los entienden y les saben escudriñar sus conciencias -y no a los que no los entienden, ni alcanzan, ni saben lo que el indio dice ni quiere decir- cuán general sea entre ellos el usar de esta cerimonia al entrar a habitar las casas nuevas. Y ninguno entrara a vivir en ella sin que primero use del calmamalihua, que ellos llaman a la tal cerimonia, en la cual comen y beben y bailan y derraman por todos los rincones vino, y el mesmo dueño toma un tizón encendido de lumbre nueva y échalos a unas partes y a otras, tomando con aquello posesión de la casa que él edificó. Esto, como digo, se usa hoy en día y lo he hallado en cada paso.

32. Tengo por inconveniente el sufrirlo y disimularlo y así cumplo con dar el aviso. Remédíelo el que se sintiere con obligación y no encargue su conciencia, disimulando y consintiendo estas y otras supersticiones y teniéndolas por cosas mínimas y que no van ni vienen, y no riíéndolas y reprendiéndolas mostrando enojo y pesadumbre de ellas, vienen los indios a encaminarse y a cometer otras cosas más pesadas y graves, remaneciendo idólatras, después de muchos años de doctrina y más supersticiones que en su ley, por negligencia y descuido de los que los tienen a cargo.

33. Y si no creéis que la olla se quebró, catad ahí los cascós. Y remítome a lo que cada día por momentos vemos y hallamos y descubrimos, y no solamente en los pueblos muy apartados de México y donde tendrían alguna excusa, con falta de la doctrina, que no la alcanzan muy de ordinario, pero en los muy cercanos a México y en el mesmo México hay tantos males y supersticiones e indios tan idólatras, como en su antigua ley, de médicos, y sortílegos, y embaidores, y viejos predicadores de su maldita ley, que no dan lugar a que se olvide, enseñándola a los mozos y niños, poniendo y fingiendo superstición en las cosas que de suyo no tienen mal; hasta en horadar las orejas y poner zarcillos a las niñas y mujeres han introducido superstición.

34. Y es cierto verdad, que, entrando en una casa a ver y consolar unos enfermos en esta gran mortandad que este año hubo, hallé un viejo enfermo, sentado, puestos unos zarcillos; los cuales se había puesto por mandato de un médico embaidor que le había hecho creyente que, poniéndoselos, no moriría. Y así los verán traer a viejas hechas tierra, creyendo con más fe, que trayéndolos no morirán tan presto, que no en la Santísima Trinidad, que para quitarles de aquella ironía es menester particular favor del Espíritu Santo.

35. También consentimos que, cuando alguno pide la hija a otro para casarse con ella, que primero lleve comidas y presentes y, si no se los da primero, al mesmo modo antiguo, aunque la moza quiera y requiera, vemos que los padres y parientes lo estorban y no se la quieren dar. Y si el padre es principal y se lo reprende, responde que no la pidió como la había de pedir y que no les dio nada.

36. Dirame alguno que en eso no va nada. Digo que es idolatría finísima en ellos, porque, demás de ser rito antiguo, todas sus idolatrías fundaron en comer y beber, peor que los epicúreos y en ello ponen toda su felicidad. Y así habrá visto y experimentado el que supiera y conociera su bajo modo que, si van a visitar a otros, agora sean enfermos, agora sean sanos, si no les dan de comer y beber, no volverán allá, aunque se muera y sea su mesmo hermano, o pariente muy cercano. Lo mesmo pasa de los mortuorios, como atrás queda dicho, pues aquel día es banquete para todo aquel barrio y para los cantores y monacillos, pues lo comen allí, el cuerpo presente, cuanto tenía y con ello le hacen allí las exequias sin dejarle estaca en pared, quedando el ánima en el infierno y los hijos por puertas y la mujer. Y para

ello no han de faltar, porque es uso antiguo e idolatría; de lo cual se ha hecho muy poco caso y se hace, y así no hay quien se las quite, ni lleva remedio.

37. La falta estuvo en no mirarlo y vedarlo al principio para que no se hubiera arraigado tanto, que otro que Dios, no bastara a quitarlo. Y si los españoles, entre las grandes crueldades y atroces que hicieron en matar hombres y mujeres y niños, mataran cuantos viejos y viejas hallaran, para que los nacidos después acá no tuvieran noticia de lo antiguo, fuera quizá, haciéndolo con celo de Dios, pecado y crueldad más remisible delante de Su Majestad que no el haberlos muerto y empalado y aperreado y ahorcado, por quitarles su oro y plata y joyas, pues con ello, por ser mal llevado, quizá se fueron al infierno, y quizá con estotro, mezclándose celo de Dios, se salvaran y se fueran al cielo doliéndose de sus culpas.

38. Los sacerdotes de este ídolo de que hemos venido tratando enseñaban a la gente popular unos conjuros para conjurar la caza, de los cuales conjuros y hechicerías usaban los cazadores para efecto de que la caza no huyese ni se apartase y para que se fuese a los lazos y redes. También les mandaban que, antes de salir de casa, sacrificasen al fuego y le hiciesen oración, y a los umbrales de las casas, y, en llegando a los montes, que los saludasen e hiciesen sus sacrificios y promesas. Mandábanles que saludasen a las quebradas, a los arroyos, a las yerbas, a los matorrales, a los árboles, a las culebras. Finalmente, hacían una invocación general de todas las cosas del monte, haciendo promesa al fuego de le sacrificar, asando en él, la gordura de la caza que prendiesen.

39. Estos conjuros andan escritos y los he tenido en mi poder y pudiéralos poner aquí, si fuera cosa que importara. Pero, además de no ser necesario en nuestra lengua española, vueltos, son disparates, porque todo se concluye con invocar cerros y aguas y árboles y nubes y sol y luna y estrellas, con todos cuantos ídolos adoraban y cuantas sabandijas hay en los montes. Lo cual no se ha entre ellos olvidado.

40. Porque cierto puedo afirmar que hoy en día usan de 'ello y de otros mil conjuros que tienen para conjurar nubes, agua, cerros, granizos, tempestades, todo fundado en idolatría y ritos antiguos, lo cual plugiera a nuestro verdadero e inmenso Dios lo tuvieran olvidado, para que este libro no fuera aviso para ellos, como algunos quieren acumular, para estorbo del mucho bien que de saber lo que en este libro está escrito se puede sacar, y entiendo, incitados del maldito demonio, a causa de que, no consiguiéndose el bien que pretendo, se estén estos miserables indios perplejos y neutros en las cosas de la fe, que, haciendo a ambas manos, creen en Dios y juntamente adoran sus ídolos y usan de sus supersticiones y ritos antiguos, mezclando lo uno con lo otro, todo por defecto de no entenderlos los ministros que andan entre ellos. Pero consuélome con que, teniendo a Dios de mi parte, sus razones serán tan de poca fuerza que prevaleceremos contra el filisteo.

CAPÍTULO VIII

DE LA RELACIÓN DEL IDOLO LLAMADO TLÁLOC, DIOS DE LAS LLUVIAS, TRUENOS Y RELÁMPAGOS, REVERENCIADO DE TODOS LOS DE LA TIERRA EN GENERAL, QUE QUIERE DECIR "CAMINO DEBAJO DE LA TIERRA" O "CUEVA LARGA"

1. En la relación que hicimos del ídolo llamado Huitzilopochtli, a quien los mexicanos celebraban solemnísima fiesta, dije cómo junto a la pieza donde él estaba, en el mismo templo, tenía a otro compañero, a causa de que no estuviese menos honrado y reverenciado que él, pues le tenían en la misma reputación de dios que a esotros y a quien honraban con tantos sacrificios y cerimonias como al que más. Y adorábanle como a dios de los aguaceros y de los rayos, truenos y relámpagos y de todo género de tempestades. Cuya historia dará mucho gusto a los oyentes, por haber en ella mucho que notar y aun de qué dar gracias a nuestro Dios, por haber sacado de tan gran error y ceguedad a esta miserable gente, que tan engañada y metida en tan intolerables errores estaba.

2. Cuanto a lo primero, es de saber que a este ídolo lo llamaban Tláloc, al cual en toda la tierra tenían gran veneración y temor y a cuya veneración se ocupaba toda la tierra generalmente, así los señores, reyes y principales, como la gente común y popular. El asiento perpetuo del cual era en el mismo templo del gran Huitzilopochtli y a su lado, donde le tenían hecha una pieza particular y muy aderezada de los aderezos comunes de mantas, plumas, joyas y piedras: todo lo más rico que podían.

3. La estatua del cual era de piedra labrada, de una efigie de un espantable monstruo; la cara muy fea, a manera de sierpe, con unos colmillos muy grandes, muy encendida y colorada, a manera de un encendido fuego, en lo cual denotaban el fuego de los rayos y relámpagos que del cielo echaba, cuando enviaba las tempestades y relámpagos; el cual, para denotar lo mismo, tenía toda la vestidura colorada.

4. En la cabeza tenía un gran plumaje, hecho a manera de corona, todo de plumas verdes y relumbrantes, muy vistosas y ricas. Al cuello tenía una sarta de piedras verdes por collar, de unas piedras que llaman chaichihuiti, con un joyel en medio, de una esmeralda redonda, engastada en oro. En las orejas tenía unas piedras que llamamos de hijada, de las cuales colgaban unos zarcillos de plata. Tenía en las muñecas unas ajorcas de piedras ricas, y otras en las gargantas de los pies. Y así no había ídolo más adornado, ni más aderezado de piedras y joyas ricas que éste, a causa de que los más principales, valerosos y ricos hombres acudían a él con sus ofrendas de aventajadas piedras y joyas, ofreciéndolas a causa de que opinaban que cuando caía algún rayo, mataba a alguno que era herido con piedra. Y así toda la más ofrenda que a este ídolo se ofrecía eran piedras y joyas riquísimas, poniéndole en la mano derecha un relámpago de palo, de color morado y ondeando, a la manera que el relámpago se pone desde las nubes al suelo culebreando.

5. Tenía en la mano izquierda una bolsa de cuero, llena siempre de copal, que 'es un incienso que nosotros llamamos anime. Tenían sentado a este ídolo en un galán estrado de una manta verde, 'pintada de muy galanas pinturas. Tenía todo el cuerpo de hombre, aunque fa cara, corno dije, era de monstruo espantable y fiero.

6. Llamaban el mismo nombre de este ídolo a un cerro alto que está en términos de Coatlinchan y Coatepec y, por la otra banda, parte términos con Huexotzinco. Llamam hoy día a esta sierra Tlalocan, y no sabré afirmar cuál tomó la denominación de cuál: si tomó el ídolo de aquella sierra, o la sierra del ídolo. Y lo que más probablemente podemos creer es que la sierra tomó del

ídolo, porque como en aquella sierra se congelan nubes y se fraguan algunas tempestades de truenos y relámpagos y rayos y granizos, llamáronla Tlalocan, que quiere decir "el lugar de Tláloc".

7. En este cerro, en la cumbre de él, había un gran patio, cuadrado, cercado 'de una bien edificada cerca, de estado y medio, muy almenada y encalada, la cual se divisaba de muchas leguas. A una parte de este patio estaba edificada una pieza mediana, cubierta de madera, con su azotea, toda encalada de dentro y de fuera. Tenía un pretil galano y vistoso. En medio de esta pieza, sentado en un estradillo, tenían al ídolo Tláloc, de piedra, a la manera que estaba en el templo de Huitzilopochtli.

8. A la redonda de él había cantidad de idolillos pequeños, que lo tenían en medio, como a principal señor suyo, y estos idolillos significaban todos los demás cerros y quebradas que este gran cerro tenía a la redonda de sí. Los cuales todos tenían sus nombres, conforme al cerro que representaba; los cuales nombres hoy en día les duran, porque no hay cerro ninguno que no tengá su nombre. Y así, los mismos nombres tenían aquellos idolillos que estaban a la redonda del gran ídolo Tláloc, acompañándole, como los demás cerros acompañaban a la sierra.

9. Celebraban la fiesta de este ídolo a veintinueve de abril, y era tan solemne y festejada, que acudían de todas las partes de la tierra a solemnizarla, sin quedar rey, ni señor, ni grande ni chico que no saliese con sus ofrendas al efecto. Caía este ídolo en una de las fiestas señaladas de su calendario, a la cual llamaban huey tozoztli; por lo cual era la fiesta más solemne y festejada, con dobladas cerimonias y ritos, a causa de juntarse la una de las fiestas qu'e ellos tenían de veinte en veinte días, que era como domingo, en el cual habían de cesar de todas las obras comunes y serviles, de lo cual tenían precepto, como nosotros de santificar las fiestas.

10. Enderezábase esta fiesta para pedir buen año, a causa de que ya d maíz que habían sembrado estaba todo nacido. Acudían a celebrarla -como dije- el gran rey Motecuhzoma, al monte referido, con todos los grandes de México, de caballeros y señores, y toda la nobleza de él venía. El rey de Acolhuacan, Nezahualpiltzintli, con toda la nobleza de su tierra y reino. Luego, al mismo efecto, y juntamente, venía el rey de Xochimilco y el de Tiacopan, con todos sus grandes señores. De suerte que acudían al cerro Tlalocan toda la nobleza de la tierra, así de príncipes y reyes como de grandes señores; así de esta parte de la Sierra Nevada, como de la otra, de la parte de Tlaxcala y Huexotzinco.

11. Para los cuales señores se hacían grandes y vistosas chozas y ramadas, conforme a la calidad de las personas pertenecían, de tan pode rosos reyes y señores y tan temidos y reverenciados, haciendo para cada rey y parcialidad, en distintos lugares del monte, casas pajizas, con sus retretes y apartados, como cosa que hubiera de ser durable, y todos a la redonda de aquel gran patio que dije 'había en lo alto.

12. De donde el día, luego en amaneciendo, salían todos estos reyes y señores, con toda la demás gente, y tomaban un niño de seis o siete años y metíanlo en una litera, por todas partes cubierto, que nadie no le viese, y poníanlo en los hombros de los principales y, puestos todos en ordenanza, iban como en procesión hasta el lugar del patio, al cual lugar llamaban tetzacualco. Y llegados allí, delante la imágen del ídolo Tláloc mataban aquel niño, dentro en la litera, que nadie no le veía, al son de muchas bocinas y caracoles y flautillas. Mataban este niño los mismos sacerdotes de este ídolo.

13. Después de muerto (el niño), llegaba el rey Motecuhzoma con todos sus grandes y gente principal, y sacaban un aderezo y rico vestido para el

ídolo y, entrando donde el ídolo estaba, él mismo con su propia mano le ponía en la cabeza una corona de plumas ricas y luego le cubría con una manta, la más costosa que podía haber y galana, de muchas labores de plumas y figuras de culebras; en ella poníanle un ancho y grande braguero ceñido, no menos galano que la manta, echándole al cuello piedras de mucho valor y joyeles de oro; poníanle ricas ajorcas de oro y piedras y a las gargantas de los pies, y juntamente vestía a todos los idolillos que estaban junto a él.

14. Acabado Motecuhzoma de vestir al ídolo y de ofrecer delante de él muchas y muy ricas cosas, entraba luego el rey de Tezcoco Nezahualpilli, no menos cercado y acompañado de grandes y señores y llevaba otro vestido a la misma manera y aun si en algo se podía aventajar, se aventajaba, y vestía al ídolo muy costosamente y a los demás idolillos, excepto que la corona no se la ponía en la cabeza, empero colgábasela al cuello, a las espaldas y salíase.

15. Entraba luego el rey de Tiacopan con su vestido y ofrenda y, a la postre, el de Xochimilco, acompañado con todos los demás, con otro vestido muy rico, de mantas, braceletes, collares, manillas, orejeras, a la misma manera que los demás lo habían hecho, poniéndole la corona en los pies. Y así, entraban todos a ofrecer: cuál manta, cuál joya, cuál piedra o plumas, como entran a ofrecer el viernes santo a la adoración de la Cruz. Y acabado de ofrecer, salíanse acá fuera, quedando la pieza tan rica de oro y joyas y piedras y mantas y plumas que bastara a enriquecer a muchos pobres.

16. Vestido ya el ídolo y los demás idolillos, a la manera que hemos oído, sacaban luego la suntuosa comida que cada rey había mandado aderezar de gallos y gallinas y cazas, con muchas maneras de pan a su modo, y sirviendo el mismo Motecuhzoma de maestresala, entraba al aposento donde estaba el ídolo y, administrándole sus grandes la comida, henchían lo restante de la pieza de aquellos potajes de aves y cazas, con muchos cestillos de pan hecho de muchas diferencias, y de jícaras de cacao; todo muy bien aderezado y guisado y tanto en abundancia, que no cabía en la pieza y así ponían por acá de fuera.

17. Luego venía el rey de Tezcoco con su comida, no menos opulenta y soberbia, y daba de comer al ídolo con la misma orden que Motecuhzoma, sirviendo él mismo de maestresala. Luego venía el de Tlacopan y hacía lo mismo, y tras él, el de Xochimilco, y ofrecían tanta comida que afirman los que dan esta relación -como hombres que lo vieron- que era tanta la comida que se ofrecía de potajes y pan y cacao hecho a la manera que 'ellos lo beben, que se henchía mucha parte del patio acá fuera, que era muy de ver, especialmente que toda la loza con que lo servían era nueva y los cestillos y vasos donde estaba el cacao que no se habían estrenado.

18. Acabado de poner la comida venían los sacerdotes que habían degollado aquel niño, con la sangre en un lebrillejo y el principal de ellos, con un hisopo en la mano, el cual lo remojaba en aquella sangre inocente y rociaba al ídolo y a toda la ofrenda y toda la comida, y si alguna sangre sobraba, íbase al ídolo TIáloc y lavábale la cara con ella y el cuerpo y todos aquellos idolillos sus compañeros y el suelo. Y dicen que si aquella sangre de aquel niño no alcanzaba que mataban otro, u otros dos 'para que se cumpliese la cerimonia y se supliese la falta.

19. Acabadas todas estas ceremonias bajábanse todos al poblado a comer, porque no podían comer allí en aquel lugar, teniendo en ello superstición y agüero. Y así, acá en los pueblos cercanos tenían muy bien aderezada la comida, con mucha abundancia y suntuosidad, conforme a reyes y príncipes y grandes señores, volviéndose cada uno a su ciudad.

20. Cuando alguno de los reyes estaba impedido por alguna urgente necesidad, que no podía ir en persona, enviaba su lugarteniente o delegado,

con todo el aparato dicho y ofrenda, para que ellos en su nombre lo ofreciesen e hiciesen todas las demás cerimonias que hemos contado. Lo cual todo concluido, constituían una compañía de cien soldados, de los más valientes y valerosos que hallaban, con un capitán, y dejábanlos en guarda de toda aquella rica ofrenda y abundante comida que allí se había ofrecido, a causa de que los enemigos, que eran los de Huexotzinco y Tlaxcala no la viniesen a robar y saltar.

21. Porque, si acaso se descuidaban de poner aquella guarda, o las centinelas de velar, venían de noche los enemigos y desnudaban al ídolo y robaban toda aquella riqueza que allí habían ofrecido, de lo cual los mexicanos y todas las demás provincias de la parcialidad mexicana recibían grandísima afrenta y enojo, y así, los soldados que se descuidaban, pagaban con la vida su descuido. Empero, como el ardid de los mexicanos y astucia siempre fue mucha, las más de las veces dicen que, fingiéndose dormidos, dejaban entrar a los enemigos y cebarse en la presa, y después que los tenían cebados y a su salvo, salían de improviso y daban en ellos, que no quedaba hombre con vida.

22. Esta guardia duraba hasta que toda aquella comida y cestillos y jícaras se podrían y las plumas se podrían con la humedad. Todo lo demás, lo enterraban allí y tapiaban la ermita hasta otro año, porque en aquel lugar no asistían sacerdotes ni ministros, sólo la guardia dicha, la cual remudaban cada seis días, para lo cual había señalados pueblos de los más cercanos, para que proveyesen de soldados para hacer esta guardia todo el tiempo que duraba el temor de que los enemigos habían de saltar al ídolo y la ofrenda.

23. Acabada la ofrenda del monte y todo lo que dicho es, apresurábanse los señores a descender a la celebración y santificación de las aguas que aquel mismo día se hacía en la laguna y en todas las fuentes y manantiales y en todas las sementeras, haciendo sus sacrificios y ofrendas, las cuales contaré muy a la larga, cuando 'en el calendario trataremos del día festivo de Huey Tozoztli, porque todo pertenece para aquel lugar.

24. Mientras los señores en el monte que dijimos de Tlalocan muy en amaneciendo celebraban con toda la prisa posible para hallarse en el sacrificio de las aguas la fiesta de Tláloc en aquel monte con la solemnidad y riqueza dichas, los que quedaban en la ciudad, donde tenían la imagen del ídolo en el templo de Huitzilopochtli, tan suntuosa y ricamente aderezada, aparejaban con la misma solemnidad la de las aguas, especialmente los sacerdotes y dignidades de los templos, con todos los mozos y muchachos de los recogimientos y colegios, vistiéndose de nuevos aderezos y haciendo muchas diferencias de bailes y entremeses y juegos, y poniéndose diferentes disfraces, como fiesta principal suya, casi a la manera que los estudiantes celebran la fiesta de San Nicolás.

25. Todos estos juegos y fiestas se hacían a un bosque que se hacía en el patio del templo, delante de la imagen del ídolo Tláloc, en medio del cual bosque hincaban un árbol altísimo, el más alto que en el monte podían hallar, al cual ponían por nombre Tota, que quiere decir "Nuestro Padre". Todo enderezado a que aquel ídolo era dios de los montes y bosques y de las aguas, y así, esta solemnidad y fiesta se iba a concluir a la laguna, al tiempo que se tenía noticia que ya descendían de los montes y se acercaban a la laguna para embarcarse en las canoas que los estaban esperando, tantas en cantidad cuanto era el número de los señores y principales y gente que había ido, que cubrían las riberas de la laguna. Todas muy entoldadas y aderezadas, especialmente las de los reyes, pues para cada uno había una particular con mucha cantidad de remeros, que la llevaban volando.

26. Y antes que pasemos adelante sobre la relación de esta segunda fiesta que de la ciudad salía, quiero decir del bosque y árbol llamado Tota, que es el que ves presente. Es de notar que la figura presente se solemnizaba en nombre de "padre" que quiere decir tota, para que sepamos que reverenciaban al padre y al hijo y al espíritu santo, y decían tota, topiltzin y yolometl, los cuales vocablos quieren decir "nuestro padre, y nuestro hijo y el corazón de ambos", haciendo fiesta a cada uno en particular y a todos tres en uno, donde se nota la noticia que hubo de la trinidad entre esta gente.

27. Para que a todos demos satisfacción y no quede la relación manca, es de saber que, antes del día propio de la fiesta de este ídolo hacían un bosque pequeño en el patio del templo, d'elante del oratorio de este ídolo Tláloc, donde ponían muchos matorrales y montecillos y ramas y peñasquillos, que parecía cosa natural y no compuesta y fingida. En medio de este bosque ponían un árbol muy grande y coposo y, alrededor de él, otros cuatro pequeños. El cual árbol traían a la manera que dije y es que iban todos los ministros y mancebos de los templos y recogimientos, escuelas, colegios y pupilajes, y todos, sin quedar chico ni grande, mozo ni viejo, iban al monte de Colhuacan y en todo él buscaban el árbol más alto, hermoso y coposo que podían hallar y el más derecho y grueso.

28. Hallado el árbol a su propósito, con unas sogas cogíanle todas las ramas, liándoselas al tronco muy bien liadas, de suerte que ninguna rama ni hoja de él pudiese ser arrastrada por el suelo. Acabado que le acababan de liar, venían los hacheros y cortaban el árbol, el cual tenían atado con otras sogas, de suerte que, cortado, no cayese en el suelo, sino que, como iba cayendo, le iban sosteniendo con aquellas sogas y con horquillas, de suerte que le iban recibiendo en las manos.

29. Después de recibido, así, en peso, sin que llegase al suelo, le sacaban del monte, dejándole unos y tomándole otros, a trechos, sin ponerlo en el suelo a descansar, remudándose unos y luego otros. Para lo cual había gran multitud de gente que no sentía el trabajo, antes venían y le traían con gran regocijo de cantos y bailes y algazaras y así le metían en México, con el mesmo alboroto que suelen y llevábanle al templo dicho, donde, en medio de aquel bosque tenían hecho un hoyo hondo, donde en llegando lo plantaban, tan derecho y bien puesto que parecía ser nacido allí, y luego l'e tornaban a desliar las sogas con que tenía liadas las ramas y tornábase a extender y ensanchar como había estado en el monte.

30. A este árbol ponían por nombre tota, que quiere decir "nuestro padre", a causa de que, a la redonda de él, ponían otros cuatro más pequeños, quedando él como padre de los demás. Puesto el árbol grande y los cuatro pequeños en cuadra, quedando tota en medio, de cada arbolillo pequeño salía una soga de paja torcida y venía a atarse al de en medio grande, de manera que de los cuatro arbolillos salían cuatro sogas y venían todas cuatro a atarse al árbol de en medio que se decía tota. Tenían estas sogas en el campo que había desde el arbolillo donde estaba atada hasta el mayor muchas borlas colgadas a trechos, hechas del mismo esparto o paja.

31. Dicen que significaban estas sogas ásperas la penitencia y aspereza de la vida que hacían los que servían a los dioses, y así dicen que Nezahualcoyotl y su hijo Nezahualpilli tomaron el sobrenombre de estas sogas, porque Nezahualpilli quiere decir "señor penitente o abstigente". Y digo que tomó el sobrenombre de estas sogas, porque las llamaban nezahualmecatl que quiere decir "sogas de penitencia" y hablando a nuestro modo, quiere decir tanto como cilicio, porque en realidad de verdad, antiguamente los penitentes las usaban a las carnes aquellas sogas ásperas, para castigar las carnes. '

32. Hincado aquel palo o árbol grande, con los demás pequeños y atadas las sogas penitenciales, los grandes sacerdotes y dignidades, muy vestidos de pontifical, como dicen, sacaban una niña de siete o de ocho años, metida en un pabellón, que no la veía nadie, tapada de todas partes, a la manera que los señores habían llevado el niño que dijimos al monte; a la misma manera estos sacerdotes sacaban esta niña en hombros, metida en aquel pabellón, toda vestida de azul, que representaba la laguna grande y todas las demás fuentes y arroyos; puesta una guirnalda en la cabeza, de cuero colorado y, al remate, una lazada con una borla azul de plumas. La cual niña metían en aquel pabellón en aquel bosque y sentábanla debajo de aquel gran árbol, vuelta la cara hacia donde el ídolo estaba, y luego traían un atambor y sentados todos, sin bailar, teniendo la niña delante, le cantaban muchos y diversos cantares.

33. Duraba este canto hasta que venía nueva (de) que los señores habían concluido con la ofrenda y sacrificio en el monte y que ya bajaban a embarcarse. Tenida la noticia, tomaban la niña en su pabellón y embarcábanla en una canoa y juntamente quitaban el árbol grande, tornándole a liar las ramas, y poniéndole en una balsa en el agua y sin cesar de tañer y cantar, con innumerables canoas que iban acompañando de mujeres y hombres y niños para ver la fiesta. La llevaban al medio de la laguna con toda la priesa posible y, llegados a aquel lugar que ellos llaman Pantitlan, donde la laguna tiene un sumidero y donde hace un remolino notable de cuando en cuando, cuando se sume el agua, peligrando allí muchas canoas que por descuido e inadvertencia pasan por encima de él.

34. Llegados, pues, a aquel lugar, los grandes señores, por una parte, y los de la ciudad, por otra, tomaban luego aquel árbol grande, Tota, e hincábanlo en el cieno junto al ojo de agua, o sumidero, tornándole a desatar las ramas y el acoparse. Y luego tomaban la niña, así dentro en su pabellón y, con una fisga de matar patos, la degollaban y -escurrían la sangre en el agua. Acabada de escurrir, la arrojaban en el agua, en derecho de aquel sumidero, el cual dicen que se la tragaba, de suerte que nunca más parecía.

35. Acabada de echar la niña, llegaban los reyes a ofrecer en sus canoas, unos en pos de otros, y todos los señores. Y ofrecían tantas riquezas de joyas y piedras y collares y ajorcas, en tanta abundancia, como en el monte habían ofrecido, echándolo todo en la laguna, en el mismo lugar que habían echado la muchacha, donde cada año echaban tanta cantidad de oro y piedras y joyas que era maravilla. Y aun hay opiniones que aquel gran tesoro de Motecuhzoma que se desapareció cuando se ganó la tierra, que la fiesta que se hizo, mientras don Hernando Cortés estuvo rehaciéndose en Tlaxcala, que los indios lo echaron todo allí en aquel ojo de agua.

36. El cual sumidero se ha cegado con el mucho lodo y cieno, y con haberlo dejado de limpiar, como solían cuando iban a hacer este sacrificio. El cual acabado y la ofrenda, con todas las demás ceremonias de hincar allí el árbol Tota, cesaba el tañer y el cantar y todos los demás regocijos, y con mucho silencio se volvían todos a la ciudad. Con lo cual fenecía la fiesta, aunque no las ceremonias que los labradores y serranos hacían en las labranzas y sementeras, y en los ríos y fuentes y manantiales. Que, como cosa particular, lo dejo para en su lugar. Y 'es el principal aviso que se debe dar para que los ministros y confesores estén advertidos en ellas, para descargo de sus conciencias, a causa de que en la era de agora se usan y ló he hallado, muy común, especialmente en los pueblos allegados a serranías.

37. El árbol dicho se dejaba allí hincado, hasta que, de podrido, se caía. Y como cada año hincaban un árbol de aquellos, dizque había tantos árboles secos de aquellos junto a aquel ojo de agua, que ya los ponían apartados de él, por no haber lugar. Y que esto sea así yo me acuerdo que,

pasando esa laguna muchas veces en canoa, vide los troncones de los árboles ya muy viejos hincados en el agua, y queriéndome satisfacer qué fuese, por haber sido siempre en esto curioso de preguntar, me decían que eran árboles que antiguamente había allí. Y como ignoraba el principio, creí que eran árboles nacidos allí, hasta que vine a saber de raíz lo que era. Y creo hoy en día hay vestigios de ellos y dicen estos naturales que, si aquel ojo de agua se alegrase y limpiase, que se hallarían muchas cosas preciosas de oro y plata y joyas y piedras, y grandes rastros y vestigios de los sacrificios pasados.

38. Y no quiero dejar confusión en la variedad que de esta relación hallé, y es que unos dicen que era sumidero y otros, que no, sino manantial, y que salía por allí, en tiempo de aguas mucha cantidad de agua, que henchían toda la ciudad de México y sus acequias de agua y casi anegaba todos los pueblos que en sus playas y riberas había; que acontecía subir el agua hasta sus pertenencias, como lo afirman los de Chimalhuacan Ateneo y los de Chicualoapan y toda la cordillera que está de poblezuelos, vera de la laguna, hasta Tezcoco, admirándose agora cómo cada año va a menos y no a más y que, si no fuese por los ríos y grandes fuentes que entran en ella y la sustentan, creen que ya se hubiera secado. Y en esto fundan su razón los que dicen que aquel ojo era manantial que se seca porque no lo alegran, que se ha cegado su principal manantial y que a esta causa se seca. Y que, si se tornase a limpiar, que correría la ciudad mucho peligro, supuesto que las acequias que había en México en la infidelidad suya, que eran muchas, están cegadas, y que no hallaría el agua por dónde se extender y de necesidad se anegaría.

39. Los que tienen la contraria opinión de que era sumidero, dicen que las fuentes del Marquesado proceden de allí y que se ha visto manifiestamente, por experiencias que han hecho para satisfacerse y más, dan otra razón: que lo que en aquellos mineros se rezuma se revienta por debajo de la tierra y que va a la ciudad de México, y que a esa causa se halla el agua tan somera en dondequiera que cavan, y que el tragarse aquella niña daba testimonio de ser sumidero.

40. Esta no es razón que tiene mucha eficacia porque en el tragarse aquella niña el agua podía haber engaño y falsedad en aquellos embaidores de los sacerdotes, que no se desvelaban en otra cosa sino en hacer creyentes a todo el común qu'e los ídolos hacían milagros y maravillas, para que les cobrasen más miedo y reverencia, por ser esta gente que les mueve más lo que ven que no lo que oyen: muy devotos de Santo Tomás y de "ver y creer", como los judíos sus antepasados, que pedían a Cristo algunas señales del cielo. Y así veían que esta niña ofrecida y sacrificada al diablo Tláloc y en nombre de la laguna y echada en el agua, se la tragaba y nunca más salía, como suelen salir los cuerpos sobreaguados, y no caían en que aquellos malditos ministros del demonio les debían poner algunas piedras, para que se fuesen a fondo, tenían tan creído que el dios del agua se la comía y llevaba para sí, que hoy en día, con mucha dificultad les he podido persuadir lo contrario, diciendo que en echando en el agua aquella niña, hacía el agua un gran ruido, y que cuando se la tragaba, juntamente con el ruido hacía el agua un gran remolino.

41. Como no son cosas de fe, es cosa fácil el creer lo que cada uno en buen juicio le pareciere, que lleva más apariencia de camino y de verdad. Sé decir que, hoy en día, los que navegan esta laguna huyen de aquel lugar y no osan pasar por él, acordándose de los muchos naufragios que antiguamente tenían los que por allí pasaban y aun por las muchas desgracias que de noche suceden en aquel lugar, ahogándose algunos. Y es forzoso pasarla de noche, por temor de las tempestades y aires que entre día en ella se levantan.

42. Hay una cosa en esta laguna muy notable, y es que muchas veces se embravece y alborota en aquel lugar, sin hacer viento y hierve allí el agua y echa espuma. Y haciendo muchas conjeturas de lo que puede ser, debe ser que aquel ojo de agua, o respiradero de esta laguna está ya cegado con el mucho cieno y el agua y aire juntamente está represado que no puede salir y querría hacer su curso. Deben estos dos elementos de hacer alguna violencia y causan aquel extraño movimiento en la laguna y aquel huracán.

43. Y es cierto verdad qu'e, como testigo de vista, diré lo que me aconteció a mí y a otro religioso en medio de ella, y es que, yendo con mucha bonanza una mañana navegando, con mucho contento, de improviso, sin hacer ningún aire, ni viento, ni de ninguna parte, se levantó un huracán y movimiento tan extraño, que pensamos ser ahogados. Y, preguntando yo a los remadores que nos llevaban -que no menos espantados y temerosos estaban que nosotros- qué fuese la causa de aquel tan - inopinado terremoto y huracán, sin hacer viento, ni memoria de él, respondieron que era el aire que estaba debajo del agua y que quería salir, 'y que aquello acontecía muchas veces. Y entiendo ser lo que tengo dicho: que el aire metido en los poros de la tierra en' aquellos lugares hace causar aquel movimiento por salir en el agua, y no es mucho, pues causa los temblores de tierra y mueve medio mundo.

44. Y porque sepamos la patraña y cuento de donde procede nuestra madre la laguna, quiero contar lo que, con todo juicio, me contaron unos flemáticos viejos, preguntándoles yo qué noticias tenían del origen de aquella laguna, o lo que de ello sospechaban. Y dijéronme que lo que sabían era que procedía de la mar. Pidiéndoles la razón y ocasión que para pensarlo tenían, me dijeron que los reyes antiguos, teniendo deseo (de saber) de dónde tenía principio esta laguna, hicieron muchas diligencias para lo saber y sacar en limpio, especialmente que la veían crecer y menguar, y estar unas veces de una color y otras de otra, y enviando gente por muchas partes, dicen que hacia la costa vieron un río que salía de la mar y que, a poco trecho, se hundía, y hoy en día se hunde, y que, para saber dónde iba a salir aquel río, que echaron por el boquerón donde se sumía una calabaza, gruesa, redonda, lisa, toda llena de algodón y muy bien tapada, para qu'e no le entrase agua.

45. Y que, echada, dieron aviso a México, para que se tuviese cuenta si aquella calabaza pareciese en alguna parte de la laguna, o en algún río o fuente. Y que puestas muchas espías y buscas en la laguna, a cabo de algunos días hallaron la calabaza nadando encima del agua en la laguna grande. Cosa es que puede ser y bien se puede creer, pues el agua misma da testimonio de sí y de dónde procede con su maleza, porque, lo uno, ella es salobre y gruesa y sucia, y unas veces está clara y, otras, muy turbia; otras veces, azul; otras, verde y otras muy negra. Es agua que no cría pescado, y todo lo que del agua dulce entra en ella y de las fuentes, todo se muere y luego lo echa a la orilla, y causa muy poca salud a México con sus malos vapores y hedor, en especial en tiempo de seca.

46. He traído todo esto para contar el sacrificio que a la laguna se le hacía el mesmo día de Tláloc. El cual día, como hemos visto, era solemníssimo para ellos y de gran contento, y si bien consideramos el cuidado y solicitud con que la solemnizaban y trabajo de ir al monte y venir del monte e ir a la laguna y venir de la laguna, el ofrecer tanta cantidad de cosas preciosas y ricas, sacrificando sus mesmos hijos e hijas, sirviendo al demonio de noche y día, por cerros y quebradas, sin discrepar un año más que en otro en ninguna cerimonia, sernos ha gran confusión el considerar la flojedad y tibieza, quiebras y faltas con que servimos a nuestro verdadero Dios y aun consentimos que sea servido, poniendo más cuidado en lo temporal que en lo espiritual, contentándonos con las apariencias de cristianos, que los indios

nos fisguen, sin procurar arrancar de raíz la cizaña que anda revuelta con el trigo.

47. Cierta es confusión nuestra y vergüenza grande que, viendo con cuánto cuidado el demonio era servido día y noche, consintamos que la suma bondad de nuestro Dios y señor sea con tanta flojedad y negligencia reverenciado y creído y adorado, sin poner la solicitud y el cuidado y la vida -pues tenemos obligación de ponerla por su amor- para que SU nombre sea ensalzado y su santa fe y ley guardada, pugnando (por) desterrar la engañosa y mentirosa fe y error d'e esta miserable gente, en que todavía estriban y ponen su confianza, pues es mentira y falsedad engañosa, y lo que les enseñamos, eterna y suma verdad y bienaventuranza.

48. Para lo cual debían los que tratan con ellos y de su conversión procurar de saber muy bien la lengua y entenderlos, si pretenden hacer algún fruto, pues en ello va la salud y vida del alma, o la dafiación del uno y del otro. Y no se contenten con decir qu'e ya saben un poco de la lengua para confesar y que aquello les basta, lo cual es error intolerable, porque para este sacramento es menester más lengua e inteligencia de ella que para otro ninguno, para saber examinar la enmarañada conciencia en idolatrías encubiertas de muchos años de algunos penitentes. Y no tengan los prelados tanto error en decir que ya sabe lengua el ministro para confesar un enfermo, que bien le pueden fiar el sacramento.

49. Torno a decir que es error muy grande y poca inteligencia de los indios, porque para aquel enfermo que se está muriendo, es menester la buena lengua y la buena persuasión y el declararle el bien que con aquel sacramento recibe y cómo mediante la pasión de Cristo y su sangre preciosa con que aquel sacramento está bañado recibe remisión y perdón de todos sus pecados, y ponerle temor que, si no descubre sus pecados, que se irá al infierno. El cual enfermo, lleno de temor y persuadido, descubre a veces lo que había cuarenta y cincuenta años que encubría, como habrá acontecido y acontece a cada paso.

50. Miren, por amor de Cristo crucificado, cómo se encargan de este negocio tan importante que no basta ser uno lengua como quiera, pues querrá predicarles y declararles los misterios de la fe y amonestarles la verdad, y predicará error y mentira. Lo cual se ha de tener por cosa perjudicial y para las conciencias que lo encomiendan y de ello se encargan no muy seguro. Lo cual me admira de algunas personas: con cuánta seguridad se encargan de ello y comen, y beben, y duermen, tan sin cuidado, como si no hubieran de dar a Dios cuenta de los que, por sus culpas, se van al infierno, contentándose con dos vocablos generales, que son tlein itoca, ic hualaz, que son los vocablos primeros que los conquistadores aprendieron cuando vinieron a la tierra, con otros vocablos, tan groseros y toscos, que los indios, demás de reírse y hacer burla, y escarnio de ellos, no los entienden, ni saben lo que quieren decir.

CAPITULO IX

DE LA GRAN FIESTA QUE LLAMABAN TLACAXJPEUALIZTLI, QUE QUIERE DECIR "DESOLLAMIENTO DE HOMBRES", EN LA CUAL SOLEMNIZABAN UN ÍDOLO LLAMADO TOTEC Y XIPE Y TLATLAUHQLJI TEZCATL, DEBAJO DE LOS CUALES NOMBRES LE ADORABAN COMO A TRINIDAD, Y, POR OTRA MANERA, TOTA, TOPILTZIN Y YOLLOMETL QUE QUIERE DECIR "PADRE, HIJO Y EL CORAZÓN DE AMEOS A DOS" A QUIEN SE HACÍA LA FIESTA PRESENTE

1. A veinte de marzo, un día después que agora la iglesia sagrada celebra la fiesta del glorioso San Josef, celebraban en esta tierra los indios una solemnísimas fiesta y tan regocijada y ensangrentada y tan a costa de hombres, que no había otra más que ella. Llamábanla Tlacaxipeua'liztli, que quiere decir "desollamiento de hombres", y era la primera fiesta del año de las del número de su calendario, que ellos celebraban de veinte en veinte días. En la cual, demás de ser de las fiestas de este número, celebraban en ella a un ídolo que, con ser uno, lo adoraban debajo de tres nombres, y, con tener tres nombres, lo adoraban por uno, casi a la misma manera que nosotros creemos en la Santísima Trinidad, que es tres personas distintas y un solo Dios verdadero: así esta ciega gente creía en este ídolo ser uno por debajo de tres nombres, los cuales eran Totec, Xipe, Tlatlahuqui Tezcati. La declaración de los cuales nombres será necesario poner, para que entendamos lo que quieren significar, y cómo todas las ceremonias y solemnidad se enderezaban a honor de estos tres nombres y de cada uno en particular.

2. El primer nombre, que es Totec, aunque al principio no le hallaba denominación y me hizo titubear, en fin, preguntando y tornando a preguntar, vine a sacar que quiere decir "señor espantoso y terrible", que pone temor. El segundo, que es Xipe, quiere decir "hombre desollado y maltratado"; el tercer nombre, que es Tlatlahuqui Tezcati, quiere decir "espejo de resplandor encendido".

3. Y no era ídolo particular, que lo celebraban aquí y allí pero era fiesta universal de toda la tierra, y todos lo solemnizaban como a dios universal, y así le tenían un templo particular con toda la honra y suntuosidad posible, tan honrado y temido que no podía ser más. En cuya fiesta mataban más hombres que en otra ninguna, por ser la fiesta tan general como era, que aún en los muy desastrados pueblos y en los barrios sacrificaban este día hombres. Lo cual, mientras más escribo y pregunto, más admiración me pone de ver la multitud de gente racional que moría en toda la tierra por año, sacrificada al demonio, que podemos afirmar que era más que los que morían de su muerte natural.

4. Y que esto sea así, imagine el que curiosamente lo quisiere comparar y verá ser verdad, y mire en este solo día a Tlacaxipeualiztli -que así se dice la fiesta de que vamos tratando- y considere que en solo México morían en este día, por lo menos, en todo él, sesenta personas, y discorra por todas las provincias, ciudades y reinos: verá que sólo este día sacrificaban sus mil hombres y más, y esto, sin meter las demás fiestas, en las cuales ninguna pasaba sin matar hombres o mujeres.

5. La imagen y figura de este ídolo era de piedra, de altor de un hombre; con la boca abierta, como hombre que estaba hablando; que demostraba tener vestido un cuero de hombre sacrificado, colgando las manos del cuero a las muñecas. Tenía en la mano derecha un báculo, con unas sonajas al cabo, a su modo, enjeridas en el mismo báculo; en la mano izquierda tenía una rodela de plumas amarillas y coloradas, de la cual y dentro la manija, salía una bandereta colorada con sus plumas al cabo.

6. En la cabeza tenía una tiara, toda colorada, ceñida con una cinta colorada, que venía a hacer un lazo en la frente, galano, y, en medio del

lazo, un joyel de oro. A las espaldas tenía colgada otra tiara, de la cual salían tres banderetas, con tres tiras, que colgaban de la tiara abajo, todas coloradas, a honor de los tres nombres del ídolo. Tenía puesto un solemne y galán braguero, que parecía salir por entre el cuero de hombre que tenía vestido. Y esta era el vestido que siempre a la continua tenía, sin diferenciárselo, ni mudárselo jamás.

7. Cuarenta días antes del día de la fiesta vestían un indio conforme al ídolo y con su mismo ornamento, para que, como a los demás, representase al ídolo vivo. A este indio esclavo y purificado hacían todos aquellos cuarenta días tanta honra y acatamiento como al ídolo, trayéndolo en público. Lo mismo hacían en cada barrio. Los cuales barrios eran como parroquias y así tenían sus nombres y advocación de ídolo, con su casa particular que servía de solo iglesia de aquel barrio, y así en fiesta podían vestir un indio esclavo, como en el templo principal, para que representase aquel ídolo; lo cual no hacían en todas las demás fiestas del año. De manera que, si había veinte barrios, podían andar veinte indios representando a este su dios universal, y cada barrio honraba y reverenciaba su indio y semejanza del dios, como en el principal templo se hacía.

8. En fin, lo que siento de esta fiesta es que solemnizaban todos los dioses en una unidad, y, para que entendamos ser así, en llegando que llegaba el día de la fiesta, bien de mañana, sacaban este indio, que hacía cuarenta días representaba al ídolo vivo. Tras él sacaban a la semejanza del sol, y luego, la semejanza de Huitzilopochtli, y la de Quetzalcoatl, y la del ídolo llamado Macuilxochitl, y la de Chililico, y la de Tiacahuepan, y la de Ixtlilton, y la de Mayahuel, dioses de los principales de los barrios más señalados, y a todos, así, unos tras otros, los mataban, sacándoles el corazón, con el sacrificio ordinario y llevándolo con la mano alta hacia el oriente, echándolo en un lugar que llamaban zacapan, que quiere decir "encima de la paja", "donde el sacrificador de los dioses se ponía, y luego, en poniéndose allí, junto a los corazones, venían las ofrendas de toda la gente, los cuales ofrecían manojos de mazorcas de las que los indios tenían colgadas de los techos, a la manera que los españoles cuelgan las uvas.

9. Y antes que se me olvide, quiero avisar que estos manojos de mazorcas así colgadas es superstición e idolatría y ofrendas antiguas. Estos manojos de mazorcas ofrecían allí, las cuales las habían de poner encima de hojas de zapotes verdes, en lo cual también había misterio y agüero.'

10. Acabados de sacrificar los dioses, luego los desollaban todos a gran prisa, de la manera que dije aquí, que en sacándoles el corazón y (acabando de) ofrecerlo al oriente, los desolladores que tenían este particular oficio, echaban de bruces al muerto, y abríanle desde el colodrillo hasta el calcañar y desollábanlo, como a carnero, sacando el cuero todo entero.

11. Acabados de desollar, la carne daban a cuyo el indio había sidó, y los cueros vestíanlos otros tantos indios allí luego, y poníanles los mismos nombres de los dioses que los otros habían representado, vistiéndoles encima de aquellos cueros las mismas ropas e insignias de aquellos dioses, poniendo a cada uno su nombre del dios que representaba, teniéndose ellos por tales. Y así, se presentaban uno hacia el oriente, otro hacia el poniente, y otro a la parte de mediodía y otro a la parte del sur (sic), y cada uno se iba hacia aquella parte hacia la gente, y traían asidos algunos indios consigo, como presos, demostrando su poder, y así llamaban a esta cerimonia neteotoquiliztli, que quiere decir "reputarse por dios".

12. Hecha esta cerimonia, para significar que todo era un poder y una unión, juntábanse todos estos dioses en uno y atábanles el pie derecho del uno

con el pie izquierdo del otro, liándoles las piernas hasta la rodilla y así atados, unos con otros, andaban todo aquel día sustentándose los unos con los otros, en lo cual -como dije- daban a entender la igualdad y su conformidad y daban a entender su poder y unidad.

13. Así atados los llevaban juntos a un sacrificadero que llamaban Cuauhxiccalco, que era un patio muy encalado y liso, de espacio de siete brazas en cuadro. En este patio había dos piedras; a la una llamaban 'te-. malacatl, que quiere decir "rueda de piedra", y a la otra llamaban cuauhxicalli, que quiere decir "batea". Estas dos piedras redondas eran de a braza. Las cuales estaban fijadas en aquel patio, la una junto a la otra.

14. Puestos allí, salían luego cuatro hombres, armados con sus coracinas; los dos con divisas de tigres y los otros dos con divisas de águilas; todos cuatro, con sus rodelas y espadas en las manos. A los que traían la divisa de tigre, al uno llamaban "tigre mayor" y al otro, "tigre menor"; lo mismo a los que traían las divisas de águila, que al uno llamaban "águila mayor" y al otro, "águila menor". Estos tomaban en medio a los dioses.

15. Luego salían todas las dignidades de los templos por su orden, los cuales sacaban un atambor y empezaban un canto aplicado a la fiesta y al ídolo. Luego salía un viejo, vestido con un cuero de león, y con él, cuatro, vestidos el uno de blanco, el otro de verde, y el otro de amarillo, y el otro, de colorado. A los cuales llamaban "las cuatro auroras", y con ellos, el dios Ixcozauhqui y el dios Titlacahuan, y poníalos aquel viejo en un puesto, y en poniéndolos, iba y sacaba un preso de los que se habían de sacrificar y subíalo encima de la piedra llamada temalacati, y esta piedra tenía en medio un agujero, por donde salía una sogá de cuatro brazas, a la cual sogá llamaban centzo.nmecatl.

16. Con esta sogá ataban al preso por un pie y dábanle una rodela y una espada toda emplumada, en la mano, y traían una vasija de "vino divino", que así le llamaban, conviene a saber teoocltli, y hacíanle beber de aquel vino. Luego le ponían a los pies cuatro pelotas de palo para con qué se defendiese, el cual (preso) estaba desnudo en cueros. Luego que se apartaba el viejo, que tenía por nombre "el león viejo", al son del atambor y e! canto salía el que nombramos gran tigre, bailando con su rodela y espada, e íbase para el que estaba atado, el cual tomaba las bolas de palo y tirábale.

:17. El gran tigre, como era diestro, recogía los golpes en la rodela. Acabados los pelotazos, tomaba el preso desventurado y embrazaba su rodela y esgrimiendo la espada, defendíase del gran tigre que pugnaba por le herir. Mas empero, como el uno estaba armado y el otro, desnudo, y el otro tenía su espada de filos, y el otro, de solo palo, a pocas vueltas, le hería, o en la pierna, o en el muslo, o en el brazo, o en la ca'beza, y así, luego 'en hiriéndole, tañían las bocinas y caracoles y flautillas y el preso se dejaba caer. En cayendo, llegaban los sacrificadores y desatándolo y llevándolo a la otra piedra, que dijimos se llamaba cuauhxicalli, allí le abrían el pecho y le sacaban el corazón y lo ofrecían al sol, dándose lo con mano alta.

18. De esta misma manera que he contado sacrificaban treinta y cuarenta presos, sacándolos uno a uno aquel león viejo y atándolos allí. Para la cual contienda estaban aquellos cuatro tigres y águilas, para (que), en cansándose uno, salía el otro, y si aquellos se cansaban y los presos eran muchos, ayudaban los que estaban en nombre de las cuatro auroras, los cuales habían de combatir con la mano izquierda, y como eran señalados para aquel oficio, estaban tan diestros en esgrimir con la izquierda y en herir, como con la derecha. También tenía licencia el atacado preso para herir y matar, defendiéndose de los que le acometían.

19. Y en efecto, había algunos de los presos, tan animosos y diestros que, con las bolas que tiraban, o con la rodela y espada de palo que en la mano tenían, se defendían tan valerosamente, que acontecía matar al gran tigre, o al menor, o al águila mayor, o a la menor. Y era que algunos se desataban de la soga con que estaban atados y, en viéndose sueltos, arremetían al contrario y allí se mataban el uno al otro, y esto acontecía cuando el preso era persona de cuenta y que había sido capitán en la guerra donde había sido cautivado. Otros habla, tan pusilánimes y cobardes, que en viéndose atados, 'luego desmayaban y se sentaban en cuclillas y se dejaban herir.

20. Este combate duraba hasta que los presos se acababan de sacrificar. Los cuales todos habían. de pasar por aquella cerimonia, a la cual cerimonia llamaban tlaauanaliztli, que quiere decir "señalar o rasguñar" señalando con espada. Y hablando a nuestro modo, es dar toque, esgrimiendo con espadas blancas. Y así, el que salía al combate, en dando toque que saliese sangre, en pie, o en mano, o en cabeza, o en cualquiera parte del cuerpo, luego se hacía afuera, y tocaban los instrumentos y sacrificaban al herido, y de esta manera, los que estaban atados, por tener un poco más la vida, se guardaban de no ser heridos, con mucho ánimo y destreza, aunque al fin venían a morir.

21. Duraba este combate y modo de sacrificar todo el día, y morían indios en él de cuarenta y cincuenta para arriba de aquella manera, sin los que mataban en los barrios que habían representado al ídolo. Cosa, cierto, de gran compasión y lástima y de grande dolor.

22. Concurría al espectáculo toda la ciudad, al mismo templo del ídolo en el cual se ofrecía aquel sacrificio. Era templo particular y vistoso, así por su altura, como por haber en él tantas particularidades de piedras para sacrificar. El oratorio o aposento donde este ídolo estaba era pequeño, pero bien y galanamente aderezado. Delante de la cual pieza estaba aquel patio encalado, de siete a ocho brazas, donde estaban aquellas dos piedras fijadas, que para subir a ellas había cuatro escalerillas, de a cuatro escalones cada una: en la una de ellas estaba pintada la imagen del sol, y en la otra, la cuenta de los años, meses y días. Tenían alrededor de este patio muchos aposentos, donde guardaban los cueros de los que desollaban por cuarenta días, al cabo de los cuales, los enterraban en una bóveda o subterráneo que había al pie de las gradas.

23. Las dos piedras de que he hecho mención, la una donde estaban los que sacrificaban y la otra, donde los acababan de sacrificar, muchos tenemos noticia de ellas. La una de las cuales vimos mucho tiempo en la Plaza Grande, junto a la acequia, donde cotidianamente se hace un mercado, frontero de las casas reales; donde perpetuamente se recogían cantidad de negros a jugar y a cometer otros atroces delitos, matándose unos a otros. De donde, el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Alonso de Montúfar, de santa y loable memoria, Arzobispo dignísimo de México, de la Orden de Predicadores, la mandó enterrar, viendo lo que allí pasaba de males y homicidios, y también, a lo que sospecho, fue persuadido la mandase quitar de allí, a causa de que se perdiese la memoria del antiguo sacrificio que allí se hacía.

24. La segunda piedra era una que agora tornaron a desenterrar en el sitio donde se edifica la Iglesia Mayor de México, la cual tienen agora a la puerta del Perdón. A esta llamaban "batea" los antiguos, a causa de que tiene una pileta en medio y una canal, por donde se escurría la sangre de los que en ella sacrificaban, los cuales fueron más que cabellos tengo en la cabeza. La cual deseo ver quitada de allí, y aun también de ver desbaratada la Iglesia Mayor y hecha la nueva: es porque se quiten aquellas culebras de piedra que están por basas de los pilares, las cuales eran cerca del patio de

Huitzilopochtli y donde sé yo que han ido a llorar algunos viejos y viejas la destrucción de su templo, viendo allí las reliquias, y plega a la divina bondad que no hayan ido allí algunos a adorar aquellas piedras y no a Dios.

25. A honra de esta fiesta y por cerimonia comían generalmente en esta fiesta una comida todos y eran unas tortillas y tamales de maíz amasados con miel y frisoles, sin poder comer otro pan, so pena de sacrilegio y quebrantador de las divinas ordenanzas.

26. Acabado lo que dicho es, todos aquellos que habían representado a los dioses, que habían estado vestidos con aquellos cueros de hombres, se iban y los sacerdotes los desnudaban y los lavaban con sus propias manos y colgaban aquellos cueros, con mucha reverencia, de unas varas.

27. Luego otro día de mañana iban algunos a pedir al dueño de los que se habían desollado aquel cuero prestado, para pedir limosna con él, y el dueño mandaba se les prestase. Y esto hacían los pobres en todos los barrios. A los cuales (pobres) prestaban estos cueros y se los ponían, y encima de ellos, las ropas del ídolo Xipe, y salían por la ciudad y por todos los barrios a pedir limosna de puerta en puerta. De los cuales limosneros acontecía andar veinte y veinticinco, conforme a los barrios que había. Los cuales (limosneros) no se habían de encontrar en parte ninguna, ni en casa, ni en calle, ni en encrucijada, porque si se topaban en alguna parte, arremetían el uno contra el otro, y habían de pelear y pugnar de romperse el cuero el uno al otro y los vestidos, lo cual era estatuto y ordenanza de los templos.

28. Y así huían de se encontrar, para lo cual traían muchos muchachos tras sí y gente que les avisaba y les llevaban la limosna que recogían. Por la cual limosna había un agüero: que a nadie habían de llegar a pedir que les dejase de dar, poco o mucho, alguna cosa. Lo que les daban era gran cantidad de mazorcas, calabazas, frisoles, en fin, de todas semillas, cada uno conforme a su posibilidad. Otros les daban comidas de pan y carne y p'edazos de calabazas cocidas con miel; otros, del pan que el día antes se había comido y sobrado; otros les daban cosas de más precio, como eran los señores y gente principal daban mantas, bragueros, cotaras, plumas, joyas. Todo lo cual iba al templo y allí se juntaba. Donde, acabados los veinte días, que era el tiempo determinado que había de pedir, había el limosnero de partir de toda la ofrenda y limosna que había recogido con el dueño del esclavo, cuyo cuero había pedido, y con esto remediaban muchos pobres su necesidad. Estos que pedían esta limosna, cada noche eran obligados a llevar el cuero al templo, donde se había de guardar en los aposentos que para ello estaban diputados, donde cada mañana acudían los que habían de pedir, por ellos.

29. A estos limosneros acudían las mujeres, cuando pasaban por la calle, con sus niños en los brazos, y les rogaban se los bendijesen, ni más ni menos que agora salen a los religiosos, para que les echen la bendición. Los xipes los tomaban en los brazos y diciendo no sé qué palabras sobre la criatura, daban cuatro vueltas con él por el patio de su casa, y tornábanselo a la madre, la cual tomaba su niño y dábale limosna.

30. Acabados los veinte días, que era como octava del ídolo, cesaba la limosna. El cual día, para enterrar los cueros y quitarlos a los que los habían traído, hacían una cerimonia, y era que en medio del mercado ponían un atambor y salían los soldados viejos todos y sus capitanes, que habían sido causa de prender en la guerra los que se habían sacrificado, todos aderezados con las nuevas insignias que los reyes les daban y preseas, todos con sus mantas de red, y bailaban, trayendo en medio aquellos limosneros, vestidos con sus cueros, y cada día quitaban uno o dos, con aquella solemnidad y fiesta, que duraba otros veinte días en quitar cueros. Con el cual regocijo comían y

bebían y se regocijaban todo lo posible. Que, cuando se venía a acabar, hedían ya los cueros y estaban tan negros y abominables que era asco y horror verlos.

31. Al cabo de estos cuarenta días tan festejados y solemnizados, tomaban todos los cueros, y en el templo del ídolo Xipe y abajo al pie de las gradas de él, los enterraban en el subterráneo y bóveda dicha, la cual tenía una piedra movediza que se quitaba y ponía. Enterrábanlos con canto y solemnidad, como a cosa sagrada; al cual entierro acudía toda la tierra a sus templos, donde, acabado el entierro, había un sermón muy solemne, el cual hacía una de las dignidades, todo de retórica y metáforas, con la más elegante lengua que podía ordenarle.

32. En el cual sermón refería la miseria humana, la bajeza que somos y lo mucho que debemos al que nos dio el ser que tenemos. Amonestaba la vida quieta y pacífica, el temor, la reverencia y la vergüenza, la crianza y miramiento y buen comedimiento; la sujeción, la obediencia, la caridad con los pobres y forasteros peregrinos. Vedaba el hurtar, el fornicar y adulterar y desear lo ajeno. Finalmente, amonestaba todo género de virtudes y vedaba todo género de males, como un católico predicador lo podía persuadir y predicar, con todo el fervor del mundo, prometiendo al que cometiese aquestos delitos que dejaría en esta vida nombre de malo y perverso, y que descendería al infierno con la misma fama, y que sería tenido allá por tal. Y a los buenos amonestaba y persuadía y prometía que permaneciesen en el bien, y en su vida quieta y pacífica, que el señor de las alturas les quería mucho y darían el galardón y que saldrían de esta vida para la otra con buen nombre y que irían a ser allá muy honradps.

33. Todo esto que he dicho aquí, con lo demás, demuestra haber tenido esta gente noticia de la ley de Dios y del Sagrado Evangelio, y de la bienaventuranza, pues predicaban haber premio para el bien y pena para el mal. Yo pregunté a indios de los predicadores antiguos y escribí los sermones que predicaban, con la misma retórica y frasis suyo y metáforas, y realmente eran católicos. Y que me pone admiración la noticia que había de la bienaventuranza y del descanso de la otra vida y que, para conseguirla, era necesario el vivir bien. Pero iba esto tan mezclado de sus idolatrías y tan sangriento y abominable, que desdoraba todo el bien que se mezclaba, pero dígoelo a propósito de que 'hubo algún predicador en esta tierra que dejó la noticia dicha. Sea nuestro Señor bendito y alabado per saecula sin fin, que tuvo por bien de sacar a estos miserables de tan grandes errores y ciega servidumbre, y destruir tan abominable sacrificio como de sangre y corazones de hombres se hacía al demonio, lo cual algunos conocen el bien que les vino con la suave ley de Dios y alaban al dador de tan gran beneficio, el cual sea loado por siempre jamás.

34. Celebrábase otra fiesta de la significación del sol, no con menos cerimonias ni ritos y supersticiones que las demás que atrás hemos declarado, que entiendo que no menos contento dará que las demás. La cual trae consigo tantas cerimonias que me será forzoso ser largo, como en los demás capítulos, para poder declarar tantas y tan innumerables cerimonias y sacrificios y la solemnidad de esta fiesta, por ser fundada de gente ilustre, que era de un género de caballeros que profesaban de dar fin a sus días en el estado militar. Y eran éstos tan de magnánimo y atrevido corazón que habían puesto un estatuto y promesa que aunque saliesen contra cada uno en el campo diez, ni doce, hombres, no les volverían el rostro ni las espaldas, ni echarían pie atrás.

35. Que me parece que, si se hubieran hallado en ejércitos de los alemanes, hubieran aprendido de ellos aquella costumbre que ellos tenían de combatirse a pie quedo, como lo declaran muchas historias, y esta promesa y

orden la guardaban y cumplían tan valerosa y cabalmente que no había de discrepar un solo punto, que antes se dejaban hacer pedázos que hacer lo contrario. Y por esta valentía y corazón tan animoso eran tan estimados y queridos del rey y de los señores, que aquel que más se mostraba y señalaba en la guerra, le hacían más honra y le daban mayor premio y dictado. Y pues esta fiesta es de caballeros, conviene que vaya este capítulo conforme al merecimiento que los semejantes merecen. El cual capítulo declararé con la brevedad y estilo que esta historia requiere. Para lo cual se me admita algún perdón, si fuere largo en parte.



CAPITULO X

DE LA FIESTA QUE AL SOL SE HACÍA DEBAJO DE ESTE NOMBRE: NA UHOLIN

1. Hubo en esta tierra una orden de caballeros que profesaban la milicia y hacían voto y promesa de morir en defensa de su patria y de no huir la cara a diez, ni a doce que les acometiesen. Los cuales tenían por dios y caudillo al sol, y por patrón -como los españoles a Santiago glorioso- donde todos los que profesaban y entraban a esta compañía eran gente ilustre y de valor; todos hijos de caballeros y señores, sin admitir gente de baja suerte, por más valiente que fuese. Y así, la fiesta de los caballeros e 'hijosdalgo, hecha a honra de su dios, a la cual llamaban nauholin, que quiere decir "cuarto movimiento", debajo del cual nombre la solemnizaban, conforme a la calidad de las personas cuya fiesta era.

2. Esta fiesta celebraban dos veces en el año; la primera, a diez y siete de marzo, y la segunda, era a dos días de diciembre. En fin, las dos veces que le cabía en el año el número de "cuarto curso o movimiento". Y, para mayor inteligencia, es necesario saber que la semana de estos indios era de trece en trece días; donde, en cumpliéndose los trece días, tornaban a contar uno hasta trece. También sus meses eran de veinte días no más, y para todos veinte tenían una figura con que los nombraban, las cuales figuras eran veinte, para cada día la suya, y, a la misma manera que nosotros decimos "lunes, martes, etc.", nombraban ellos los días de su mes, con aquellas figuras. Entre las cuales figuras estaba ollin, a manera de una mariposa, a la cual figura, contando por el número trece, como ellos contaban sus semanas, en cayendo a esta figura el número cuatro -que le caía solas dos veces en el año- allí le celebraban la fiesta en el nombre de "cuarto movimiento", tan caballerosamente como veremos.

3. Esta orden de caballeros tenía su templo y casa particular curiosamente labrada, de muchas salas y aposentos, donde se recogían y servían a la imagen del sol. Y dado que todos eran casados y tenían sus casas particulares y haciendas, tenían, empero, en aquellos aposentos y casas de aquel templo, sus prelados y mayores, a quienes obedecían y por cuyas ordenaciones se regían, y donde había gran número de mozos, mancebos, hijos de señores, que profesaban de seguir aquella orden de caballería, y así los enseñaban allí e imponían en todo género de combate, con todo género de las armas que ellos usaban. La cual orden imagino yo como las órdenes de los comendadores de España, que unos son de San Juan, otros de Calatrava, otros de Santiago, trayendo, para diferenciarse, diferentes encomiendas; así éstos, según el orden, tendrían en esta orden de caballería, les podemos llamar "los comendadores del sol", cuya divisa llevaban cuando iban a la guerra.

4. Este templo del sol estaba en el mismo lugar (en) que agora edifican la Iglesia Mayor de México, al cual llamaban por excelencia Guacuauhtin inchan, que qui'ere decir "la casa de las águilas". El cual nombre de águila o de tigre usaban por metáfora, para engrandecer y honrar a los hombres de valerosos hechos y así en decir la casa de las águilas a aquel templo era tanto como decir la casa de los valientes hombres, comparando por metáfora su valentía a la del águila, o a la del tigre, por ser el águila entre las demás aves la más valerosa, y el tigre entre los demás animales el más bravo y feroz.

5. En lo alto de este templo había una pieza mediana junto a un patio que dijimos en el capítulo pasado que era de siete u ocho brazas muy encalado. A un lado de este patio estaba esta pieza que digo, en la cual, sobre un altar, estaba colgada en la pared una imagen del sol, pintada de pincel en una manta, la cual figura era de hechura de una mariposa, con sus alas, y a la redonda de ella, un cerco de oro, con muchos rayos y resplandores que de ella

salían, estando toda la demás pieza muy aderezada y galana. Había para subir a esta pieza cuarenta gradas, pocas más o menos.

6. Hacíanse en este templo todas las ceremonias que en los demás, como era el incensar esta imagen cuatro veces entre día y noche, y hacer y cumplir todos los ritos de ofrendas y sacrificios que se hacían a los demás dioses, para lo cual tenían sus sacerdotes y dignidades, con todas las preeminencias y privilegios que los demás.

7. Los cuales solemnizaban esta fiesta a la manera siguiente: cuanto a lo primero, este día 'había de ayunar toda la gente de la ciudad, tan estrecha y rigurosamente que ni aun a los niños ni enfermos no les era permitido desayunarse, hasta que, haciendo el sol su curso, llegaba al medio día, en el cual punto tomaban los sacerdotes y ministros de aquel templo unos caracoles y bocinas y hacían señal para que la gente acudiese al templo, la cual (señal) oída, acudía toda, con más cuidado que agora acuden a la misa el domingo.'

8. En estando recogida, al mismo sonido de aquellos caracoles y bocinas, sacaban un indio de los presos en la guerra, muy acompañado y cercado de gente ilustre. Traía las piernas embijadas de unas rayas blancas y la media cara, de colorado, pegado sobre los cabellos un plumaje blanco. Traía en la mano un báculo muy galano, con sus lazos y ataduras de cuero, injertas en él algunas plumas. En la otra mano, traía una rodela, con cinco copos de algodón en ella; traía a cuestas una carguilla, en la cual traía plumas de águila y pedazos de almagre y pedazos de yeso, y humo de tea y papeles rayados con hule.

9. De todas estas niñerías hacían una carguilla, la cual sacaba aquel indio a cuestas, y poníanle al pie de las gradas del templo, y allí, en voz alta, que lo oía toda la gente que presente estaba, le decían: "Señor, lo que os suplicamos es que vayáis ante nuestro dios el sol y que de nuestra parte le saludéis y le digáis que sus hijos y caballeros y principales que acá quedan le suplican se acuerde de ellos y que desde allá los favorezca y que reciba este pequeño presente que le enviamos, y darle héis este báculo para con qué camine, y esta rodela para su defensa, con todo lo demás que lleváis en esa carguilla."

10. El indio, oída la embajada, decía que le placía, y soltábanlo, y luego empezaba a subir por el templo arriba, subiendo muy poco a poco, haciendo tras cada escalón mucha demora; estándose parado un rato y subiendo otro; parábase un rato, según llevaba instrucción de lo cual había de estar en cada escalón, y también para denotar el curso / del sol ir su poco a poco, haciendo su curso acá en la tierra, y así tardaba en subir aquellas gradas grande rato.

11. En acabando que las acababa de subir, íbase a la piedra que llamamos cuauhxicalli, y subíase en ella. La cual dijimos que tenía en medio las' armas del sol. Puesto allí, en voz alta, vuelto a la imagen del sol que estaba colgada en la pieza encima de aquel altar y, de cuando en cuando, volviéndose al verdadero sol, decía su embajada.

12. En acabándola de decir, subían por las cuatro escaleras que dije tenía esta piedra para subir a ella, cuatro ministros del sacrificio, y quitábanle el báculo y la rodela y la carga que traía, y a él lo tomaban de pies y manos y subía el principal sacrificador con su cuchilla en la mano y degollábalo, mandándole fuese con su mensaje al verdadero sol a la otra vida, y escurriánle la sangre en aquella pileta, la cual por aquella canal que tenía, se derramaba delante de la cámara del sol y el sol que estaba pintado en la piedra se henchía de aquella sangre. Acabada de salir toda la sangre,

luego le abrían por el pecho y le sacaban el corazón, y con la mano alta se lo presentaban al sol, hasta que dejase de bahear, que se enfriaba. Y así acababa la vida el desventurado mensajero del sol e iba con su mensaje a los infiernos, donde iba a dar cuenta de la gran ceguedad en que quedaban.

13. Acabado de sacrificar este indio, a cuyo sacrificio había estado todo el pueblo, sin desayunarse, midiendo el tiempo de tal arte que, cuando aquel indio acabase de subir al sacrificadero fuese medio día en punto. En acabándole de degollar y de hacer aquella cerimonia, tocaban las bocinas y caracoles los ministros del templo, haciendo señal que ya podían todos comer, y que se alzaba el entredicho e impedimento de no comer; lo cual hasta entonces era tan estrecho precepto que, so pena de incurrir en la ira del sol y en grandes agüeros y pronósticos de mal a quien lo quebrantaba, y así no lo osaban quebrantar.

14. Oída aquella señal, todos se iban a comer. Unos, a sus casas; otros, habían traído su comidilla y comían allí, por haber venido de lejos. Mientras la gente comía, los sacerdotes no estaban ociosos, porque luego tomaban el presente que el indio había subido cargando y el báculo y rodela, y colgábanlo junto a la imagen del sol, como por trofeo. Luego tomaban al sacrificado y volvíanselo a su dueño, con la carne del cual (esclavo) solemnizaba la fiesta. La cual carne de todos los sacrificados tenían realmente por consagrada y bendita, y la comían con tanta reverfleja y con tantas ceremonias y melindres, como si fuera alguna cosa celestial, y así la gente común jamás la comía, sino allá la gente ilustre y muy principal.

15. En acabando de comer toda la gente del pueblo, tornaban a hac'er señal con aquellos instrumentos que servían de lo que sirven las campanas, y recogíanse todos otra vez en el templo a gozar del fin de la fiesta. En estando lleno el templo, salían aquellos mancebos principales, todos con unas navajas pequeñas en las manos, y en la otra, un manojo de varitas muy delgadas y lisas de mimbres, y sentándose por sus ringleras, hacían en sí mesmos un sacrificio extraño y era que con aquellas navajas se herían el molledo del brazo izquierdo, entre cuero y carne, de suerte que en espacio de un dedo pasaban la navaja de la otra parte y por aquella herida que se daban, pasaban aquellas varillas, una a una, y en sacándola por la otra parte, así sangrienta, arrojábanla delante de la imagen del sol, teniendo al que más varillas sacaba por más esforzado y penitente, y aun él cobraba más vanagloria. El cual sacrificio no se hacía más de solo el día de la fiesta.

16. En acabando el sacrificio se iban a bañar, y luego sacaban los atambores y hacían un gran areito, donde salían solos los señores y principales, sin intervenir otra gente ninguna. Al cual baile sacaban estos señores muchas y muy curiosas joyas y plumas y collares muy vistosos y galanos, especialmente los caballeros de esta orden, los cuales sacaban las divisas y armas de su patrón el sol en las rodelas y plumas que sacaban.

17. Hacían en este templo este día todos los que podían grandes ofrendas de todo género de cosas, cada uno de lo que tenía y sufría su posibilidad, con mucha largueza. Donde esta costumbre de ofrecer tiénela desde ab initio, y antes les era gran contento, cuando tenían que ofrecer, porque allí se henchían ellos de vanagloria, y agora se hinchen, y entiendo, cierto, que, pocos, o ninguno, ofrecen algo que meramente su objeto sea enderezado a Dios. Plega al Señor que yo me engañe y, si es juicio temerario, me lo perdone, porque el aguardar a ofrecer cuando haya quien los vea, y muchas veces, cuando alzan, y el llegar a poner su ofrenda al mismo altar, y no al cantito sino que mete la mona hasta medio altar para que el sacerdote advierta y lo vea, pudiéndolo poner acullá, al pie de las gradas, cierto, a mí me huele a vanagloria.

18. También dicen que, en acabando de ofrecer sus ofrendas este día, alzaban los ojos al sol y que llamaban al señor de lo creado, con alguna ansia y sentimiento, y entiendo era invocación al sol, al cual tenían por criador de las cosas y causa de ellas. Con lo cual se da fin a la fiesta del sol y de sus caballeros, de los cuales no me pareció muy fuera de propósito tratar de sus hechos, y así me pareció escribirlos en el capítulo pasado, por evitar prolijidad con la fiesta y cerimonias muy suscintamente, pasando por menudencias y no por lo esencial. Lo cual queda dicho lo mejor que he podido sacar del frasis indiano.



CAPITULO XI

QUE TRATA DE LOS HECHOS DE LOS CABALLEROS DEL SOL, Y DE CÓMO LOS GRANDES LOS HONRABAN A ELLOS Y A LOS DEMÁS QUE SE SEÑALABAN

1. Cosa muy celebrada y usada ha sido siempre en todas las naciones, no solamente en las políticas y entendidas, pero aun en las muy bárbaras, el honrar los reyes y grandes señores, y favorecer a personas privadas en sus reinos, conforme a los grandes hechos y merecimientos de sus personas, subiendo, a unos, por las letras, en dignidades, y a otros por las armas, en estados y preeminencias. Con la cual los reyes ensalzan el principado de sus reinos y estados y la autoridad de sus personas, porque, haciendo el rey a los grandes, los grandes hacen al rey; porque los grandes premios que les dan, supuesto que por sí, o por sus antepasados los tengan merecidos, dándoles honra en premio de sus trabajos y virtud, ellos, en fin, como leales y gratos, sustentan a los reyes, sus legítimos señores, defendiéndolos y amparándolos con sus personas y estados, hasta morir por ellos.

2. He traído todo esto, para contar el grandísimo cuidado y cuenta que los reyes en esta tierra tuvieron, desde la fundación de ella, para galardonar (y) premiar, con grandes preeminencias y estados, dádivas y generosas mercedes, acompañadas de grandes privilegios y libertades y exenciones, a los súbditos y vasallos y personas privadas de sus reinos, haciéndoles tanta honra y buenas y amplias mercedes, cuanto a su modo podían y usanza.

3. Y aunque su modo es bajo, no eran las mercedes tan de baja estima, que eran pueblos, villas, aldeas y posesiones; oro y plata, joyas, ricas piedras, plumas y divisas de mucho valor y precio, no parando en los vestidos de ricas mantas y bragueros que les daban en recompensa de los hechos valerosos que hacían. Y no sólo a los hombres de linaje, empero también a los de muy baja suerte que se señalasen. Para los cuales tenían particulares premios y mercedes, con que los diferenciaban de los nacidos de principales, dándoles particulares divisas y armas, para que, en fin, fuesen conocidos por caballeros privados pardos y diferenciados de los demás.

4. Así como entre estas naciones hubo diferencia entre los ilustres y entre los que no lo eran, así en las casas reales y en los templos había lugares y aposentos, donde se aposentaban y recibían diferentes calidades de personas, para que los unos no estuviesen mezclados con los otros, ni se igualasen los de buena sangre con los de baja gente. Cosa digna de loar y aun de notar y no de gente tan bruta y bárbara, como nosotros la queremos hacer, pues tuvieron en su infidelidad tanta polecía y buen gobierno, con tanto orden y concierto como gente en el mundo la pudo tener, y muy en particular, en esto de que los grandes fuesen conocidos y señalados y honrados con particulares honras que los caballeros, y los caballeros, de los hidalgos, y los hidalgos, de los escuderos, y los escuderos, de los oficiales y gente plebeya de baja suerte.

5. Con lo cual en las buenas y bien concertadas repúblicas y congregaciones se había de tener gran cuenta, y no en el desorden que entre las repúblicas el día de hoy se usa, que apenas se conoce cuál es el caballero y cuál el arriero, ni cuál el escudero, ni cuál el marinero, pues el día de hoy a todos iguala la raza y el recamado. Y débelo de causar que todo se acaba. Empero, para evitar esta confusión y variedad y para que cada uno fuese conocido, tenían estos indios grandes leyes y pragmáticas y órdenanzas, para declaración de las cuales se ordenó de ponerlo en este capítulo, como cosa que pertenece al pasado y a los caballeros del sol, cuyas particulares preeminencias hay que notar.

6. La primera y principal cosa que en esto hay que notar es que las casas reales de los reyes y señores siempre estaban edificadas junto a los templos, y, junto a las mismas casas, o en ellas mismas continuados, había palacios y grandes aposentos y apartados, para diferentes géneros y calidades de personas, donde, entrando por la puerta, ya conocía cada uno el lugar que le pertenecía, según la suerte de su persona; teniendo los grandes su palacio para sí, y los caballeros, el suyo, y los escuderos e hidalgos, el suyo, de suerte, que ni el señor tenía para que ir al de los caballeros, ni los caballeros al de los escuderos, a la misma manera que el deán coge su silla y el arcediano la suya y el chantre la suya, etc. Teniendo tan riguroso cuidado y pena de muerte, que ningún hombre bajo, vil, osase traspasar el umbral de las casas y aposentos reales.

7. Y así, había para la gente de servicio de agua y leña puertas falsas por donde entrasen, muy remotas y apartadas de la principal; para verificación de lo cual, es de saber que los aposentos referidos, para que cada uno en su estado conociese lo que le convenía, tenían cada lugar sus nombres, denominándose de los estados de cada uno; conviene a saber: al de los príncipes y grandes señores, llamaban teuccalli, que quiere decir "palacio de príncipes". Donde, para más noticia, es de saber que este yo-

cabio tecutli es nombre genérico para príncipes, condes, duques, marqueses y para hombres de estado. Y este vocablo calli, quiere decir "casa". De donde venían a componer teuccalli, que era decir "palacio de príncipes y grandes señores". A los cuales aposentos ningunos osaban entrar ni aposentarse en ellos, sino solos aquellos señores. Y así, cuando venían a palacio, acompañados con sus caballeros y principales, llegaban con ellos hasta la puerta del aposento y dejándolos allí, se volvían atrás, haciendo lo mesmo todos los señores que conocían ser aquel su lugar y asiento.

8. El segundo aposento era el que llamaban pilcalli, que quiere decir "lugar de caballeros", a causa de que pilli quiere decir "caballero". Y así componían, como en el pasado. Donde todos los caballeros, conociendo ser aquel su lugar, iban derechos a él; donde hallaban sus asientos y lugares. Y estos eran los caballeros cortesanos, hijos de grandes o hermanos, o sobrinos, que eran continuos en palacio, y todos los demás caballeros de solar conocido.

9. Seguía luego el solar de las Aguilas, cuyo nombre era cuauhcalli, el cual se compone de cuauhtli, que quiere decir "águila" y de calli, que es "casa". De 'este género de caballeros hemos venido tratando en el capítulo pasado, los cuales, según di noticia, eran caballeros que profesaban la milicia, que volando, como águilas en armas y valentía y en ánimo invencible, por excelencia les llamaban águilas o tigres.

10. Era la gente más querida y estimada de los reyes que había y los que más privilegios y exenciones alcanzaban. Eran a quien los reyes hacían larguísimas mercedes, y a quien componían con armas y divisas muy galanas y vistosas, y ningún consejo de guerra se tomaba que no fuese con ellos y no con otros ningunos, y lo que ellos ordenaban y mandaban en aquel caso no lo osaban contradecir los reyes, confirmándolo luego.

11. Tenían al sol por patrón, cuyo templo honraban y servían con todo el cuidado y reverencia del mundo, y así los nombro "caballeros del sol". Los cuales, entiendo, eran comendadores, según nuestra usanza, porque así como el rey nuestro señor da a un caballero una encomienda de un hábito de Santiago, o de San Juan, o de Calatrava, así a estos caballeros les daban los reyes unas señales que servían de encomiendas, con que andaban señalados por grandeza.

12. Y, para más claridad, es de saber que, en haciendo un caballero de estos una grandeza o hazaña en la guerra, de prender, o matar, con lo cual se

señalaba, en llegando que llegaba de vuelta a la corte, daban luego noticia al rey del hecho notable de aquel caballero, y, traído ante él, demás de agradecersele, lo armaba caballero y le daba la encomienda dicha, de esta manera:

13. Que, poniendo el nombre de tequihua, que era nombre general de los valientes hombres, demás del nombre, le mandaba poner las insignias de comendador que digo. Y era que le tomasen los cabellos de la coronilla, medio a medio de la cabeza, y trenzábanselos con una trenza colorada y, con las misma trenza, le ataban juntamente un plumaje de plumas verdes y azules y coloradas, y de la lazada salía un cordón que colgaba a las espaldas, y, al cabo de él, una borla colorada. Y esto era señal de que había hecho una hazaña, porque en haciendo dos, le ponían dos borlas, según los hechos.

14. Hecho esto, el mesmo rey le daba una rodela y unas coracinas, todas de plumería, muy galanas, y en el campo de la rodela, unas señales que le servían de armas, y una celada, a su modo, que le servía de divisa, con grandes plumas. Vestíalos de ricas mantas y bragueros; dábales joyas, collares y orejeras y bezotes, exentándolos de todo género de alcabalas, tributos, pechos, etc. Dábales privilegios, para que él y sus hijos pudiesen usar algodón y traer cotaras y tener las mujeres que pudiesen sustentar, y desde aquel día podía entrar en palacio y sentarse con los demás en el aposento de las águilas.

15. Todo lo que habemos dicho de los caballeros del sol y de sus exenciones y honra con que los honraban se ha de entender de los principales que se señalaban, entre los cuales había otro género de caballeros, de quien se hacía más cuenta, por ser ya de los aventajados, que después de haber pasado por lo que de los tequihua que queda dicho, y sobrepujado sus hechos y valentías, en número de veinte, dábanles nuevos nombres y nuevas divisas y armas nuevas, encomiendas y señales.

16. Conviene a saber que el nuevo nombre que les daban era cuachic. Este vocablo quiere decir "hombre rapado". Y es así que, para esta nueva orden de caballería que les daban, les rapaban toda la cabeza a navaja, dejándole a un lado, sobre la oreja izquierda, un pegujón de cabellos, tan grueso como el dedo pulgar, el cual entrenzaban con una cinta colorada. Y pintábanle la media cabeza de azul y la media, cte colorado o amarillo, y poníanle un braguero muy galano, y cubríanlo con una manta de red; toda la red, de nequén, de unas mallas grandes, que no le hacía ninguna defensa al cuerpo, ni abrigo, andando como en cueros. Con la cual red había de andar siempre en público, que helase, que lloviese, que hiciese sol, porque era el hábito que profesaba, como creo les es forzoso a los comendadores traer siempre el hábito consigo de la encomienda.

17. Este género de caballeros iba siempre en la retaguardia de los ejércitos, para que cuando su gente iba de vencida y la veían en aprieto, salían ellos de refresco, con tanta osadía y ánimo, que ahuyentaban los ejércitos y los desbarataban, prendían y mataban mucha gente, haciendo rostro a mucho número de gentes. Los cuales tenían de ordenanza que no habían de huir a veinte que les acometiesen, y eran tan diestros y tan animosos, y habían perdido el miedo con el curso de la guerra que, en fijando el pie en un lugar, no bastaban cien hombres a moverles de allí, y acontecía que dos o tres de aquellos fuesen causa de desbaratar un ejército. A estos tenían en mucho los reyes y los honraban con mucho cuidado, haciéndoles cada día grandes y largas mercedes. Llamábanlos "las niñas de sus ojos".

18. De estos había un tercer género de caballeros a los cuales llamamos "caballeros pardos". Los cuales, siendo nacidos de gente baja y de hombres de poca suerte, por su ánimo y valentía y buena maña venían a merecer

de ser del número de los águilas y a llamarse conquistadores, que es lo propio que tequihua. Para lo cual había diferente orden y modo de armarlos caballeros que el con que los de buen linaje se tenía. Lo cual era de esta manera:

19. Que el hombre bajo que en armas se aventajaba y hacía algún señalado hecho, llegado a la corte de vuelta de la guerra, era presentado al señor. El cual, alabándole su hecho, le mandaba cercenar la coleta por encima de las orejas y le daba un jubón estofado, con un cuero por haz, de tigre o de venado, blanco, gamuzado, no más de hasta la cintura, y un braguero galano y ancho que le cubría todos los muslos. Poníanle unas orejeras y un bezote. Dábanle una rodela blanca con cinco pegujones de plumas.

20. Dábanles privilegios de poder vestirse de algodón y traer zapatos en palacio, comer carne de hombres y beber vino -entiéndese públicamente, que en escondido todos lo bebían-. Podían tener dos y tres mancebas; eran libres de tributos y de alcabalas y pechos; dábanles tierras y heredades y licencia para comer en palacio todas las veces que quisiesen, donde les señalaban ración. Podían bailar entre los principales todas las veces que había areitos.

21. En fin, empezaba su linaje de ellos, gozando sus hijos de sus privilegios, llamándose caballeros. Y así he visto en estos tiempos, entre estos indios algunos pleitos, especialmente sobre algún interés de tierras o casas, sobre lo cual vienen a reñir, llamándose de gente baja y mal nacidos los unos a los otros. Y el que habiendo sido sus antepasados gente baja y por sus particulares hechos haber subido a caballeros pardos, conociéndose los unos a los otros, descúbrense los linajes. Cosa ordinaria aun en nuestra nación, que el que fue zapatero y por sus méritos subió a caballero, porque fue a la entrada y conquista de los Bacalaos, nunca falta quien diga a sus hijos: "¿Veislo cual va? Pues su padre estiró más cueros con los dientes y tenía más teñidas las manos de zumaque que no de algaba..."

22. Pero, volviendo a nuestro propósito, de esta manera eran premiados los hombres bajos para diferenciarlos de los hombres de linaje. La cual diferencia consistía en que los caballeros de pies a cabeza vestían de armas todas de plumas sobre el estofado, y a los que no lo eran, no les daban cosa de pluma, sino, sobre el estofado, cuero de diferentes animales. La causa era porque había pragmática que la pluma no usase sino a quien los reyes diesen licencia, por ser "la sombra de los señores" y reyes, y llamarla ellos por este nombre, y guardábanse, cierto, con más rigor que las pragmáticas de nuestros tiempos de no traer seda.

23. Y así en tiempo antiguo de la infidelidad de los indios ninguno usaba algodón sino nequén, si no era los privilegiados que he dicho; ni menos había de beber cacao, que es una bebida que ellos usan; si no eran señores y principales. Tampoco usaba la gente común de cotaras galanas de cuero, sino de zapatos de esparto, y eso para los caminos, porque en la ciudad ningunos andaban calzados, sino sólo los principales y caballeros señalados, y éstos, cuando entraban en los templos y delante de los reyes, se los quitaban. En las cabezas jamás usaron de sombreros, ni de otra cobertura, sino sólo el cabello largo, cercenado por abajo de las orejas, aunque los reyes y grandes lo traían cercenado por junto a los hombros, por autoridad, sobre el cual (cabello) usaban los reyes unas mitras muy ricas de oro y piedras que les servían de coronas y poníanselas cuando salían en público, o cuando había visita de señores.

24. Dije que había otra casa o aposento donde se juntaban los calpix que. Eran como merinos y mandoncillos de los barrios, los cuales tenían cargo de repartir los oficios y obras públicas, de abrir los caminos, de limpiar las

calles y acequias, de proveer las cosas necesarias a la república. Estos tenían sus aposentos en las casas dichas, donde ordinariamente estaban y se juntaban a esperar lo que se definía y determinaba en los consejos reales, a quien venían cometidas las provisiones y encaminadas para que las mandasen cumplir.

25. Y era de esta manera: que si en consejo de guerra se determinaba que por la rebeldía de tal ciudad o pueblo se le diese guerra para tal día, mandaban los del consejo que se diese aviso a los pueblos más cercanos para que tuviesen bastimentos y provisión de guerra, y limpios y abiertos los caminos por donde pasase el ejército, y puestas sus centinelas para que los del ejército fuesen recibidos de los pueblos y en cada uno se diese aviso de su llegada. Salían estas provisiones del consejo y llevábanlas a aquella sala de los calpix que, los cuales luego las despachaban a los calpix que, y los de aquel pueblo, al otro, y los del otro, al otro, y este era el oficio de los del cuarto aposento.

26. De estas ordenanzas y leyes y pulicía antigua, con el orden y concierto que se regían y rigor con que se cumplían, la ejecución de ellas y de la orden y honor con que los caballeros y valerosos eran premiados se pudiera hacer particular historia y no compendiosa (sic) que esta, que aun quererlos sumar en este capítulo fuera cosa prolija. Pues había en las cosas muy mínimas particular provisión y ordenanza, y tanto Concierto que hasta en el barrer de las casas reales había particular ordenanza y particulares prepósitos que tenían cargo de ello. Y así de todo lo demás; lo cual entre ellos hoy en día hay el mismo orden y CONCIERTO que no se les puede esconder un solo indio ni cosa.

27. Espero en su Divina Majestad, dándome vida, de lo poner en particular tratado, para que veamos la gran policía de las repúblicas y buen gobierno que en ellas había y las ordenanzas, tan justas y rectas, como en ellas había, aunque algunas tiránicas, fundadas en la mucha superstición que los señores tenían sobre sus vasallos y en mucho temor y sujeción que ellos les tenían, siendo con ellos cruelísimos y tiranos sin ninguna misericordia.

CAPITULO XII

DE LA FIESTA DE XOCOTL UETZI, DIOS PARTICULAR DE LOS TEPANECAS, QUE SON LOS DE COYOACÁN, PARA ELLOS MUY SOLEMNE

1. Todas las veces que me pongo a considerar las niñerías en que estos tenían fundada su fe, y en lo que estribaban, me admiro de ver la ceguedad e ignorancia en que estaban metidos, gente que no era tan ignorante ni bestial como eso, sino hábil y entendida -especialmente la gente de valor- todo lo del mundo. Dígolo, porque se nos ofrece tratar de un dios tan bajo, que aunque se le hacía la fiesta muy regocijada y solemne, era el mismo ídolo en la misma fiesta casi el instrumento de ella y del regocijo, así a los que la celebraban como a todo el pueblo, sirviendo el mismo ídolo como de juguete a los que hacían las cerimonias y ritos pertenecientes a la solemnidad.

2. Llamaban a este ídolo Xocotl que -para decir verdad- no sé qué romance le pueda dar que nos lo declare y de su propia significación, si no es el nombre de un pájaro, a quien representaba y en cuya figura le adoraban, el cual género de pájaro se debía llamar así, porque el día de su fiesta hacían un pájaro de masa de simiente de bledos, que hemos llamado tzoalli. La cual masa perpetuamente sirvió a estos para efigie de ídolos y carne y huesos suyos -como ya he dicho- para después comerse aquella masa en nombre de carne de dios, y así componían este ídolo de aquella masa de esta manera:

3. Tomaban aquella masa, un gran pedazo de ella, y metíanla en una red. Luego, de la misma masa fabricaban la cabeza de un pájaro, con su pico muy dorado, y poníanle muy galanas plumas verdes por alas y cola, y poníanlo que no parecía sino pájaro muy galano. Luego hacían, de otros cuatro trozos de masa, cuatro piñas muy pintadas, las cuales le ponían a los pies, que le servían como de ramas, o rosas, en que él estaba posado. Este ídolo en figura de pájaro, con sus pifias, ponían encima de un madero muy alto, que por lo menos tenía veinte o veinticinco brazas de largo. Este madero traían del monte y lo ponían a la entrada de la ciudad veinte días antes de esta fiesta, en el día que llamaban ellos miccailhuitontli, que quiere decir "la fiesta de los muertecillos".

4. Este día cortaban el palo y lo sacaban del monte y lo ponían a la entrada de la ciudad echado, donde cada día con ciertas cerimonias lo santificaban y lo iban desbastando y alisando. Este mismo día los mercaderes ofrecían cinco esclavos, los cuatro varones y una hembra. A todos los lavaban y purificaban, como era uso y costumbre purificar los esclavos que habían de representar ídolos. Presentados y ofrecidos estos esclavos, al uno le ponían el nombre Yacatecutli y al otro, Chiconquiahuiti y al otro, Cuauhtlaxayauh, y al otro, Coyotl inahual, y a la india ponían por nombre Chachaimcacihuati. Estos nombres eran de cinco ídolos a quien esta gente adoraba y reverenciaba y festejaba ese día juntamente con Xocotl, los cuales representaban estos cinco esclavos veinte días, haciéndoles la misma honra que a los mismos dioses.

5. Diez días después de traído el palo y de vestidos aquellos indios en el hábito de los dioses, los cuales (indios) habían ofrecido los mercaderes, los principales y señores, diez días antes de la fiesta,, ofrecían los que habían de ser sacrificados con fuego. Ofrecidos y llegado el día de la fiesta, la víspera antes, a medio día en punto, metían aquel madero en la ciudad e hincábanlo en el patio del gran templo y arriba ponían aquel pájaro de masa, y a los pies, aquellas piñas de la misma masa, sobre que parecía estar sentado. Acabado de hincar, iban luego al brasero divino, que así le llamaban, y encendían lumbre en él y echaban tanta leña que hacía una candela grandísima. Hecha la candela, dejábanla así hasta la mañana, no dejando en toda la noche de cebar la lumbre, de suerte que, cuando amanecía, había gran brasa.

6. Luego en amaneciendo el mismo día de Xocotl, que por otro nombre le llamaban la gran fiesta de los muertos, conviene a saber huey miccailhuitl, que era una fiesta de las del calendario. La causa por que la llamaban la gran fiesta de los muertos era por los muchos esclavos que en ella sacrificaban. La cual fiesta caía a veintisiete de agosto, 7. Venida, pues, la mañana, vestían todos los que habían de sacrificar del traje y hábito de cuantos dioses principales tenían y, por sus antigüedades, poníanlos en ringlera junto a la lumbre grande. En estando allí, luego salía uno que tenía por nombre "luchador" y, uno a uno, les iba atando las manos. Luego salían otros cinco ministros, y el uno de ellos, que se llamaba tlehua, barría alrededor de la lumbre muy bien. Acabado de barrer, tomaban a los dioses, uno a uno, así vivos, y echábanlos en el fuego, y, a medio asar, antes que muriesen, los sacaban y los sacrificaban cortándoles el pecho.

8. Tras cada dios de estos sacrificaban cuatro o cinco hombres esclavos, y así, iban sacrificando y quemando a sus dioses, que era cosa de grima y espanto, y es que, como sus dioses eran muchos y los que tras cada dios mataban eran muchos, había cuerpos muertos por aquel suelo que era cosa de espanto. A cuya causa llamaban la fiesta de los muertos grande y a cuya solemnidad y fiesta acudía todo el pueblo, adorando al ídolo de masa que estaba en lo alto del palo, alzando los ojos a él, mostrando gran devoción, a la manera que los hijos de Israel adoraron la serpiente en el desierto. Y no será mucho que llamen esta fiesta la gran fiesta de difuntos, en memoria de los muchos que entonces murieron, pues la cerimonia del palo e ídolo encima tan al vivo la representa.

9. Acabada la adoración que aunque éstos no sabían hincarse de rodillas, ni poner las manos, el modo de adorar suyo era ponerse en cuclillas y cruzar las manos sobre el pecho, o postrándose en el suelo, salían luego con sus ofrendas, las cuales eran de pan, vino, tea, que es lo que les sirve de candelas; ofrecían plumas, anime, etc.

10. Acabado el ofrecer, a la hora de vísperas, venían los mozos recogidos del gran templo y las mozas del recogimiento, ellos y ellas muy bien vestidos y aderezados. Ellos, con sus plumas en las cabezas, orejeras y bezotes fingidos, todos con sus ricas plumas en las manos y braceletes de oro, y ellas, todas vestidas de nuevo, afeitados los rostros y llenos de color, los brazos llenos de plumas y los pies. Al son de un atambor bailaban toda la tarde alrededor de aquel palo, a cuyo baile acudían todos los señores, muy galanos y bien aderezados. Los cuales hacían la rueda grande, con mucha gravedad y señorío, teniendo aquellos mozos y mozas en medio y llevando en la mano, en lugar de rosas, unos idolillos y ramos hechos de la misma masa de que era el ídolo. Iban todos vestidos con manta de red, la red blanca y negra, con plumajes todos blancos en las cabezas, engeridas entre medias unas plumas negras, que conformaban con el vestido.

11. Llevaban por guía de su baile delante de todos un indio que iba vestido al mismo modo que este ídolo, vestido como pájaro o como murciélago, con sus alas y cresta de ricas y grandes plumas. En las gargantas de los pies y en las muñecas de las manos traían unos cascabeles de oro. Llevaba en ambas manos unas sonajas a su usanza. Con el sonido de ellas y con la boca iba haciendo tanto ruido y algazara y tantos y tan diversos meneos, tan fuera del orden y compás de los demás, dando de cuando en cuando unas voces, diciendo unos vocablos que pocos los entenderán o ningunos. Iba mostrando este indio gran contento.

12. Noten los ministros, y los que no lo son, cuántas veces habrán visto en los bailes de estos naturales cuán ordinario sea ir delante de los que hacen la rueda, un indio y dos, sin seguir el compás de los demás,

bailando a su albedrío, vestido con diferente disfraz, haciendo de cuando en cuando la algazara y voces placenteras que he dicho. Es que, nosotros ignorantes y ellos avisados en sus ritos antiguos, representan al ídolo que están solemnizando delante de nosotros, a su modo antiguo, cantándole los cantares que sus viejos antiguos les dejaron, aplicados a aquel propósito.

13. No es malo que los ministros tengan este aviso, para que conozcan que aquello es malo, la cual es mi intención, y no enseñar idolatrías ni dar nuevo modelo de ellas, como algunos ignorantes murmuradores han inventado, para estorbo y obstáculo del bien que de esta obra resultará en aviso de los ministros y de la honra de Dios y extirpación de las supersticiones e idolatrías que hoy en día reciben, y no tengo de qué me maravillar que haya oscurecedores de lo bueno, pues hubo quien quiso oscurecer las obras del que era luz del mundo y lo es, diciendo ser hechas en nombre de &lcebú, príncipe de los demonios.

14. Empero, pasando con nuestro aviso adelante, digo que no se debe disimular ni permitir ande aquel indio allí representando su ídolo, y a los demás cantores, sus idolatrías, cantos y lamentaciones, los cuales cantan mientras ven que no hay quien los entienda presente. Empero, en viendo que sale el que los entiende, mudan el canto y cantan el cantar que compusieron de San Francisco, con el Aleluya al cabo, para solapar sus maldades, y en trasponiendo el religioso, tornan al tema de su ídolo.

15. Una hora antes que se pusiese el sol, cesaba el baile y todos aquellos mancebos que con las mozas habían bailado, dejadas las plumas y aderezos, venían a la prueba del que más aína subía por el palo arriba a alcanzar el ídolo y derribarlo abajo, por lo cual dije que el mismo ídolo servía de juguete y regocijo de la fiesta, como contaré.

16. Bien habrán visto los que se criaron en España de qué suerte se corre la empresa que, según relación -porque yo confieso que no lo he visto- dicen que en la punta de un mástil de navío muy liso y ensebado ponen ciertas varas de terciopelos, y los que corren desnúdanse y, puestos en orden, arremeten a toda furia al palo, pugnando los que primero llegan a subir y - como dice San Pablo- "todos corren, pero uno es el que primero llega a subir y coge el premio", como más ligero y diestro.

17. Pues imaginen que a la misma manera se componían estos mancebos y se desnudaban y ponían en orden para subir por el palo arriba. No gente baladí ni baja, sino todos hijos de señores y principales, diestros, animosos y ligeros, a probarse en la ventura de Xocotl y ver si quizá aquel dios les concedía aquella ventura.

18. Puestos, pues, en orden y hecha señal, partían todos con grande ánimo y furia y a todo correr, y llegaban al palo, y pugnando por subir unos tras otros y estorbándose unos a otros, de tal suerte que, estirándose los unos a los otros, unos caían del precipicio, otros de lo alto, otros de en medio, dándose los más ligeros toda la prisa de subir que podían, por no ser alcanzados de los que atrás venían. Y así, el más ligero que llegaba al pájaro, quitábale la cabeza, y el segundo, un ala, y el tercero, otra ala, y el cuarto, la cola. Concluido el cuarto no había más que quitar. Se acababa y bajábanse aquellos cuatro con priesa, con gran contento y vanagloria, como hombres de valor y escogidos de aquel dios.

19. Acabados de bajar con su presa, venían las dignidades y viejos de los dormitorios y tomaban en medio aquellos cuatro mozos y metíanlos a los aposentos y, con una navaja, sacrificábanles las orejas, sacándoles un poco de sangre, y estábanse allí cuatro días encerrados y ayunaban aquellos cuatro

días, al cabo de los cuales se iban a bañar. Hacían aquello para purificarse de la culpa que de llegar al ídolo habían' cometido. ; Cerimonia judaica!

20. Acabando de entrarse aquellos mozos, venían luego hacheros y derribaban el palo en el suelo y arremetía tanta gente sobre él, que en menos de hora, no quedaba cosa de él, de tal suerte que el que poco o mucho no llevaba de aquel palo, por pequeña que la rajita fuese, se tenía por muy desdichado. Y así pugnando todos por llevar algo, así de la masa del ídolo, como de las cuatro piñas, que alcanzando algo de ello se tenían por dichosos y lo reverenciaban tanto como nosotros reverenciamos los reliquias de un Agnws Dei, o del palo del Lignum Crucis. Y es de saber que la caída de este palo que dijimos la llamaban Xocotl uetzi, que quiere decir "caída de Xocotl".

21. Aquellos cuatro mozos que habían hecho destreza de subir por aquel palo eran obligados a dar la semilla de los bledos para hacer el cuerpo de aquel ídolo para otro año. Con lo cual damos fin a la fiesta de Xocotl uetzi. Donde damos fin a las fiestas de los dioses varones de más autoridad, fuera de las demás que en el calendario están señaladas, de veinte en veinte días, como adelante veremos, que, aunque eran ídolos, eran como signos por donde regían y gobernaban y por donde iban midiendo el tiempo. Y asi dejandolo para su lugar, trataremos de las diosas que solemnizaban en esta tierra.

CAPITULO XIII

DE LA RELACIÓN DE LA DIOSA CIHUACOATL, QUE POR OTRO NOMBRE LLAMARON QUILAZTLI, DIOSA DE LOS DE XOCHIMILCO Y PATRONA SUYA

1. De la manera que esta nación mexicana tenía dioses que en nombre de varones adoraba, también tenía diosas hembras, a quien hacían fiesta solemnisima y ceremoniosa, de indias que habían precedido de algunas excelencias y gracias; o que tomando la denominación de algunas sierras a quienes ellos adoraban ásperas, o alguna figura de donde ellos acudían a sacrificar, o donde había cuevas oscuras, donde iban con sus ofrendas y sacrificios, o adonde se armaban grandes aguaceros y tempestades, a las cuales tenían puestos nombres de diosas y dioses, como dijimos del ídolo Tláloc, y adelante diremos de la Sierra Nevada, a la cual celebraban debajo de este nombre Iztac cihuati, que quiere decir "Mujer Blanca".

2. Pero, viniendo a tratar de cada una en particular, la principal diosa era la que llamaban Cihuacoati, diosa de los xochimilcas. Y aunque era diosa particular de los xochimilcas, en México y en Tezcoco y en toda la tierra la festejaban y tenían en gran veneración.

3. La diosa Cihuacoati era de piedra, tenía una boca muy grande abierta y los dientes regañados; tenía en la cabeza una cabellera grande y larga, y un hábito de mujer, todo blanco de enaguas, camisa y manto. Este era el ornato ordinario con que a la continua estaba vestida en un templo alto y suntuoso, especialmente en Xochimilco, cuya advocación era allí. Aunque en México y Tezcoco no era tan suntuoso, empero en estas ciudades todas al cabo de las gradas había una gran pieza, de sesenta o setenta pies de largo, y treinta de' ancho, la cual pieza estaba muy aderezada, y la diosa puesta en un altar no menos aderezado que los demás.

4. Toda esta pieza estaba oscurísima, sin tener saetera ni ventana, ni puerta grande, sino muy chica, que no podían entrar a ella sino a gatas. La cual puerta estaba siempre tapada con una antepuerta, de suerte que nadie la veía, ni entraba en aquella pieza, sino solos los sacerdotes que servían a esta diosa. Los cuales eran muy viejos y ancianos, que hacían las cerimonias ordinarias. Llamaban a esta pieza Tlillan., que quiere decir negregura (sic), o lugar de ella.

5. Arrimados a las paredes de toda esta pieza estaban todos los ídolos de la tierra, de ellos grandes y de ellos chicos, a los cuales llamaban tecuacuiltin, que es lo mesmo que decir "imagen de piedra o de bulto". Todos estos ídolos estaban vestidos con sambenitos de papel, rayado de hule, que es un betún que llamamos "batel", cosa muy ordinaria en las ofrendas de éstos. También ponían a estos idolillos sus corozas o mitras de papel, pintadas y rayadas con el mesmo hule.

6. A estos idolillos cuando se ofrecía hacerles alguna fiesta en particular, o porque caía su día, o porque tenían necesidad de su socorro, los sacaban de allí y los llevaban en procesión al monte, o a la sierra, o cueva donde tenía su denominación y allá, en aquella cueva o cerro, les sacrificaban y les ofrecían sus ordinarios sacrificios y ofrendas, invocando aquel cerro que les fuese favorable en lo que tenían necesidad, o por falta de agua, o por pestilencia, o por hambre, o para auxilio de guerra futura. Donde, acabada la cerimonia, luego lo volvían a la pieza y lugar donde estaba siempre.

7. Celebraban la fiesta de esta diosa a diez y ocho de julio, según nuestro calendario, y según el suyo, era la fiesta que llamaban ellos la fiesta de Huey tecuilhuitl, que era la octava de su calendario, que, demás de ser día en que se celebraba la diosa, era día solemne de las fiestas de su

calendario. Lo cual podemos comparar cuando cae una fiesta en domingo, que, demás de ser fiesta de algún principal santo, es demás de eso domingo. Huey tecuilhuitl quiere decir "la gran fiesta de los señores" y así la celebraban señores y con gran señorío.

8. Lo primero que hacían era que, veinte días antes de esta fiesta, compraban una esclava y purificábanla y luego vestíanla a la misma manera que estaba vestida la de piedra; de blanco toda, con su manto blanco. La cual, así vestida, representaba a la diosa, haciéndole la honra y buen tratamiento que a ella misma hicieran, si viva se les representara; trayéndola de boda en boda y de banquete en banquete, y llevándola a todos los mercados, representándole todos los géneros de contento y regocijo que podían.

9. Traíanla siempre embriagada, fuera de su natural juicio; unos dicen que con vino, otros, que, además de darle vino, le daban no sé qué hechizos juntamente, para que, andando siempre alegre, no se acordase que había de morir. De noche dormía en una jaula para que no se les huyese.

10. Llamaban a esta india Xilonen, desde el día que la purificaban hasta que la mataban, que era el mismo día de la fiesta, una hora antes que amaneciese, matando primero cuatro presos y echándolos tendidos en el suelo, pegados muy juntos unos con otros. Echaban encima esta india y degollábanla, cogiendo la sangre con un lebrillejo y después sacándole el corazón. Daban con él a la diosa de piedra y, rociándola con la sangre de la india, rociaban juntamente toda la sala y todos los idolillos, y los cuerpos daban a sus dueños para celebrar la comida. Todo esto se hacía de mañana, una hora antes que amaneciese.

11. Se llamaba a aquellos cuatro cuerpos de indios "el estrado de presos de la diosa", pero es de saber que a esta diosa hacían el mismo sacrificio de fuego que a Xocotl, según relación de algunos, y porque lo hallé pintado en una pintura apropiada a esta diosa y aplicado a ella, lo quiero especificar aquí más a la larga y contar el modo y manera que en lo ejecutar se tenía, lo cual era terrible.

12. Cuatro días antes del día principal de esta diosa empezaban a encender fuego en un gran fogón que estaba en una pieza que estaba frontero de la pieza donde estaba la diosa, y todos aquellos cuatro días y noches no hacían otra cosa sino cebar aquel brasero o fogón con leña de encina. Este brasero era labrado de piedras muy labradas en el suelo de aquella pieza, al cual llamaban teotiecuilli, que quiere decir "brasero o fogón divino". Este fogón se henchía de brasa de aquella leña de encina que allí ardía, tanta que no parecía sino un horno muy encendido.

13. Donde, el mismo día antes que hiciesen el sacrificio que dije de la india que representaba la diosa, sentábanla en la pieza, frontero de la hoguera, con toda la veneración y honra que era posible, y teniéndola en el mismo lugar de la diosa, en su presencia hacían el sacrificio. Y hacían este sacrificio delante de esta india viva y no delante de la de piedra, a causa de que la diosa de piedra estaba en aquella cámara oscura y encerrada, a la cual no se permitía llegar, ni menear de aquel lugar jamás, sino que, como cosa de gran reverencia y majestad, había de estarse siempre en aquel sagrario donde la tenían, sin que sacerdote ni otra persona osase llegar la mano a la estatua, y lo mismo era de los demás dioses. Y para comprobación de ello, diré lo que me contó un conquistador.

14. Y fue, acabada ya de ganar la tierra, mandó el Marqués del Valle que los indios mismos subiesen y echasen abajo al gran Huitiilopochtli. Y certificóme que no había habido indio ninguno en toda la tierra que tal osase hacer, ni por amenazas, ni por caricias. Lo cual visto por el Marqués, mandó a

Gil González de Benavides, padre de Alonso de Avila, que subiese y lo arrojase abajo. El cual subió, aunque le fue contradicho y estorbado por los indios, y lo echó abajo, lo cual cuentan los indios viejos por atrevimiento y hazaña muy grande y notable que un hombre humano osase llegar las manos a un dios tan grande, como Huitziopochtli. Dígolo por la reverencia que a esta diosa se tenía, empero, sentada estaba la india que representaba a esta diosa.

15. Frontero del brasero divino sacaban los cuatro presos que le habían de servir de estrado y sacrificábanlos delante de ella de esta manera: que tomándolos los ministros de aquel templo, uno a uno, dos de las manos y dos de los pies, y dando cuatro enviones en el aire con él, al cuarto enviñon daban con él en aquella gran brasa y, antes que acabase de morir, sacábanle de presto y poníanle así, medio asado, encima de una piedra y cortábanle el pecho, como tengo dicho y sacábanle el corazón y echábanselo delante. Lo mesmo hacían del segundo, del tercero y cuarto. Donde, después de sacrificados, y puestos en el suelo por estrado, mataban a la india diosa, cogiéndole la sangre para hacer la cerimonia dicha y también rociaban el fuego con la mesma sangre. Al fuego llamaban el dios Xiuhtecutli, debajo del cual nombre le adoraban y hacían grandes ofrendas.

16. Acabado este sacrificio de fuego, salía luego el que tenía cargo de barrer y barría alrededor de la lumbre y, después de barrido, venían todos los sacerdotes de los barrios y ponían alrededor de aquel fuego cada uno una manta doblada de su ídolo y un braguero y un ceñidor, y encima de ella un idolillo pequeño. Después de puesto, sentábanse junto a su ídolo cada uno y desnudábanse en cueros y tomaban en ambas manos dos hachas que de anime traían hechas, de a vara cada una, y encendíanlas en aquella lumbre consagrada y, puestos en cuclillas, teniendo aquellas hachas de copal en las manos, ardiendo, corría el copal derretido por los brazos y cuerpos y piernas, abrasándose vivos y sacrificándose al fuego, su dios Xiuhtecutli. Lo cual servía aquel día de sacrificios.

17. Acabadas las hachas, lo que les sobraba en las manos echábanlo en el fuego y todo lo que les había goteado por el cuerpo y por brazos y piernas, despegábanlo y echábanlo en el fuego, con otras muchas cargas de copal que ofrecían al fuego, que levantaba una humareda grandísima. Mientras humeaba, bailaban alrededor del fogón y cantaban cantares tocantes al fuego y sacrificios.

18. Acabada esta cerimonia, salían los señores y principales a celebrar su fiesta, como día suyo que del calendario dijimos que era día de los grandes señores. Y lo que hacían era que salían muy aderezados y galanos, con sus rosas en las manos y al cuello y en la cabeza, sin otras muchas joyas y riquezas y plumas que traían. Juntamente salían todas las mujeres y mancebas que tenían, con el cabello tendido y cercenado por encima de las cejas y sobre él, unas guirnaldas de rosas amarillas grandes, que ellos llaman cenpualxuchitl; muy vestidas de galanos aderezos, todos los brazos emplumados de galanas plumas, y zarcillos de oro y piedras; con rosas en las manos, y entrejidas con los hombres, bailaban todo el día con gran orden y concierto y mesura.

19. Acabado el baile, tomaban ellas todas aquellas guirnaldas de rosas y sartas con que ellos habían bailado y las con que ellas habían bailado y subíanse por el templo de Huitzilopochtli arriba y ofrecíanlas ante la estatua de Huitzilopochtli, como primicias de las rosas de aquel género, porque no las hay hasta entonces.

20. Llamaban a esta cerimonia xochipaina, que quiere decir "apresuramiento de estas rosas"; también la llaman xochicalaquia, que quiere decir "ofrecer y traer rosas al templo como por diezmo o primicia".

21. Acabadas de ofrecer estas rosas allá arriba, salían todos los mancebos de la casa que allí tenían, como queda contado, y poníanse en ringlera junto a la palizada de calaveras que estaba frontero a las puertas de este templo y, haciéndoles señal, subían a toda prisa, el que más podía subiendo a porfía de llegar primero, y así, unos primero y otros después y luego otros, tomaban aquellas rosas, unos a porfía de otros, en que se causaba gran regocijo de ver la contienda y porfía que había sobre el coger de las rosas.

22. Con lo cual se concluía la fiesta, salvo que diez días arreo había banquete y comidas en México, siendo obligadas las provincias cercanas de hacer su tanda y dar de comer a los señores por su orden, dando el primer día los chalcas, y el segundo los tepanecas, y el tercero otros, y así andaba la rueda dando ricas y opulentas comidas y bebidas de cacao, pinolli, vino, a porfía de quién mejor lo podían hacer. Un día se hacía a los grandes; otro día, a los caballeros; otro día, a los tequihuaque; otro día, a los cuachic que otomi, y así se cumplían los diez días todo en comer y beber y holgarse, haciendo las octavas de la diosa y del día.

23. Antes de la pieza donde la diosa Cihuacoati estaba había otra acá afuera donde estaba aquel brasero que dije de los dioses. Luego, pegada a esta pieza, había un gran dormitorio, donde habitaban los viejos y sacerdotes de este templo y diosas, el cual era a la manera que aquí lo ves figurado.

24. En esta pieza primera estaban siempre sentados dos sacerdotes de remuda, de noche y de día, atizando la lumbre, la cual no había de faltar en aquel brasero divino, no llegando al sancta santo rum de la multitud de ídolos que en la otra pieza estaban tapados y a oscuras. Estos sacerdotes no se sacrificaban ni sacaban sangre de parte ninguna, sólo tenían aquel sacrificio de pringarse cada año con aquel incienso o anime. Estaban estos sacerdotes aguardando a los que venían a ofrecer incienso, que era cosa ordinaria acudir mujeres, con ofrendas por sus hijos y maridos, y, como a todas horas había ofrendas, a todas horas había de haber allí quien las recibiese para ofrecerlas luego a la diosa, y a los demás.

25. Llamaban a los sacerdotes y ministros de este templo, como a los ídolos, tecuacuiltin. Estaban siempre embijados de negro, tenían el mismo orden de cerimonias que los demás: de incensar cuatro veces, entre día y noche, a los ídolos; barrer y regar y enramar. Tenían particular cuidado de matar la hambre a la diosa, que de ocho en ocho días iban a los reyes a apercibirles y avisarles que la diosa moría de hambre. Luego los reyes proveían de mantenimientos, que era darles un preso cautivo en guerra, para que la diosa comiese. Luego se lo llevaban al templo y entregábanlo a los sacerdotes, los cuales tomaban su preso y metíanlo allá dentro en la pieza donde estaba la diosa y matábanlo, al ordinario modo, y sacándole el corazón y ofrecido, y juntamente sacándole un pedazo de un muslo y arrojándolo afuera y decían que lo oyesen todos: "Tomadio allá, que ya es comido", fingiendo que la diosa lo decía.

26. Los sacerdotes acá fuera alzaban al muerto con gran reverencia, como a sobras de la diosa y dábanlo a su amo, haciéndole gracias por haber dado de comer a la diosa. El cual se lo llevaba y comía, dando a cada uno su parte, según el número de los que habían sido en prenderle, que no habían de pasar de cuatro, y así, si eran tres los prendedores, entre tres se lo repartían, y si eran cuatro, entre cuatro se repartía. Esta cerimonia se hacía cada ocho días y así dije que pintaban a esta diosa con la boca abierta y grande, porque siempre estaba hambrienta, y así en este templo y a esta diosa se ofrecían más hombres para matar que en otro ninguno.

27. Para tener ocasión de matar más hombres y comer carne humana usaban los endemoniados sacerdotes de este templo de un ardid satánico, y era que, si veían que se pasaban los ocho días que no sacrificaban ninguno, buscaban una cuna de niño y echaban en ella el cuchillo de pedernal con que sacrificaban, al cual llamaban "el hijo de Cihuacóatl". Echado allí, cubríanlo con una manta y dábanlo a una india que llevase aquella cuna a cuestras al mercado e industriábanla en que, llegando, se fuese a la más principal joyera que allí hubiese.

28. La india tomaba su cuna y entraba en el mercado y llegábase a la más principal mercadera que allí había, y entregábale la cuna, rogándole le guardase aquella cuna con aquel niño, hasta que volviese. La joyera se encargaba del niño, y la otra se iba y no volvía más por la cuna. Estotra, como veía que se tardaba y que ya era hora de irse, y que no volvía por su niño y que no había mamado todo el día, no lloraba ni chistaba, desenvolvía la cuna y hallaba en ella el cuchillo del sacrificio, hijo de Cihuacóatl.

29. En viéndolo, echaba fama que la diosa había venido y aparecido en el tianguiz y traído a su hijo, para mostrar la hambre que tenía y para reprender el descuido que había en los señores de darle de comer. Y los sacerdotes, mostrando lágrimas y sentimiento, decían que echaban de menos el cuchillo, e iban por él y traíanlo con gran reverencia al templo.

30. El lugar donde estaba este templo era donde antiguamente los muchachos llamaban "la casa del diablo", y creo hoy en día la llaman así. Las cuales son las que están pared y medio de las de Acebedo, en la encrucijada de don Luis de Castilla. Llamábanla la casa del diablo por los muchos ídolos y figuras de piedra de diferentes maneras que allí había, las cuales iban a ver, como digo, los muchachos, como por cosa de espanto, no osando entrar dentro, por el nombre que le tenían puesto de casa del diablo, como en realidad de verdad le cuadra el nombre, por haber sido casa donde el demonio fue muy servido y honrado.

31. Esta multitud de ídolos y efigies eran los que dije que estaban arrimados a las paredes, acompañando a la diosa en aquel lugar tenebroso, y hoy en día la llaman los indios a aquella casa Tullan, de manera que podemos quitarle el nombre de casa del diablo y llamarla "la casa tenebrosa", como fue su antiguo nombre.

32. A esta diosa Cihuacóatl llámanla hermana de Huitziopochtli el gran dios de México, a cuya causa la servían las monjas recogidas que servían a su hermano el ídolo, las cuales habían en aquel recogimiento que en su fiesta tratamos. Estas hacían la comida cotidiana de esta diosa y se la llevaban y ponían delante; la cual comida era de panes pequeños, como de bollos, de muchas figuras de pies, manos, rostros, juntamente con unas jícaras de bebida como poleadas. Todo esto que allí cada día llevaban se lo comían los sacerdotes en nombre de aquella piedra, debajo de cuyo favor eran sustentados y reverenciados. Y he notado una cosa de estos naturales: que no hay gente en el mundo que más y mejor coma a costa ajena que ellos, y a su costa no hay gente que con menos se sustente.

33. El templo de esta diosa estaba continuado con el de su hermano Huitzilopochtli y tratábanlo con la misma reverencia que al otro, y así, todos los que servían en el gran templo, acudían a barrer y regar y enramar en el templo de estotra y a los servicios personales de traer leña, (y) agua. A los sacerdotes de este templo no llamaban penitencieros ni ayunadores, por el privilegio que tenían de no sacarse sangre de orejas, ni lenguas, ni pantorrillas, como los de los otros templos.

34. El nombre que tenían queda dicho atrás, conviene a saber tecuacuiltin, que quiere decir tanto como dioses. De cual fiesta y cerimonias ha habido bien qué notar, pues eran extrañas, y donde tanta multitud se llevaba el demonio por año, por mano de aquellos ministros suyos, que con sacrificios de fuego y de sangre le servían, cuya hambre le duraba hasta el fin del mundo, no viéndose harto de ella, pues es el enemigo sangriento, de quien pedía David le librase el Dios de nuestra salud, el cual nos libre por su misericordia y bondad y acabe de quitar el velo del corazón ciego de estos pobres indios, si alguno le tuviere y los desarraigue de tantas cerimonias, como tenían para servir al demonio.

35. Que si bien lo consideramos, veremos que ningunos cultos conformaban con otros, o, al menos, que no hubiese gran disparidad y diferencia en las cerimonias de unos templos con las de los otros, según la inventiva de los sacerdotes y persuasión del demonio y también ser tan cerimoniosa gente y tan supersticiosa y agorera, que no eran menester muchos milagros para hacerles en creyentes que los dioses lo inventaban y mandaban y que había revelación de ello.

36. Y porque no hablo de gracia, quiero decir lo que oí contar a un viejo acerca de las revelaciones que los viejos sacerdotes tenían, por donde eran reputados y tenidos por santos. Preguntando a un viejo, como digo, qué era la causa que tenían el dios de los magueyes y por qué pintaban un maguey con su cara y manos, cercado de pencas, respondiome que una de las dignidades y sátrapas de su ley antigua había soñado que veía un maguey con cara y manos y que, admirado de tal sueño, publicó que el dios de los magueyes le había aparecido y hacíalo pintar como lo soñó y hacíalo adorar, e inventábanle cerimonias y ritos y adorábanlo como a dios. Y así era de todas las demás cosas que estos adoraban.

37. Y el acusarse en esta gente que cree en sueños, cuando se confiesan, sepan los padres confesores de indios que lo tenían antiguamente por revelación divina, y que si soñaban que se les caían los dientes, creían que se las habían de morir los hijos y la familia, y si soñaban que comían carne, temían la muerte del marido o de la mujer; si soñaban que los llevaba el agua, temían que los habían de robar las haciendas, y si soñaban que volaban, temían de morir.

38. Por lo cual es menester que agora, en tratando de sueños, que sean examinados en qué era lo que soñó, porque puede ser que haya algún olor de lo antiguo, y así es menester en tocando en esta materia, preguntar: ¿Qué soñaste?, y no pasar con ella como gato sobre ascuas. Y aun lo que se había de predicar era el menosprecio de estas cosas y abominación de ellas, y no curiosidades que ni los indios las entienden, ni aun ellos se entienden, dejando de predicar que hay un verdadero Dios y señor universal de lo criado, y cómo olviden las idolatrías y ritos antiguos, y persuadirles que la causa de enviar Dios sobre ellos hambres y pestilencias es por el enojo que contra ellos justísimamente tiene, si no le sirven sin mezcla de supersticiones y de idolatrías, como Su Majestad quiere ser servido.

39. Es lo que tienen más necesario y no si "dio el sol en los escudos dorados y si resultó en los montes el resplandor que de ellos salía". Dígolo, porque fui un día a oír un predicador que era razonable lengua y, como me vido, conociéndome entender la lengua, quísose esmerar, y tomó por tema "Refulsit sol in clypeos aureos", etc., y empezó a tratar del resplandor divino y de las divinas personas. que ni él se entendió, ni los oyentes le entendieron, quedándose todos en tinieblas, y aun yo muy desabrido de ver cuán poco atinamos a dar en el blanco de lo que los indios han menester. Porque el ministro que quisiere subir la cuerda un punto más de lo que al bajo juicio de

indio conviene, hará disonancia y aprovechará muy poco. Porque, en empezando el indio a perder el hilo de lo que trata y trae entre las manos y, de sus puertas adentro oye la voz de Jacob y palpa las manos de Esaú, que es estar haciendo rayas en el suelo, o contando piedrezuelas, sin prestar maldita la atención, deseando que acabe y se quite de allí, porque no le entiende cuanto dice.



CAPITULO XIV

DE LA DIOSA CHICOMECOATL, LLAMADA POR OTRO NOMBRE CHAL CHIUHCIHUATL, QUE QUIERE DECIR "MUJER DE PIEDRA PRECIOSA" Y, POR OTRO NOMBRE, XILONEN

1. Mientras más escribo en esta relación antigua, siempre hallo cosas nuevas que contar, lo cual no poco convida a los lectores a pasar adelante en lo que leen de las historias, viendo que, mientras más leen, más cosas nuevas van descubriendo, cebándose con aquello el apetito del hombre con deseo de saber y pasar adelante a ver el fin de lo que le propone y promete, de lo cual pocas veces se abstiene y cansa, especialmente si la historia es nueva, si no es que sea de tan bajo y torpe juicio que, viendo delante la luz de lo que ignora, cierre los ojos por no verla, lo cual sería imitar a las bestias sin entendimiento.

2. En la historia presente de que hemos de tratar hay muchas cosas que notar que no dejarán de causar gusto y contento y aun admiración, viendo el modo de su celebración y fiesta y de las ceremonias que se le hacían, para lo cual pido la atención que requiere la historia, para considerar la constancia, el temor, la reverencia con que cumplían las leyes de su religión falsa y las ceremonias de ella, y la flaqueza, flojedad y poco temor y reverencia con que guardamos y hacemos guardar las divinas y verdaderas ordenanzas, no por invenciones de hombres, ni por sueños, ni imaginaciones, sino por el Espíritu Santo, con cuyo favor la Iglesia Católica las ordena y manda.

3. Cuanto a lo primero: esta diosa que se ofrece tratar era la diosa de las mieses y de todo género de simientes y legumbres que esta nación tenía para su sustento. Llamábanla la diosa Chicomecóatl, y por otro nombre, Chalchiuhcihuahatl. El primer nombre que es "Chicomecóatl", que quiere decir "culebra de siete cabezas", le era puesto por el mal que hacía los años estériles, cuando, helándose los panes, había necesidad y hambre. Y así es común manera de hablar entre estos pueblos cuando se yelan los maizales decir que el hielo se comió las mieses. Otros dicen que el tecuani las comió. Y para que sepamos qué quiere decir tecuani, es de saber que a cualquiera cosa que pica o muerde, agora sea ponzoñosa, agora no, llaman tecuani, y así llamaban a esta diosa culebra de siete cabezas, para significar el daño que hacía cuando se les helaban las sementeras y legumbres.

4. El segundo nombre que tenía era "Chalchiuhcihuahatl", que quiere decir tanto como "Mujer de piedra preciosa". El cual nombre le aplicaban cuando daba 'el año abundante y fértil, el cual año le celebraban la fiesta tan regocijada y llena y abundante de ofrendas que es cosa notable.

5. Celebrábase la fiesta de esta diosa a quince de septiembre, la cual fiesta era general en toda la tierra, y la celebraban con tanta devoción y ceremonias que era maravilla. Empero, antes que vengamos a contar la celebración, contaré el talle que la estatua tenía.

6. La cual era de palo labrado, a la manera de una mujer moza, doncella, de doce años, de mejor talla que ellos podían entallar. Estaba vestida de unos aderezos mujeriles, a su modo, todos colorados, los más galanos que ellos podían hacer. En la cabeza tenía una tiara de papel, pintada de colorado, sobre una cabellera cercenada, que tenía, que le daba sobre los hombros. En las orejas tenía unos zarcillos de oro, y al cuello tenía un collar de mazorcas de oro, labradas a manera de mazorcas de maíz, atadas con una cinta azul. Y en las manos ambas, sendas mazorcas de maíz, contrahechas de pluma, guarnecidas de oro, teniendo los brazos abiertos, como mujer que bailaba. Poníanle color en los carrillos como a mujer afeitada. Y este era el ornato y talle de la diosa continuo.

7. La cual estaba en una pieza, en lo alto de los templos, al lado de la pieza del gran Huitzilopochtli, y esto por más excelencia y honra. La cual pieza no era muy grande; empero, muy rica y galanamente aderezada de mantas y plumas y joyas de oro y piedras, de las cuales a la continua allí se ofrecían.

8. Ocho días antes de la celebración de esta fiesta, que era a siete de septiembre, hacían una cerimonia a manera de carnestolendas, que a causa del ayuno que esperaban futuro, comían y bebían, así viandas de carne, como de otras cosas, todo lo que podían, hasta hartarse.

9. Este mismo día en que comían y se hartaban vestían y purificaban a una india y la diputaban a honor de una diosa que se llamaba Atlan Tonan. La cual era la diosa de los leprosos y gafos y de los que tenían encordios, la cual fingían era causa de estas enfermedades y que ella las daba.

10. Luego, a otro día, a ocho de septiembre, empezaba el ayuno y cuaresmilla de esta diosa, que eran siete días arreo, en los cuales no comían sino sobras y pedazos de tortillas, viejas y secas y sin sal, ni otra cosa, más de agua. El cual ayuno era general en toda la tierra e inviolable, como lo es la cuaresma de precepto en la cristiandad. El cual ayuno se guardaba entonces con harto más rigor y cuidado que no se guardan ahora las cuaresmas y vigiliias entre nosotros los cristianos.

11. Pues aquellos, en aquellos siete días no comían, enfermo ni sano, ni niños, ni viejos, ni mozos otra cosa, ni quebrantaban el ayuno y, sobre el ayuno, se sacrificaban y sacaban sangre de las orejas y se la ponían en las sienes cada día, a la hora de medio día, todos, chicos y grandes; hombres y mujeres, sin quedar ninguno que no se sangrase las orejas. La cual sangre no habían de limpiar en todos aquellos siete días, y como se la ponían cada día y una sobre otra, criaba una costra seca allí, lo cual era señal de penitencia y ayuno. Lo que hacían de ella diré adelante.

12. Acabados los siete días y cumplidos, sacrificaban aquella india que dije que habían vestido, que representaba a la diosa Atian Tonan, cortándole el pecho y sacándole el corazón y ofreciéndolo con la mano al sol. Matábala el gran sacerdote del templo de Tláloc. La cual india en acabando de morir, echaban el cuerpo en un pozo o subterráneo que ha bía en el templo para solo aquel efecto, con todas sus ropas y aderezos y los platos y escudillas en que había comido y las esteras en que se asentaba y dormía, como a cosa contagiosa y como a ropa y aderezo de persona leprosa o gafa.

13. Acabado de echar allí todo con el cuerpo de la india llamada Atian Tonan, se daba licencia para comer pan y sal y tomates solamente, y luego, en acabando aquel sacrificio, vestían otra esclava y la purificaban, para que representase a la diosa Chicomecóatl, poniéndole sus aderezos y la tiara en la cabeza, con las mazorcas al cuello y en las manos. A la cual hacían que se alegrase y bailase, trayéndola de casa en casa de los señores, dado que todos estaban en tristeza y penitencia, y ayuno.

14. A esta india ataban en la coronilla de los cabellos una pluma verde muy enhiesta, que significaba la espiga que echan las cañas del maíz; atábansela con una cinta colorada, para denotar que ya por el tiempo en que se celebraba esta fiesta, estaba ya el maíz casi de sazón; empero, porque aun estaba en leche, buscaban para que representase a esta diosa una muchacha de doce a trece años, la mejor agestada que podían, y andaba la pobrecilla todo aquel día con aquella pluma enhiesta en la cabeza muy galana.

15. Este día, a la oración, venía toda la gente al templo y henchían aquellos patios de lumbres y candelas, donde alrededor de aquellas lumbres se estaban sin dormir toda la noche en vela, cada barrio por sí, hasta que, llegada la media noche, tañían aquellos caracoles y flautillas y bocinas; al

son de las cuales, sacaban unas andas muy aderezadas de sartas de mazorcas y de chiles y llenas de todo género de semillas, y poníanlas a la puerta de la pieza donde la diosa estaba de bulto, la cual pieza, por de dentro y por de fuera, estaba toda aderezada y enramada, con muchas sartas de mazorcas y de ají y de calabazas y rosas y de todas semillas, que era cosa muy de ver y galana, teniendo todo el suelo de lo mismo, en lugar de juncia de lo que habían ofrecido de aquellas cosas, tan alto en toda la pieza como una vara de medir.

16. En acabando de tañer, con gran solemnidad y acompañamiento de dignidades y sacerdotes, con muchas lumbres e incensarios, sacaban a la muchacha que representaba a la diosa y subíanla en aquellas andas y poníanla en pie en medio de ellas, encima de aquellas mazorcas, ají y calabazas y bledos que en el suelo de ellas había y asida de dos varas con las manos, que había en medio de las andas puestas y afirmadas para el efecto que, asida de ellas, iba sin temor de caer.

17. Puesta allí, incensábanla los sacerdotes. Acabado de incensar, tocaban aquellos instrumentos que dije de bocinas y caracoles, al son de los cuales, salía una de las principales dignidades del templo y, por las espaldas, de improviso le cortaba la pluma con los cabellos en que estaba atada, muy a cercén por junto a la cabeza, con una navaja, y llevábala en la mano y 'presentábala a la diosa de palo que estaba en la pieza, con el pegujal de los cabellos de la muchacha en que ella estaba asida y ofrecíansela con mucha solemnidad y cerimonias y lágrimas, dándole las gracias por el fruto y el año fértil que había concedido al pueblo que presente estaba no menos devoto y lloroso.

18. Acabada esta cerimonia tornaban a quitar la muchacha y bajarla de las andas y metíanla, no menos acompañada, al lugar donde estaba situado asiento para ella y quedábase todo el pueblo en vela y a la lumbre, como había estado lo pasado de la noche, que casi quiere parecer a la vela de la noche de Navidad, y así llamaban esta vela ixtozoztli, que quiere decir "velar con cuidado", y así estaban velando hasta la mañana.

19. Venida la mañana, sin haber osado irse del templo, lo cual tenían por sacrilegio, los sacerdotes sacaban aquella moza del aposento, adornada y vestida como la diosa, con su vestido colorado y con su tiara colorada en la cabeza y con sus mazorcas al cuello, y tornábanla a poner en pie en las andas, la cual (muchacha) se asía de aquellos palos que en medio había en que iba afirmada, y luego, la levantaban del suelo y la ponían encima de los hombros los más ancianos del templo e incensando los demás con sus incensarios y los otros tañendo y cantando, la llevaban en procesión por el patio grande de las culebras y pasábanla por la punta de la pieza donde estaba Huitzilopochthi, lo cual era de esencia de la cerimonia el pasarla por allí. Luego la llevaban derecha al aposento donde estaba la diosa de palo que ella representaba y, bajándola de las andas, la hacían poner de pie sobre aquellas mazorcas y legumbres que dentro en la 'pieza habían ofrecido.

20. Parada ella allí, venían los señores y grandes, unos tras otros, puestos en ringlera; uno a uno llegaban ante ella y, sentándose en cuclillas - que era como hincarse de rodillas- refregaban la sangre seca que en las sienas tenían que todos aquellos siete días se habían sacado de las orejas, y puestos allí, quitándola con las manos, la echaban delante de la mozuela que estaba santificada en diosa, y así entraban unos tras otros y, en acabándose ellos, entraban las mujeres a hacer la mesma cerimonia, ofreciéndole aquella sangre que en penitencia de sus culpas y en recompensa del beneficio que les había hecho de darles mantenimientos, habían hecho en sacrificio de sí propios. Porque, según relación de éstos, padecían grandes hambres en su infidelidad y

años estériles que Dios les enviaba, y pestilencias, y así tenían ojadiza con algunos años y con el número de ellos, en los cuales tenían sus pronósticos de guerras, o de pestilencias, o de hambres, como nosotros los tenemos hoy, y hay quien alcance que el año de tal habrá guerras, y el de tal habrá hambre, etc. Ni más ni menos, lo pronosticaban entre estos antiguamente.

21. Acabada la ofrenda de la sangre, que, sin quedar grande ni chico se hacía, la cual se detenía gran tiempo en concluir, por ser la gente tanta como era, en acabando, se iban todos a lavar, iban a comer libremente a sus casas carne y todo género de comidas a su voluntad, lo cual les había sido vedado todos aquellos días. Imagine el lector con qué contento y alegría van los cristianos la mañana de la Resurrección, después de haberse azotado aquellos días de la semana penosa y después de haber ayunado una cuaresma tan larga, con aquel entredicho de no comer carne, con qué deseo van a comer libremente carne, pasteles, torreznos, etc. Ni más ni menos iban éstos, después de haber ayunado aquellos ocho días y un ayuno tan estrecho, y después de haberse sacrificado las orejas, que era como azotarse y 'hacer penitencia. Y certifícanme que quedaban tan desfallecidos del estrecho ayuno de aquellos ocho días, que en otros ocho no tomaban en sí, ni se veían hartos, y que muchos enfermaban gravemente, peligrando muchas preñadas, lo cual tengo por gran bestialidad el ser ayuno sin exención de ninguna persona.

22. Acabados todos de comer, tornaban a la comenzada fiesta, para ver al fin de ella, aunque algunos dicen que no, sino que se suspendía todo por aquel día, a causa de la mala noche pasada y que dormían y descansaban todo el día y que otro día, en amaneciendo, venían al templo y, estando junto todo el pueblo, tornaban a incensar a aquella muchacha con la solemnidad del día antes y echábanla encima de aquel montón de mazorcas y semillas que allí había ofrecidas y degollábanla, recogiendo la sangre en un lebrillejo y rociando con ella a la diosa de palo, rociaban toda la 'pieza y todas las ofrendas de mazorcas y ají y calabazas, semillas y legumbres que allí había.

23. Acabada de morir, la desollaban y vistiéndose uno de los sacerdotes el cuero, sobre él le vestían todas las ropas que la india había traído, con su tiara en la cabeza, con sus mazorcas al cuello y en las manos, y sacábanlo en público, y tañendo con su atambor, bailando todos, trayendo por guía a aquel indio vestido con aquel cuero de la indezuela y ropas de la diosa con que la habían honrado para después matarla a honor y honra de la diosa.

24. Después de haber bailado y regocijado la fiesta a la manera dicha, entrábanse todos en una ancha pieza que la llamaban zacapan, que quiere decir "encima de la paja", que en realidad de verdad, estaba todo el suelo de paja seca cubierto, a la manera que hoy en día ponen el suelo de los aposentos donde reciben los huéspedes y mensajeros. Allí se entraban todos los señores y principales; todos 'puestos en orden por sus asientos y lugares, y venía el rey de la tierra con grandes presentes de plumas, joyas y oro y piedras; armas, divisas, rodela y otras cosas preciosas y ricas de orejeras, bezotes de oro y plata, y braceletes, etc., y daba aguinaldo a todos los señores, haciéndoles grandes mercedes y ofreciéndoles grandes dones, vistiéndolos a todos de mantas y bragueros y ceñidores y zapatos, curiosa y galanamente labrados, juntamente a todos los capitanes y valientes hombres de los ejércitos.

25. Acabado de repartir el aguinaldo y mercedes que el rey aquel día hacía, armábanse los asaeteadores o flecheros y poníanse las ropas del dios Tlachahuepan y de Huitzilopochtli y de Titlacahuan y del sol y de Ixcozauhqui y de las cuatro auroras, y tomaban sus arcos y flechas y luego sacaban los presos en guerra y cautivos y aspábanlos en unos maderos altos que había para aquel efecto, las manos extendidas y los pies abiertos, uno en un palo y otro

en otro, atándolos a todos de aquella suerte muy fuertemente. Aquellos flecheros en hábito de estos dioses los flechaban a todos, el cual era sacrificio de esta diosa y se hacía a honra suya, como el sacrificio del fuego a la diosa pasada.

26. Acabado de asaetear a aquellos desventurados los derribaban abajo y les cortaban los pechos y sacaban el corazón y entregábanlos a sus dueños, juntamente con la indezuela desollada para sus banquetes y fiesta de carne humana, que como habré dicho, no la tenían por tal sino (divina). Muchas veces pregunto a estos indios por qué no se contentaban con las ofrendas de codornices y de tórtolas y otras aves que ofrecían, y dicen, como haciendo burla y poco caso, que aquellas eran ofrendas de hombres bajos y pobres y que el ofrecer hombres cautivos y presos y esclavos era ofrenda de grandes señores y de caballeros y ofrenda honrosa y de esta hacen memoria y caudal y la cuentan por grandeza.

27. Y, si no hemos acabado de entender este modo de matar indios en los sacrificios, es de saber que ninguno mataban ni sacrificaban que no fuese ofrecido por la gente rica y de algún valor, agora habidos en guerra, agora mercados en los mercados para aquel efecto, y cuando concurrían muchos ofrecedores de hombres había muchos que matar, y cuando pocos, había pocos que matar. Y así era entonces ofrecer un hombre para matar como quien ofrece agora una gallina o dos o tres en la iglesia, según la devoción que cada uno tenía con aquella fiesta. Esto es lo que de esta diosa de los panes y sementeras he podido hallar.

28. Pasaremos agora a tratar de la diosa Toci, madre de los dioses, que se celebraba al día siguiente después de esta diosa, que es a dieciséis de septiembre. Que, si bien lo notamos, era como pascua de tres días de huelga arreo, Que, como vimos en el proceso del capítulo, el primer día sacrificaron a la diosa de la lepra y gafedad, Atlan Tonan, y el segundo, a esta diosa Chicomecóatl, y el tercero, a esta diosa madre de los dioses, de quien hemos de tratar en el capítulo que viene.

29. Lo que hay que advertir es que el ofrecer sartas de mazorcas y sartas de chile y de rosas el día de nuestra Señora de septiembre y en las fiestas de aquel mes, quedó de aquella costumbre. Bien creo que ya está convertida en ofrenda de Dios y aplicada a Su Majestad. Plega a El de la recibir en su nombre, el cual sea bendito in saecula saeculorum.

CAPÍTULO XV

DE LA DIOSA LLAMADA TOCI, MADRE DE LOS DIOSES Y CORAZÓN DE LA TIERRA;
FIESTA MUY SOLEMNE

1. La presente fiesta y solemnidad antigua que estos naturales celebraban en su ciega ley de la diosa llamada Toci y, por otro nombre, Madre de los dioses y Corazón de la Tierra, era de las solemnes que ellos tenían y hacían tanta diversidad de ceremonias y sacrificios, que mostraban bien la veneración y reverencia en que la tenían.

2. Celebraban su fiesta luego inmediata de la fiesta de Chicomecóatl, de quien tratamos en el capítulo pasado, que es a dieciséis de septiembre, y aunque era día de esta diosa, era día festivo de las de su calendario, que llamaban Ochpaniztli, que quiere decir tanto como "barrer camino" y la podemos llamar la fiesta barrendera. Y así, por hacer dos fiestas juntas, rezaban estos indios el oficio doblado, como dicen, con conmemoraciones de la una fiesta y de la otra, y así, a la misma manera, iremos tratando de ambas, cumpliendo con lo uno y con lo otro.

3. Y así, tratando primero de la diosa, es de saber que a la entrada de México, en el lugar donde está la primera cruz agora, había una ermita a manera de humilladero, a la cual llamaban Cihuateocalli, que quiere decir "iglesia u oratorio de mujeres", la cual ermita estaba a una parte del camino que, saliendo de la ciudad, quedaba a mano izquierda; de la otra parte, a mano derecha.

4. Frontero de esta ermita estaban cuatro maderos hincados, puestos en cuadra, que cada uno tenía más de veinticinco brazas de altor, y de grueso, que dos hombres no los podían bien abrazar. En la cumbre de estos cuatro palos estaba hecho un andamio, y sobre el andamio, un bohío de paja con que estaba cubierto. De lo que servía diremos adelante. A este lugar llamaban Tocititlan: hoy en día le llaman así, que quiere decir "junto al lugar de la diosa Toci".

5. En esta ermita dicen los que lo vieron por cosa señalada, que se aposentó el Marqués del Valle y junto a ella asentó su real, cuando después de haber huído de México la noche que queriendo salir sin ser sentido, habiendo llovido antes un gran aguacero, habiendo apagado las lumbres que las centinelas tenían, creyendo con aquello haberse recogido la gente de guardia, y no lo pudiendo hacer tan secreto que no fuese visto y sentido, y tocando las centinelas alarma, saliéronles al paso, y alzándoles las puentes, perecieron setecientos españoles, escapando el Capitán con quinientos hombres, tan fatigados y destrozados, que muchos de ellos quisieron, en llegando a nuestra Señora de los Remedios echarse a morir, según la fatiga y angustia de sus corazones, si el ánimo de su caudillo no los esforzara y animara, como siempre, desde el principio hasta el fin, con ánimo invictísimo hizo, donde fue a Tlaxcala y rehizo su ejército y lo reforzó, de donde volvió a México.'

6. Y cuentan los, indios que en aquella ermita se aposentó y allí junto a ella asentó su real hasta que ganó la tierra. Porque hasta aquel lugar llegaban las albarradas y términos de México, que servían como de cerca a la ciudad, juntamente con las acequias, de que estaba cercada toda, nuevamente abiertas y tan menudas, por temor de la vuelta de los españoles que era cosa de ver; donde tras cada acequia, había una albarrada, las cuales sirvieron para cegar las acequias; porque como iban ganando una albarrada los españoles, luego los amigos de Tlaxcala desbarataban la albarrada y cegaban con ella la acequia y pasaba el ejército adelante.

7. En esta pieza que servía de ermita que a la entrada de México estaba, que -como dije- la llamaban "oratorio de mujeres", estaba un ídolo de

palo, en figura de mujer anciana, con la media cara blanca, que era de las narices para arriba, y de las narices para abajo, negra. Tenía una cabellera de mujer cogida a su uso y, encima de ella, unas guedejas de algodón, pegadas como una corona; hincados a los lados en la misma cabellera, unos husos, con sus mazorcas de algodón hilado en ellos; de las puntas de 'estos husos colgaban unos copos de algodón cardado. En la una mano tenía una rod'ela y en la otra, una escoba. Al colodrillo le tenían puesto un plumaje de plumas amarillas. Tenía una camisa corta, con una oria al cabo, de algodón por hilar, y sus naguas: todo el vestido blanco.

8. Estaba este ídolo puesto en aquella pieza siempre, en un altar, sin guarda de sacerdotes, ni otra gente que la guardase. Los que acudían a barrer y aderezar aquella ermita eran los de aquel barrio de cuando en cuando. La causa de no haber allí sacerdotes era porque acá en los templos de la ciudad estaba su figura en la sala tenebrosa que dijimos, y allí le hacían su particular culto, como a los demás, y en común siempre, pues era como templo de todos santos, donde todos estaban juntos y honrados, y donde les celebraban sus días y fiestas y tenían sus ministros particulares para la celebración suya.

9. Cuarenta días antes de este día de la fiesta ofrecían una mujer, ya de días, ni muy vieja, ni muy moza, de edad- de cuarenta o de cuarenta y cinco años. A esta india purificaban y lavaban como a los demás esclavos que representaban dioses y en su purificación le ponían el nombre de la diosa, que era Toci, y Madre de los dioses y Corazón de la Tierra. Y para que sepamos por qué la llamaban Corazón de la Tierra, dicen que porque cuando quería hacía temblar la tierra.

10. A esta india, santificada ya en diosa y consagrada, para que no pecase y cometiese algún delito, desde este día la encerraban y guardaban con mucho cuidado en una jaula. Cumplidos veinte días que estaba allí encerrada, la sacaban y vestían, ni más ni menos que pintamos de la diosa, y sacábanla en público para que todos la viesen y adorasen como diosa, a la cual hacían bailar y tomar placer. Desde aquella hora la tenía el pueblo en lugar de la misma madre de los dioses y le hacían tanta reverencia y acatamiento y honra como a la misma diosa, sacándola cada día en público a bailar y cantar y tornarla luego a recogimiento y encerramiento en su jaula.

11. Siete días antes que la fiesta se llegase la sacaban de aquel encerramiento y la entregaban a siete viejas médicas, o parteras, las cuales la servían y administraban con mucho cuidado, y la alegraban diciéndole muchas gracias y contándole muchos cuentos y consejas y haciéndola tomar placer y alegría, provocándola a reír, porque, como he dicho, si estos que representaban los dioses y las diosas vivos se entristecían, acordándose que habían de morir, teníanlo por el más mal agüero de todos, y así, a fin de que no se entristeciesen, procurábanles dar todo contento y regocijo.

12. Desde este día, que era el seteno antes de que la sacrificasen, entregándola a aquellas viejas, le traían una carga de nequén y haciéndoselo rastrillar y lavar e hilar y componer una tela y tejer, sacándola a cierta hora a cierto lugar del templo, donde hiciese aquel ejercicio. A la cual, mientras se ocupaba en esto, bailaban delante de ella muchos mozos y mozas, trabados de las manos unos con otros, haciéndoles el son unos viejos, los cuales estaban vestidos de unas albas largas hasta los pies, blancas, con unas calabazuelas colgadas de las espaldas, llenas de picieti y de otras cosas supersticiosas, colgando de unos cueros colorados, a manera de cordones.

13. Llegada la víspera de la fiesta, acabada la obra que aquella india había tejido, que era unas naguas y una camisa de nequén, llevábanla aquellas viejas al tianguiz, y hacíanla sentar allí, para que vendiese aquello que

había hilado y tejido, para denotar que la madre de los dioses en su tiempo, su ejercicio para ganar de comer era hilar y tejer ropas de nequén y salir a los mercados a venderlo, para sustentar a sí y a sus hijos. Donde, para ir al tianguiz la acompañaban unos indios, disfrazados en hábito de guastecos y otros servidores que ella tenía cuando vivía, que les llamaban iiztac tlamacazcauh, que quiere decir "su blanco servidor", y otro, que le llamaban itlilpotoncauh, que quiere decir "el servidor emplumado de plumas negras suyo". Estos le llevaban la mercadería al mercado, y, aunque iba al mercado, no vendía las naguas, ni el huipilli, empero 'hacía aquella cerimonia tan solamente, volviéndolo del tianguiz.

14. El mismo día de la fiesta, antes que amaneciese, mataban esta india, de la manera que diré: Habiéndose recogido toda la gente en el templo bien de madrugada, antes que amaneciese, sacaban a esta india santificada en diosa, y tomándola un sacerdote a cuestras, boca arriba y teniéndola asida por los brazos, echada ella boca arriba en las espaldas del indio, llegaba el sacrificador y echaba la mano de los cabellos y degollábala, de suerte que el que la tenía s'e bañaba todo en sangre.

15. Acabada de morir, desollábanla de la mitad de los muslos para arriba y 'hasta los codos; luego vestían aquel cuero a uno que ya tenían señalado para ello y para que tornase a representar la diosa con aquel cuero vestido. Encima del cuero le vestían aquella camisa y naguas que la india había hilado y tejido de nequén, y poníanle en la cabeza aquella guirnalda de algodón con los husos en ella y copos de algodón colgando y cardado; en las narices le ponían un joyel de plata, y en las orejas, unos zarcillos u orejeras de plata; al pecho tenía un joyel de plata relumbrante.

16. Así aderezado este indio, sacábanle en público, saliendo delante de aquél aquellos guastecos y los demás sus servidores, todos aderezados a punto de guerra. Mientras ellos salían por la puerta de los aposentos, por acá, por la puerta del patio entraban todos los principales y caballeros de la ciudad, puestos en ordenanza, con sus espadas y rodela, muy bien armados, con sus coracinas y divisas de plumas ricas en diversas ef 1-gies, tan aderezados de oro y plata y joyas y plumas que era contento verlos, y descendiendo los unos de lo alto del templo y los otros, entrando de acá afuera, hacían una fingida escaramuza y combate, que parecía ser cosa de veras. Llamaban a este entremés moyohualicalli, que es como decir "albazo", y así, daban albazo a la diosa muerta, saliendo por capitán y defensa de sus guastecos y servidores el que tenía el cuero vestido y los vestidos de la india.

17. Acabado el combate, bailaban todos, trayendo al indio del cuero por guía, cantándole cantares en su honor. Acabado el canto, venían los que habían de ser sacrificados a honor de la diosa y el sacrificio era extraño y muy diferente de los demás, el cual era de la manera siguiente:

18. En cuatro palos muy gruesos, de a treinta brazas, que para el efecto hincaban en el templo en cuadra, en todas cuatro partes, de madero a madero, ponían unas gradas que llegaban hasta lo alto de los maderos. Por aquellos escalones subían los ejecutores de aquel sacrificio, que eran dos, con sus mitras en la cabeza y embijados los ojos y los la-'bios, y los molledos y muslos llenos de yeso y puestas unas bandas de ello por todo el cuerpo.

19. Estos subían a lo más alto de los maderos y, sentados allá en la cumbre, atábanse con unas sogas el cuerpo a los palos para no caer, y luego sacaban cuatro sayones al que habían de sacrificar y hacíanle subir por aquellos palos arriba, con una coraza de papel puesta en la cabeza, yendo tras él aquellos cuatro, ayudándole a subir y, si acaso con el temor de la muerte desmayaba, picándole con unas puyas de maguey las asentaderas. Y en llegando

que llegaban a donde los dos estaban arriba, apartábanse los que iban tras él y los que arriba estaban rempujándolo, y venía desde lo alto de los palos abajo y daba tan grande porrazo abajo que se hacía pedazos. Luego en cayendo llegaban otros y degollábanlo y cogían la sangre en un lebrillejo y a este mesmo modo sacrificaban todos los que habían que sacrificar.

20. Acabado el sacrificio, sacaban en un lebrillo la sangre de los sacrificados, el cual lebrillejo venía todo emplumado de plumas coloradas, y poníanselo delante a la madre de los dioses, que habiendo dejado de bailar, había estado mirando el sacrificio con sus guastecos y servidores, los cuales, en lugar de las espadas que habían sacado, les habían dado unas escobas en las manos, a causa de que, como dije, era juntamente el día de Oçhpaniztli, que quiere decir "fiesta barrendera".

21. Puestos a los lados, con sus escobas llevándolas en alto como insignias de la diosa, de la manera que los reyes llevan el estoque delante, bajábase el indio que representaba la diosa y mojaba el dedo en aquella sangre humana y chupábase el dedo con la boca. Acabado el chupar así, inclinado empezaba a gemir dolorosamente. A los cuales gemidos se estremecían todos y cobraban temor. Y dicen que la tierra hacía sentimiento y temblaba en aquel instante. Lo cual procuré haciendo burla y escarnio de despersuadir este disparate y me certificaron que realmente aquel lugar y circuito del templo en aquel punto temblaba y se estremecía, y para esto sólo la imaginación hace mucho al caso y el demonio que concurría con aprehensiva a la imaginación para lo persuadir.

22. Acabada la cerimonia que el indio hacía de chupar la sangre, bajábase todo el pueblo y ponían el dedo todos a una en el suelo y chupábanlo comiendo la tierra que en él habían cogido. Llamaban a esta cerimonia nitizapalooa, que quiere decir "probar yeso". Esta cerimonia de comer tierra era muy ordinaria en las solemnidades y en llegando delante de los ídolos, lo cual tenían por particular reverencia y cerimonia de humildad que hacían a los dioses. Esta cerimonia hallé en ciertos pueblos que se hacía delante de las imágenes de los santos y delante de los altarcitos que tienen en sus casas, juntamente con ofrecerles comidas e incienso y candelillas como a ídolos, etc., en algunos descuidados olvidados de Dios.

23. En habiendo comido todos aquella tierra con el dedo, uno de aquellos caballeros que se sentía de más ánimo y valor de los que habían combatido y estado bailando, arremetía al lebrillejo de la sangre, antes que otro llegase, atreviéndose a sus pies y ligereza y metía el dedo en el lebrillo y hacía la mesma cerimonia que el indio en figura de la diosa había hecho, y luego daba la vuelta contra todos los que armados estaban y hacía les rostro, con un ánimo de un César, y, defendiéndose de todos, salían del templo, unos por herirle, otros por defenderle. Movíase entre ellos una grande y sangrienta contienda de palos y pedradas, y era tanta la gente que acudía a la contienda y rebato que era cosa espantosa de ver, todos armados de coracinas, y espadas, y rodela.

24. Y en aquella pelea iban al lugar que arriba dije de la ermita de la diosa, que estaba a la entrada de la ciudad, en nombre de oratorio de mujeres, yendo el indio vestido con el cuero y ropas de nequén de la india detrás, en medio de los guastecos, (de) los cuales, el uno iba vestido de blanco y el otro de colorado y el otro de amarillo y el otro de verde, con sus escobas altas en las manos. Muchos de los que combatían salían mal heridos, o de pedradas, o de palos, yendo en este combate desde la puerta del templo de Huitzilopochtli, que era desde las casas de Alonso de Avila, que Dios perdone -que se derribaron por el suelo- hasta la primera cruz, que está delante de San Antonio, que es medio legua de camino. La cual rencilla llegaba hasta

allí, hallándose en ella toda la flor de los caballeros y capitanes y soldados de toda la comarca, la cual cerimonia, entiendo, era como sacrificio que de sí mismos hacían, en lugar de sajar la lengua o las orejas, como en otras fiestas se usaba.

25. En llegando que llegaban a la ermita y casa de la diosa, la cual tenían muy aderezada y enramada juntamente con aquellos cuatro palos altos que frontero dije que estaban con un andamio arriba en lo alto, cubierto con su bohío de paja; los cuales palos tenían sus escalones, atados de palo a palo por todos cuatro lados. En llegando que llegaban allí cesaban el combate, y el indio que hasta allí había venido representando a la diosa, con sus guastecos y servidores, subíase por aquellos palos hasta, el andamio, y en el andamio, se desnudaba de todos aquellos vestidos y aderezos y el cuero de la india, de que había estado vestido, y vestíase a un bulto de paja, que allá arriba en el andamio había, y vestíale encima todos los demás aderezos, con lo cual quedaba aquel bulto de paja hecho personaje de la diosa. Los que venían con disfraz de guasteco y los demás se desnudaban de aquellos disfraces y los colgaban de las esquinas del andamio, dejándolos allí como por trofeo, y bajábanse desatando los palos que por la escalera habían atado, sin dejar ninguno a causa de que nadie no pudiese subir. Acabados de bajar, se concluía la fiesta, así de la diosa como del día.

26. Que no ha sido poco de notar el modo y la manera que tenían de honrar a la madre de los dioses y corazón de la tierra; la cual fiesta los romanos tenían y celebraban a la madre de sus dioses, Berecinta, Cibele, por otro nombre. Toda la fiesta de esta diosa se celebraba en el templo solemne de Huitzilopochtli, a causa de que no tenía templo particular, sino aquella ermita que hemos referido.

27. Este día barrían todas sus casas y pertenencias, y calles y los baños y todos los rincones de las casas, sin quedar cosa por barrer, y esto significaba el llevar aquellos cuatro guastecos las escobas en las manos delante del ídolo, o de su semejanza. La cual costumbre de barrer ha quedado hasta el día de 'hoy 'en algunos con cuidado la calle cada día, quedándose la casa llena de basura y así entiendo ya no hay en ello especie de mal.

CAPITULO XVI

DE LA RELACIÓN DE LA DIOSA QUE LLAMABAN XUCHIQUETZAL

1. Entre las solemnísimas fiestas que los naturales celebraban había una, que era el despedimiento de las rosas, que era dar a entender que ya venían los hielos y se habían de secar y marchitar. Hacían una solemne fiesta por el despedimiento de ellas, de mucho regocijo y contento, celebrando en ese mesmo día una diosa que llamaban Xochiquetzalli, que quiere decir "plumaje de rosas".

2. Tenían en este día tanto contento cuanto era y es el contento que reciben y deleite en oler rosas de cualquier género que sean: agora tengan buen olor, agora malo, sean rosas, que con olerlas estará el más contento del mundo. De lo cual son en general estos naturales sensualísimos y aficionados, poniendo su felicidad y contento en estarse oliendo todo el día una rosita, o un xuchitl, compuesto de diversas rosas, los cuales todos sus regocijos y fiestas celebran con flores, y sus presentes ofrecen y dan con flores; el alivio del camino lo pasan con flores; esles en fin tan gustoso y cordial el oler las flores, que el hambre alivian y pasan con olerlas.

3. Y así se les pasaba la vida en flores, con tanta ceguedad y tiniebla, que, engañados y persuadidos del demonio, viéndolos tan aficionados a flores y rosas, celebraban una fiesta solemnísima a las rosas, y era cuando ya se iban acabando, que entonces, como venían ya los hielos y habían de faltar por algunos días, hacíanles carnestolendas. Porque así como en las carnestolendas se hartan de carne los glotones, sin regla ni medida, a causa de que viene la cuaresma, como si les hubiese de durar en el estómago el gusto de ella aquellos cuarenta días, así esta ciega e ignorante nación este día enramaban y componían de rosas sus personas y sus templos y casas y calles, como los cristianos hacen la mañana de San Juan.

4. Y así enrosados hacían diversos bailes y regocijos y fiestas y entremeses de mucho contento y alegría todos a honor y honra de las rosas, llamando a este día Xochilhuitl, que quiere decir "fiesta de rosas", y ningún otro aderezo de gala, ni oro, ni plata, ni de piedras ni plumas sacaban este día a los bailes, sino rosas.

5. Demás de ser día de rosas, era día de una diosa -como dije- que llamaban Xochiquetzalli, la cual diosa era abogada de los pintores y las labranderas y tejedoras de labores, de los plateros, entalladores, etc., y de todos aquellos que tenían oficio de imitar a la naturaleza, tocante a cosa de labor o dibujo: todos tenían a esta diosa por su abogada y su fiesta, muy solemnizada de ellos.

6. La figura de esta diosa Xochiquetzalli era de palo; en la cual estaba figurada una figura de mujer moza, con una coleta de hombre cercenada por la frente y por junto a los hombros. Tenía unos zarcillos de oro, y en las narices, un joyel de oro colgado, que le caía sobre la boca. Tenía en la cabeza una guirnalda de cuero colorado; tejida una trenza de la cual a los lados salían unos plumajes redondos, muy galanos, verdes, a manera de unos cuernos. Tenía una camisa azul, muy labrada de flores tejidas, y plumería, con unas naguas de muchos colores. En ambas manos tenía dos rosas labradas de plumas, con muchas estampitas de oro, como pinjantes, por todas ellas y tenía los brazos abiertos, como mujer que bailaba.

7. Celebrábase esta fiesta de este ídolo a seis de octubre, dos días después de la fiesta que agora celebramos del glorioso padre nuestro San Francisco. Y aunque esta fiesta empezaba este día, no se concluía hasta de ahí a veinte días, donde venían a fen'ecerla con los ordinarios sacrificios.

8. Bien he entendido el disgusto que estos naturales reciben de descubrir y declarar estas cosas y heme fácilmente persuadido a ello a causa de que he sospechado en algunos pueblos en que he vivido -podía ser que yo me engañase- celebran esta fiesta de rosas y se hará, porque ya por la bondad de Dios no se hará por idolatría, porque harto mal sería que agora hubiese tal memoria ni objeto a idolatría antigua. Por lo cual ningún inconveniente hallo de que los ministros estén advertidos para que, si lo toparen y entendieren que se hace, examinen a qué fin, porque no haya algún mal de secreto y engaño. Y no me maravillaría que en algunos lo hubiese, por ser el adversario sutil y mañoso, y los viejos antiguos que todavía viven, cuentan a los señores mozos la vida y costumbres de sus padres y abuelos y antepasados y cómo guardaron y cumplieron las cosas de su maldita ley antigua, y ley de tantos años, tan arraigada y fundada, es imposible que en cincuenta y siete años se olvide tan presto.

9. Estaba esta diosa en un templo pequeño, junto o contenido con el de Huitzilopochtli; el cual, aunque era pequeño, era de galano edificio y, de más de ser bien edificado, tenía muy galano aderezo, de mantas, plumas, joyas, y otros costosos aderezos. Donde, encima de un altar, estaba el ídolo, puesto con mucha reverencia, tanto como a los demás. A la cual le hacían las mismas ceremonias, de noche y de día, de incensar cuatro veces que a los demás, lo cual ejercitaban los sacerdotes y ministros de Huitzilopochtli. Porque el templo donde esta diosa estaba no había sacerdotes particulares, ni nombrados para allí, sino servían a Huitzilopochtli; tenían cargo de administrar las ceremonias a aquellas diosas, las cuales son las que se siguen:

10. Primeramente, a esta diosa, sexto de octubre, que era la fiesta de su calendario: llamaban pachtontli, que es nombre diminutivo de huey pachtli, a causa de que en aquel día empezaba la solemnidad y se acababa desde a veinte días. En la segunda fiesta de Huey Pachtli -pachtli quiere decir "mal ojo"; es una yerba que nace en los árboles y se cuelga de ellos, parda con la humedad de las aguas, especialmente se cría en los encinales y robles.

11. Qué sea la causa porque estas dos fiestas hayan tomado la denominación de aquella yerba, no sabré decir más de que debía ser porque en aquel tiempo estaban los árboles en los montes llenos de aquel "mal ojo", pues todas sus fiestas y ritos y supersticiones fueron siempre fundadas en niñerías y burlerías con extraña ceguera e ignorancia.

12. Pues volviendo a nuestra fiesta diminutiva de pachtontli, y de la diosa Xochiquetzalli, es de saber que este día, en amaneciendo, empezaban las recogidas monjas de aquel templo de Huitzilopochtli a moler maíz y hacían una gran pella de masa, la cual ponían muy apretada en una batea grande, muy pintada y galana, y subíanla con gran veneración y reverencia todas las dignidades del templo a lo alto de él, y, a la oración, poníanla delante de la estatua de Huitzilopochtli para que diese señal de su venida y nacimiento del cielo a la tierra, y dejaban allí aquella batea de masa e íbanse a su recogimiento y dejaban sus guardas y velas que velasen sobre la venida de su dios, y no hacían sino ir y venir a la batea, a ver si era ya venido. Y a la hora de la media noche iban con sus lumbres a ver la señal que ya deseaban. Y yendo y viniendo, no parando, hasta que hallaban en la masa un pie de niño recién nacido allí impreso en ella y la masa desmoronada.

13. En hallando aquel vestigio de niño, tocaban las bocinas y caracoles y flautillas y alzaban gran grito anunciando que ya era llegado y nacido el guerreador, que en su lengua dicen Yaotzin, y mostraban la señal, en la masa a todos, en la cual estaba la pisada del niño y algún cabello de mujer, y si había algunas pajas que juntamente hubiesen traído consigo, las

cuales dicen que muchas veces hallaban junto a la pisada: un cabello, o dos de la madre del niño y algunas pajas de allá de donde venía.

14. Acabado de ver aquello y de tañer sus bocinas y caracoles y atambores, venía la gente de la ciudad a gran priesa a ver el misterio y llegada del dios. Lleno el patio de gente, salían todas las dignidades y sacerdotes y ministros del templo e incensaban aquella masa y hacían grandes cerimonias y zalemas y humillaciones, con tanta cantidad de lumbres y hacheros, que parecía la noche día.

15. Acabado de incensar, tomaban luego sus navajuelas de sacrificar y, en recompensa y agradecimiento del bien que recibían con la venida y nacimiento suyo, se sacrificaban las lenguas y las orejas y los pechos y en los molledos y en las pantorrillas, horadándose algunos las orejas, pasábanse por allí muchas cañuelas; otros se horadaban las lenguas y se metían por ellas pajuelas.

16. Con lo cual se concluía la fiesta de aquella noche, avisando a todo el pueblo de que allí a tres días habían de llegar los Yacateuctin, que así los llamaban, que los esperasen. Los cuales eran tres señores, y al uno llamaban Yacatecutli, y al otro Guachtlapucohcoyaotzin y al otro, Titlacahuan, a los cuales esperaban con cuidado a tercer día que habían de venir a tener compañía al que había venido, señor de las guerras.

17. Cumplidos los otros veinte días, que era la fiesta de Huey Pachtli -que dijimos- que era a veinte y seis días de octubre, se venía a concluir la solemnidad y fiesta de que vamos tratando. El cual día, por la mañana, sacaban dos mozas doncellas, la una mayor que la otra, principales, de la línea de reyes y generación de un gran príncipe que se llamó Tezcacoatl.

18. Al tiempo que sacaban estas muchachas, las más hermosas que había de aquella línea, salían bailando delante de ellas todos los señores y dignidades de los templos, con un disfraz particular, de unas camisillas cortas, que les daban a la cintura, y unos faldellines o delantales pintados, en ellos muchos corazones y manos, llevando en las manos y a cuestras jícaras graiides, verdes y coloradas, otras muy pintadas. Salían. detrás de los que bailaban las dos mozelas, muy bien vestidas y aderezadas de ropas nuevas y joyas a los cuellos.

19. Tenían todas las caras afeitadas, con su color en los carrillos y en los labios, y en las cabezas, sendas tiaras muy galanas. Ibanse como en procesión todos unos tras otros hasta una piedra redonda que dijimos se llamaba Cuauhxicalli, que, si no se nos ha olvidado, es la que hoy en día está a la puerta de la Iglesia Mayor, que llaman del Perdón, donde está el altar de la indulgencia.

20. Encima de esta piedra se subían, yendo delante la menor y detrás de ella la mayor. Luego subían cuatro sacerdotes, con cuatro jícaras de maíz en las manos: la una de maíz blanco, y la otra, de maíz negro, y la otra, de maíz muy amarillo, y la otra de maíz morado. Y poniéndose el que llevaba el maíz negro delante de ellas, metían la mano en la jícara y, como quien siembra, vueltas hacia el monte, lo derramaban. Acabada la jícara del maíz negro, traían la del blanco, y volviéndose hacia las sementeras de los llanos, hacían lo mesmo, y el maíz amarillo derramábanlo hacia la parte de la laguna y el morado, (a) otra cuarta parte que ellos llaman Amilpan.

21. En acabando de derramar aquellos cuatro géneros de maíz la gente acudía con gran priesa a coger de ello lo que más podían, porque aunque no cogiese sino dos granos, los llevaba y guardaba con mucho cuidado y lo sembraba para tener semilla de aquel maíz bendito.

22. Mientras duraba esta cerimonia, andaba el baile de las jícaras que dije y, en medio de ellos, estaba parado uno, sin bailar, con la navaja grande del sacrificio en las manos, teniéndola con un paño alta que la veían todos. La cual navaja era para sólo estas doncellas principales, ni servía más que para aquel sacrificio. Teníanla así enhiesta todo el día.

23. Llegada la hora, mataban aquellas dos mozas cortándolas el pecho y sacándolas el corazón. Los que las tenían eran cuatro ministros, de los pies y de las manos, excepto que a estas dos principales, para significar que morían vírgenes, al matarlas, les cruzaban las piernas, teniéndolas así cruzadas la una sobre la otra, y las manos extendidas como a los demás; echándolas a rodar por las gradas abajo. A las cuales alzaban de allí otros ministros y las llevaban a un lugar que llamaban Ayauhcalli, y echábanlas allí; el cual lugar era un sótano hecho para el efecto.

24. Acabadas todas estas ceremonias dichas que los del templo con los señores celebraban de la venida de su dios, los plateros, pintores, entalladores, labranderas y tejedoras traían una india vestida a la misma manera que la diosa Xochiquetzalli hemos contado que estaba; la cual representaba a la diosa viva, como de las demás hemos dicho, y así la sacrificaban y desollaban vistiéndose uno el cuero y todo el demás aderezo.

25. A este indio hacían sentar junto a las gradas del templo y poníanle un telar de mujer en las manos, y hacíanle tejer, a la misma manera que ellas tejen, y el indio fingía que tejía. Mientras él fingía que tejía, bailaban todos los oficiales dichos, con disfraces de monos, gatos, perros, adives, leones, tigres, un baile de mucho placer, llevando en las manos las insignias cada uno de su oficio: el platero llevaba sus instrumentos, los pintores, sus pinceles y escudillejas de las colores, y así aquel día comían la comida de todo el pan pintado de diversas pinturas, unos como muñecas, otros como pinceles, otros como rositas, o como pajaritos, sin poder comer otra cosa, de precepto.

26. Este día, antes que amaneciese, se iban todos a bañar a los ríos, chicos y grandes, viejos y mozos. Lo cual tenían de precepto, que aquel día todos se lavasen, lo cual servía de lavar los pecados y las máculas livianas y veniales que entre año habían cometido. Y sácolo por la amonestación que la víspera antes los ministros hacían a todo el pueblo de que todos, chicos y grandes, se lavasen y purificasen, amenazando y prometiendo a los que no lo hiciesen, males y enfermedades contagiosas, como era bubas, lepra, gafedad, de los cuales males decían que sucedían por los pecados, y que estos dioses se los enviaban en venganza de ellos. Con el cual temor, todos, chicos y grandes, se iban a bañar en amaneciendo.

27. Acabada la cerimonia del lavatorio, donde todos entendían recibían perdón y remisión de culpas, iban a comer los tzoalli, que dejo dicho atrás que siempre fue tenido por carne y hueso del dios, y así les decían los sacerdotes: "Los que os habéis lavado id a comer tzoalli". Y no querría repetir muchas veces una cosa; pero, pues la materia lo pide, será forzoso poner siempre la declaración de estos vocablos; porque alguno no se acordará qué son tzoalli, aunque queda dicho atrás, y decirme: No saMa este padre que no sabemos todos qué son tzoalli, ¿por qué no lo declara? -Pues digo que Izoalli son un pan que hacen estos naturales de semilla de bledos y maíz, amasado con miel negra, que hoy en día se come por golosina y cosa preciada entre ellos.

28. Era antiguamente tenida en gran reverencia y era materia con que se fabricaban los dioses, y después, en habiéndolos adorado, y sacrificado ante ellos, y hécholes las ceremonias ordinarias los repartían entre sí a

pedazos, y lo recibían en nombre de carne del dios y comulgaban con ello, todas las veces que se lavaban primero por mandato de los sacerdotes.

29. Y esto de lavarse era muy ordinario el mandarlo los sacerdotes, porque si alguna persona iba a dar cuenta a los sacerdotes de alguna enfermedad suya, o de su hijo, o marido, la receta que le daba era que moliese de aquella semilla y la juntase con el maíz y la amasase con miel, y que primero se lavase y purificase de sus culpas y que luego fuese y comiese de aquello. Y esto quiere parecer a lo que los cristianos médicos aconsejan al primer día que ven al enfermo: lo primero que les mandan, antes que pongan mano en la cura, que confiese y comulgue: así en este día confesaban y comulgaban al modo dicho.

30. Si hemos bien notado, la purificación dicha no servía más de para las culpas leves y pecados veniales. Empero, para los que habían cometido delitos y pecados graves había este mismo día otro género de confesión muy propia a la de la ley de la Escritura, que confesaban sus culpas exteriormente, pero no en especie. Conviene a saber, que el que pecaba decía su culpa en general ofreciendo cierta ofrenda. Así estos naturales hacían este día una confesión exterior, en cuanto a conocerse culpados, y manifestación del número de los pecados, pero secreta en cuanto a la declaración de los pecados en especie.

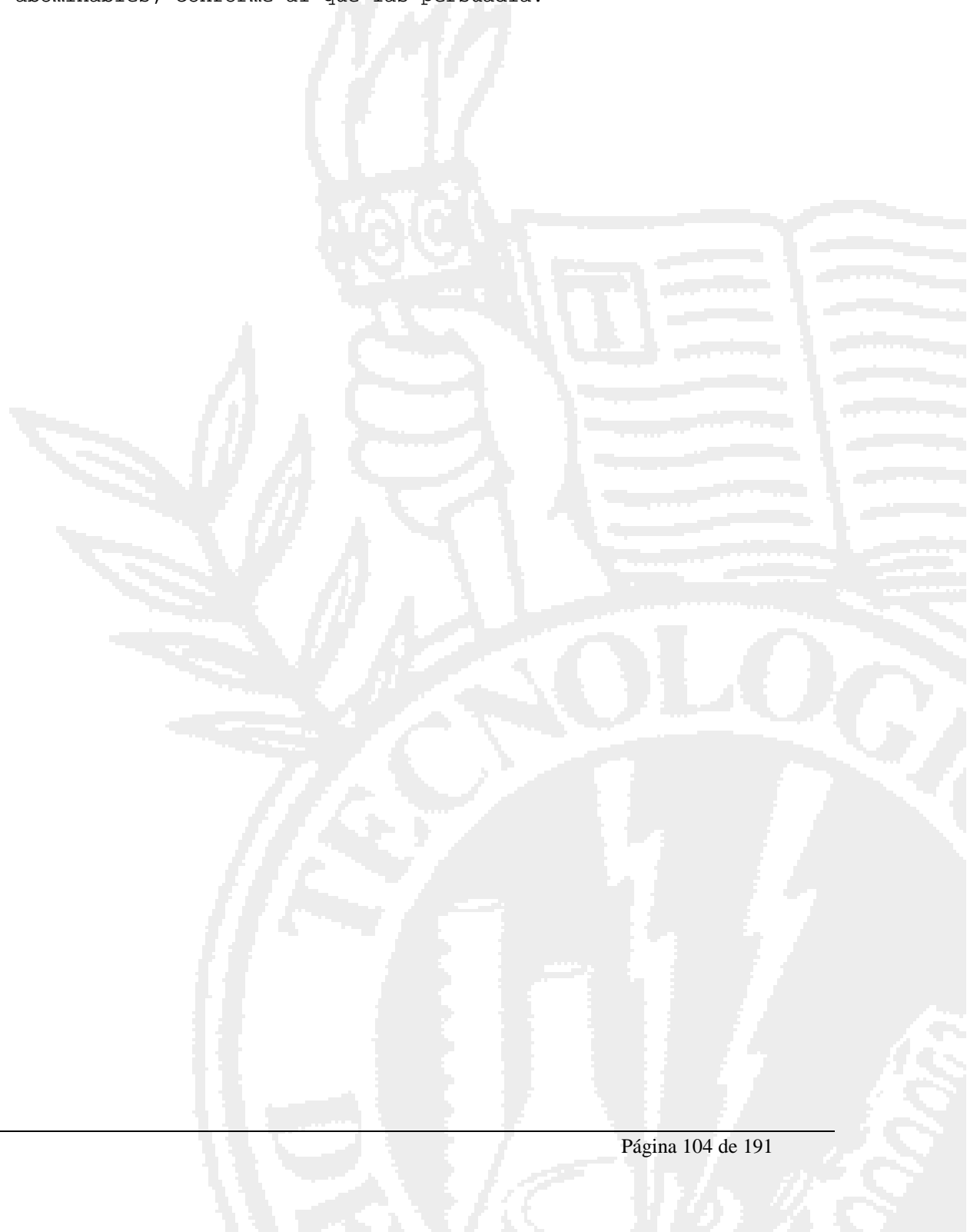
31. Porque, aunque allí públicamente cumpliendo con lo que su ley y preceptos de ella mandaban a los tales pecadores ocultos no podían nadie entender qué especie de pecados hubiese cometido. Como cuando yo mando a un penitente que se azote, que ayune a pan y agua, venle hacer la penitencia, pero no saben por qué género de pecado, ni se puede barruntar. Lo mismo era en esta gente, que el que había hurtado, o fornicado, o muerto a otro, o hecho contra sus leyes y preceptos alguna culpa, mandábales su ley que ese día examinase su conciencia y que tantos cuantos pecados graves hallase haber cometido, que juntase tantas pajas de a palmo, de estas que ellos usan para escobas. Después de contados sus pecados en aquellas pajas, ibase al templo a la hora que los demás iban a lavar, y sentábase en cuclillas delante de 'esta diosa. Tomaba una lanceta y pasábase la lengua de una parte a otra. Dada aquella lancetada en la lengua, tomaba las pajas y, una a una, las pasaba por aquella lancetada y, como las iba pasando, así llenas de sangre, las arrojaba delante del ídolo, conociendo todos los circunstantes que, si echaba diez pajas, que diez pecados había cometido; si veinte, veinte, pero no sabían qué culpas fuesen. Y así confesaban sus culpas delante de los ídolos y de los sacerdotes, y luego se iban a lavar, corno los demás, y a comer la comida dicha. De estos penitentes y confesantes había muchos, así hombres como mujeres.

32. Los sacerdotes, en acabando que acababan los delincuentes de hacer aquella penitencia y confesión, cogían todas aquellas pajas sangrientas, iban al fogón divino y quemábanlas allí, y con aquello entendían quedar limpios y perdonados de sus culpas y pecados, con la misma fe que nosotros tenemos de nuestro divino sacramento de la penitencia.

33. Esta era la confesión que estos tenían, y no vocal, como algunos han querido decir. Lo cual, aunque era ceguedad y grande error y ceguedad e ignorancia intolerable, demás de causar admiración el 'engaño en el que el demonio los tenía, son dignas de que no estén sepultadas en el olvido, pues no lo están otras, que son dignas de que lo estuvieran y de que la religión cristiana no las leyerá, pues son más incitativas a mal que a bien, tomando los que las escriben por escudo de su torpeza, que omnia munda mundis.

34. En muchas cosas se topaba la supersticiosa ley de estos con la de la religión cristiana, y aunque me persuado que en esta tierra hubo predicador

de ella, por muchas causas que he hallado que me dan ocasión a lo creer así, aunque llenos de tanta confusión que no dan lugar a poner cosa determinadamente, aunque ya queda dicho de aquel varón penitente, ayunador y predicador, que llamaban maestro, a él y a sus discípulos, que enojado de ellos, se había ido huyendo de la persecución él y los que le quisieron seguir -no es justo poner cosa afirmativa, pues podemos decir, a la coincidencia dicha, que el demonio los persuadía y enseñaba, hurtando y contrahaciendo el divino culto, para ser honrado como a dios, porque todo iba mezclado con mil supersticiones y engaños y todo imperfecto, (cosas) llenas de sangre humana, hediondas y abominables, conforme al que las persuadía.



CAPITULO XVII

EN QUE SE CUENTA LA RELACIÓN DE LA DIOSA IZTACIHUATL, QUE QUIERE DECIR
"LA MUJER BLANCA"

1.- La fiesta de la diosa que esta ciega gente celebraba en nombre de Iztac Cihuati, que quiere decir "Mujer Blanca", era la Sierra Nevada, a la cual demás de tenerla por diosa y adorarla por tal, con su poca capacidad y mucha rudeza y ceguedad y brutal ignorancia, teníanle en las ciudades sus templos y ermitas, muy adornadas y reverenciadas, donde tenían la estatua de esta diosa. Y no solamente en los templos, pero en una cueva que en la misma Sierra había.

2. Estaba muy adornada y reverenciada, con no menos reverencia que en la ciudad, donde acudían con ofrendas y sacrificios muy de ordinario, teniendo junto a sí, en aquella cueva, mucha cantidad de idolillos, que eran los que representaban los nombres de los cerros que la Sierra tenía a la redonda, como contamos del ídolo llamado Tláloc, a la cual fiesta basta remitirnos, a causa de que la misma solemnidad, a la letra, que se hacía al cerro que allí dijimos, la misma puntualmente se hacía acá en la Sierra Nevada. Y si acaso no nos acordamos por este nombre Tláloc, acordémonos por el dios de los rayos y lluvias, donde acudían los señores a ofrecer. Y así habiendo contado allí tan a la larga las ceremonias y ritos que se hacían, no hay para qué detenernos en esta fiesta en la referir ni tornarla a contar.

3. Salvo, diré que en la ciudad de México tenían a esta diosa de palo, vestida de azul, y en la cabeza, una tiara de papel blanco, pintado de negro. Tenía atrás una medalla de plata, de la cual salían unas plumas blancas y negras; de esta medalla salían muchas tiras de papel, pintadas de negro, que le caían a las espaldas. Esta estatua tenía un rostro de moza, con una cabellera de hombre, cercenada por la frente y por junto a los hombros. Tenía siempre puesta su color en los carrillos. Estaba puesta encima de un altar, como los demás, dentro en una pieza pequeña, aderezada de mantas galanas y otros ricos aderezos. A la cual servían las dignidades del templo, con las ceremonias acostumbradas de día y de noche, con tanto cuidado y orden, como a los más principales dioses.

4. Porque ningún ídolo tuvo esta pobre gente que adorasen, que con grandísimo temor y reverencia y demasiado cuidado no procurasen cumplir los estatutos y ceremonias que para cada uno estaban señalados, temiendo, si algo faltaba en los honrar, la ira y enojo, que decían que contra todos tomaban. Donde, para los aplacar, hacían grandes lamentaciones y largas y elegantes oraciones y plegarias, acompañadas de abundantes ofrendas y sacrificios y muertes de hombres como tenemos noticia de aquella larga y elegante oración acompañada con grandes ofrendas y sacrificios que Motecuhzoma hizo para aplacar a los dioses, sobre la venida de los españoles a esta tierra, lo cual más largamente refiero en la historia que de este rey y grande señor tengo hecha; que a causa de que los dioses no se enojasen, andaban tan circunspectos y avisados que en ninguna cosa faltaban en los servir y honrar con los ritos y ceremonias que para el culto cada uno tenía.

5. Pero tratando de esta en particular de que voy tratando, es de saber que el mismo día de la fiesta de esta diosa vestían una india, esclava y purificada en nombre de este ídolo, toda de verde, con una corona o tiara en la cabeza, blanca, con unas pintas negras, para denotar que la Sierra Nevada está toda verde, con las arboledas y la coronilla y cumbre, toda blanca de nieve.

6. A esta india mataban en México delante de la imagen del ídolo, y a la Sierra Nevada llevaban dos niños pequeños y dos niñas, metidos en unos

pabellones hechos de mantas ricas y, a ellos, muy vestidos y galanos, a los cuales sacrificaban en la misma Sierra, en el segundo lugar donde la tenían. Juntamente llevaban todos los señores y principales otro presente de coronas de pluma y camisas de mujer y enaguas y joyas y piedras ricas y de mucha comida, sin hacer diferencia de lo que del cerro Tláloc dejó dicho, poniéndoles las guardas al presente que acullá ponían, a causa de que no les hurtasen toda aquella riqueza, hasta que sin provecho las dejaban podridas con las aguas y humedad.

7. Estaban en lo áspero de esta Sierra dos días metidos haciendo las ceremonias a esta diosa con grandes plegarias y sacrificios, ayunando todos aquel día principal un ayuno muy guardado y riguroso. Es cosa de notar qué (cantidad) de ayunos tenía esta gente en su ley vieja, todos de precepto y tan rigurosos, que no había dispensación, ni aun con los enfermos ni niños, y cuán de mal se les hace ayunar ahora una vigilia de Pascua y un ayuno forzoso, y tan de mal, que muy pocos son los que ayunan, o ningunos estos días de precepto obligatorios. Creo que lo causa la mucha flojedad nuestra que para animarlos y esforzarlos tenemos, como sus sacerdotes los animaban y esforzaban a las ceremonias de su maldita ley tiránica, llena de asombros y temores, de lo cual es extraña la nuestra, leve y suave, y muévenos una piedad y lástima de ver su pobreza en el comer y sus flacos mantenimientos y manjares y poco sustento, para disimular más de lo que debíamos, pues vemos que lo mesmo comían entonces que ahora, y no se morían por eso.

8. Sería ya justo que supiesen la obligación que tienen a guardar las cosas de nuestra sagrada religión cristiana y no que ha habido religiosos que han puesto dificultad, en que no hay necesidad de echarles las fiestas de entre semana, lo cual tengo por inconveniente y no muy acertado; supuesto que son cristianos, es justo que lo sepan y si quisieren guardarlo y oír misa, como tales lo guarden, y si quisieren usar de su privilegio, usen, declarándoles lo que el tal privilegio les concede y, primero por delante, la obligación que de cristianos tienen, pues es ya razón lo sean con el rigor que nos obliga, para que, si algún olor de lo antiguo hay entre ellos, o en algunos de ellos, se acabase de desarraigar.

9. Para lo cual los ministros habían, con devotas y frecuentes persuasiones (de) incitarlos a la observancia de nuestra divina ley y preciarse de confesar un indio bien confesado, que no muchos y mal trasquilados, como cosa de ceremonia, contentándose con cuatro niñerías que el indio dice. Teniendo probable noticia que muchos de éstos, por un leve temor y muy liviana ocasión., dimidian las confesiones y encubren los pecados. O por una vergüenza sin fundamento y muchas veces cosas que de suyo no eran pecados, ni aun veniales, lo cual se remediaría con una mediana examinación que el confesor hiciese y exhortación, quitándoles el miedo con una afable y apacible amonestación al principio y al cabo, descubrirían por ventura algunas solapas y males importantes a su remedio y salvación, como algunos lo habrán hecho en esta grave pestilencia que por nuestros pecados Dios les envió, deseosos de salvarse, como entiendo, se salvaron, descubriendo algunos descuidos de muchos años atrás, lo cual entiendo lo dejó ya nuestro Dios tan barrido y descombrado, que ya no hay memoria ni olor de ello.

10. Plega a su voluntad y misericordia que sea así y alumbre a los que traen la masa de la fe en la mano, para que abra sus ojos en lo que a su honra divina toca, para que se precien del oficio y ministerio para que Dios los escogió, como se precia el zapatero del primor que a su oficio toca. Sobre lo cual diría algo de lo mucho que siento, pero no quiero condenar a muchos confesores de todas las Ordenes: aun ello se están condenando, que confiesan muchos pares de indios cada día y, aunque muchos de ellos son personas doctas, no tan buenas lenguas, como otros que confiesan muchos menos, los cuales se

contentan con que el indio se persigne, y bajo aquel per signum crucis, diga cuatro niñerías debajo de apariencia y ceremonia de confesión. Donde creo se cometen muchos sacrilegios de confesiones informes, sin tener las partes que el sacramento pide, que es dolor, arrepentimiento, propósito de enmienda y satisfacción y declaración verdadera de todas las culpas. Las cuales pocas veces las traen los indios, ni aun señales de atrición, si el confesor no les mueve y despierta y amonesta y alumbra, que no hagan lo que ven, como la mona, sino lo que está obligado para alcanzar remisión de sus pecados; que no lo tomen como por costumbre, ni vengan forzados ni compelidos, por temor de sus mayores, como suelen venir, sino que lo tomen por acto principal para su salvación y remedio, muy necesario. Con lo cual doy fin a la fiesta de Iztac Cihuatl, que es la Sierra Nevada, remitiéndome a la de Tláloc en la celebración.

CAPÍTULO XVIII

DE LA SOLEMNIDAD QUE LOS INDIOS HACÍAN AL VOLCÁN DEBAJO DE ESTE NOMBRE POPO CATZIN, QUE QUIERE DECIR "EL HUMEADOR", Y JUNTAMENTE A OTROS MUCHOS CERROS

1. El cerro PopFocatzin, que en nuestra lengua quiere decir "el cerro humeador" a todos es notorio ser el volcán a quien vemos echar humo visiblemente, dos y tres veces al día, y muchas veces, juntamente llamas de fuego, especialmente a prima noche, como muchos lo han visto. Lo cual afirman así indios como españoles, ser cosa muy común el echar lumbre, de lo cual dan noticia los pueblos comarcanos y cercanos al cerro. El cual se divisa de muchas leguas, por ser tan alto como es, donde han probado a subir algunas personas, por curiosidad de ver aquella chimenea por donde sale aquel humo, así religiosos como seglares, e imposibilitados y constreñidos de la resistencia que han hallado, se han vuelto sin efecto de su pretensión.

2. Y así lo oí contar a un religioso muy venerable de nuestra orden, que, procurando ver aquella boca, subieron él y dos seglares, que tenían el mesmo deseo que él tenía, y que, llegados a la ceniza, procuraron subir por ella, una y dos veces, y que todo cuanto andaban se hallaban luego atrás, desliziéndose de la mesma ceniza, que la hay mucha y muy movediza; donde, demás del gran trabajo que padecieron, pensaron ser muertos y corrompidos del delicado y sutil aire que allí corre.

3. Y así, me he admirado mucho y lo tengo por cosa fabulosa el afirmar que un conquistador, que se decía Montaña, subiese allí, como lo he oído afirmar, y que lo tengan sus hijos tomado por fe y testimonio, que faltando piedra azufre para la pólvora, que subiese este conquistador y sacase piedra azufre de él. Téngolo -si así es- por milagro de Dios. Y lo que más me fuerza a hacérseme increíble, es que, según relación de los naturales, Moctezuma, emprendedor de grandes hechos y animoso, aun para intentar las cosas imposibles, mandó deseoso de saber de dónde procedía aquel humo, que fuesen señalados hombres para lo ir a ver, y así fueron señalados diez, los cuales más por fuerza que de grado, fueron, temiendo el castigo del rey enojado si no se cumplía su mandamiento, y subieron y en el camino murieron los dos, que no pudieron llegar a la cumbre.

4. Los demás, aunque con trabajo, llegaron y vieron el lugar por donde aquel humo salía y bajados a tercer día, al cuarto murieron los seis de ellos y, antes que los demás que quedaban, que eran dos, muriesen, dieron prisa a llevarlos al gran señor, para que fuese avisado el rey. Moctezuma hizo poner mucha diligencia en que fuesen curados. Donde, después de sanos, dieron por relación cómo el lugar por donde aquel humo sale no es boca grande, como nosotros imaginamos, sino que aquel lugar y punta de aquel cerro está llena de grandes hendiduras, a manera de mallas de red, o a la manera de una reja o celosía: unas hendiduras en contra de otras, con duros peñascos que entre los agujeros hay, que entre agujero y agujero, pueden andar muy bien dos hombres juntos; por entre las cuales hendiduras sale aquel humo tan espeso y malo. Estos indios jamás tuvieron perfecta salud; hasta que murieron contaron cosas extrañas, así de la aspereza de lo de arriba, como de las mallas por donde el humo sale, y de la tierra que desde allí se descubre y mar, 'lo cual afirman parecerles estar todo tan cerca, como si la mar estuviera junto' al pie de la Sierra.

5. De un poblador antiguo oí contar que hizo todo lo que de potencia pudo para subir a este volcán, de lo cual tuvo muy grande apetito y deseo, el cual oí nombrar fulano Martínez, y por conseguir y dar satisfacción a su pasión -que yo por tal la tengo- subió, y estando ya casi en la cumbre, empezó a humear con tanta furia, que temblaba todo el lugar y hacía un ruido que

parecía moverse todo aquello. El buen hombre, creyendo ser ya su fin llegado, con el gran sobresalto que recibió, quiso dar la vuelta para huir del humo y no lo pudo hacer tan a su salvo, que no le alcanzase alguna parte del humo a los ojos, y fue tanto detrimento que recibió que desde a pocos días cegó.

6. También fue muy porfiado un santero que vivía en la Trinidad, dentro de la misma iglesia, que se decía Pitijuan, de querer subir a ver este volcán, y lo porfió tres y cuatro veces, y nunca lo consiguió; de lo cual le oí decir que había llegado a morir. Por lo cual me he .pérsuadido a morir, sin irlo a ver, y aun también a los que lo han visto y lo verán pocos o ningunos, si no fuere alguna bruja o nigromántico.

7. A este cerro reverenciaban los indios antiguamente por el más principal cerro de todos los cerros; especialmente todos los que vivían alrededor de él y en sus faldas; la cual tierra, cierto, así en temple, como de todo lo que se puede desear, es la mejor de la tierra, y así, con ser sus faldas tan ásperas de quebradas y cerros y tierra asperísima, están los cerros y quebradas pobladísimos de gente, y lo estuvieron siempre, por las ricas aguas que de este volcán salen y por la fertilidad grande que de maíz alrededor de él se coge, y frutas de Castilla, que, mientras más llegadas a él, más tempranas y sabrosas se dan, no olvidando el hermoso y abundante trigo que en sus altos y laderas se coge. Por lo cual los indios le tenían más devoción y le hacían más honra, haciéndole muy ordinarios y continuos sacrificios y ofrendas, sin la fiesta particular que cada año le hacían, la cual fiesta se llamaba Tep!eilhuitl, que quiere decir "fiesta de cerros". La cual fiesta era a la manera que aquí relataré:

8. Conviene a saber, que llegado el día solemne de la veneración de este cerro, toda la multitud de la gente que en la tierra había, se ocupaba en moler semillas de bledos y maíz, y de aquella masa hacer un cerro, que representaba el volcán. Al cual ponían sus ojos y su boca y le ponían en un prominente lugar de la casa, y alrededor de él, ponían otros muchos cerrillos de la misma masa de tzoalli; con sus ojos y su boca, los cuales todos tenían sus nombres, que eran el uno Tlálóc, y el otro, Chicomecóatl, e Iztac Tepetl y Amatlalcueye y juntamente a Chalchiuhtlicuye, que era la diosa de los ríos y fuentes que de este volcán salían, y a Cihuacóatl.

9. Todos estos cerros ponían este día alrededor del volcán; todos hechos de masa, con sus caras. Los cuales así puestos en orden, dos días arreo les ofrecían ofrendas y hacían algunas cerimonias. Donde el segundo día les ponían unas mitras de papel y unos sambenitos de papel pintados. Donde, después de vestida aquella masa, con la misma solemnidad que mataban y sacrificaban indios, que representaban los dioses, de la misma manera sacrificaban esta masa que había representado los cerros, donde después de hecha la cerimonia, se la comían con mucha reverencia.

10. Este día los sacerdotes buscaban en el monte las más tuertas y corcovadas ramas que hallaban y las llevaban al templo y cubríanlas con esta masa y poníanles por nombre Coatzintli, que quiere decir "cosa retuera manera de culebra; poniéndoles ojos y boca, y hacían sobre ellas las mismas cerimonias y ofrendas. Donde, después que fingían que las 'mataban, las repartían a los cojos y a los mancos y contrahechos, y a los que tenían dolores de bubas, o tullimiento, etc. Los cuales quedaban obligados de dar la semilla para hacer la masa para la representación de otro año de los cerros. Llamaban a esta comida NiMocua, que quiere decir "Cómo a Dios".

11. También sacrificaban algunos niños este día y algunos esclavos y ofrecían en los templos y en presencia de la masa en que fingían la imagen de este cerro y de los demás, muchas mazorcas de maíz fresco y comida y copal, y entraban a las cumbres de los cerros a encender lumbres y a incensar y quemar

de aquel copal y a hacer algunas cerimonias que ordinariamente hacían, de las que atrás quedan dichas.

12. El mismo día que se hacía la fiesta de este volcán en México y en toda la tierra y la de todos los cerros, hacían en Tlaxcala una solemne fiesta a dos cerros principales que tenía y hoy en día tiene, muy altos y hermosos; al uno llamaba Matlalcueye, y al otro, Tiapaltecati. Amatiacueye, que quiere decir "la de falda de papel azul". Demás de acudir a ella los tlaxcaltecas, acudían de todos los pueblos comarcanos a encender inciensos y a ofrecer hule y comidas y papel y plumas y a sacrificar hombres, como eran Tepeaca, Atlixco, Cuauhquechola, etc. Al segundo, que era el cerro que llamaban y hoy en día le llaman Tiapaltecati, "cosa de muchos colores, o señor de ellas", según nuestro romance, a este le tenían los de Tlaxcala gran reverencia, y lo reverenciaban con grandes ofrendas y sacrificios muy ordinarios.

13. En Cholula tenían un cerro hecho a mano, al cual, por ser hecho a mano, le llamaban Tiachihualtepeti, que es lo mismo que "cerro hecho a mano". Llamábanle así, porque dicen que fue el cerro que los gigantes edificaron para subir al cielo, el cual (cerro) está agora medio desbaratado. A este cerro tenían en mucho y en él era la ordinaria y continua adoración que hacían, y plegarias y grandes sacrificios y ofrendas y muertes de hombres.

14. A un lado del volcán, hacia la parte del sur, en la comarca de Tetella y Ocuituco, Temoac, Tzacualpan, etc., hay un cerro, a donde acudía toda esta comarca con sus ofrendas y sacrificios y oraciones, el cual se llama Teocuicani, que quiere decir "el cantor divino". El cual está tan cerca del volcán que del uno al otro puede haber poco más de una legua. Es tan alto y tan áspero que es cosa de ver. A este llamaban cantor divino, porque las más veces que hay en él nubes asentadas, que son las que congela el volcán, dispara grandes truenos y relámpagos, y tan sonoros y retumbantes que es espanto oír su tronido y voz ronca.

15. Toda esta comarca acudía a este cerro a sacrificar y a ofrecer inciensos y comidas y hule y papel y plumas; ollas, platos, escudillas, jícaras y otros géneros de vasijas y juguetes, y a matar hombres. En el cual cerro había una casa muy bien edificada de toda esta comarca, a la cual llamaban Ayauhcalli, que quiere decir "la casa de descanso y sombra de los dioses". En esta casa tenían un ídolo grande, verde, que llamamos piedra de hijada, tan grande como un muchacho de ocho años, tan rico y preciado, que hubo sobre quererlo quitar grandes guerras entre los de esta provincia y los de Huejotzinco y Cuauhquechola y Atlixco, los cuales fueron muertos y desbaratados, sin conseguir su pretensión.

16. Este ídolo dicen que se desapareció cuando entró la fe en la tierra, y así es, que los naturales lo desaparecieron y lo enterraron en el mismo cerro, y allí se está con otras muchas riquezas que en todos estos cerros están escondidas, de oro y plata y piedras de mucha riqueza.

17. Sin éstos, había otros muchos cerros, que pararme a contarlos sería necesario hacer un libro nuevo, de mucho volumen; pero basta decir de estos más principales y nombrados, entre los cuales podremos contar el que está en Coyoacán, que era no menos temido y reverenciado, donde iban todos los de aquella comarca a hacer sus votos y adoraciones y sacrificios y a cumplir sus ordinarios votos. Los cuales votos eran continuos y ordinarios, que no les dolía la cabeza, que no hacían un voto de ofrecer algo a los ídolos, a los que más devoción tenían, y las ofrendas que ofrecían, eran cual los dioses eran, porque eran tan bajas que no subían de una jicarilla para que bebiesen los dioses, unas escudillejas y platillos y ollillas y contizuelas, copal, hule, plumas, y así aquellos bubosos y tullidos que comían la carne de los cerros prometían de dar para otro año toda la semilla para la carne de los cerros, y

daban la semilla; conforme a lo que les daban de comer -porque si les daban buen pedazo, contribuía cantidad de semilla, y si le daban poco, contribuía poco- y así cumplían éstos sus votos, estos días tan apocados y tan nonada que todo era nonada lo que la gente común prometía. Los principales ofrecían algunas cosas de precio pero lo más que ofrecían era esclavos para matar y después comerlos.

18. El principal intento de reverenciar estos cerros y de hacer oraciones y plegarias en ellos no era el objeto ultimado hacerlos al cerro, ni tampoco hemos de entender que los tenían por dioses, ni los adoraban como a tales, que su intento a más se extendía, que era pedir desde aquel cerro al Todopoderoso y Señor de lo criado, y al Señor por quien vivían, que son los tres epítetos con que estos indios clamaban y pedían tranquilidad de los tiempos. Porque en su infidelidad, según relación universal, padecían muy ordinarias pestilencias y hambres y otras aflicciones. Lo cual llorando me lo relataban los que esta relación me dieron, conociendo el bien que nuestro Dios les ha hecho y merced de haberlos apartado de un error tan grande, como en el que sus antepasados vivieron, por donde conocen que justamente los castigaba el justísimo Dios y Redentor nuestro y recto Señor, conociendo la ignorancia y bestial ley, tan baja y soez como seguían, engañados por el demonio, etc.

19. Esta es la relación que he podido haber de la fiesta de los cerros que en esta tierra universalmente se hacía, pues en toda ella no había cerro, ni hoy en día lo hay, que no tenga su nombre. Agora sea chico, agora sea grande, todos tienen sus nombres. La fiesta de los cuales, si en este año la hacían en el uno, otro año la habían de hacer en el otro y el otro en el otro, y así les cabía hacer fiestas en cada cerro, andando la rueda para que cada cerro fuese honrado y la comida divina que se había comido de los cerros de masa en este cerro, la iban otro año a comer en el otro, siéndoles vedado y de precepto que un año tras otro no se pudiese hacer la tal solemnidad en un mismo cerro.

20. Esta fiesta caía en agosto; no pude sacar en limpio a cuántos, de lo cual no hice mucho caso, yendo poco en ello, porque aunque 'hubiese alguna cizaña en el trigo de algún supersticioso y defectuoso que quisiese usar de alguna flaqueza y superstición antigua, como creo los debe haber, por ser necesario haber escándalos, para que los buenos sean manifestados, luego se descubren y dan señal de sí, como haya un mediano cuidado y solicitud en el abatimiento y apocación de estas cosas, rogando y persuadiendo y ahincando y riñendo, bien vienen a conocer el error y a persuadirse del bien y a descubrir el mal, para lo cual querría yo ver entre los naturales más y mejores lenguas, y menos presuntuosos de los entender, pues ignoran lo más y entienden lo menos.

CAPÍTULO XIX

DE LA DIOSA DE LAS FUENTES Y RÍOS, LLAMADA CHALCHIUHCUEYE, MUY REVERENCIADA DE TODOS

1. A ningún elemento de los cuatro tanto honró esta nación mexicana, después del fuego, como al agua, dado que a todos los venerase y honrase con todo el temor cuidado y reverencia que podían y, a unos más que a otros, según las gracias y excelencias que de ellos imaginaban y los beneficios que de ellos recibían.

2. Grande era el honor y reverencia que a la tierra hacían, debajo de este nombre reverencial y honroso, que era Tlaltecuhltli, el cual vocablo se compone de dos nombres, que es tialli y tecuhtlí, que quiere decir "gran señor" y, así, quiere decir "el gran señor de la tierra". A este elemento reverenciaban con grandes sacrificios y ofrendas. La mayor reverencia que sentían que le hacían era poner en la tierra el dedo y llevarlo a la boca y chupar aquella tierra. Del cual elemento dejo dicho en la fiesta de Toci, que era la madre de los dioses y corazón de la tierra; en la cual fiesta solemnizaban a la tierra con sus particulares ofrendas y sacrificios y derramamiento de sangre y grandes cerimonias de copalli, plumas, y comidas y derramamientos de vinos por el suelo y comidas humanas, que de los hombres sacrificados hacían, como he dicho.

3. Del elemento fuego también tocamos en dos partes: la grande y solemne fiesta que le hacían, sacrificándole hombres y rociándolo con sangre humana de aquellos que, medio asados, los sacaban y cortaban el pecho, cogiendo la sangre en un lebrillejo y rociando el fuego, que debajo de este nombre, Xiuhtecuhtli, le adoraban y reverenciaban. En la solemne fiesta de Xocotl y de Cihuacóatl, donde se pringaban los sacerdotes del fuego, con aquellas hachas de copal ardiendo -cosa horrible y espantosa- sin los ordinarios sacrificios y ofrendas, todos en común y en particular que cada día le hacían de ofrendas de pan y vino y manjares de carne y de gachas y que le ofrecían, agora por devoción, agora por voto; agora por salud, agora por prosperidad, agora por hijos, o por mil agüeros que sobre el estallido del fuego tenían, y sobre el rechinar de los tizones, y sobre el centellear, sobre el humear, por lo cual luego lo rociaban con vino y le echaban copal o piciete, que es una especie de yerba con que los indios amortiguan las carnes para no sentir el trabajo corporal. Sobre el cual agüero y agüeros había grandes invenciones de los embaidores y grandes mentiras, y sobre lo cual había gran crédito y fe, que no ha sido poco el despersuadirlo, y plega al Omnipotente que esté ya despersuadido de algunos.

4. También hacían lafiesta al aire, bajo de este nombre Ehecati. El cual aire y virtud de él atribuían al dios de los cholultecas, Quetzalcoatl, dios de los mercaderes y joyeros, el más reverenciado y honrado que había en Cholula, de quien relatan grandes virtudes y hechos heroicos en cosas de comprar y vender y de labrar joyas y piedras. A este Ehecatl hacían grandes ofrendas y grandes sacrificios, especialmente en un día de la semana que tenían que le llamaban Ehecati, que quiere decir "viento". Cuando le cabía el número primero, como agora decimos lunes -como en el Calendario diré- que tenían la semana de trece días y en llegando a trece, volvían a contar un día a la figura que le cabía el número uno. Aquella solemnizaban con particular solemnidad de ofrendas y sacrificios.

5. Fuera de lo ordinario, que nunca cesaban de cumplir votos y de acudir por sus particulares devociones a honrar y reverenciar a estos falsos dioses, por la demasiada sujeción que a las cosas de su religión tenían y por el gran crédito que daban a los embaidores, inventores de agüeros y

supersticiones, y por el gran miedo que de los malos sucesos de sus personas y bienes tenían.

6. Por lo cual, con un hilo de lana se dejaban llevar, temiendo el zumbido de los árboles y el ruido que en los montes hace cuando vienta, y el que hace en los resquicios, que aun entre nosotros decimos, cuando hace un aire recio, que parece que habla. Así ellos creían hablaba. Luego andaban a las ofrendas y los sacrificios a Ehecatl para aplacarle, y los ayunos y las oraciones, rogándole no estuviese enojado, a costa de su sangre, la cual por momentos la derramaban, unos de las orejas, otros de las lenguas, otros de los pechos, otros de los molledos, otros de las espinillas y muslos, según los ritos de sus templos y estatutos.

7. Digo según los estatutos, porque los de este pueblo tenían constitución y ordenanza de sangrarse de la lengua, los de aquél, de las orejas, y los del otro, de los molledos, y los de acullá, de las espinillas, y otros, de los muslos, y aun en cierta provincia mixteca hubo sacrificio de los miembros genitales, por los cuales sacaban cuerdas, de a quince y de a veinte brazas, y otros, para hacerse imposibilitados de no pecar, los hendían por medio -cosa que hace temblar las carnes- a trueque de que los tuviesen por siervos del demonio y por hombres santos y penitentes y castos y honestos, que era en lo que más hincapié hacían.

8. El cuarto elemento, que era el agua, al cual llamaban Chalchiuhcueye, que quiere decir "la del faldellín de piedras preciosas": compónese de cueitl, que es "faldellín", y de chakihuitl, que quiere decir "piedra de esmeralda", y así le podemos romancear "la del faldellín de esmeraldas". Fue tanto lo que los indios reverenciaron a este elemento que fue cosa extraña la reverencia que le tenían, porque, persuadidos y enseñados por los sacerdotes, para encarecerles lo mucho que al agua debían, como nosotros encarecemos lo mucho que debemos a nuestro Señor Dios, por habernos criado, y a Jesucristo su único Hijo que nos redimió con su preciosa sangre.

9. Así éstos, predicando y encareciendo lo mucho que debían a sus dioses, diciendo de las mercedes que cada uno en particular les hacía, decían condescendiendo del agua cómo en ella nacían y con ella vivían y con ella lavaban sus pecados y con ella morían. El nacer en ella era y se entendía el lavar luego las criaturas cuatro días arreo; a los señores, en fuentes particulares, diputadas y señaladas para ellos, y a los de menor estado y cuantía, en los riachuelos y fuentes de poca estima.

10. Sobre los cuales lavatorios había grandes ofrendas de joyas, en figuras de peces y de ranas y de patos y de cangrejos, de tortugas y joyas de oro que en ellas echaban los principales señores, cuyos hijos en ellas se lavaban. Lavábanlos los sacerdotes y sacerdotisas, diputadas y señaladas, así ellos como ellas, para aquellos oficios, porque, como dejo dicho, para ninguna cerimonia de cuantas tenían, por muy niñería que fuese, dejó de haber ministros particulares. La causa era porque, como la multitud de ceremonias era tanta, no era posible que un ministro pudiese acudir a todas, y así, tenían para cada cerimonia sus ministros señalados, los cuales tenían su dignidad que los gobernaba y regía, como cabeza de ellos, lo cual era en todas las demás cosas; las cuales dignidades de cada cerimonia tenían sus particulares nombres, que denotaban su dignidad, teniendo para ejecutar sus oficios y para ornato de sus personas en las festividades, particulares insignias y ornatos.

11. El decir que con ella vivían era decirles que el agua ayudaba a criar las sementeras y semillas que ellos comían, y así, en todas las fiestas de su calendario, que eran dieciocho, todo el fin de celebrarlas con tantas muertes de hombres, y con tantos ayunos y derramamientos de sangre de sus

personas, todo se dirigía sobre pedir de comer y años prósperos y conservación de la vida humana, y en todas ellas metían colectas y hacían memoria del agua y del viento y de la tierra y del fuego y del sol, y de todos los demás ídolos, para que les fuesen favorables, especialmente al agua en una fiesta que llamaban etzalcualiztli, que era cuando las aguas eran ya entradas y las sementeras crecidas y con mazorcas.

12. El cual día los sacerdotes de los barrios, a honra del agua y del bien que les hacía, iban a las sementeras y quebraban las cañas de maíz por junto a la mazorca, dos o tres canutos más abajo, sacando de cada sementera una brazada de aquellas cañas del maíz, con sus mazorcas. Lo cual hacían por todos los barrios los sacerdotes, y tomaban aquellas cañas e íbanse con ellas a las encrucijadas de las calles y poníanlas hincadas por vera del camino, de una parte y de otra, haciendo como una cruz, dejando en medio un humilladero que en estas encrucijadas había, que les llamaban momoztli, que en nuestro romance quiere decir "lugar ordinario", el cual vocablo se compone de momoztlayé, que quiere decir "cada día".

13. Acabadas de poner estas cañas de maíz con sus mazorcas en ellas, por la orden dicha, salían las indias de todos aquellos barrios a ofrecer a aquel lugar ordinario, que llamamos momoztli, tortillas hechas de jilotes: xilotes se llaman las mazorcas de maíz antes que el maíz se cuaje. Así el maíz como el corazón de la mazorca todo está como leche. De aquello hacían pan y lo ofrecían por vía de primicias y de agradecimiento a Chalchiuhcueye, que era el agua.

14. Acabada la ofrenda, daban por sí a los sacerdotes de aquel pan para que comiesen, porque lo que allí ponían en el momoztli no llegaba nadie a ello. Lo cual era general de todo lo que en estos lugares se ofrecía a los dioses, agora fuese pan, o vino, o semillas, chile, o calabazas: allí se había de podrir y no se había de llegar a ello.

15. Acabado de hacer esto, bailaban y cantaban con mucho regocijo, y bebían sus vinos, y comían sus comidas de aves y otras carnes, todos con aquel pan de jilotes, o con maíz cocido, que ellos llaman etzalli, a causa de que lo revuelven al cocer con frijol, que es eti. El maíz cocido por sí solo llámanle pozolli, pero a causa de revolverlo con frijol, le llaman etzalli. Comíanlo a honor del día que se llamaba etzalcualiztli, lo cual queda dicho en la solemnidad de aquel día que se dirá en el calendario.

16. Decían, lo tercero, que debían mucho al agua porque en ella se lavaban de sus pecados y máculas, porque como dijimos en la fiesta del dicho Mecoatl, después de haber ayunado aquel ayuno tan estrecho, todo el pueblo iba a lavarse, todos, chicos y grandes, muy en amaneciendo, y luego a comer la carne del dios, que era tzoalli. El lavatorio les servía de confesión y purificación de los pecados, con el meter pajas por las lenguas, y cañas por las orejas, y varillas de mimbre por los molledos, los que cometían graves delitos. Pero después de este desatinado sacrificio, luego iban al agua y se lavaban, en lo cual tenían fe que quedaban limpios en el ánima y libres de los p'ecados cometidos hasta aquel punto.

17. Llamábanle "el lavatorio de la penitencia", lo cual era muy ordinario lavar a los enfermos y muchachos, teniendo entendido que las enfermedades les venían por los pecados. Por este respecto tenían al agua gran veneración y le hacían grandes ofrendas y sacrificios, como dijimos en la fiesta de Tláloc, dios de los truenos y relámpagos, que era como Júpiter entre los romanos.

18. En la fiesta de este ídolo había también conmemoración y colecta del agua, como dijimos, de aquella niña vestida de azul que degollaban en la

laguna grande a honor y reverencia de Chalchiuhcueye. La cual llevaban metida en aquel pabellón, cantándole cantares al agua, que servían como de oraciones y plegarias a los dioses. Así era el agua tenida por purificadora de los pecados. Y no iban muy fuera de camino, pues en la sustancia del agua puso Dios la virtud del sacramento del bautismo, con que somos limpios del pecado original, y en esto se conocerá haber tenido estas naciones noticia de las cosas de nuestra fe, aunque la mucha confusión de ceremonias no nos d'ēja determinar en ello.

19. La cuarta cosa que esta gente del templo encarecía al pueblo para moverlos a la devoción del agua era decirles que con ella morían. Lo cual era decirles que con ella lavan los cuerpos muertos y era así, que era ceremonia suya de, en muriendo cualquiera que fuese, hombre o mujer, chico o grande, señor o no, rico o pobre, lo primero que hacían en muriendo era desnudarlo en cueros y lavarlo muy bien lavado y, después de lavarlo, tornarlo a vestir de todas sus ropas y enterrarlo o quemarlo. Y esta causa decían que el agua les servía para sus muertes. A la cual, para tenerla grata y contenta, le hacían tanta multitud de ceremonias y niñerías que los mismos indios se ríen y espantan de ver tanto juguete y niñerías en que sus antepasados estribaban, pero eran instituidos por tanto orden y con tanto acuerdo y consejo, que las autorizaban y hacían esenciales.

20. De las fuentes que más caso hacían eran de las que salían a los pies de unos árboles que llamamos sabinas, que en su lengua llaman ahuehueti. El cual vocablo se compone de dos, conviene a saber, de ati, que quiere decir "agua", y de huehueti, que quiere decir "atambor", y así ahuehuetl quiere decir propiamente en nuestra lengua "atambor del agua". A los cuales árboles nosotros llamamos sabinas. Árboles muy grandes y coposos, de que los indios hacían mucho caso, por hallarse siempre a los pies de las fuentes, en lo cual fingían divinidad y misterio. Yo pregunté la causa de llamarse "atambor de agua" aquel árbol, y dan por causa el pasar el agua por sus raíces y por hacer un suave ruido con el aire la copa y ramas de él.

21. También hacían mucho caso de los ríos que salían del volcán, en los cuales ríos y quebradas y fuentes hallaría el hambriento de riquezas hartas cosas de oro, piedras preciosas que en ellos ofrecían y echaban los indios, y no sólo los de los pueblos donde había estas fuentes, pero de muy lejos y apartadas provincias venían a buscarlas y ofrecerlas ricas ofrendas y preciosas joyas y piedras y, aunque en sus tierras las hubiese, fuentes y manantiales, ríos, venían a las aguas en romería, y a los cerros extraños, y a las cuevas extrañas, donde había ídolos, a cumplir sus votos y promesas y romerías, como nosotros cumplimos los de Santiago, y de Guadalupe, Jerusalén, etc.

22. Había otras mil niñerías que pudiera poner sobre los agüeros que fingían del agua, y si pusiera, si no pensara que ya todo estaría ido de los corazones de los indios. Porque todo mi intento fue y es dar aviso a los ministros de los agüeros e idolatrías de éstos para que se tuviese advertencia y aviso de algunos descuidos que podría haber en los agüeros antiguos; en lo cual entendí y entiendo hago servicio a Dios y descargo mi conciencia, porque aunque sea verdad y es así, que ya los indios conocen a Dios y son cristianos, ¿quién podrá negar que entre mil buenos, no haya ciento malos, que todavía tengan sus resabios, como potros mal domados?

23. Y aunque no se haya de hacer tanto hincapié en los particulares, pero, con todo eso, porque no se corrompa toda la masa, tengan los ministros aviso de que en las fuentes y ríos había muchos agüeros sobre el pasar por ellos, y sobre el bafiarse en ellos, y en el mirarse en ellos, como nos miramos en un espejo, y en el echar de las suertes en el agua los sortilegios,

y en el conocer de las enfermedades en el agua y echar agüero sobre ello, y en el pasar los niños sobre el agua, cuatro y cinco veces, sin que toquen el agua, y el temor que tenían de que, al pasar dos ríos, habían de tener alguna hora menguada, o que, enojada la señora de las aguas, habían de tener algún mal encuentro. Y era tanta la imaginación que a ello les persuadía, que, teniéndolo por cierto, casi siempre les acontecía, concurriendo el demonio al efecto, y como estos indios no están canonizados, y son hombres y de carne y hueso, sujetos al bien y al mal, y más prontos al mal que al bien, como yo y como todos, podrían olvidados de Dios caer algunos en sus agüeros, miserias y niñerías pasadas.

24. Para lo cual estará avisado el ministro y siervo de Dios para hacer lo que está obligado, pues saliendo este mi libro a luz, no se pretenderá ignorancia. También pudiera poner cómo echaban cantarillos, ollejas, platillos, escudillas de barro y muñecas de barro en los arroyos y fuentes las paridas y los enfermos y mil juguetes de cuentecillas. Pero como todo esto está ya olvidado y muy dejado, no hay necesidad de referirlo ni contarlo muy por extenso y harto mal fuera que agora hubiera que avisar sobre ello, pero pasará por relación de lo que antiguamente se hacía, sobre lo cual había tanto que relatar y que contar de menudencias y de cosas de tomo, que sería cosa prolija notarlo todo por los cabos y quizá enfadara al lector. Para lo cual será mejor dar fin con esto a la relación de la diosa Chalchiuhcueye, que era el agua.

25. Después de lo que dicho es, se ofrece tratar de los baños de que en esta tierra usaban y hoy en día usan los indios. Los cuales baños llaman temazcalli, que quiere decir "casa de baño con fuego", el cual se compone de tema, que es bañarse, y de calli, que quiere decir "casa". Estos baños se calientan con fuego; los cuales son unas casillas muy bajas, cuanto caben dentro hasta diez personas echadas, porque en pie no pueden estar y apenas sentados. Tienen la entrada muy baja y estrecha, que si no es uno a uno y a gatas, no pueden entrar. Tienen atrás un hornillo por donde se calienta, y es tanto el calor que recibe que casi no se puede sufrir.

26. Los cuales son como baños secos, porque sudan allí los hombres con solo el calor del baño y con el baho de él, más que con ningún otro ejercicio ni medicina para sudar; de lo cual usan los indios muy de ordinario, así sanos como enfermos. Los cuales, después de haber allí muy bien sudado, se lavan con agua fría fuera del baño, por contemplación de que el fuego del baño no se les quede en los huesos, lo cual espanta a los que lo ven: que un cuerpo abierto de haber sudado una hora, que se salgan del baño y se laven y se echen encima diez y doce cántaros de agua, sin temor de ningún detrimento, cierto que parece brutalidad, pero entiendo que no es, sino que en aquello que el cuerpo se habitúa y en lo que se cría, aquello le es como natural, lo cual si un español lo hiciera, se pasmara o se tullera, que no fuera más de provecho. De estos baños, pues, se ofrece tratar y dar aviso de lo que antiguamente sobre ello había.

27. Quanto a lo primero, es de saber que había un dios de los baños, al cual dios, en queriendo edificar un baño, después de haberle consultado y sacrificado, y ofrecídole muchas ofrendas todos los de aquel barrio donde se había el baño de edificar, tomaban el idolillo, que era de piedra y pequeño, y enterrábanlo en el mismo sitio donde edificaban el temazcal, y allí encima le edificaban, quedando el ídolo debajo, al cual con ordinario cuidado le sacrificaban y ofrecían ofrendas e inciensos, en particular cuando se querían entrar a bañar.

28. Sobre lo cual habla una diabólica superstición y agüero, y era que, cuando se entraban a bañar las mujeres, si entre ellas no entraba un

hombre o dos, no osaban entrar, teniéndolo por agüero. Lo mesmo agora van los hombres, que si con ellos no entraban algunas mujeres, no osaban entrar. Lo mesmo había para los enfermos: si era varón y había de entrarse en el temazcal, traían una india sopladora para que soprase las carnes de aquel enfermo, y si era india, traían un soplador para que la soprase.

29. De estos sopladores y sopladoras había hombres y mujeres constituidos por los barrios, como saludadores, que tenían persuadido al pueblo que con aquel soplo aventaban las enfermedades y fortalecían las carnes y daban salud y fuerza a los enfermos. Los cuales (sopladores) eran tan honrados y tan tenidos y reverenciados que los tenían por santos, y les ofrecían, cuando se ofrecía llamarlos, mucha comida y vino y mazorcas, conforme a la calidad de cada uno.

30. Ya creo todo esto está muy olvidado, pero para encarecer la fe que estos naturales tenían en aquel agüero de bañarse indios e indias todos juntos, quiero contar lo que me aconteció en cierto pueblo, donde había esta usanza y mala costumbre, que instando y porfiando en la predicación y fuera de ella, en que los indios se bañasen por sí y ellas por sí, y poniendo rigor en ello y prometiendo castigo, usaron de un disimulo muy donoso y fue que ellas, cuando se bañaban, por no quebrantar su agüero y superstición, metían un niño, o dos consigo, de sus hijuelos, y ellos, una niña, o dos, de sus hijuelas, por disimulo, para que, si los apremiasen, responder que eran sus hijos y que los metían consigo, como en realidad de verdad lo' respondieron, y no era que se acordasen de aquella abusión antigua.

31. Mucho bien se haría, si acaso se topase y sintiese aquesta flaqueza, y torpeza de bañarse los indios con las indias, se estorbese y castigase, porque por ventura no se tornase a introducir algún mal de lo que ya está muy olvidado. Y he hecho desbaratar algunos baños, para atemorizar y lo principal por ser baños ya antiguos, de tiempo antiguo, para satisfacerme y buscar allí el ídolo que dicen que enterraban debajo, y hallarlo en realidad de verdad, el cual era sólo una cara muy fea de monstruo hecho de piedra.

32. Había para calentar estos baños personas diputadas y particulares para ello y éstas tenían y hacían ciertas cerimonias y palabras para calentarlos y para que el baño aprovechase a los que lo tomaban, y así todos los que se bañaban contribuían a éstas con cierta cantidad de mazorcas o cacao o de algunas semillas.

33. Los señores tenían particulares indios señalados, según la autoridad de sus personas, indios e indias que entraban con ellos a lavarlos en estos baños y, por la mayor parte, eran enanos y corcovados o corcovadas los que hacían este oficio de lavar a los señores y señoras y el lavarlos era tomar las hojas en que está envuelta la mazorca y con aquellas hojas azotarles todo el cuerpo, como hoy en día se usa azotarse allí los unos a los otros con aquellas hojas, y no lo temían por tan deshonesto y malo, si el marido entrase con su mujer, pero hay algunas veces tanta confusión y deshonestidad que, demás de andar todos revueltos y desnudos, no podrá dejar de haber grandes males y ofensas de nuestro Señor. Y no trato de que en ello entiendo hay superstición antigua ni agüero, ni cosa de infidelidad, sino trato de los males que de andar revueltos puede haber para aviso de los que los tienen a cargo.

CAPITULO XX

DE LA RELACIÓN DE LOS TIANGUIZ, QUE QUIERE DECIR MERCADOS, Y DE LOS ESCLAVOS QUE ALLÍ SE COMPRABAN PARA REPRESENTAR DIOSOS Y PARA SACRIFICAR

1. Después que hemos tratado de todos los ídolos más principales, a quienes se sacrificaban hombres, y de todos los ritos y ceremonias que se les hacían, aunque breve, por no enfadar, ofrécese tratar y es razón que sepamos qué gente era ésta que moría ofrecida a los dioses, y que sacrificaban y mataban ante ellos. Pero antes que tratemos de ello, es menester saber, primero, cómo había antiguamente dios de los mercados y ferias, el cual dios tenían puesto en un momoztli, que son humilladeros, a manera de picotas, que usaron antiguamente, que después los llamábamos los muchachos "mentideros". Había de éstos por los caminos muchos y por las encrucijadas de las calles y en el tianguiz.

2. En estos mentideros de los tianguiz había fijadas unas piedras redondas labradas, tan grandes como un rodela, y en ellas esculpida una figura redonda, como una figura de un sol, con unas pinturas a manera de rosas, a la redonda, con unos círculos redondos; otros ponían otras figuras, según la contemplación de los sacerdotes y de la autoridad del mercado y pueblo.

3. Los dioses de estos mercados prometían grandes males y malos agüeros y pronósticos a los pueblos comarcanos que no acudían a sus mercados, sobre lo cual había términos señalados de cuántas leguas habían de acudir a los mercados para honor de los dioses de ellos, y también había ley y precepto de acudir, si no fuese por justo impedimento, y no sólo por respeto de los dioses, pero también por causa de que hubiese y se trujese provisión a los pueblos, y con lo que más los asombraban y compelián era con la ira y enojo de los dioses, y así, acudían de todas partes, de dos y de tres y de cuatro leguas y más a los mercados.

4. De donde ha venido a quedar una extraña costumbre de acudir al tianguiz antes que a la misa, y como quedó de uso antiguo el ser los mercados de cinco en cinco días, acaece a caer en domingo y aquel día no hay oír misa en la comarca del pueblo en que se celebra el tal mercado. Lo

cual he deseado ver quitado, y mudada esta antigua costumbre, y que todos los mercados tuviesen sus días señalados, de ocho en ocho días, como en muchas partes y las más se introdujo luego al principio y se ha quedado aquella costumbre que en unas partes son los lunes, todos, y en otras partes, todos los martes, y en otras, todos los miércoles, y así de los demás días. En lo cual acertaron muy mucho los que lo instituyeron así y les quitaron aquella costumbre antigua del macuil tianquiztli, que ellos llamaban, que quiere decir "el mercado de cinco", porque se compone este vocablo de macuilli, que quiere decir "cinco", y de tianquiztli, que quiere decir "mercado". Lo uno porque cuando cae en domingo los más de los que van al mercado no oyen misa y van cargados y, lo otro, porque se quitase y se olvidase cualquier uso antiguo.

5. Son los mercados tan apetitosos y amables a esta nación y de tanta fruición que acude a ellos y acudía en especial a las ferias señaladas gran concurso de gente, como a todos es manifiesto. Paréceme que si a una india tianguera, hecha a cursar los mercados, le dijese: Mira, hoy es tianguiz en tal parte, ¿cuál escogerías más aína, irte desde aquí al cielo, o ir al mercado?, sospecho que diría: Déjeme primero ver el mercado, que luego iré al cielo. Y se holgaría de perder aquel rato de gloria por ir al tianguiz y andarse por él paseando de aquí para allá, sin utilidad ni provecho ninguno, sólo por dar satisfecho a su apetito y golosina de ver el tianguiz.

6. Sobre esta mi opinión quiero contar un cuento que me acabó de confirmar en ella y es que, viviendo yo en un pueblo no muy lejos de México, en aquel pueblo había una vieja de noventa años y más, y fue muchas veces acusada de los que tenían cargo de la doctrina que nunca oía misa, y todas las veces daba por excusa su mucha vejez y que no podía venir, y a la confesión la traían arrastrando: la cual jamás perdía tianguiz de cuantos en la comarca se hacían, y aconteció que un viernes fue dos leguas de su casa a un mercado y, a la vuelta que volvía, venía cargada con unas mazorquillas y, con gran sol, desfallecióle y faltóle la virtud y cayóse muerta en el camino. Los hijos y los nietos, temiendo la muerte repentina trajéronla a la iglesia, así muerta, a donde quitándoles el temor y confesando todos que no perdía tianguiz y que para oír misa no había remedio, se dio por acertado la enterrasen en el tianguiz, para que tanto le sirvió en vida y lo amó en muerte, no se le negase.

7. Y no me negarán que esto no sea vicio, porque superstición ya no es de creer, porque, en fin, son cristianos y conocen a Dios, pero por vicio, como digo, van allí muchos y muchas que no hacen otra cosa sino pasearse y andarse mirando, la boca abierta, de un cabo para otro, con el mayor contento del mundo, dado que vayan muchos a comprar y a vender y a contratar, según su uso y costumbre; el contrato de los cuales era trocar unas cosas por otras, como hoy en día se usa en muchas partes.

8. Los mercados en esta tierra eran todos cerrados de unos paredones y siempre fronteros de los templos de los dioses, o a un lado, y en el pueblo (en) que se celebraba tianguiz aquel día tenían como fiesta principal en aquel pu'eblo o ciudad y así, en el momoztli donde estaba el ídolo del tianguiz ofrecían mazorcas de maíz, ají, tomates, fruta y otras legumbres y semillas y pan; en fin, de todo lo que se vendía en el tianguiz. Unos dicen que se quedaba allí y se p'erdía; otros dicen que no, que se recogía para los sacerdotes y ministros de los templos.

9. Pero, acudiendo a lo que dije que tenían aquel día como día de fiesta, es así verdad, de lo cual me informé muy en particular, sobre lo cual diré lo que me aconteció con un señor de un pueblo, al cual rogándole que acabase cierta obra que estaba empezada en la iglesia, me respondió: -Padre, ¿no sabes que mañana es gran fiesta en este pueblo? ¿Cómo quieres que trabajen? ¡Déjalo para otro día! Y miré el calendario en todo mi juicio, para ver qué santo era, y no hallé fiesta ninguna. Y él, riéndose me dijo: -¿No sabes que es fiesta mañana del tianguiz que hay en este pueblo, y que no queda hombre ni mujer, que no sale a solemnizarlo? De las cuales palabras noté la fiesta y solemnidad que es para ellos el mercado, y mucho más antiguamente, a causa de que entonces había en ellos superstición y agüero e idolatría, y agora no la hay, sino costumbre, o vicio, en los que van allí baldíos.

10. Había también otra ley puesta por la república: que ninguno vendiese cosa de lo que traía al mercado fuera de él; sobre lo cual no solamente había ley y pena, pero también había temor de agüeros y de mal suceso y enojo del dios del mercado, y así no osaban vender fuera de él cosa ninguna. Y esto aun hoy en día les ha quedado la costumbre y helo visto muchas veces, que si un indio lleva al tianguiz dos o tres gallinas que vender, o una carga de fruta, y en el camino topa un español y si las quiere comprar y le da lo que en el tianguiz le había de dar por ello, lo rehusa y no lo quiere vender allí, con ahorrarle una legua o dos de camino, sino que le ruega que vaya al tianguis, que allá se la venderá.

11. A mí me aconteció lo que aquí contaré: Salí una mañana de mi convento para ir a la ciudad de México y, por ser por noviembre, había hecho una helada grande, y a la salida del pueblo, topé un indio desnudo, con una

carga de leña, que la llevaba a vender a un tianguiz, y dióme tanta lástima de verlo ir muerto de frío que, apiadándome de él, le pregunté que cuánto le habían de dar por aquella carga de leña en el mercado. Díjome que un real. Saqué un real y díselo y díjele que se volviese y que se calentase con aquella leña, que yo se la daba. Y con esto fuime, creyendo que se volvería. Desde a más de una hora véolo venir tras de mí con su carga de leña, y riñéndole porque no había hecho lo que le había mandado, me respondió que cuando salió de su casa había su corazón determinado de ir con aquella leña al tianguis; que si quería mi real, que allí lo tenía. Y entonces, menospreciando el real, le reprendí de sus agüeros y supersticiones antiguas y el poco temor de Dios. El cual lo tomó con mucha humildad y me juró que ya no lo hacían por lo antiguo, sino que aquel era su modo, porque él ya creía en Dios y en lo que cree la santa madre Iglesia romana.

12. Dígolo a propósito de la rigurosidad con que éstos guardaban sus estatutos y leyes, que aun hasta hoy, con estar ya en la ley de la gracia, les dura todavía aquel asombro de su vieja ley y temor; aunque también lo hacían antiguamente el poner estos temores y niñerías por cierta penSIón que daban de todo lo que se vendía, como alcabala de aquel mercado, lo cual se repartía para el señor y 'la comunidad todo lo que allí se recogía.

13. Había en esta tierra una ordenanza puesta por los reyes acerca de los mercados, y era que constituían ferias, o mercados, donde se vendían cosas particulares. Por lo cual, algunos mercados eran muy nombrados y seguidos. Lo cual era de esta manera, que mandaban que en la feria de Azcapotzalco se vendiesen esclavos y que todos los de la comarca que tuviesen esclavos que vender acudiesen allí, y no a otra parte, a venderlos. Y lo mismo en la de Izucan. Las cuales dos ferias era donde de vendían esclavos, para ue allí acudiesen a comprarlos los que los habían menester porque ya sabían que, fuera de allí, no los habían de hallar en otra parte. En otras ordenaban se vendiesen joyas, piedras rícas, como era en la de Cholula, y plumas ricas. En otras, vendían ropas y jícaras ricas, como en Tezcucó y losa curiosa y bien obrada a su modo.

14. A la feria de Acolman 'habían dado que vendiesen allí perros y que todos los que los quisiesen vender, acudiesen allí así a venderlos como a comprarlos. Y así todas las mercaderías que allí acudían eran perros chicos y medianos, de toda suerte. Donde acudían de toda la comarca a comprar perros, y hoy en día acuden. Porque hasta hoy hay allí el mesmo trato. Donde fui un día de tianguiz, por solo ser testigo de vista y satisfacerme, y hallé más de cuatrocientos perros, chicos y grandes, liados en cargas, de ellos ya comprados y de ellos que todavía andaban en venta. Y era tanta la caca que había de ellos que me quedé admirado.

15. Viéndome un español baquiano de aquella tierra, me dijo que de qué me espantaba, que nunca tan pocos perros había visto vender como aquel día y qu'e había habido falta de ellos. Pregunté yo a los que los tenían por allí comprados que para qué los querían; me respondieron que para celebrar sus fiestas, casamientos y bautismos. Lo cual me dio notable pena, por saber que antiguamente era particular sacrificio de los dioses los perrillos y, después de sacrificados, los comían, y más me espanté de ver que en cada pueblo había una carnicería de vaca y carnero y que por un real dan más vaca que pueden tener dos perrillos, y que todavía los coman...

16. Y no sé por qué se ha de permitir. Y no soy de tan torpe juicio que no vea que éstos son ya cristianos y bautizados y que creen la fe católica y un Dios verdadero, y en Jesucristo, su único Hijo, y que guardañ la ley de Dios, pero, ¿por qué les hemos de consentir que coman las cosas inmundas que ellos tenían antiguamente por ofrenda de sus dioses y sacrificios? Lo cual,

aunque sea así que ya no comen estas cosas inmundas de perros y zorrillos y topos, comadreas y ratones, por superstición e idolatría, sino por vicio y suciedad, es muy loable reprenderlo los confesores y predicadores, para que acaben ya de vivir en policía humana.

17. Sabido lo dicho, es d:e notar agora de los esclavos que se vendían en aquellas ferias que dije de Azcapotzalco y de Izucan. De los cuales esclavos notaremos algunas cosas dignas de poner en memoria. Cuanto a lo primero, es de saber que, para honra de los dioses, como hemos venido notando, en todas las fiestas mataban hombres y mujeres; los unos de éstos, eran esclavos comprados en los mercados, para el solo efecto de que ellos representasen dioses y, después de haberlos representado y purificados aquellos esclavos, y uno, por un año entero; otros, cuarenta días; otros, nueve; otros siete. Después de haberlos honrado y servido en nombre del dios que representaban, al cabo los sacrificaban, cuyas víctimas eran.

18. Otro género de cautivos, que eran los presos en las guerras, los cuales no servían de otra cosa, sino de holocaustos de aquel indio que había representado al ídolo cuya fiesta celebraban, y así llamaban a éstos "la dulce comida de los dioses". De éstos no tengo que tratar, sino de los esclavos que se vendían en los mercados, por delitos o por las causas que adelante diré, los cuales compraban los mercaderes ricos y principales hombres; unos, para celebrar sus nombres, y otros, para cumplir ordinarios votos.

19. Estos esclavos sacaban los amos a los mercados: unos traían hombres; otros, mujeres, y otros, niños y niñas, para que cada uno hallase lo que tenía (por) necesario. Para que se conociesen eran esclavos, tenían al cuello unas colleras de palo, o de metal, con unas argollas pequeñas, por las cuales tenían metidas unas varas atravesadas atrás, de a braza. La causa por que les echaban estas varas diré en su lugar.

20. En el lugar en que se vendían estos esclavos, que era a un lado del mercado, según la orden de los mercados, los amos los hacían estar bailando y cantando, para que los marchantes, acodiándose a la buena gracia de voz y baile, lo comprasen luego. De suerte que, si tenía alguna

buena gracia, luego hallaba amo. Lo cual no hacían los que tenían mala 'gracia y eran inhábiles para ello. Y así, salían muchas veces a los mercados, sin haber quien hiciese caso de ellos; aunque algunos los compraban para servirsc de ellos, ya que, para que representaran dioses, eran inhábiles.

21. Y querían los cantores y bailadores, porque cuando los vestían con los trajes de los dioses, todo el tiempo que los representaban, andaban bailando y cantando por las calles y casas donde entraban, y en los templos y las azoteas de las casas reales y de sus amos, dándoles todos los placeres y contentos del mundo, de comidas y bebidas y saraos como si fuera el mismo ídolo. Y así querían los marchantes que, demás de ser bailadores y cantores, que fuesen sanos, sin ninguna mácula ni deformidad. No habían de tener ninguna enfermedad contagiosa, como son bubas, lepra, sarna, gota coral, ni mal de corazón, locos o tontos, ni señalados a natura, como era ser turnios, ni el un ojo más grande que el otro, ni delgados demasíadamente, ni desdentados, ni tuertos, ni lagañosos, ni mancos, ni cojos, ni con señal de llagas ni lamparones. Para lo cual, los hacían desnudar y los miraban de pies a cabeza, miembro por miembro.

22. Hacíanles extender las manos y alzar los pies, como a negros, para ver si tenían algún tullimiento, y hallándole sano, le compraban, y si no, no. Porque querían que los esclavos que se purificasen para representar a los dioses -y era cerimonia de sus ritos y ley y precepto- que fuesen sanos y sin mácula, como se lee en las Sagradas Escrituras de los sacrificios de la ley

vieja, que habían de ser sin mácula. Estos esclavos no eran gente extraña, ni forastera, ni habida en guerra, como algunos han opinado, sino naturales de los mismos pueblos.

23. Había muchas maneras de hacer esclavos por la ley de las repúblicas de estos indios. Las cuales quiero poner por su orden, porque había en las repúblicas, leyes y ordenanzas, puestas por los reyes y por sus consejos y ministros; así había gran rigor en las ejecutar. Para la ejecución de las cuales, había prepósitos: unos, supremos, otros menores y otros más bajos, y audiencias, donde se trataban los pleitos, unos para lo criminal y otros para lo civil. De estas audiencias no había apelar de lo civil a lo criminal; ni de lo criminal a lo civil, sino al señor supremo, que el rey tenía en su lugar, en la corte, para deshacer agravios de los que se sentían agraviados. Pero, porque esto no pertenece para este lugar, sino para la historia que de los reyes haré, pasaré a tratar del modo que de hacer esclavos había.

24. Primeramente, el que hurtaba la cantidad de mantas, o de mazorcas, joyas, o gallinas que por la república y leyes de ella estaba determinado y tasado, la pena era venderlo por aquella cantidad, para restituir a su dueño lo hurtado. Y hase de entender que el vender a éstos y hacerlos esclavos era como sentenciarlos a muerte, porque era cosa notoria que, a la segunda venta, había de parar en ser sacrificado, si no se libertaba antes por las leyes que había de poderse libertar. Aunque los ladrones pocas veces se libertaban, ni los que cometían delitos atroces.

25. El segundo modo de volverse los indios esclavos era que el que jugaba todo cuanto tenía a los dados, o a cualquier juego de los que ellos jugaban y después de haber perdido, si jugaba sobre su palabra y pensando desquitarse, y le ganaban y no pagaba dentro del plazo señalado por las leyes, le mandaban vender por la cantidad. Estos se podían libertar dando después el precio en que fue vendido.

26. La tercera manera (era) que, si un padre de familia tenía muchos hijos e hijas, y entre ellos había alguno, o alguna, que fuesen incorregibles, desobedientes, desvergonzados, disolutos y que no le aprovechaban consejos ni amonestaciones, tenían por permisión de la ley, que, con licencia de los jueces y justicias, le pudiese vender en público mercado, para ejemplo y castigo de los malos hijos. Donde, después de una vez vendido, por aquel caso, no lo podían tornar a rescatar.

27. La cuarta causa para hacer esclavos era que, si uno pedía prestadas algunas cosas de precio, como eran mantas, joyas, plumas, y no las volvía al tiempo señalado, podían los acreedores, por ley de la república, venderle por la cantidad. Pero si antes (que) hubiese segunda venta, se podía libertar dando la cantidad, quedaba libre y, si no y pasaba a segunda venta, no había remedio.

28. La quinta manera de hacer esclavos era que el que vendía a su hijo por las causas dichas, hacía un banquete a toda su parentela del precio del hijo. Estaba obligado a avisar a sus criados que no comiesen de aquella comida, porque era el precio de su hijo. Si, con todo eso, alguno, criado, o criados, la comían y eran convencidos de que la comieron, quedaban por esclavos de tal hombre. Porque era la ley que solos el padre y madre y hermanos y parientes cercanos participasen del tal banquete.

29. Si uno mataba a otro y el muerto tenía mujer e hijos, aunque las leyes disponían que por aquel delito muriese, si la mujer del muerto le perdonaba, se lo daban por esclavo, para que la sirviese a ella y a sus hijos.

30. En tiempo de hambre se concertaban el marido y la mujer, para suplir su necesidad y redimir su vejación. Se podían vender el uno al otro, y así, se vendían el marido a la mujer y la mujer al marido, o vendían uno de sus hijos, si tenían de cuatro o cinco para arriba. Estos después podían rescatar, volviendo lo que costaron a los que los compraron.

31. Por otros muchos delitos se volvían esclavos éstos unos a otros y se vendían en públicos mercados, siendo ley y estatuto de la república. Donde, para los que se ponían en defensa para no ser vendidos, habiendo cometido alguno de los delitos dichos y de los demás delincuentes, había una cárcel, a la cual llamaban en dos maneras, o por dos nombres. El uno era cuauhcalli, que quiere decir "jaula o casa de palo", y la segunda manera, era petlacalli, que quiere decir "casa de esteras". Estaba esta casa donde agora está la casa de los convalecientes, en San Hipólito. Era esta cárcel una galera grande, ancha y larga, donde, de una parte y de otra, había unas jaulas de maderos gruesos, con unas planchas gruesas por cobertor, y abrían por arriba una compuerta y metían por allí al preso y tomaban a tapar, y poníanle encima una losa grande; y allí empezaba a padecer mala fortuna, así en la comida como en la bebida, por haber sido esta gente la más cruel de corazón, aun para consigo mismos unos con otros que ha habido en el mundo. Y así los tenían allí encerrados hasta que se veían sus negocios.

32. Dicen algunas personas que éstos tuvieron horca en que ahorcaban a los delincuentes. Yo he preguntado e inquirido todo lo posible, y no hallo más de cuatro géneros de muertes con que éstos castigaban los delitos. El uno era apedrear a los adúlteros y echarlos fuera de la ciudad a los perros y auras; a los fornicarios de fornicación simple con virgen dedicada al templo, o hija de honrados padres, o con parienta, apaleado y quemado, echadas las cenizas al aire. Otra muerte había, que era arrastrar a los delincuentes con una soga por el pescuezo y echados en las lagunas. Y éstos eran los sacrílegos que hurtaban las cosas sagradas de los templos.

33. La cuarta manera era la del sacrificio, donde iban a parar los esclavos; donde unos morían abiertos por medio; otros, degollados; otros, quemados; otros, aspados; otros, asaeteados; otros, despeñados; otros, empalados; otros, desollados con los más crueles e inhumanos sacrificios - inventados por Satanás para vengarse aun 'en este mundo, del género humano- que se pueden imaginar, ni pensar, ni caer en entendimiento humano, por ser los más atroces y endemoniados que en el mundo hombres inventaron para servir y reverenciar a sus dioses imaginarios.

34. Estas sentencias ya estaban dadas en la ley conforme al delito, y así los jueces oían el delito y hacían la información y, convencidos, iba la causa al teniente real y él la manifestaba al mesmo rey, y él mesmo firmaba la ley y decía se cumpliese en aquel delincuente. Lo cual luego se ejecutaba, sin aceptación de personas, aunque fuese en su propio hijo. Sobre lo cual podría traer grandes ejemplos de los señores y reyes de estos indios, a quienes tenemos por bárbaros, que no perdonaron a sus propios hijos, ni quisieron que las leyes se quebrantasen en ellos, pudiendo; ni, por el favor de ser hijos de reyes y grandes fuesen ejemplo de mal a la república y escandalosos, ejecutando en ellos las muertes conforme a sus delitos, y con que ellos entendían quedar libres de la mácula que de tener hijos mal criados y desmesurados se les atribuía a los padres. De lo cual recibían gran afrenta de que nadie les dijese que castigase a su hijo que era desvergonzado y atrevido.

35. Los que podían prender eran unos hombres que estaban señaladós por los barrios que los llamaban de muchos nombres. Digo que en cada ciudad tienen su nombre. En unas partes los llaman tepix que, que quiere decir "guarda de gente". En otras, cal pix que, que quiere decir "guarda de tantas casas". En

otras partes les llamaban calpulequs, que quiere decir "señores o guardas de barrios", y de otros mil maneras que no hacen a nuestro propósito. Basta decir que en México, hoy en día, los llaman a los que tenían aquel cargo "merinos". Los cuales cargos, como antiguamente se heredaban de padres a hijos, hanse venido heredando hasta agora, y a éstos dan las varas de alguaciles por elección el año nuevo, y a otros que las dejan, danles cargo de traer la gente a misa y los niños a la doctrina, con su nombre antiguo de tepix que.

36. Aunque nos hemos divertido, no viene tan fuera de propósito, que no sean cosas las que se han dicho tocantes a los esclavos y dignas de saber. Donde, ahora, después de haber habido el modo de hacerlos esclavos, será cosa gustosa saber el modo cómo se podían libertar. Para lo cual, es de saber, que era ley en esta tierra de la Nueva España que cuando los señores de esclavos los sacaran a vender que los llevasen con aquellas colleras y varas atrás, atravesadas de braza a braza. La causa era porque fuesen conocidos, y también para que, si se quisiesen huir, les fuese estorbo aquella vara entre la gente e impedimento. Porque era la ley que, si el esclavo se podía descabullir de su amo en el tianguiz, después de entrado en él y traspasar los términos del mercado antes que su amo lo alcanzase y luego, en pasando los límites, pusiese el pie encima de una suciedad de persona, quedaba libre. El cual, así sucio, se iba a los purificadores de esclavos y se manifestaba a ellos y les decía: Señores, yo era esclavo, y según vuestras leyes disponen, yo me huí hoy del tianguiz de entre las manos de mi amo y me escapé, como el pájaro de la jaula, y pisé la suciedad que era obligado, y así vengo a vosotros para que me purifiquéis y déis por libre del cautiverio.

37. Aquellos señores le quitaban la argolla y le desnudaban y lavaban de pies a cabeza y, después de lavado, vestíanle ropas nuevas, y presentábanlo al señor y decíanle cómo aquél había sido esclavo y que se había libertado, según la ley, por su industria y liberalidad. El señor lo alababa y daba por bien libre y, haciéndolo honrar y dar insignia de hombre liberal y animoso, y muchas veces se quedaba en palacio para lacayo de la casa.

38. Otro modo había de rescatarse los esclavos y era cuando el amo se enamoraba de la esclava, o la ama del esclavo, en siendo notorio, porque había hijos, o alguna otra noticia, demás de que ellos estaban por el mesmo caso libres; ellos los amos, los tenían por bien y los casaban y honraban y tenían en sus casas y les daban tierras y casas y heredades de que viviesen. Y yo he conocido en esta tierra hijos de señores bastardos, habidos en esclavas, venir a ser después señores y herederos de sus padres, por ser virtuosos y republicanos. De lo cual tuvo esta nación gran cuenta de que el que heredase o fuese hijo, o hermano, porque la mayor parte heredaban los hermanos, al menos había de ser republicano y animoso y bien quisto y amigo de la religión y ejercitado en la guerra.

39. La tercera manera de libertarse era la que tengo dicho, volviendo a su dueño el precio en que fueron vendidos.

40. Resta agora de contar otra manera de volverse los hombres esclavos muy graciosa, y era que, si yendo huyendo el esclavo de su amo, por el tianguiz, el amo tres él, salía alguno de través y le echaba la mano y le estorbaba el camino, por el caso quedaba por esclavo, y el esclavo quedaba por libre. Por temor de lo cual, toda la gente que se hallaba en el mercado, cuando veían venir el esclavo huyendo de su amo, todos le daban lugar, porque era ley y privilegio de los mercados. Y mientras más voces el amo daba que le tuviesen o atajasen, más lugar la gente le hacía. Y así se libertaban muchos y otros, que por estorbarlos se volvían esclavos. Aunque el aviso era ya tantó que no acontecía una vez en un año y así estaban los esclavos tan alerta para,

en descuidándose el amo, huir, y el amo tan sobre el aviso que no había descuidarse un momento.

41. El precio de los esclavos eran mantas que ellos llaman cuachtli, joyas de oro y piedras, plumas de las ricas. Valían unos más que otros según la disposición y gracias de cada uno.

De los segundos, que eran indios cautivos en guerra, no hay más que tratar de lo que atrás queda dicho, porque era cosa muy verdadera y cierta, fuese quien se fuese, que él había de servir de víctima en el sacrificio, si no se huía, porque para solo ser sacrificados a los dioses los traían.



CAPITULO XXI

DE LA RELACIÓN DEL DIOS DE LOS BAILES Y DE LAS ESCUELAS DE DANZA QUE HABLA EN MÉXICO EN LOS TEMPLOS PARA SERVICIO DE LOS DIOSES

1. Muchas veces me he puesto a porfiar con algunos de nuestra nación española que han querido poner a esta nación indiana en tan bajo e ínfimo lugar que no falta sino afirmar que eran irracionales, porque ya por bestiales y brutos han sido tenidos y nombrados y como a tales tratados. Y no solamente los han tenido en esta opinión falsa, pero aun han querido insistir que no tenían policía, sino que vivían como gente bestial, sin ningún género de concierto ni orden, y que en esto se hayan engañado es cosa notoria, y por más bruto y sin capacidad tenían al que de hoy más lo osase imaginar, pues podemos afirmar que, para gente tan apartada y extraña de la conversación de naciones españolas y políticas, no ha habido gente en el mundo, ni nación que con tanto concierto y orden y policía viviese en su infidelidad, como esta nación.

2. Trato de la gente ilustre y granada, porque la baja soez también confieso que había gente serrana y sucia y bestial, como la hay en España tan bruta y más que estos indios, y veo que, por muy bestial que fuese, guardaban su religión y sus leyes, ya que no con la policía que los caballeros e hijosdalgo las guardaban.

3. ¿En qué tierra del mundo hubo tantas ordenanzas de república, ni leyes tan justas ni tan bien ordenadas, como los indios tuvieron en esta tierra, ni dónde fueron los reyes tan temidos, ni tan obedecidos, ni sus leyes y mandatos tan guardados como en esta tierra? ¿Dónde fueron los grandes y los caballeros y señores tan respetados, ni tan temidos, ni tan bien galardonados sus hechos y proezas, como en esta tierra? ¿En qué tierra del mundo ha habido tanto número de caballeros e hijosdalgos, ni tantos soldados valerosos, que con tanta codicia y deseo procurasen señalar sus personas en servicio de su rey y para ensalzar sus nombres en las guerras, por solo interés de que el rey los honrase, como en esta tierra?

4. ¿En qué tierra del mundo ha habido ni hay que con tanta reverencia y acatamiento y temor tratasen (a) los sacerdotes y ministros de sus dioses, y no sólo (de) los medianos, pero de los reyes y príncipes y grandes señores se postraban y humillaban a sus pies y los obedecían y reverenciaban como a ministros de sus falsos dioses, que no faltaba sino adorarlos? Pues, si descendemos a lo que toca a su religión falsa que tenían, ¿qué gente ha habido en el mundo que así guardase su ley y preceptos de ella y sus ritos y cerimonias, como ésta?

5. Cierto, no sé si la habrá habido en el mundo, y que todo lo dicho sea verdad, no quiero más probabilidad de ello de que los que lo tratan son gentes que ignoran los principios en lo que toca a la mucha orden en que éstos vivieron en su antigua ley, como lo saben bien los que los tratan y entienden, que, aun con estar ya todo muy trocado y perdido en lo que tocaba a sus leyes y modo antiguo, ha quedado solamente una sombra de aquel buen orden que pone admiración, qué contado y qué empadronado y qué a punto tengan sus gentes y vecinos de los pueblos, para acudir a cualquier género de cosas y negocios que les sean mandados, teniendo para todas (estas cosas), sus prepósitos y guías y mandoncillos. Unos, para los viejos; otros, para los casados; otros, para los mancebos por casar, con tanta cuenta y orden que, ni aun lo niños recién nacidos, no se les escapan. Ver con qué orden acuden a las obras públicas y con qué cuenta, para que el que fue esta semana no vaya la otra, sino que ande la rueda con tal concierto y orden que ninguno se sienta agraviado.

6. Pues, ¿qué podría yo ahora encarecer de lo que los viejos cuentan sobre la crianza de los hijos? Cierto que me faltarían razones para encarecer el sentimiento que muestran los que algo de aquello gozaron, de ver ahora los mozos de a diez y ocho y de a veinte años tan perdidos y tan desvergonzados, tan borrachos, tan ladrones, cargados de mancebas, matadores, facinerosos, desobedientes, malcriados, atrevidos, glotones, afirmando que en su antigua ley no había tanta disolución ni atrevimiento, como agora ven en los mozos y descomedimiento, ni que ninguno osaba beber vino ni emborracharse, si no fuese ya viejo, para ayuda de su vejez y poco calor. Lo cual también corría por los señores, como por los demás.

7. Y es así que me han afirmado que, si al señor hallaban fuera de su Juicio -fuera de los tiempos en que ellos usaban beber, que era en algunas fiestas señaladas-, dicen le privaban del oficio y aun le mataban, si era en esto demasiado. Lo cual se guardaba con extraño rigor, y la misma ley corría para los amancebados y para los adúlteros, como queda dicho. Y no he traído esto tan fuera de propósito que no venga muy a propósito para tratar de una curiosidad de gente muy cortesana y política, que además de ser curiosidad, era ordenanza de república, no de gente tan bárbara, como nosotros la queremos hacer.

8. Y es, que en todas las ciudades había junto a los templos, unas casas grandes, donde residían maestros que enseñaban a bailar y cantar. A las cuales casas llamaban cuicacalli, que quiere decir "casa de canto". Donde no había otro ejercicio sino enseñar a cantar y a bailar y a tañer a mozos y mozas, y era tan cierto el acudir ellos y ellas a estas escuelas y guardábanlo tan estrechamente que tenían el hacer falla como cosa de crimen lessae maiestatis, pues había penas señaladas para los que no acudían y, además de haber pena, en algunas partes había dios de los bailes, a quien temían ofender si hacían falla.

9. De este dios de los bailes no hallé noticia que le hubiese en la ciudad de México, ni Tezcoco y en el reino de Colhuacan, sino sólo en la provincia de Tlalhuic, que es la provincia que llamamos Marquesado. De allí tuve relación que tenían un dios de los bailes, a quien pedían Jicencia para bailar, antes que empezasen su baile. Y primero componían al ídolo a la manera que ellos sacaban el disfraz y dábanle rosas a las manos y al cuello, con algunas plumas que le ponían a las espaldas, como los indios acostumbran llevar en los bailes. El cual ídolo fingían algunas veces estar enojado y que no quería que bailasen, al cual, para aplacarle, le componían nuevos cantares de su alabanza y grandeza y de su honor, haciéndole algunos sacrificios y ofrendas.

10. Era este ídolo de piedra y tenía los brazos abiertos, como hombre que baila, y tenía unos agujeros en las manos, donde le ponían las rosas, o plumas. Teníanlo en un aposento frontero del patio donde era el ordinario baile, y dicen que en algunas festividades le sacaban al patio, y le ponían junto al atambor que ellos llaman teponaztli.

11. Honraban en México y en Tezcoco y en muchas partes de la tierra, como a dios y le hacían ofrendas y cerimonias, como a cosa divina, y no me maravillo, que a este instrumento se le hiciesen, pues se hacía a las cortezas de los árboles resinosos, a causa de que hacían buena brasa, porque fue tanta la ceguedad antigua que hasta en los animalejos pequeños y grandes, y en los peces y renacuajos hallaron qué adorar y reverenciar.

12. Tornando a nuestro propósito de los que se venían a enseñar a bailar, que eran mozos y mozas, muchas de a catorce, de a doce años, poco más o menos, es de saber que, para juntarse, no se venían ellos, como acá nuestros españoles que se van y se vienen, cuando se les antoja, a las escuelas de

danzar. Empero, había para estos naturales un orden muy de notar y era que, para recoger y traer estos mozos a enseñarse, había hombres ancianos, diputados y electos para solo aquel oficio, en todos los barrios, a los cuales (ancianos) llamaban tean que, que quiere decir "hombres que andan a traer mozos". Para recoger las mozas había indias viejas, señaladas por todos los barrios, a las cuales llamaban cihu.atepixque, que quiere decir "guarda mujeres", o amas.

13. Después de recogidos los mozos de cada barrio, echábanlos los viejos por delante y venían con ellos a la casa del canto. Lo mesmo hacían aquellas amas viejas, que cada una venía con sus mozas por delante. Estos viejos y viejas tenían grandísima cuenta de volver los mozos a los colegios y recogimientos donde servían y deprendían crianza, o a casa de sus padres, y ellas, a las mozas, muy guardadas y miradas, teniendo gran cuenta en que entre ellos no hubiese ninguna deshonestidad, ni burla, ni señal de ella, porque si en alguno o en alguna la sentían, los castigaban ásperamente.

14. En la ciudad de México y de Tezcoco y de Tacuba, de quien es nuestro particular intento tratar, que son los reinos donde había toda la curiosidad y pulideza del mundo, había casas de danza muy bien edificadas y galanas, con muchos aposentos grandes y espaciosos, alrededor de un hermoso patio grande para el ordinario baile. El lugar donde estaba esta casa en México era donde agora son los Portales de los Mercaderes, junto a la cerca grande de los templos, donde todos estaban metidos. Que, como creo dejo dicho, diez o doce templos principales que 'había en México, hermosísimos y grandes, todos estaban dentro de un gran cerco almenado, que no parecía sino cerca de ciudad, donde, a una esquina de esta cerca, estaba esta casa de canto y danza.

15. El orden que había para acudir a ella era que, una hora antes que el sol se pusiese, salían los viejos por un cabo y las viejas por otro y recogían los mozos y mozas, como he dicho, y venían con ellos a aquella casa, y aposentando a los mancebos en salas por sí, y a ellas en otras apartadas, después de todos ya juntos, salían los maestros de las escuelas de danzar y cantar y ponían sus instrumentos para tañer en medio de aquel patio, y salían los mozos y tomaban a todas aquellas mozas de las manos, llegando ellos a las de sus barrios y conocidas, con el orden que en la pintura consideramos.

16. Tomando a los maestros que tenían en medio, empezaban su baile y canto, donde el que no acertaba a hacer los contrapasos a son y compás, lo enseñaban con mucho cuidado. Los cuales bailaban hasta buen rato de la noche, donde, después de haber cantado y bailado, con mucho contento y regocijo, se apartaban, ellos, a sus lugares, y ellas, a los suyos, y tomando las amas, las llevaban a sus casas, haciendo lo mesmo los viejos con los mancebos, dejándolos en sus casas y entregando a ellas a sus padres y madres, como dicho es, sin lesión, ni mal ejemplo ninguno.

17. Empero, queriéndome satisfacer si por ventura, andando así trabados de las manos y en aquella ocasión, si había entre ellos algunos males, o conciertos de mal, a esto responden que es verdad que había conciertos entre ellos y era que, aficionándose alguno a alguna de aquellas mozas, agora fuera de las de su barrio, agora de otro, trayéndola así de la mano en aquel areito, allí le prometía que, llegado el tiempo de poderse casar, que se casaría con ella.

18. Y digo llegado el tiempo de casarse, porque tenían tiempo señalado en que los mancebos se podían casar y les mandaban se casasen los que tenían cargo de los casamientos, que eran unos viejos casamenteros que no tenían otro oficio sino casar y pedir las mozas a sus padres para los mozos que se querían casar, y hoy en día los hay, a los cuales llamaban y llaman tecihuatlan que, que quiere decir "pedidores de mujeres", que hablando a nuestro modo, son

propiamente terceros o procuradores de casamientos. Estos tenían cargo de que, llegando el mozo a veinte o a veintiún años, luego se casase, si no era que, queriendo ser religioso, o prometiese castidad, como había algunos que la prometían y guardaban, aunque pocos.

19. Así éstos, el concierto que hacían allí era de casarse a su tiempo y así todas las veces que venían a aquel lugar miraba por ella y procuraba traerla siempre de la mano y no a otra, teniendo ella el mesmo respeto, y así se pasaban y sufrían hasta su tiempo, que era hasta tener edad, o hasta haber hecho algún hecho señalado, porque antes ya hemos dicho la tigorosa pena que les daba a los que cometían alguna deshonestidad. Y así andaban las cabezas bajas todos los mozos y todos los que servían en el templo, que no osaban alzar la cabeza a mirar las mujeres, especialmente los sacerdotes que ya no tenían esperanza d'e casarse, teniendo pena de muerte el que se descuidaba. Y así lo notamos atrás en el capítulo que tratamos de los mozos y mozas que servían en los templos de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, del cuidado grande que se tenía de que los mancebos se criasen honestísimos y temerosos, muy bien criados y muy ejercitados en todos los ejercicios de virtud.

20. Para lo cual tenían casas diferentes: unas, de muchachos de a ocho y a nueve años, y otras, de mancebos ya de diez y ocho y veinte años, a donde, los unos y los otros, tenían ayos, maestros y prelados que les enseñaban y ejercitaban en todo género de artes: militares, eclesiásticas y mecánicas, y de astrología por el conocimiento de las estrellas. De todo lo cual tenían grandes y hermosos libros de pinturas y caracteres de todas estas artes, por donde los enseñaban.

21. Tenían también los libros de su ley y de doctrina, a su modo, por donde los enseñaban, de donde hasta que doctos y hábiles no los dejasen salir, sino ya hombres, conociéndoles ya la inclinación, los casaban y encaminaban en lo que habían de hacer. A los cuales, cuando de allí salían, encargaban permaneciesen en lo que allí habían aprendido casta y religiosamente, contentándose con la mujer que les había cabido en suerte, para que los dioses les hiciesen bien y merced.

22. Mas empero, porque esta era una gente flaca y muy poco constante, y mal inclinada y que cualquiera cosa de bien siempre es forzado, y por temor a lo hacer y cumplir, había algunos que guiados p:or su mala inclinación, acabados los bailes, dejando durmiendo a los demás, salía con mucha cautela e ibase a la casa de la que se había aficionado, y como el cuidado de los maestros y ayos que tenían era grande, y él se descuidaba de no acudir, antes que lo echasen de menos, en siendo sentido, lo espiaban y, sabiendo de dónde venía, habiéndole convencido de su ruindad, luego le daban la pena señalada, que era que a palos y a pedradas y a rempujones lo echaban de la casa y ayuntamiento de los buenos, diciéndole que inficionaba las casas y moradas de los dioses con su mal vivir, y medio muertos los echaban a la puerta de su padre y madre y reprendíanlos de hombres descuidados y flojos en criar y castigar a sus hijos y que debían ser gente de mal vivir, pues sus hijos salían tan malos, lo cual tenían por gran afrenta tanto y más que la muerte.

23. De esta manera los echaban del consorcio de los demás, como a hombres apóstatas e incorregibles. Lo cual hacían por la primera, pero no les aguardaban segunda, llamándoles hombres sacrílegos y descomulgados. Algunos de los cuales maltrataban tanto que venían a morir del mal tratamiento, porque quedaban molidos a palos y coces y pedradas, sin ninguna piedad. Y (a) los que vivían les era perpetua afrenta, como a los que entre nosotros dan cien azotes, o le echan un sambenito, llamándoles violadores y quebrantadores de los estatutos y ordenanzas de los dioses y de los colegios. Y aunque a los padres les pesaba del mal tratamiento de sus hijos, por ser gente que los aman

entrañablemente, no por eso osaban hablar palabra sino conceder que aquel castigo era justo y bueno.

24. Preciábanse mucho los mozos de saber bien bailar y cantar y de ser guías de los demás en los bailes. Preciábanse de llevar los pies a son y de acudir a su tiempo con el cuerpo a los meneos que ellos usan, y con la voz a su tiempo. Porque el baile de éstos no solamente se rige por el son, empero también por los altos y bajos, que el canto hace cantando y bailando juntamente. Para los cuales cantares había entre ellos poetas que los componían, dando a cada canto y baile diferente sonada, como nosotros lo usamos con nuestros cantos, dando al soneto y a la octava rima y al terceto sus diferentes sonadas para cantarlos, y así de los demás.

25. Así tenían éstos diferencias en sus cantos y bailes, pues cantaban unos muy reposados y graves, los cuales bailaban y cantaban los señores y en las solemnidades grandes, y de mucha autoridad, cantándolos con mucha mesura y sosiego. Otros había de menos gravedad y más agudos, que eran bailes y cantos de placer, que 'ellos llamaban "bailes de mance bos", en los cuales cantaban algunos cantares de amores y de requiebros, como hoy en día se cantan, cuando se regocijan.

26. También había otro baile, tan agudillo y deshonesto, que casi tira al baile de esta zarabanda que nuestros naturales usan, con tantos meneos y visajes y deshonestas monerías, que fácilmente se verá ser baile de mujeres deshonestas y de hombres livianos. Llamábanle cuecuechcuicatl, que quiere decir "baile cosquilloso o de comezón". En algunos pueblos le he visto bailar, lo cual permiten los religiosos por recrearse. Ello no es muy acertado, por ser tan deshonesto. En el cual se introducen indios vestidos como mujeres.

27. Otras muchas maneras de bailes y regocijos tenían estos indios para las solemnidades de sus dioses, componiendo a cada ídolo sus diferentes cantares, según sus excelencias y grandezas. Y así, muchos días antes que las fiestas viniesen, había grandes ensayos de cantos y bailes para aquel día, y así, con los cantos nuevos, sacaban diferentes trajes y atavíos de mantas y plumas y cabelleras y máscaras, rigiéndose por los cantos que componían y por lo que en ellos trataban, conformándolos con la solemnidad y fiesta, vistiéndose unas veces como águilas, otras como tigres, y leones, otras, como soldados, otras como guastecos, otras como cazadores, otras veces como salvajes y como monos y perros y otros mil disfraces.

28. El baile de que ellos más gustaban era el que con aderezos de rosas se hacía, con las cuales se coronaban y cercaban. Para el cual baile en el momoztli principal del templo de su gran dios Huitzilopochtli hacían una casa de rosas y hacían unos árboles a mano, muy llenos de flores olorosas, a donde hacían sentar a la diosa Xochiquetzal. Mientras bailaban, descendían unos muchachos, vestidos todos como pájaros, y otros, como mariposas, muy bien aderezados de plumas ricas, verdes y azules y coloradas y amarillas. Subíanse por estos árboles y andaban de rama en rama chupando el rocío de aquellas rosas.

29. Luego salían los dioses, vestido cada uno con sus aderezos, como en los altares estaban, vistiendo indios a la misma manera y, con sus cerbatanas en las manos, andaban a tirar a los pajaritos fingidos que andaban por los árboles. De donde salía la diosa de las rosas, que era Xochiquetzal, a recibirlos, y los tomaba de las manos y los hacía sentar junto a sí, haciéndoles mucha honra y acatamiento, como a tales dioses merecían. Allí les daba rosas y humazos y hacía venir sus representantes y hacía dar solaz. Este era el más solemne baile que esta nación tenía, y así agora pocas veces veo bailar otro si no es por maravilla.

30. Otro baile había de viejos, que con máscaras de viejos corcovados se bailaba, que no es poco gracioso y donoso y de mucha risa, a su modo. Había un baile y canto de truhanes, en el cual introducían un bobo, que fingía entender al revés lo que su amo le mandaba, trastrocándole las palabras. Juntaban con este baile un traer un palo rollizo con los pies, con tanta destreza, que ponía admiración las pruebas y vueltas que con él hacían. De lo cual resultó que algunas personas entendieron traerlo por arte del demonio, y si bien lo consideramos, no es sino que el juego de manos que en España se usa le podemos llamar acá juego de pies.

31. Porque yo soy testigo de vista, que siendo yo muchacho, conocí en el barrio de San Pablo escuela de este juego, donde había un indio diestrísimo en aquel arte, donde se enseñaban muchos indezuelos de muchas provincias a traer aquel palo con los pies. Y así sé afirmar que aquel baile y gentileza era más gentileza de pies, que no arte del demonio. Y los indios, después que lo entendieron en algunas partes haberse escandalizado, lo han dejado caer y no lo osan jugar, con otros muchos bailes que tenían, graciosos y delicados, con que se regocijaban y festejaban a sus dioses.

32. También usaban bailar alrededor de un volador alto, vistiéndose como pájaros y, otras veces, como monas. Volaban de lo alto de él, dejándose venir por unas cuerdas que en la punta de este palo estaban arrolladas, desliándose poco a poco por un bastidor que tiene arriba, quedándose algunos sentados en el bastidor, y otros, en la punta, sentados en un mortero grande de palo que anda a la redonda, donde están las cuatro sogas asidas al bastidor, el cual anda a la redonda, mientras los cuatro vienen bajando, haciendo allí sentados pruebas de mucha osadía y sutileza, sin desvanecerseles la cabeza y muchas veces tocando una trompeta.

33. Otras veces hacían éstos unos bailes en los cuales se embijaban de negro; otras veces, de blanco; otras, de verde, emplumándose la cabeza y los pies, llevando entre medias algunas mujeres, fingiéndose ellos y ellas borrachos, llevando en las manos cantaritos y tazas, como que iban bebiendo. Todo fingido, para dar placer y solaz a las ciudades, regocijándolas con mil géneros de juegos que los de los recogimientos inventaban de danzas y farsas y entremeses y cantares de mucho contento.

34. Todo lo que hemos contado ha sido de los mozos, cómo deprendían mil géneros de bailes y regocijos. Agora digamos el ordinario baile que los caballeros y soldados hacían cada día en esta misma casa y escuela de danza, de día, donde iban por su pasatiempo a bailar, haciéndose de concierto, apostando entre sí unos con otros de hallar en aquel baile quien se aficionase a ellos. Porque aquel patio se henchía de rameras, que las había, muchas y muy desvergonzadas.

35. Estos caballeros, que ellos llamaban tequihuaque, se iban allí y, aderezados lo mejor que podían, bailaban con mucho concierto. A los cuales, como a hombres valerosos y estimados, les permitían tener mancebas y burlas con mujeres y requebrarse públicamente; lo cual les permitían como por premio de su valor. Estos, en viendo que alguna de aquellas cantoneras los miraba en particular, con alguna curiosidad, la llamaban y, tomándola de la mano, bailaban con ella en aquella danza y así acontecía andar toda la tarde con aquella mujer que allí sacaba bailando de la mano, poniéndole color en los labios, y en los carrillos, y plumas en la cabeza y joyas al cuello, cada uno festejando lo mejor que podía a aquella mujer que allí se le aficionaba. Duraba este placer hasta que era hora de que los mozos y mozas viniesen.

36. Muy ordinario era el bailar en los templos, pero era en las solemnidades, y mucho más ordinario era en las casas reales y de los señores, pues todos ellos tenían sus cantores que les componían cantares de las

grandezas de sus antepasados y suyas. Especialmente a Motecuhzoma, que es el señor de quien más noticia se tiene y de Nezahualpiltzintll de Tezcoco, les tenían compuestos en sus reinos cantares de sus grandezas y de sus victorias y vencimientos, y linajes, y de sus extrañas riquezas. Los cuales cantares he oído yo muchas veces cantar en bailes públicos, que aunque era conmemoración de sus señores, me dio mucho contento de oír tantas alabanzas y grandezas.

37. Había otros cantores que componían cantares divinos de las grandezas y alabanzas de los dioses, y éstos estaban en los templos; los cuales, así los unos como los otros, tenían sus salarios, y a los cuales llamaban cuicapticque, que quiere decir "componedores de cantos".

38. Para que noten los que quieren abatir el modo de estos indios si tenían en todo el concierto posible, pues no discrepa de lo que se dice del rey nuestro señor (que) tiene su capilla, y el arzobispo de Toledo, otra, y el otro señor, otra lo mesmo. Sabemos de esta tierra, y hoy en día los tienen los señores de los pueblos, a su modo antiguo, y no lo tengo por inconveniente, pues ya no se hace sino a buena fin, y para no decaer de la autoridad de sus personas, pues también son hijos de reyes y grandes señores, a su modo, como cuantos han sido.

39. Todos los cantares de éstos son. compuestos por unas metáforas tan oscuras que apenas hay quien las entienda, si muy de propósito no se estudian y platican para entender el sentido de ellas. Yo me he puesto de propósito a escuchar con mucha atención lo que cantan y entre las palabras y términos de la metáfora, y paréceme disparate y, después, platicado y conferido, son admirables sentencias, así en lo divino que agora componen, como en los cantares humanos que componen. Ya en esto, entiendo, no hay qué reprender en general; digo, en particular creo podrá haber algún descuido, que se huelgue de estar lamentando sus dioses antiguos y de cantar aquellos cantares idólatras y malos, y no es posible menos.

40. Los cuales eran tan tristes que sólo el son y baile pone tristeza. El cual he visto bailar algunas veces con cantares a lo divino, y es tan triste que me da pesadumbre oírlo y tristeza. Y con esto daré fin a lo que toca a los bailes y danzas de éstos, pues hemos dicho todo lo más esencial que hay que notar de la materia de los bailes. Otras coşillas habría, que son de poca importancia y momento, que, si sintiera había que advertir en ellas, las pusiera para que se tuviera aviso y noticia, pero ya está todo llano, loado sea nuestro Señor.

CAPITULO XXII

DE LOS JUEGOS QUE ESTOS INDIOS TENIAN PARA ENTRETENERSE Y DESENFADARSE LOS DIAS DE FIESTA, PERO TAMBIÉN PARA JUGARSE A SI MISMOS Y QUEDAR ESCLAVOS PERPETUOS

1. En todas las naciones hubo y hay juegos y tahures que los inventasen y jugasen, no sólo para perder sus haciendas y dineros, pero algunos pierden las vidas y, lo que peor es, que juntamente las almas -lo cual es mucho de doler-. De los cuales juegos no careció la nación mexicana, pues tenían juegos y manera de perder sus haciendas, y a sí mismos, después de perdidas, se jugaban y se volvían esclavos perpetuos, de los cuales ganaban y perdían juntamente las vidas, pues era notorio que, vuelto esclavo, venía a parar en ser sacrificado a los dioses.

2. Había en aquel tiempo tantos y tan codiciosos tahures y era tanta la codicia que había entre ellos de ganar, que los que eran dados a este vicio, tenían por dios particular suyo a los instrumentos del juego, cualquiera que fuese, porque, si era juego de dados, a esos tenían por dios, y a las rayas y efigies que en la estera estaban señaladas -como en la muestra vimos- a quien con particulares ofrendas y con particulares cerimonjas honraban y reverenciaban, no solamente a este juego, empero a todos los demás que usaban jugar con interés de perder o ganar.

3. Los cuales juegos eran muchos y diversos, con diferentes instrumentos y maneras. Jugaban el juego del alquerque, o de las damas, imitando el juego que nosotros jugamos del adxedris, prendiéndose las chinas el uno al otro, las cuales piedras servían de piedras, las unas blancas, las otras negras.

4. Había otro juego, que era que hacían encima de un encalado unos hoyos pequeñitos, a manera de fortuna, y el uno tomaba diez piedras y el otro otras diez, y el uno ponía sus piedras por la una accra, y el otro por la otra, en contrarias partes, y con unas cañuelas hendidas por medio daban en el suelo y saltaban en alto, y tantas cuantas cañuelas caían, lo hueco hacia arriba, tantas casas adelantaban sus piedras, y así seguía el uno al otro, y todas cuantas chinas le alcanzaban, se las iba quitando, hasta dejarle sin ninguna. Y acontecía haberle quitado cinco y seis y, con las cuatro que le quedaban, decirle también las cañuelas que revolvía sobre el otro, y ganarle el juego.

5. Había este juego de la estera, que era el más recio que se jugaba, casi como entre nosotros la primera o las presas, que son juegos para de presto, como dicen. A este juego podían jugar muchos juntos y de compañía, como querían, y así era el juego más usado que había. Del cual principalmente pienso tratar y declararlo, pues nuestro principal intento es en este capítulo tratar de él y del modo que de jugarle tenían.

6. Para lo cual es de saber que al juego que sobre esta estera jugaban llamaban patolli, que es el mesmo vocablo que agora llamamos "naipes". Sobre esta estera tenían pintada una aspa grande, que tomaba el petate de esquina a esquina; dentro del hueco de esta aspa había atravesadas unas rayas que servían de casas; la cual aspa y casas estaban señaladas y rayadas con hule derretido, el cual hule queda declarado lo que era. Para estas casas había doce piedras pequeñas, las seis coloradas y las seis azules; las cuales pedrezuelas partían entre los que jugaban, a cada cual tantas: si jugaban dos, que era lo ordinario, tomaba (el uno) las seis y el otro, las otras seis, y, aunque jugasen muchos, siempre jugaba uno por todos, ateniéndose a la suerte de aquél, como entre los españoles se juegan los albures, ateniéndose a la mejor suerte, así se atenían acá al que mejor meneaba los dados.

7. Los cuales eran unos frijoles, negros, cinco o diez, como querían perder o ganar; los cuales tenían unos agujerillos blancos en cada frijol, por donde pintaban el número de las casas que se aventajaban en cada mano. Donde, si pintaban cinco eran diez, y diez, veinte, y si uno, uno, y si dos, dos, y si tres, tres, y si cuatro, cuatro; pero pintando cinco, eran diez, y si diez, veinte. Y así aquellas pintillas blancas eran suertes y cuenta de las rayas que se ganaban y para mudar las piedras de unas casas en otras. Al cual juego, cuando se jugaba, acudían tantos miradores y tahures que estaban unos sobre otros sobre la estera: unos para jugar, otros para apostar, que era cosa extraña.

8. Cuando las rayas de esta estera -si el juego se inventaba de presto- no había hule para hacerlas, había particulares yerbas para hacer las rayas de aquella fortuna, como eran hojas de calabaza, o la mesma calabacilla pequeñita, o una yerba que ellos llaman chichicpatli, que quiere decir "medicina amarga", o con tizne de ocote. En lo cual mezclaban superstición, por causa de que había de ser con 'esta yerba y con ésta y no con otra, siempre teniendo objeto a idolatría.

9. Andaban los tahures de este juego siempre con la estera debajo del sobaco y con los dados atados a un pañito, como algunos tahures de este tiempo, que siempre andan apercebidos con los naipes en las calzas, de tablaje en tablaje. Aquellos dados juntamente con las pedrezuelas del juego, traían en una vaserita pequeña.

10. A los cuales hacían reverencia, como a dioses, fingiendo en ellos haber alguna virtud, y así les hablaban, cuando jugaban, como a cosa que tuviese algún sentido o inteligencia de lo que le pedían. Y no me espanto, ni me maravillo que les hablasen, pues era gente de no tan agudo juicio, como lo son los de nuestra nación (que) les hablasen y pidiesen les fuesen favorables y ayudasen en aquel juego, pues hay cristianos de nuestra nación que presumen de muy delicados juicios, que, puestas las manos, piden al naipe buen punto y buena suerte y, si no le entró, después de haber adorado los naipes, si así se puede decir, con las manos puestas, decir mil blasfemias contra Dios y sus santos.

11. Así estos naturales, hablaban a los frijolitos y al petate y decían mil palabras de amor y mil requiebros y mil supersticiones, y después de haberles hablado, ponían la petaquilla en el lugar de adoración, con los instrumentos del juego y la estera pintada junto a ellos y traían lumbre y echaban en la lumbre incienso y ofrecían su sacrificio ante aquellos instrumentos, ofreciendo comida delante de ellos. Acabada la ofrenda y cerimonias, iban a jugar con toda la confianza del mundo.

12. Aquí me pareció no pasar sin contar una cosa tocante a esta superstición, la cual hallé en cierto pueblo, después de muchos años que era ministro de estos naturales, y fue que en aquel pueblo había un indio, grandísimo jugador de bolos, y era tanto su vicio en aquel juego, que no solamente las fiestas, pero también los días de trabajo el rato que le vagaba, luego sacaba sus bolos y buscaba con quién jugar. Venida ocasión de examinarle en algunas cosas de la fe, supe de él cómo su oficio era jugar a los bolos, y preguntándole si le iba bien con aquel juego, dijo que sí, y que por maravilla perdía. Preguntándole qué hacía con aquellos bolos que tan favorables le eran, tanto le persuadí e importuné, que me dijo que, antes que saliese a jugar, ponía los bolos junto a la imagen en el altarcito de su casa y que se hincaba de rodillas y, puestas las manos, les pedía, al modo antiguo, favor en el juego y les ofrecía incienso y comida, etc.

13. A los que eran tahures y dados a este vicio de jugar y lo tenían por uso y costumbre y por fin, teníanlos por gente infame y de mal vivir; por

gente haragana y fullera y viciosa, enemiga del trabajo. Huía de su conversación la gente que presumía de honra y así los padres aconsejaban a sus hijos que se apartasen y huyesen de ellos y de su conversación, como de perjudicial compañía, temiendo no los aficionasen y enseñasen a jugar, sabiendo que nunca aquellos paraban en bien y que eran un vicio, que el que empezaba a gustar de él, por maravilla lo podían apartar de él.

14. Estos jugadores siempre andaban alcanzadísimos, necesitados, jugaban las joyas, las piedras, los esclavos, las mantas, los bragueros, las casas, los aderezos de sus mujeres, las tierras, las sementeras, las trojes llenas de grano, los magueyales, los árboles y frutales y, cuando ya no tenían qué jugar, jugábanse a sí mismos, en tanto precio, con condición de que si, dentro de tanto tiempo no se pudiese rescatar, que quedase por esclavo perpetuo del que le ganaba. Algunas veces acontecía desquitarse de algunos, aunque es un quízá y tarde acontece, una vez en la vida, y así dicen que "no me pesa de que juego, sino de que se quisiese desquitar".

15. Este era otro género de esclavos, demás de los que hemos dicho, que servían para sacrificar a los dioses, los cuales se vendían en el mercado -a la manera que queda dicho en aquel lugar-, y podían venderlos los que los ganaban y ponerles aquellas colleras y señales de esclavos, con toda libertad, sin contradicción alguna.

16. El nombre del dios de los dados era Macuil Xochitl, que quiere decir "cinco rosas". A éste invocaban los jugadores cuando arrojaban los frisoles de la mano, lo cual era a la manera que diré. Que los frisollillos que sirven como de dados son cinco, a honra de aquel dios que tiene nombre de "cinco rosas", y, para echar la suerte, tráenlos primero un rato refregándolos entre las manos, y al lanzarlos sobre la estera, donde está la figura de la fortuna y cuenta suya, que es a manera de dos bastos, llamaban en alta voz: ¡Macuil Xochitl, y daban una gran palmada y luego acudían a ver los puntos que le habían entrado.

17. Y este Macuil Xochitl era solamente para este juego de los dados. Había, empero, otro dios, que era general para todos los juegos, el cual es el que ves presente. Y tenía por nombre Orne Tochtli, que quiere decir "dos conejos". Y así, para el juego dicho, como para los demás, todas las veces que querían que les entrase el dos hacían la misma invocación al soltar las arenillas, dando aquella palmada: ¡Orne Tochtli!, que quiere decir "dos conejos".

18. También es necesario que (sepamos) que al vino que beben tuvieron éstos por dios antiguamente y llarnábanle Orne Tochtli, y todos los taberneros y taberneras le celebraban sus ritos y cerimonias y ofrendas con toda la solemnidad y devoción posibles, según su uso y bajeza. Y no viene tan fuera de propósito traerlo aquí, pues era el ídolo mesmo que el de los jugadores.

19. Y cuando jugaban, ponían un cantarillo de su vino junto al juego y como siempre tenían presentes a los demás dioses cuando les sacrificaban y festejaban, así tenían allí presente al pulque como a dios, a quien los taberneros, al tiempo que echaban la raíz y la miel (y) empezaba a her vir, echaban incienso en los braserillos y ofrecíanle comida y de todas las demás ofrendas y cerimonias que a los demás (dioses)..

20. Y deseando yo saber por qué causa llamaban al dios del vino Orne Tochth, lo pregunté a un viejo, entendiendo me diera la razón, y cuando vio que mucho le ahincaba, me respondió que por qué llamábamos nosotros al vino nuestro "brmdar" y yo, como vi que lo ponía en cuestión, holgué de dejarlo, para no alumbrarle de qué quería decir brindar, pues le había de declarar el juego del que más bebe. Basta lo que ellos beben, sin que (sepan que) entre

nosotros se usa tan mal juego, porque él es uso de flamencos y no de españoles, ni de hombres de honra. Por lo cual entendí del indio que Orne Tochtli quiere decir el dios Baco, tan celebrado hoy en día entre ellos, harto más que antiguamente lo celebraban.

21. Porque entonces, ya que lo adoraban y reverenciaban como a dios, no todos los bebían ni hacían tantas borracheras, ni males como este maldito vino les acarrea y causa en esta era de agora, donde chicos y grandes van por un rasero, que parece que el demonio se ha incorporado en él, de tal suerte que, en empezando a darse a este vicio, la vida le quitaran y el pulque no. Lo cual se experimenta en algunos hombres perdidos de nuestra nación, que se dan a él, tan perdidos y aficionados a él, como los indios y más. Vicio maldito y endemoniado!

22. Pero, dejando el tratar de los borrachos, volveré a los jugadores. Los cuales invocaban a este dios cuando jugaban, diciendo: "El dios Orne Tochtli me dé buen punto!" Y, como es tan malo el maldito demonio, debía de acudir a socorrer el punto, para ser más servido y estimado. Acuérdomme que antiguamente andaban las justicias seculares a destruir estos juegos y a prender y castigar a los jugadores, poniéndoles graves penas, rompiéndoles las esteras en que tenían pintadas aquellas fortunas. La causa de aqueste rigor era por destruir las supersticiones y malas venturas que con este juego mezclaban, y también por extirpar un vicio tan goloso, que por estar jugando todo el día, dejaban de sembrar y cultivar y entender en sus haciendas y granjerías, por lo cual algunos morían de hambre y andaban pobres y desnudos ellos y sus hijos. Y fue tanto el rigor que en destruirlos (se) puso que les quemaban los frisolillos que servían de dados, en las manos, porque, demás de padecer ellos y sus mujeres e hijos, huían de los servicios personales y obras de común, por estarse jugando sentados todo el día.

23. Fue nuestro Señor servido que aquel rigor y miedo que se les puso fue de tanta eficacia que se extirpó y aniquiló de tal manera, que no hay ya memoria de él; por lo cual se quitaron juntamente muchas idolatrías y males. Si fuese nuestro Señor servido que, pues se le destruyó el nombre al dios Orne Tochtli por el juego, por cuya causa era invocado que se le acabase de destruir su memoria, por destrucción de la borrachera, a cuya causa tienen tan viva su memoria. Pero digo que ya no hay justicia que con rigor lo quiera prohibir y por el interés que de los pulqueros se les sigue, de quince en quince días, cuando los van a penar, no considerando que hasta que esta pobre gente se aparte de este vicio abominable no pueden tener verdadera fe, ni verdadero conocimiento de Dios, anden y anden los ministros, prediquen y escriban, que yo digo que mientras este vicio estuviere en pie y fuere favorecido y no destruido, que es dar voces en el desierto.

24. Experiencia tienen de ellos los religiosos que las indias e indios, apartados de este vicio, los vemos más allegados a Dios y con más conocimiento de las cosas de nuestra fe y de los misterios de nuestra redención, y, diga quien dijere lo que quisiere, que el que es dado al pulque y no se enmienda, yo dudo de su fe y por torpedad grande (tengo) admitirle a ningún sacramento, hasta que se enmiende, y no solamente a la comunión de tan alto sacramento, contra quien se comete tan intolerable irreverencia, pues se comunica al que con sus propias manos y voluntad se priva de una cosa tan preciosa, como es el sentido natural, lo cual no hicieran las bestias, si les fuera comunicado, volviéndose como las mismas bestias y peor, lo cual es muy diferente del que tiene lúcidos intervalos, pues el uno es privado por enfermedad, y el otro, voluntariamente del juicio que Dios le dio.

25. Y así entiendo que no solamente de la comunión debe ser privado todo el tiempo que permanece en este vicio, pero siendo amonestado dos y tres

veces, no enmendándose, no hallo por dónde sea admitido a la confesión. Y si en esto los ministros tuviesen rigor, ya que la justicia seglar es tan remisa en volver por la honra de Dios, y no tuviésemos unas piedades perniciosas y compasiones indiscretas, que antes son crueldades en cosas de tanto tomo, a dos veces que les negasen la absolución, a ellos tan penoso, temerían de tornar a caer. Y yo lo he visto por experiencia sentir tanto el no absolverlos y la reprehensión, que no solamente emborracharse, pero ni aun con darle licencia que beba moderadamente, no quieren aceptar, sino hacen voto de no volver a beber más en su vida.

26. El cual vicio quitado, habría otro pelo en las cosas de Dios, y de la fe, y habría entre ellos temor y verdad y vergüenza, base y fundamento de toda policía humana, la cual faltándoles, como les falta, no temen de cometer tan nefando vicio, principio y causa de tan inauditos y torpes vicios, como un borracho de éstos comete. Vicio tan castigado Y prohibido en su antigua ley, concedido solamente a ios que tenían hijos grandes, para lo cual daban una razón avisada, y era que el padre y madre fuesen convidados para alguna boda, si acaso se tomasen del vino, llevaban sus hijos e hijas, que no podían beber so pena de muerte, para que ellos los adiestrasen y llevasen a sus casas y los abrigasen y librasen de que cometiesen ningunos desafueros y delitos, como agora cometen, mirando los hijos por ellos.

27. A esta causa había esta ley antiguamente que, so pena de la vida, ninguno bebiese pulque, hasta que tuviese hijos que, estando borracho, le adiestrasen y guiasen, porque no cayese en algún río u hoyo, o en algún estropiezo que viniese a morir.

28. También había otra ley, no de gente bárbara, sino de gente política y entendida y avisada, que el que no tuviese vino de su cosecha, no se pudiese emborrachar hasta caer. Para lo cual daban dos razones: la una era para que todos se diesen a cultivar y sembrar magueyes, y la otra era, porque, si acaso no tuviese hijos que le guiasen, si bebiese en casa ajena, lo tuviese para beberlo en su casa, y estorbaría los inconvenientes de no acertar de volver a su casa, o de caer en el camino, o de matarse, o de refir con alguno, o de acometer algún delito, que bebiendo en su casa, no cometería.

29. Tuvo cuenta la república de proveer y obviar por ley y por estatuto de ella, que no se cometiesen males, ni sucediesen casos desastrados, y así, ningunos había que no plantasen y criasen magueyes, de cuya miel se hace el vino que ellos beben y bebían. Porque el que llaman pulque, que lo hacen los españoles, de miel negra y agua con la raíz, nunca ellos lo tuvieron, ni lo sabían hacer, hasta que los negros y españoles lo inventaron, y así este vocablo "pulque", no es vocablo mexicano, sino de las islas, como "maíz" y "naguas", y otros vocablos que trajeron de la Española.

30. El propio vino de éstos era el agua miel del maguey y echada dentro la raíz, de lo cual usaban, no sólo para sus fiestas y beodeces,, pero también lo usaban para sus medicinas, como hoy en día lo usan, porque en realidad de verdad es medicinal. El nombre del cual era iztac octli, que quiere decir "vino blanco", y entiendo que le han agregado el "blanco" para diferenciarlo del que se hace de miel negra, porque es endemoniado y hediondo, y negro, recio y áspero, sin gusto, ni sabor, como ellos mismos lo confiesan. Y con todo eso, como se toman con él más aína, y los hace más desatinados y furiosos, por la fuerza que tiene, dánse más a él que no al suyo propio, siendo el suyo más leve y medicinal.

31. Este octli era adorado por dios, como dejo dicho, en nombre de Orne Tochtli, y demás de tenerlo por dios, era ofrenda de los dioses, y más particular, del fuego; unas veces ofreciéndoselo delante en vasos, otras veces salpicando el fuego con él con un hisopo, y otras veces derramandolo alrededor

del.fogón. Era ofrenda de casados y de mortuorios, a la mesma manera que los de nuestra nación española ofrendan pan y vino en sus honras y mortuorios. Era medicina de enfermos, como cierto lo moderado lo es y lo demasiado, dañoso.

32. Con lo cual se da fin a este capítulo, suplicando a la majestad de nuestro Señor Dios concurra con su divina clemencia para la enrienda de estas criaturas, tan arraigadas en tan abominable vicio, pues temo, aunque no me afirmo en ello, que, según la afición con que se dan a ello que no le sirvan y reverencien, como sus antepasados, y aunque sea demasiado encarecimiento, oso decir que, si un indio aficionado a este Vino viese a un lado el infierno abierto y a otro, un cántaro de pulque, y le dijeren: "No te bebas todo ese cántaro, cata que si lo bebes todo, te tragará ese infierno. . ." Si lo empezase a poner a la boca, no tendría resistencia; en lo cual puesto, en la ocasión, más fácilmente se reprime en la lujuria y la resiste, que no en beber, aunque haya mil infiernos. El maldito demonio les dejó este lazo para ser señor de ellos, 'pues por la fe perdía el dominio y señorío que sobre ellos tenía.

CAPITULO XXIII

DEL SOLEMNE Y MUY USADO JUEGO DE PELOTA, MUY EJERCITADO DE LOS SEÑORES, CON EL CUAL ALGUNOS, DESPUÉS DE PERDIDO EL CAUDAL, SE JUGABAN A SI MISMOS

1. Muchos de los juegos de estos indios fueron de mucha sutileza' y mafia y arte y aun de mucha gentileza, si en ellos no se mezclara tanta superstición e idolatría, como en algunos se mezclaba. Porque, ¿quién no concederá ser cosa sutil y de gran destreza, el traer un palo grueso y de braza y media, con tanta ligereza con los pies, como otro lo puede traer con las manos, haciendo con él tantas y tan diferentes pruebas y vueltas, echándolo acá y allá y a lo alto, recogiénolo con las plantas de los pies con una facilidad que admira?

2. ¿Quién no se admirará de ver salir a un baile y andar alrededor de un atambor cuarenta o cincuenta indios, subidos en unos zancos de a braza y d'e a dos brazas, haciendo sus contenencias y meneos con el cuerpo, como si anduvieran en sus propios p.ies? ¿Quién no tendrá por extraña maña y fuerza el andar tres hombres uno sobre otro, de pies en los hombros los unos de los otros, y el primero andar bailando con los brazos tendidos y las manos llenas de plumas y rosas, y el de enmedio, lo mesmo, y el tercero, lo mesmo, sin tenerse con otra cosa sino con los pies pegados en los hombros del otro? Cierto, no sólo arguye destreza y gentileza, pero fuerza grande en los pies.

3. No menos admiración pone ver 'un indio subido en la punta de un volador, que ellos llaman, que tiene treinta o cuarenta brazas de altor, puesto en pie, con una trompeta en la mano, que sólo verlo desvanece a los que lo miran, y él está tan sesgo y entero que no hace sentimiento de cosa que le dé pena, andando a la redonda en la punta de aquel palo, en tanto campo como palmo y medio, que apenas le caben los pies, y después de haber hecho allí mil pruebas y gentilezas, bajarse con tan buen semblante, como si 'no hubiera hecho nada.

4. ¿Qué mayor recreación puede haber que ver un indio echado en el suelo de espaldas, con el un pie alzado y enhiesto y ver dar por encima de la planta de aquel pie veinte vueltas y trepas a otros indios poniéndose en pie de la otra parte, con tanta priesa unos tras otros, y con tanta ligereza, que no sé cómo un indio pueda sufrir tanta violencia en la pierna que, dando por encima de ella tantas vueltas y trepas, no la dobleguen ni meneen más que un poste?

5. He traído todo este preámbulo para venir a tratar del juego de la pelota, del cual se ofrece tratar ahora, conforme a lo que el capítulo promete y la pintura demuestra, pues era un juego de mucha recreación para ellos y regocijo, especialmente para los que lo tomaban por pasatiempo y por entretenimiento, entre los cuales había quien la jugase con tanta destreza y maña que en una hora acontecía no parar la pelota de un cabo a otro, sin hacer falta ninguna, sólo con las asentaderas, sin que pudiese llegar a ella con la mano, ni pie, ni con pantorrilla ni brazo, estando tan sobre aviso, así los de la una parte, como los de la otra, para no dejarla parar, que era cosa maravillosa.

6. Pues si ver jugar a la pelota con las manos a los de nuestra nación nos da tanto contento y espanto de ver la destreza y ligereza con que algunos la juegan, ¿cuánto más alabaremos a los que, con tanta maña y destreza y gentileza la juegan con las asentaderas, o con las rodillas, teniendo por falla el tocarla con las manos, ni con otra parte del cuerpo, excepto con las dos partes dichas, de asentaderas y rodillas? Y había, con el ejercicio, tan diestros y excelentes jugadores, que, demás de ser tenidos en estima, los

reyes les hacían mercedes, y los hacían privados en su casa y corte y eran honrados con particulares insignias.

7. Muchas veces he visto jugar este juego y, para satisfacerme de lo mucho que lo encarecen los viejos, hacer remedar lo antiguo. Pero, como faltaba lo mejor, que era el cercado dentro del cual se jugaba y los agujeros por donde metían y pasaban la pelota, sobre lo cual era el combate y porfía, era verlo agora, a lo que en su infidelidad solía ser, como difiere lo vivo a lo pintado.

8. Y para que vayamos entendiendo el modo y gustando el arte y destreza con que este juego se jugaba, es de saber que en todas las ciudades y pueblos que tenían algún lustre y punto de policía y gravedad para la autoridad, así de la república, como de los señores -de lo cual siempre ellos hicieron mucho caso- para no ser menos los unos que los otros, edificaban juegos de pelota, muy cercados de galanas cercas y bien labradas. Todo el suelo de dentro muy liso y encalado, con muchas pinturas de efigies de ídolos y demonios, a quienes aquel juego era dedicado, y a quienes los jugadores tenían por abogados en aquel ejercicio.

9. Eran estos juegos de pelota eq unas partes mayores que en otras, y labrada la traza que en la pintura vimos: angosto por el medio y a los cabos, ancho; hechos de propósito aquellos rincones, para que, entrándose allí la pelota, los jugadores no se pudiesen aprovechar de ella e hiciesen falla. La cerca de altor tenía estado y medio, o dos estados toda a la redonda; alrededor de la cual, por de fuera, plantaban por superstición unas palmas silvestres, o unos arboles de fnsoles colorados que tienen la madera muy fofa y liviana, de que se hacen agora los crucifijos o imágenes de bulto. Todas las paredes a la redonda eran almenas o de efigie de piedra puestas a trechos; las cuales se henchían de gente cuando había juego general de señores, que era cuando la ocupación de la guerra, por treguas, o por algunas causas, cesaban y les daba lugar.

10. Eran estos juegos de pelota largos de a cien pies y de a ciento cincuenta y de a doscientos, donde cabían por aquellos rincones cuadrados, que a los cabos y remates del juego tenía, cantidad de jugadores que estaban en guardia y con aviso de que la pelotá no entrase allí, poniéndose los principales jugadores en medio, para hacer rostro a la pelota y a los contrarios, por ser el juego a la misma manera que ellos peleaban o se combatían en particulares contiendas.

11. En medio de este cercado había dos piedras fijadas en la pared, frontera la una de la otra. Estas dos tenían cada una un agujero en medio, el cual agujero estaba abrazado de un ídolo, el cual era el dios del juego. Tenía la cara de figura de un mono, la cual fiesta, como en el calendario veremos, se celebraba una vez en el año. Y para que sepamos de qué servían estas piedras, es de saber: la piedra de la una parte servía a los de la una banda, para meter por aquel agujero que la piedra tenía la pelota, y la otra del otro lado, para los de la otra banda. Y cualquiera de ellos que primero metía por allí su pelota ganaba el precio.

12. También les servían aquellas piedras como de cuerda, pues que, en derecho de ellas, por el suelo, había una raya, negra o verde, hecha con cierta yerba -que el ser con aquella yerba en particular y no con otra, no carecía de superstición-. De esta raya había de pasar siempre la pelota: donde no, perdían, porque, aunque la pelota viniese rodando por el suelo, como le hubiese dado con las asentaderas, o con la rodilla, como pasase de la raya, dos dedos que fuesen, no era falta; lo cual, si no pasaba, lo era.

13. Al que metía la pelota por aquel agujero de la piedra lo cercaban allí todos y le honraban y le cantaban cantares de alabanza, y bailaban con él un rato, y le daban cierto premio particular de plumas y de mantas, bragueros, cosa que ellos tenían en mucho, aunque la honra era lo que él más estimaba y de lo que más caudal hacía, porque casi le honraban como a hombre que en combate particular de tantos a tantos hubiese vencido y dado fin a la contienda.

14. Todos los que jugaban este juego lo jugaban en cueros, puestos encima de los bragueros que a la continua traían unos pañetes de cuero de venado, para defensa de los muslos, que siempre los traían raspando por el suelo. Poníanse en las manos unos guantes para no lastimarse las manos con que siempre andaban afirmando y sustentandose por el suelo.

15. Lo que jugaban eran joyas, esclavos, piedras ricas, mantas galanas, aderezos de guerra, ropas y aderezos de mujeres. Otros jugaban las mancebas, lo cual se ha de entender que era, como dejo dicho, entre gente muy principal de señores y capitanes y hombres de valor y estima.

16. Al cual juego acudía gran multitud de señores y caballeros y jugábanlo con tanto contento y regocijo, remudándose unos ahora y otros después, y otros de ahí a un rato, para gozar todos del regocijo y solaz, que se les ponía el sol en aquel contento.

17. A algunos de éstos sacaban de aquel lugar muertos y la causa era que, como andaban cansados y sin huelgo tras la pelota a un cabo y a otro, viendo venir la pelota por lo alto, por alcanzar primero que otros a recudirla, les daba en la boca del estómago, o en el hueco, que sin huelgo ninguno, venían al suelo y algunos morían de ello en aquel instante de aquel golpe, por meterse en codicia de alcanzar la pelota antes que ninguno de los demás.

18. Esmerábanse algunos en jugar este juego y hacían tantas gentilezas en él que era cosa de ver. Especialmente una contaré que vi muchas veces hacer a indios que lo habían ejercitado, y era que usaban de un bote y boleó curioso que, viendo la pelota por alto, al tiempo que llegaba al suelo, eran tan prestos en llegar juntamente la rodilla al bote, o las asentaderas, que hacían volver la pelota con una velocidad extraña. Con estos batiboleos padecían detrimento grandísimo en las rodillas, o en los muslos, de suerte que los que por gentileza usaban de ellos, a menudo quedábales el cuadril tan magullado (que) se hacían sajar aquellos lugares con una navaja pequeña y exprimían aquella sangre que allí habían llamado los golpes de la pelota.

19. Esta pelota, como la habrán visto algunas personas, es tan grande como una pequeña bola de jugar a los bolos. Llámase la materia de esta pelota "hule", lo cual en nuestro castellano he oído nombrar por este nombre "batel", lo cual es una resma de un árbol particular que, cocida, se hace como unos nervios. Es muy tenida y preciada de éstos, así para medicinas de enfermos, como para sacrificios. Tiene una propiedad, que salta y repercute hacia arriba y anda saltando de aquí para allá, que primero cansa que la tomen los que andan tras ella.

20. Dicho el modo que los caballeros tenían de jugar a este juego de la pelota, por su recreación y contento, vengamos ahora a tratar de los que la jugaban por vía de interés y vicio, poniendo toda su felicidad y conato en no perder, sino ganar, como hombres tahures, que no era otro su oficio, ni comían de otra cosa, ni tenían otro ejercicio, si éste no. Cuyos hijos y mujer, como en el capítulo pasado dije, siempre andaban a pan prestado y mendigando por sus vecinos, molestando a unos y a otros, como aun en nuestra nación se suele usar, que hoy envían aquí por el pan y mañana acullá por el vinagre, y otro

día por el aceite, etc. De esta manera andaban éstos de ordinario, pobres y mal aventurados, sin sembrar, ni coger, ni entender en cosa más de en jugar. A los cuales jugadores por maravilla se halla uno medrado, ni que les luzca cosa, y así movidos y persuadidos del interés y de la codicia de ganar hacían mil ceremonias y supersticiones e inventaban agüeros e idolatrías, las cuales aquí referiré.

21. Cuanto a lo primero, es de saber que estos jugadores, venida la noche, tomaban la pelota y poníanla en un plato limpio, y el braguero de cuero y los guantes que para su defensa usaban. Colgábanlo de un palo todo y, puestos en cuclillas, delante de estos instrumentos del juego, adorábanlo todo y hablábanles con ciertas palabras supersticiosas y conjuros, con mucha devoción, suplicando a la pelota les fuese favorable aquel día. Para esto, en aquel conjuro que a la pelota hacían, invocaban los cerros, las aguas y fuentes, las quebradas, los árboles, las fieras y culebras, el sol, la luna y las estrellas, las nubes, los aguaceros y, finalmente, todas las cosas criadas y a los dioses que de cada cosa tenían inventado.

22. Acabada la maldita e infiel oración tomaba (el jugador) un puño de incienso y echábalo en un braserito de incienso que para esto tenía y ofrecía sacrificio ante la pelota y cueros, y mientras el copal ardía, iba y traía alguna comida de pan y algún pobre guisado y vino y ofrecíasele delante de aquellos instrumentos y dejábalo allí hasta la mañana. Y en siendo de día, comíase aquella comidilla que había ofrecido e ibase a buscar con quien jugar. E iban con aquello tan contentos y confiados de ganar, que al que les dijera que habían de perder -según la fe (que) llevaban- se mataran con él y pusieran siete vidas en defensa de aquella infidelidad, lo cual no sé si harían agora en defensa de nuestra fe verdadera.

23. Preguntará alguno si ganaban siempre con haber hecho aquel conjuro. Sutil es el demonio para hacerles ganar algunas veces, para confirmarlos en aquella falsa fe y otras, ya que perdiese, para persuadirle lo echase a desgracia suya, como lo atribuyen los que pierden, blasfemando y encomendándose a sí y a su desgracia al diablo.

24. Lo que esta gente baja jugaba eran preseas de poco valor y estima, y como "el .que poco caudal tiene, presto lo pierde", necesitábanse a jugar las casas, las sementeras, las trojes de maíz, los magueyes, y a vender los hijos para jugar y aun a jugarse a sí mismos y volverse esclavos, para después ser sacrificados, si con tiempo no se rescataban, como atrás queda dicho.

25. Y el modo que de jugarse tenían era que, acabadas de perder las preseas que llevaban, como mantillas, cuentezuelas, plumas, jugaba sobre su palabra, diciendo que en su casa tenía ciertas preseas. Si con aquello se desquitaba, bien, y si no, ibase el que ganaba con él a su casa y dábale las prendas o preseas que sobre su palabra había jugado. Y si no las tenía, ni hallaba en qué hacerse pago, daba con él en la cárcel y de allí, si la mujer e hijos no le rescataban, salía por esclavo del acreedor, dado por las leyes de la república, para poder ser vendido por el precio que debía y no por más, porque acaso, si se quisiese libertar o hallase con qué, no diese más de aquello en que fue condenado, y el que más daba por ellos lo perdía, y lo mismo era de todos los juegos. Esto ponía miedo y freno a muchos para escarmentar en cabeza ajena y (para que) no jugasen lo que no tenían, con la codicia de desquitarse o de ganar al contrario. Y éstos, como he dicho, siempre era gente baja, porque la gente ilustre y principal nunca les faltaba qué jugar, aunque más jugaban por recreación y alivio de sus continuas guerras y trabajos, que no por interés.

26. Esto tienen bueno los ricos: que si hoy pierden, con lo que queda mañana ganan, y no hace poco al caso para semejante ejercicio, entrar con

mucho caudal. Con lo cual hemos dado fin a lo que toca a este capítulo y al modo de hacer esclavos para representar dioses vivos, los cuales eran de los domésticos de los pueblos y de los naturales de ellos, criados y nacidos en ellos e hijos de vecinos, que por delitos y desacatos, robos, juegos, etc., venían a ser esclavos.

27. También hemos dado fin a los juegos y gentilezas, delicadezas, que con pies y manos y cuerpo esta gente hacía, que osaré afirmar que, nación por nación, en el mundo no hay, ni ha habido que en mayores sutilezas y ligerezas se ejercitasen, que éstos, que si la hubiera de relatar, de cada una en particular se pudiera hacer un capítulo. Pero baste la migaja de lo dicho.

28. Hemos dado fin a lo que toca a las fiestas de sus dioses y a la celebración de ellas y, aunque brevemente, hemos dicho la veneración y ritos y religión con que los honraban, dando aviso a los religiosos y sacerdotes de todo lo que antiguamente se hacía, para que estén sobre aviso en desterrar y estirpar cualquier género de superstición e idolatría que haya quedado, o noticia de ellos si ha quedado. Para lo cual, proseguiré un Calendario, por donde ellos se regían y gobernaban y diferenciaban los tiempos, conforme a la orden de él. Y plega a la bondad divina que' no se rijan hoy en día por él que, aunque no lo sé, ni afirmo, témolo.

EL CALENDARIO ANTIGUO

COMIENZA EL CALENDARIO ANTIGUO

POR DONDE ANTIGUAMENTE SE REGLAN ESTAS NACIONES INDIANAS UNIVERSALMENTE EN SU INFIDELIDAD, ASÍ EN SUS FIESTAS Y SOLEMNIDADES, COMO EN TODOS LOS DEMÁS EJERCICIOS QUE ENTRE AÑO TENÍAN, DE SEMBRAR Y COGER Y EN MIRAR LOS DÍAS EN QUE NACÍAN LOS NIÑOS PARA CONOCER LAS VENTURAS Y SINOS EN QUE NACÍAN

PONESE AQUÍ PARA AVISO DE LOS MINISTROS Y PARA HONRA Y GLORIA DE NUESTRO DIOS Y AUMENTO DE LA SANTA FE CATÓLICA Y EXTIRPACIÓN DE LAS CEREMONIAS Y RITOS ANTIGUOS AL CURIOSO LECTOR

EPÍSTOLA

1. Ninguna nación ha habido en el mundo, ni generación -aunque la tomemos desde nuestro primer padre Adán- que no se haya movido en todos sus ejercicios por el interés y premio. Que esto sea así, Adán y Eva, movidos por el reclamo y prometimiento de la serpiente de esperar ser como dioses y saber del bien y mal, se inclinaron a quebrantar los mandamientos de Dios. Para sacar Dios a los hijos de Israel de Egipto primero se les prometió la tierra de promisión que manaba leche y miel. Los romanos, si algo hacían y se esforzaban, era por la honra del mundo, por los triunfos y recibimientos que les hacían. Finalmente, todas las generaciones se mueven al trabajo por el premio. ¿Qué le hace al labrador pasar los trabajos que pasa, de sol, agua y frío, sino esperar el fruto de sus trabajos? ¿Al soldado, qué le da ánimo para entrar en batalla, sino esperar el despojo de los enemigos?

2. A los sagrados apóstoles, en pago de los trabajos que en compañía de Cristo habían padecido y por su amor, díjoles el mesmo Cristo por San Lucas: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo, acompañándome en mis trabajos; yo os hago participantes de mi reino, para que comáis y bebáis a mi mesa y gocéis de él para siempre, y más haré, os haré jueces de las doce tribus de Israel." Gran consuelo ponen estas divinas promesas, cristiano lector, a los ministros que con tantos trabajos y tan a costa de sus consuelos y salud, movidos por el premio que de la divina mano esperan, posponiendo la vida, la honra, las injurias y afrentas y la soledad, finalmente, privándose de todo consuelo humano, se dedican y ofrecen a los montes, a los cerros y valles y a tratar con gente tan extraña y contraria a nuestra opinión y política conversación, por servir a Dios, cuyo premio es infinito, y a estas gentes indianas naciones, para volverlas e instruir las en el camino de la verdad.

3. Gran consuelo recibe el labrador, como queda dicho, de coger el fruto de su trabajo. No menos lo recibe el ministro y siervo de Dios de ver el provecho que su doctrina hace, ofreciéndolo a Dios con grandísima humildad, cuya obra es la que se hace, movidos por el celo y aprovechamiento, y por el santo deseo que de la salvación de estas naciones tiene, deseando gozar del premio de sus trabajos, que es solo Dios.

4. Por el contrario, gran desconsuelo será a este pobre labrador espiritual, cuando vea el suelo y trabajo de muchos años perdido y dañado y helado, con el hielo endemoniado de la infidelidad, y ya que no sea todo, sino a manchas, harto mal es que una gente que con tanta facilidad tomó la fe, con la mesma facilidad la deje, ofreciéndose ocasión. ¡ Oh, qué dolor y tristeza y

EL CALENDARIO ANTIGUO

COMIENZA EL CALENDARIO ANTIGUO

POR DONDE ANTIGUAMENTE SE REGLAN ESTAS NACIONES INDIANAS UNIVERSALMENTE EN SU INFIDELIDAD, ASÍ EN SUS FIESTAS Y SOLEMNIDADES, COMO EN TODOS LOS DEMÁS EJERCICIOS QUE ENTRE AÑO TENÍAN, DE SEMBRAR Y COGER Y EN MIRAR LOS DÍAS EN QUE NACÍAN LOS NIÑOS PARA CONOCER LAS VENTURAS Y SINOS EN QUE NACÍAN

PONESE AQUÍ PARA AVISO DE LOS MINISTROS Y PARA HONRA Y GLORIA DE NUESTRO DIOS Y AUMENTO DE LA SANTA FE CATÓLICA Y EXTIRPACIÓN DE LAS CEREMONIAS Y RITOS ANTIGUOS AL CURIOSO LECTOR

EPÍSTOLA

1. Ninguna nación ha habido en el mundo, ni generación -aunque la tomemos desde nuestro primer padre Adán- que no se haya movido en todos sus ejercicios por el interés y premio. Que esto sea así, Adán y Eva, movidos por el reclamo y prometimiento de la serpiente de esperar ser como dioses y saber del bien y mal, se inclinaron a quebrantar los mandamientos de Dios. Para sacar Dios a los hijos de Israel de Egipto primero se les prometió la tierra de promisión que manaba leche y miel. Los romanos, si algo hacían y se esforzaban, era por la honra del mundo, por los triunfos y recibimientos que les hacían. Finalmente, todas las generaciones se mueven al trabajo por el premio. ¿Qué le hace al labrador pasar los trabajos que pasa, de sol, agua y frío, sino esperar el fruto de sus trabajos? ¿Al soldado, qué le da ánimo para entrar en batalla, sino esperar el despojo de los enemigos?

2. A los sagrados apóstoles, en pago de los trabajos que en compañía de Cristo habían padecido y por su amor, díjoles el mismo Cristo por San Lucas: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo, acompañándome en mis trabajos; yo os hago participantes de mi reino, para que comáis y bebáis a mi mesa y gocéis de él para siempre, y más haré, os haré jueces de las doce tribus de Israel." Gran consuelo ponen estas divinas promesas, cristiano lector, a los ministros que con tantos trabajos y tan a costa de sus consuelos y salud, movidos por el premio que de la divina mano esperan, posponiendo la vida, la honra, las injurias y afrentas y la soledad, finalmente, privándose de todo consuelo humano, se dedican y ofrecen a los montes, a los cerros y valles y a tratar con gente tan extraña y contraria a nuestra opinión y política conversación, por servir a Dios, cuyo premio es infinito, y a estas gentes indianas naciones, para volverlas e instruir las en el camino de la verdad.

3. Gran consuelo recibe el labrador, como queda dicho, de coger el fruto de su trabajo. No menos lo recibe el ministro y siervo de Dios de ver el provecho que su doctrina hace, ofreciéndolo a Dios con grandísima humildad, cuya obra es la que se hace, movidos por el celo y aprovechamiento, y por el santo deseo que de la salvación de estas naciones tiene, deseando gozar del premio de sus trabajos, que es solo Dios.

4. Por el contrario, gran desconsuelo será a este pobre labrador espiritual, cuando vea el suelo y trabajo de muchos años perdido y dañado y helado, con el hielo endemoniado de la infidelidad, y ya que no sea todo, sino a manchas, harto mal es que una gente que con tanta facilidad tomó la fe, con la misma facilidad la deje, ofreciéndose ocasión. ¡ Oh, qué dolor y tristeza y

desconsuelo causa en los corazones aficionados a Dios; qué pena, qué desabrimiento le debía causar a San Pablo, cuando, harto de predicar y amonestar, le respondían, haciendo burla y escarnio de él y de la palabra de Dios: "; Oírte hemos otra vez de esta materia, si nos la tornas a referir!" Y así decía: "Oh, Gálatas insensatos y sin juicio, ciegos y desventurados en lo que toca a vuestra salvación."

5. Decirme ha alguno que, mientras una cosa es más alta, suprema, tanto es más dificultosa de acertar y tiene más necesidad de ser enseñada, no una vez, sino muchas. Decidme, yo os ruego, ¿qué gente en el mundo ha habido más predicada, ni más doctrinada, ni más enseñada, que esta nación? ¿Ni qué generación ha habido en el mundo que tanta multitud de ministros y predicadores haya tenido como ésta? Ninguna; pues, ¿decir que han desmayado ni desmayan? Antes agora con mayor fervor y conato, como verdaderos obreros de Cristo, con la azuela de la doctrina, unos escribiendo doctrinas y sermones; otros, predicando; otros, confesando, etc., procuran desbaratar, andando por los montes y quebradas, sacando de asperísimos lugares (a) unos hombres criados a la imagen divina, como trozos cortados de los montes, nudosos, toscos y rudos, cubierto aquel bajo y terrestre entendimiento con una corteza tan dura y áspera, que para desbastalla es menester particular don del Espíritu Santo.

6. Y aunque sea así que la memoria de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca y de Quetzalcoatl y de los demás innumerables dioses que esta nación adoraba esté ya olvidada, y aquel sacrificarse a los dioses y aquel matar de hombres y ofrecer de sacrificios y aquel comer carne humana, etc., sospecho con vehemente sospecha que debe haber quedado un olorcillo de alguna superstición en algunos que tienen gran afinidad con la idolatría, y que no faltan el día de hoy algunos viejos, y los ha habido dogmatizadores, agoreros, doctos en su vieja ley, que han enseñado y enseñan a los mozos que agora se crían, enseñándoles la cuenta de los días, de los años y de las ceremonias y ritos antiguos, los fabulosos y engañosos milagros y mandatos que de los dioses tenían.

7. La cual sospecha me puso no poco ánimo a emprender de salir con este tratado, sólo movido con celo de dar aviso y lumbré a los ministros, para que sus trabajos no sean en vano y de ningún efecto, como en algunas partes lo han sido. Para lo cual debían los ministros y obreros de esta divina obra de la conversión de estos naturales, de procurar saberlos muy bien entender, si pretenden hacer algún efecto y fruto con su doctrina, pues no va en ella más de la vida del alma, o la perdición de ambos, de maestro y discípulo, pues para administrar los sacramentos es menester más inteligencia de la lengua y de las costumbres y flaquezas de éstos que piensan, y no se contente el 'siervo de Dios que desea aprovechar en esta viña del Señor, con decir que ya sabe confesar y que basta, que mucho más es menester para declararles los misterios de la fe y el provecho y necesidad que de los sacramentos redundan y tenemos.

8. Y tema el ministro que no le acontezca querer predicar verdad y predicar error y mentira, lo cual es muy perjudicial para los prójimos y para la conciencia del que, sin saber ni entender lo que dice ni le dicen, no muy seguro, precipitándose con decir que éstos no tienen tratos ni contratos, y que están en extrema necesidad. La cual opinión en algún tiempo fue verdadera: lo cual ha cesado ya, por ser la copia de ministros mucha, y la abundancia de extremadas lenguas que entre los ministros hay.

9. Lo que de presente se ofrece tratar es la cuenta de los años, de los días, meses y semanas por donde esta gente en su infidelidad se regía; los nombres y figuras que a los días tenían dados para conocer los sinos, las

venturas, las inclinaciones de los que en ellos nacían; la orden de su calendario y fiestas, así ordinarias, como principales, que cada veinte días celebraban; el bisiesto, la cuenta que de allí redundaba, sin discrepar del sembrar, del coger, del ensilar y encerrar 'en los graneros, sobre lo cual había tanta cuenta de que había de ser tal y tal día o tiempo, que no había de faltar de allí. Y plega a nuestro Señor no se guarde hoy en día este orden y respeto. Y confiésome por tan malicioso, y las ocasiones que me dan son tantas que plega a Dios nuestro Señor -otra vez se lo suplico- que yo me engañe y que haga yo penitencia de este pecado.



CAPITULO PRIMERO

DE LA CUENTA QUE EN EL CONCURSO DE LOS AÑOS TENÍAN LOS NATURALES Y DEL NÚMERO QUE CADA HEBDOMADA TENÍA Y DE LAS FIGURAS CON QUE LOS CONTABAN

1. Con mucha facilidad entenderá y sabrá el que fuere curioso de saber, lo que en esta figura circular se contiene y lo que los caracteres y figuras significan. Pues en ella no se contiene otra cosa más de damos a entender el modo de contar los años que antiguamente los naturales tenían. Para lo cual, es de saber que dentro de este círculo hallaremos cincuenta y dos casas, y cada casa de ellas denota un año. De manera que en este círculo están señalados cincuenta y dos años. Estos cincuenta y dos años llamaban los naturales una ebdómada. Al cabo de los cuales hacían una solemne fiesta, a la cual llamaban nexiuhilpiliztli, que quiere decir "cumplimiento o atamamiento de un círculo perfecto de años", que era venirse a juntar en este círculo redondo el fin de estos cincuenta y dos años con el principio de ellos, con este número perfecto de cincuenta y dos. Y hacían la solemnidad y fiesta que he dicho a la mesma manera y modo que antiguamente los judíos en su vieja ley celebraban el año del jubileo, de cincuenta en cincuenta años.

2. Este círculo redondo se dividía en cuatro partes y cada parte tenía trece años. La primera parte pertenecía a oriente, y la segunda al norte y la tercera al occidente y la cuarta al mediodía. La primera parte, que pertenecía a oriente, llamábanla los trece años de las cañas, y así en cada casa de las trece tenían pintada una caña y el número del año corriente que le cabía. Y entonces corría de la mesma manera que nosotros contamos el número del año que corre en este año de diciembre de 1579 sucedió tal y tal cosa, así, por consiguiente, decían ellos: "El año de uno caña, o de dos o tres cañas, etc., aconteció tal y tal cosa."

3. La segunda parte aplicaban al septentrión, que era de otras trece casas, a las cuales llamaban las trece casas del pedernal, y así tenían pintado en cada una un pedernal y el número del año que corría junto, para contar el año del pedernal de tal y tal número aconteció tal y tal cosa, conforme a lo que de la parte oriental queda dicho.

4. A la tercera parte que cabía a la parte occidental, llamábanla las trece casas, y así veremos en cada parte de las trece, una casilla pintada y junto a ella, el número del año que entonces corría, con la mesma orden que de las demás partes queda dicho.

5. A la cuarta y última parte, que era de otros trece años, llamábanla las trece casas del conejo, y así en cada casa de ellas veremos pintada una cabeza de conejo, y junto a ella el número, como en las demás, para conocer en los años del conejo el número que aquel año corría.

6. Sabido de qué servían aquellas cuatro partes con sus números que en el círculo señalamos, es necesario saber el modo que tenían de contarlo para lo cual sabremos que había estas cuatro figuras, es de saber: Caña, Pedernal, Casa, Conejo. Y decían, de esta manera: Una caña, dos pedernales, tres casas, cuatro conejos. Los cuales números están y hallarás alrededor del sol. Luego decían adelante: Cinco cañas, seis pedernales, siete conejos, ocho cañas, nueve pedernales, diez casas, doce conejos, trece cañas, acabando con el número de trece en caña como había empezado (sic. vid. nota 1).

7. Acabado el número de las trece cañas empezaba luego el número de un pedernal que está señalado en la cuarta casa de la segunda parte, que pertenece al norte, yendo por la mesma orden que queda dicho. Decían un pedernal, dos casas, tres conejos, cuatro cañas, etc., hasta venir a concluir en trece pedernales, y entraba la tercera parte occidental, con el número de

una casa, el cual número hallarás en la séptima casa de la tercera parte e irás contando como en la primera y segunda parte, diciendo: Una casa, dos conejos, y este número de dos conejos hallarás en la séptima casa de la cuarta parte del mediodía; tres cañas, el cual número hallarás en la octava casa de las cañas, y así decía cuatro pedernales, que están señalados en la octava casa de los pedernales.

8. Y con esta orden iba la rueda hasta concluir con trece casas, y entraba la cuarta parte meridional, señalada con una cabeza de conejo, con el número de un conejo, que está en la décima casa de esta cuarta parte, y dos cañas, que está 'en la undécima casa de las cañas, y tres pedernales, que está también en la oncenava cosa de los pedernales, y cuatro casas, que está en la casa once, y así iba dando su vuelta en redondo, hasta cumplir el número de trece conejos, como las demás, y así se cumplía el número de cincuenta y dos años y ataban su hebdómada, como ellos decían.

Y para que no quede nada sin declarar y con alguna confusión es de saber que estas ebdómadas estaban contadas y señaladas para memoria de los sucesos y acontecimientos que en ellas acontecía. Ejemplo: "Aconteció que en el año de dos conejos en la ebdómada octava hubo gran pestilencia en esta tierra que la dejó medio asolada. Antiguamente en sus memoriales y pinturas tenían asentado: "En el año de dos conejos hubo gran mortandad en la ebdómada octava, etc."

Item, el año de su jubileo, que empezaba Una Caña, que era el primer año de su ebdómada dieciséis, llegó a esta tierra el Marqués del Valle don Hernán Cortés, y así tenían asentado en sus memoriales: "En el año de Una Caña principio de la ebdómada dieciséis aportó a esta tierra la gente española."

De esta suerte tenían su cuenta de todos los acontecimientos y casos memorables que acontecían, así de guerras como de hambres, como de pestilencia, de cometas, de muertes de reyes, de príncipes, de señores, sin poder errar mes, ni año, ni día.

10. Declarado lo sobredicho, es de saber agora que en las cuatro partes sobre dichas en que se dividía aquella figura circular de oriente, occidente, norte y sur, en cada una de ellas había entre estos grandes pronósticos y agüeros y juicios. Unos tenían las trece casas de la parte oriental, que eran las de las cañas, por buenas, y de años fértiles y abundosos, sanos y de buenos sucesos. Otros pronosticaban sobre los años occidentales, que eran las casas; otros, sobre los septentrionales, otros, sobre los meridionales, y así unos como otros, se engañaban, porque como esto sea caso reservado a Dios, muchas veces y las más, erraban, y no acertaban en sus pronósticos y agüeros. Empero, es de saber que los años de que ellos más temían eran los septentrionales y los occidentales, por la experiencia que tenían de grandes infortunios que en ellos les sucedían, aunque a la parte de los conejos, que era la meridional, no la tenían por muy buena.

11. Tenían una opinión sobre la parte septentrional, que es el norte, que hacia aquella parte era el infierno, y así llaman a aquella parte mictlanpa, que quiere decir "la parte infernal". Ponían un pedernal por figura de estos años, para denotar la aspereza del frío de los hielos, de los aires desabridos de aquella parte, y para dar a entender que los años estériles y sin frutos, secos y de pocos mantenimientos eran los del pedernal. Y así, cuando alguna persona de mala vida se moría, envolviéndolo en unas mantas viejas y gruesas de nequén, enterrábanlo la cara vuelta al norte. La causa era porque decían que aquél se había ido al infierno por su mala vida, y que por el frío grande que allá hacía, le envolvían en aquellas mantas gruesas para que le calentasen. Enterraban con él comida para que tuviese allá qué comer por la esterilidad del lugar.

12. Tenían la parte occidental por mala y señalábanla con una casa para denotar que aquellos años se escondía el sol en aquella casa y no ayudaba a fructificar la tierra con sus influencias. Eran años nublosos, de muchas neblinas, pluviosos, que todo se iba en vicio. Llamaban a aquella parte imiquian Tonatiuh, que quiere decir "lugar de la muerte del sol

Llamábanle por otro nombre icala quian Ton atiuh q ue quiere dec ir "lugar donde el sol se mete o encierra", esto porque ono a ian y en tendiati que el sol era causa segunda de los efectos de la tierra.

13. La tercera parte de la figura y círculo de los años er a al mediodía, que llamamos la parte del sur, que como las demás era trece casas señaladas con una figura de conejo. Teníanla por indiferente en los efectos, porque unos años sucedía bien y otros mal. Pintaban estos años en figura de conejo, por andar saltando de aquí pa ra allí. que nunca nece en un lugar.

14. La parte oriental, que era la principal, figurada con una caña verde, siempre la tuvieron por mejor y más fértil y fructífera y abundosa. Y así, deseaban los años de la caña y se regocijaban con ellos aunque, como arriba dije, no eran tan infalibles y ciertos, que no faltasen muchas veces. Y si lo queremos ver, en el primer año (le la caña llegaron a esta tierra los españoles y, aunque para remedio de sus ánimas fue dichoso y felice, por el bien que de recibir nuestra fe ha redundado y redonda, ¿en qué tiempo experimentaron mayores males que en aquel años 15. La cual persecución, aflicción y trabajo se vino a rematar el año tercero de la casa, donde, demás de las innumerables gentes que los españoles mataron, sobrevino una enfermedad de viruelas que asoló la tierra, acompañada con un hambre, que oí certificar a principales antiguos que por una almocada de maíz daban otra de oro o de piedras. Otras muchas pudiera contar y traer aquí en esta relación en consecuencia, que antes de esta y después, les han acontecido, pero aquesta que he dicho fue la que echó el sello sobre todos sus infortunios.

Y así tiene fin este capítulo, pues en suma es lo que la figura circular contiene, y pasaremos a contar de los meses. Los cuales eran de veinte días y así, los años de que hemos venido tratando tenían diez y odio meses, como adelante veremos.

CAPITULO II

DE LOS MESES QUE LOS AÑOS TENIAN Y DE LAS FIGURAS CON QUE NOMBRABAN LOS DIAS TODOS DEL MES

1. El año antiguamente tenía dieciocho meses y así lo solemnizaba esta indiana gente, porque no teniendo el mes más de veinte días, como no tenía más, a causa de que ellos no se regían por la luna, sino por los días, venía, contando los días del año de veinte en veinte, a tener dieciocho meses.

2. Todos estos veinte días del mes tenían sus nombres y figuras, para nombrar los días, a la misma manera que nosotros nombramos los días de la semana por el orden de lunes, martes, miércoles, etc. Por el mismo orden nombraban todos los veinte días de su mes, por el orden que está señalado en la pintura con los nombres de las mismas figuras, conviene a saber:

Cipacili, que era la primera figura, que quiere decir "cabeza de sierpe". Y en llamarle cabeza entiendo que era entender ser principio de mes y primer día de él.

Al segundo día llamaban "viento"; al tercero, "casa"; al cuarto, "lagartija"; al quinto, "culebra"; al sexto, "muerte"; al séptimo, "venado"; al octavo, "conejo"; al noveno llamaban "agua"; al décimo llamaban "perro"; al oncenno, "mono"; al doceno, "matorral"; al treceno, "caña"; al catorcenno, "tigre"; al quinceno, "águila"; al dieciseisceno, "buharro"; al dieciseisceno, "movimiento": al dieciocheno, "pedernal"; al diecinueveno, "aguacero" al veintenno y postrero llamaban "rosa".

3. En cada principio de mes, en el día que nombramos "cabeza de sierpe", celebraban una fiesta solemnísima, como adelante en el calendario veremos la cual era tan guardada y festejada, que ni aun barrer la casa, ni hacer de comer no se permitía, todo lo cual del día antes había de quedar hecho y aderezado. Esta figura primera era como Letra Dominical, donde celebraban en toda la tierra generalmente aquel día hartos con mas rigor que nosotros celebramos el domingo; con el mismo celo que los judíos celebraban el sábado y lo guardaban.

4. A todos es notorio tener el año trescientos sesenta y cinco días, los cuales días y número repartidos por veintes son o diez y ocho veintes, y éstos eran los meses del año. Pero los cinco que sobraban teníanlos esta nación por días aciagos, sin comento ni provecho: así los de alban en blanco, sin ponerles figura ni cuenta y así los llaman alban o canontemi. que quiere decir "días demasiados a sin provecho", y éstos venían a caer en fin de febrero, a veinticuatro de él. el día del glorioso San Matías, cuando celebramos el bisiesto, en el cual día ellos también lo celebraban y allí fenecía su año y empezaba el año nuevo. Lo que en aquellos cinco días hacían diré en su lugar.

5. De lo que servían estos veinte signos o figuras, demás de nombrar los días del mes con ellos, era para mirar la ventura que les seguía a todos los que nacían en cada uno de ellos, pronosticándosela los agoreros y astrólogos, con sus falsas y mentirosas astrologías, o por mejor decir, hechicerías, la buena o mala ventura que les seguía, de larga o de corta vida, de riqueza o pobreza.

6. Estas figuras que en cada día del mes había servían como de letras. Y siempre lo sirvieron en general las pinturas de letras, para escribir con pinturas y efigies sus historias y antiguallas, sus memorables hechos, sus guerras y victorias, sus hambres y pestilencias, sus prosperidades y adversidades: todo lo tenían escrito y pintado en libros y largos papeles, con cuentas de años, meses y días en que habían acontecido. Tenían escritas en

estas pinturas sus leyes y ordenanzas, sus padrones, etc., todo con mucho orden y concierto. De lo cual había excelentísimos historiadores que, con estas pinturas, componían historias amplísimas de sus antepasados. Las cuales no poca luz nos hubieran dado, si el ignorante celo no nos las hubiera destruido. Porque hubo algunos ignorantes que, creyendo ser ídolos, las hicieron quemar, siendo historias dignas de memoria y de no estar sepultadas en el olvido, como están, pues aun para el ministerio en que andamos del aprovechamiento de las ánimas y remedio de los naturales nos dejaron sin luz.

7. También servían estas figuras a estas naciones para saber los días en que habían de sembrar y coger, labrar y cultivar el maíz, desherbar, coger, ensilar, desgranar las mazorcas, sembrar el frijol, la chíá, teniendo cuenta en tal mes, después de tal fiesta, en tal día y de tal y tal figura, todo con un orden y concierto supersticioso, que si el ají no se sembraba en tal día y las calabazas en tal día y el maíz en tal día, etc., que en no guiándose por el orden y cuenta de estos días tenían menoscabo e infortunio sobre lo que fuera de aquella orden sembraban.

8. La causa de esto era por tener estas figuras, a unas por buenas, a otras por malas, a otras por indiferentes, así como nosotros lo hallamos en nuestros repertorios escrito de los signos del zodiaco, que unos en sus influencias son buenos y otros malos y otros indiferentes para los frutos de la tierra y aun para los cuerpos, pues los médicos doctos y experimentados aguardan y noiran y coniocen cuando la sangría será provechosa o nociva, o la purga.

9. Los labradores miran las reglas del repertorio y se rigen por ellas en sembrar, y miran el signo, si influye sequedad o esterilidad, por la experiencia que tienen, pero esta nación no lo hacía por este respecto. Nuestra nación tiene atención a obviar todo daño de hielo, de sequedad o de muchas aguas y cualquier otro daño, siempre confiada en solo Dios, en quien pone toda su esperanza, haciendo de su parte lo que en sí es y está obligada; pero estos indios al aguardar que aguardaban de tal y tal tiempo, sin faltarles día ni punto y, todos a una, primero en los montes, y después en los llanos para sennbrar, dan a entender que lo hacían por idolatría y superstición y por mal respecto, pues en todas las cosas formaron superstición, hechicería e idolatría.

10. Dirá alguno: "ENo decís que tenían entre estas figuras signos buenos y malos e indiferentes?" --Sí tenían, pero dado caso que fingiesen que este y aquel signo era malo, y aquel y el otro, bueno, y el otro indiferente, dan a entender su mal fin. Pues no sólo en las labranzas usaban de estos signos, pero también en los tratos y contratos; en comprar y vender; en casamientos, en baños, en comer tales y tales comidas, lo cual, fuera de aquellos días y tiempos, no habían de comerlos. Y tengo por tan mala de desarraigar esta superstición, que temo que en algunas partes no están desarraigadas estas reglas y ritos, pues veo guardarlas inviolablemente. Y Endome en que, preguntando yo a un viejo que qué era la causa de sembrar el frijol pequeño tan tarde, que pocos años hay que no se les hiele, respondió que todo tenía su cuenta y razón y día particular.

11. También daré otra razón a todos muy notoria: Acontece estar el malz de esta sementera ya seco y sazonado y bueno para coger, que ya recibe detrimento de estarse allí, y acullá está lo mesmo, y en muchas partes no lo cogerán, aunque todo se pierda, hasta que por los viejos son avisados que ya es tiempo de coger. Y ósolo certificar, porque yo lo he muchas veces oído pregonar en las iglesias, cuando el pueblo está junto, y acuden tan a una y con tanta priesa, que no queda chico ni grande, que no acuda, habiendo podido coger antes y despacio. Pero como el sortílego viejo halló que el día era

llegado, que en su libro y calendario halló, dio aviso, y luego acudieron sin dilación. Finalmente, yo sospecho que en este caso siguen todavía su ley antigua y que aguardan se cumplan las letras de sus calendarios, porque en pocas partes hay que no los tengan guardados y muy leídos y enseñados a los que agora nac en, para que in aeternum no se olvide.

12. Arriba queda dicho como aquestas figuras de los meses y días servían para mirar las venturas buenas o malas de los que nacían, y así que, en naciendo que nacía el niño o niña, iba luego el padre, o parientes del nacido a los astrólogos, hechiceros y sortilegios que los había sin número, y rogábanles les declarasen la ventura en que su hijo, hija, habían nacido, siempre llevando por delante la ofrenda de comida bebida

13. El astrólogo sortilego hechicero sacaba luego el libro de sus suertes y calendario, y vista la letra del día, pronosticaba echaban suertes y decíanles la ventura, buena o mala, según había oído la suerte te. Porque la ciencia de su astrología y quiromancia no se extendía a más de un papel pintado de cuantos ídolos había, y adoraban donde tenían cada ídolo en su casa, es a saber: al dios de las mieses en su casa, al de la riqueza, en la otra, y al de la penitencia, en la otra, y al de la lujuria, en la otra, y al de la borrachera, en la otra, al de la guerra, en la otra, y al dios del culto de los dioses, en otra.

14. Junto a estos dioses estaban pintadas las letras de los días de su calendario; sobre este papel echaban suertes 'e, conforme caía, pronosticaban. Y si caía la suerte sobre el dios de la vida, decían que era de larga vida; si caía sobre la muerte, decían que había de pedir poco, así de los demás, que por quitar prolijidad, no pongo en cada uno en particular Baste saber que, si había de ser rico, o pobre. o valiente, o animoso, o cobarde, religioso, o casado, o ladrón, o borracho, o casto o lujurioso, allí en aquella pintura y suertes lo hallaban avisaban a los padres y parientes, haciéndoles salvar primero, y pláticas largas y retóricas salían después con docenas de mentiras y fábulas, afirmando cosas que, aun al diablo que les persuadía aquello, le es oculto, pues sólo a Dios son las cosas futuras presentes.

15. Para más inteligencia de lo que queda dicho, y por decir, es de saber que en aquellas veinte figuras que para los días del mes estaban señaladas, parte de ellas era buena, de buen pronostico, y parte, malas, y parte, indiferentes, las cuales son las siguientes:

16. Cabeza de sierpe, Casa, Lagartija, Venado, Buharro, Perro: estos eran signos buenos y de buenos sucesos para los que en ellos nacían.

17. Los indiferentes eran: Conejo, Mono, Caña, Tigre, Aguila, Rosa, Curso. Llamaban a estos signos indiferentes, porque los que en ellos nacían participaban de bien y de mal; unas veces se veían en prosperidad, y otras veces, en pobreza, sujetos a sucesos malos y buenos.

18. Los signos malos y de mal pronóstico son: Viento, Culebra, Agua, Matorral, Pedernal, Aguacero, Muerte. Estos siete signos o figuras eran tenidos por malos, para los que nacían en ellos, Y para que más claro lo veamos aunque me tome un poco de trabajo- quiérola poner y demostrar. relatónclo por ('aria figura, conforme a como lo hallé pintado en un viejo y antiguo papel, lleno de tantas y feas figuras de demonios, que me pliso espanto 19. Declarados y sabidos cuáles eran los buenos y cuáles indiferentes cuáles los malos, digamos ahora los efectos que causaban en los que en ellos nacían, o lo que de ellos fingían.

20. Primeramente, el primer signo de cipeactli, que, corno ya hemos declarado, quiere decir "cabeza de serpiente", pues lo pintan así, y la etimología del vocablo lo declara: al que nacía en este signo primero decían

que había de ser hombre para mucho, de mucho ánimo y fuerza, gran trabajador, gran cultivador de tierras, gran guerrero, mercader, guardador de su hacienda, amigo de multiplicarla, enemigo de la ociosidad, amigo de estar siempre ocupado, no desperdiciadores, ni pródigos, trafagadores Y negociantes.

21. En el segundo signo, que era ehecati, que quiere decir "viento", el erial tenían por malo; pronosticaban a los que nacían en él lo siguiente: que habían de ser mudables, inconstantes, negligentes, perezosos, enemigos de trabajar, amigos de bodas y de comer siempre de prestado, andariegos, de poco asiento reposo.

22. Los que nacían en el signo de caili, que quiere decir "casa", que es el tercero, su ventura era ser amigos de encerramiento y de recogimiento, quietos, sosegados, muy serviciales de sus padres, queridos de sus parientes, enemigos de peregrinar ni de andar largos caminos, y que habían de morir buenamente y en su casa.

23. Los que nacían en el signo de cuetzpauui, que quiere decir "lagartija", el cual era tenido por buen signo, decían que el que en este signo nacía, ahora fuese el menor, ahora el mayor, o el de en medio, que había de prevalecer sobre todo su linaje y que había de tener muy dichosos sucesos; tendría riquezas y de comer, que nunca le faltaría. Y fundábanlo en que la lagartija es tan desosegada, echada en la pared, nunca le faltan moscas o mosquitillos que conner, viniéndosele a la boca. Así, pronosticaban al que en este signo nacía la prosperidad sin mucho trabajo.

24. El quinto signo era la "culebra", que en la lengua se llama coati. Los que en este día nacían decían que habían de ser hombres pobres, desnudos, sin abrigo y mendigos desarrapados, sin casa propia. Vivirían siempre de prestado y a pensión de otro y de continuo servirían, y esto, a imitación de la culebra, que anda desnuda, sin casa propia, y al sol y al aire, metiéndose hoy en un agujero y mañana en otro. Era signo tenido por malo.

25. El sexto signo era miquiztli que quiere decir "muerte". Este signo era también tenido por malo y muy melancólico, triste, así a los que en él nacían, les daban por hombres medrosos, asombrados, cobardes, sin corazón, olvidadizos, flojos, enfermos, de poco comer, enfermos del corazón.

26. Los que nacían en el signo de ma ati, que quiere decir "venado", eran hombres de monte, inclinados a cosas de monte y de caza, leñadores, huidores, andadores, enemigos de su natural, amigos de ir a tierras extrañas y habitar en ellas, desaficionados de sus padres y madres; con facilidad los dejaban.

27. Los que nacían en el signo de "conejo", que es el que dijimos se llamaba tochtii: a éstos daban la misma suerte y ventura que de los que nacían en el signo pasado de venado dijimos.

28. El signo noveno era all, que quiere decir "agua", el cual signo era signo malo. Eran hombres flemáticos, de poca vida, siempre vivían enfermos, pocos llegaban a viejos, de enfermedades largas y prolijas, nunca los acertaban a curar; eran hombres regañados, mal contentadizos, andaban siempre enojados, rostrituertos.

29. El décimo signo del décimo día del mes era itccuintli, que quiere decir "perro". Este signo tenían por muy dichoso y felice, y así a los que nacían en él les pronosticaban dicha y felicidad: de valerosos, generosos, que habían de subir a grandes dignidades, hombres de mucha familia, abundosos de todo lo necesario, francos, pródigos, amigos de tener qué dar, enemigos de los lacerados, amigos de que les pidan mercedes y de hacerlas.

30. El undécimo signo que esta nación señaló para nombrar un día de su mes y para sus particulares ejercicios y para conocer el nacimiento de los hombres fue ozomatli, que quiere decir "mico" o "mono", que todo es uno. A los que nacían en este signo tenían por hombres alegres, truhanes, graciosos, representantes y ganaban su vida a ello; tendrán muchos amigos, serán cabidos entre los reyes y señores, y si fuere niujer, será cantora, regocijada, graciosa, no muy honesta ni casta, risueña y muy fácil de persuadir en cualquier cosa.

31. El signo doce que llamaban "matorral", que quiere en la lengua decir malinalli. Pronosticaban y prometían a los que en él nacían que cada año habían de tener una grave enfermedad y que habían de llegar al cabo, y habían de sanar, a imitación del matorral, que cada año se seca y luego reverdece. Así, el que en el signo matorral nacía estaba una vez en el año malo, y sanaba; no moría de aquella enfermedad. No aplicaban otra cosa a este signo.

32. A otro signo, que era el de la "caña", a la cual llamaban acati. Este signo tenían por indiferente, aunque las propiedades que le aplicaban no eran muy buenas, porque decían del que en él nacía que, así como la caña es huca de dentro y sin corazón, que así los que en este signo nacían eran hombres descorazonados, inhábiles, de poco juicio, huecos, para poco, y aunque tuviesen hacienda y bienes, amigos de predicar pobreza, de mendigar; eran golosos, glotones, amigos de ociosidad y de estarse todo el día en cueros al sol.

33. 'Iras este signo venía el signo de ocelotl, que quiere decir "tigre". A los que en este signo nacían hallaban en sus suertes que habían de imitar al tigre, en ser osados, atrevidos, altivos, presuntuosos, soberbios, fantasiosos y graves. Apetecerán dignidades, cargos, alcanzarlos bah por tiranía y fuerza y por dádivas; anclarán alcanzados, serán pródigos, abatirse han a cosas serviles; serán amigos de sembrar y coger por su mano, aficionados a la agricultura, en nada huirán del trabajo; amigos de ir a la guerra, de mostrar y señalar su persona y valor; mostrarán a todo buen rostro y corazón; acometerán cualquier buen hecho, y si fuere mujer, la nacida en este signo, será libre, soberbia, presuntuosa, menospreciadora de las demás; tendrá poco reposo, galana de corazón, hará burla de todos; tendrá altos pensamientos.

34. Este signo que se sigue es cuauhtli, que quiere decir "águila". Tiene las mismas propiedades que del signo de tigre queda dicho, salvo que añaden que el que naciere en este signo, demás de tener las propiedades dichas del tigre, tendrá otras, que será inclinado a hurtar, y codicioso de bienes ajenos, avariento, que esconderá lo que tiene, a imitación del águila que es ave de rapiña.

35. El signo de cozcacuauhtli, que quiere decir "buharro", significaba y pronosticaba a los que en él nacían larga vida, sanos, recios, sin enfermedad, altos de cuerpo, doblados, membrudos, calvos, discretos, hombres de gran consejo y autoridad; sabios, graves, quietos, prudentes, retóricos, amigos e inclinados a enseñar y a predicar, amigos de dar buenos consejos de reprender lo malo, amigos de juntar discípulos a quienes enseñar.

36. El signo diecisiete, que era el llamado ollín, el cual vocablo quiere decir "cosa que anda o se menea"; el cual signo aplicaban al sol. Todos los varones que en este signo nacían los tenían por hombres que resplandecerían como el sol. Teníanlos por bienaventurados, bien afortunados, venturosos, dichosos. Tenían en gran dicha y buena suerte y buena ventura el nacer en este signo. Prometíanles señoríos, reinados a los que nacían en este día, a causa de que, así como el sol es rey y supremo entre los demás planetas, así prometían al que en su signo nacía estado supremo en la tierra. Y esto, como dije, a los varones, porque a las mujeres les era contrario:

anunciábanles que habían de ser tontas, bobas, necias, de corto juicio, lunáticas, desconcertadas, pero ricas y prósperas y poderosas, como los varones. Y así, aunque este signo era bueno, tenía parte (le indiferente por lo dicho.

37. El signo dieciocho era tecpatl, que quiere decir "pedernal". Teníanlo por el más mal signo de todos y perjudicial a la república y al multiplico de la generación humana. Del cual signo decían que, así como este pedernal era duro y recio, así causaba esterilidad en los hombres y en las mujeres que nacían en él, y así les pronosticaban el nunca tener hijos, que es el mayor dolor y mal que esta nación siente, les es la mayor afrenta entre ellos que se les puede decir el llamarlos estériles, infecundos, y así los estériles que no tienen hijos viven afrentados, y, a trueque de tener hijos, cometen muchos males y pecados. De manera que los que nacían en el signo del pedernal eran en todo dichosos, excepto en ser fecundos y tener hijos.

38. El penúltimo signo, que es el diecinueve, era el que llamaban quiahuitb, que quiere decir lluvia o aguacero. A todos los que en él nacían, así hombres como mujeres, les daban y prometían una muy mala ventura y era que habían de ser ciegos, cojos, mancos, bubosos, leprosos, gafos, samosos, legañosos, lunáticos, locos, con todos los males y enfermedades adherentes a éstas.

39. El último y veinteno signo era xochitl, que quiere decir "rosa". Era el día último del mes. Era signo que se aplicaba a los oficiales mecánicos, y así a los que en él nacían, inclinaban a pintores, plateros, tejedores, escultores, entalladores, en fin, a todo oficio que imita la naturaleza. En las mujeres, a labranderas, a tejer labores, a hacer pan pintado. Inclinaba a pulirse y a aderezarse, amigas de camisas labradas, de mantas labradas; limpios, curiosos, trabajadores para tener lo necesario, ganándolo por sus manos en sus oficios, etc.

40. Con lo dicho hemos dado fin a lo que toca a los meses y a los nombres y figuras con que eran nombrados y señalados; hemos dicho y contado cómo por ellos eran conocidas las venturas de los hombres, por los días en que nacían y por la figura en que habían nacido. Y creo, sin otra ciencia más de hechicería y superstición, porque yo he preguntado a algunos viejos de dónde tenían esta ciencia de conocer las venturas y sinos. Responden que los viejos antiguos se las dejaron y se las enseñaron y que no saben otra cosa. También he procurado examinar a algunos de los viejos que el día de hoy he hallado en esto defectuosos y enseñan a los mozos, y aun dicen la ventura a los niños y que ganan de comer a ello, y responden que aquella pintura y signo es malo y que eso lo causa, de manera que dan a entender que por ciencia particular no conocen nada, sino por la malicia que ellos imaginaron de aquel signo y pintura dejado por sus antepasados.

CAPITULO III

DEL NÚMERO Y RELACIÓN DE LAS SEMANAS, Y DEL MODO QUE CADA UNO TENTA EN FESTEJAR EL DIA DE SU NACIMIENTO

1. Después de haber tratado y dicho de los meses y de sus figuras y días, resta agora decir de las semanas y declarar el orden que en ellas se tenía. Cuanto a lo primero, es de saber que la semana de éstos era de trece días, corno la nuestra es de siete, y contada por aquel orden, venía justa y cabalmente a tener el año veintiocho semanas. Porque, así como para ajustar sus años y hebdomadas -como en el capítulo primero vimos- contaban los años de trece en trece, así ajustaron las semanas con el año, contando los días de trece en trece, y así los años, como los meses y las semanas, quedaron tan ajustados y por tan buen orden, que la cuenta de éstos fue admirable y de mucho ingenio.

2. La causa de hacer y ordenar que las semanas fuesen de trece días no careció de misterio, pues se ordenó para fin de festejar y solemnizar cada figura de las veinte que en cada día de su mes tenían, y para que ninguna de ellas quedase sin fiesta y solemnidad ordenaron que todo principio de semana fuese fiesta solemne y que aquella figura en que caía al principio de la semana fuese día solemne, a la manera que nosotros festejamos y guardamos el domingo los judíos guardaban el sábado.

3. También hubo otra consideración, según se da a entender, y es que, después de que cada figura fuese solemnizada, todos los que en aquella figura y signo habían nacido se holgasen y regocijasen. Y así había una costumbre que colgaban aquel día a todos los que nacían en el signo de quien se hacía conmemoración, y estaba ordenado de tal suerte el calendario, por estas figuras, y tenía tal orden que de trece en trece días les venía a caber a cada una figura de aquellas veinte el número primero, que era principio de semana y juntamente "domingo" donde se celebraba la fiesta de la figura y juntamente la cuelga de todos los que en aquel signo habían nacido.

4. Y para que con más claridad lo entendamos y con más facilidad, es de saber que el primer día del mes se llamaba cipactli, que es la cabeza de sierpe, y este día era domingo, y desde este día contaban y decían: Un cipactli, Dos Vientos, Tres Casas, Cuatro Lagartijas, Cinco Culebras, Seis Muertes, Siete Venados, Ocho Conejos, Nueve Aguas, Diez Perros, Once Monos, Doce Matorrales, Trece Cañas, en la cual figura se concluía la semana. Empezaba luego otra semana y decían: LTn Tigre, el cual era domingo y fiesta del tigre y de todos los que en él habían nacido; por este orden iban contando, de trece en trece, todos los días del año y festejando las figuras todas del mes.

5. Colgábanse estos naturales unos a otros los días de estos sus nacimientos, no de la suerte que nosotros nos colgamos, que es echar un rosario al cuello, o una tobaja, o una cadena de oro, etc. Estos no se colgaban así, sino que tomaban al que querían obligar a que les festejase, por respecto de su día y nacimiento, y, cual de pies, cual de cabeza, daban con él en el agua y zambullíanlo allí. El cual, salido de allí, quedaba ligado y atado a cumplir su fiesta. Y si aquel año no la cumplía, el venidero no le tomaban a colgar, a causa de que decían --y no con poco escarnio y menosprecio- que estaba atado todavía, que no había para qué colgarle, matallemas. Llamaban a esta cuelga apantlazalitzli, que quiere decir "pasar por el agua". Y hoy en día lo usan y lo he visto en algunas partes, que llegado el día del santo cuyo nombre tienen, los echan en el agua, como antiguamente lo solían hacer, y en otras partes van ya tornando nuestro uso.

6. De estas semanas no he podido hallar otra cosa de que hacer relación, ni de que este número de días sirviese de otra cosa, más de honrar y festejar las veinte figuras y darles día particular, en que solemnizasen una vez en el año, y digo una vez en el año, porque aunque el número de uno le cumpliese dos veces en el curso del año y rueda, la primera que le cabía la celebraban y hacían fiesta, pero la segunda, no, aunque holgaban el día y lo guardaban corno a domingo o principio de semana.

7. Porque eran tan amigos de fiestas que no perdonaban día que fuese de holgar, y así todo el año se les iba a estos naturales en fiestas. Porque ellos tenían las fiestas de sus principales dioses y diosas; luego tenían las fiestas que cada principio de mes celebraban, que era de veinte en veinte días; luego, celebraban los primeros días de la semana, de trece en trece días, tan entretejidas y continuas, que se atropellaban unas con otras. De donde se entiende y se colige ser esta gente tan haragana y enemiga del trabajo, y tan holgazana y amiga de fiestas y banquetes y areitos, como vemos, y el día de hoy experimentan los ministros que entre ellos en su ministerio andan ocupados cuánta solicitud y cuidado ponen en que los santos que en las ermitas de sus barrios y estancias tienen sean festejados y celebrados sus días, y entiendo verdaderamente no ser a honra de Dios, ni del santo, sino a honra de su sensualidad y de su vientre, y su fin es comer y beber y embeodarse: mero y último fin de las fiestas antiguas.

8. Y si en esto pareciere que soy demasiado y que lo encarezco mucho, considere cada uno qué es la causa que un barrio de diez o doce casas gaste y haga tan entero y espléndido gasto y banquete, como si fueran doscientas casas, convida a todos los demás barrios y vecinos comarcanos, y no hace falta ni quiebra en lo que toca a la comida y bebida, sino que sobra y resobra hay para que a otro día se huelguen y coman los que el primer día se ocuparon en servir a los huéspedes, ¿qué es esto?

9. Digo que es usanza antigua ordenada a comer y beber y holgar, porque en su antigua ley endemoniada, cada barrio tenía su ermita y dios particular, como abogado de aquel barrio, y el día de la fiesta de aquel ídolo se convidaban unos a otros para la celebración de él, y comían y gastaban los del barrio cuanto tenían, para que no faltase y cayesen en falta: a la letra se hace el día de hoy, sin faltar punto, en las solemnidades de los santos.

10. Repréndenme algunos que para qué condeno lo que ya perdió el objeto de mal y se convirtió en honra de Dios y de sus santos. Concédanme que nuestro Dios y sus santos sea bien que se sirvan de ser honrados con borracheras y glotonerías y con mil hechos nefandos y abominables que de tales fiestas resultan, que yo pediré perdón y me enoceré por de malas entrañas; pero mientras viere mezclar la ley de Dios con las costumbres idólatras antiguas, digo que se ofende Dios y sus santos, y en ello no reciben servicio ninguno, porque aquel día no oye misa ninguno del barrio; ¿por qué? Porque si hay quinientas personas, todas quinientas están ocupadas: ellas, en moler y hacer pan, otras en hacer el cacao, etc., ellos, en traer agua, leña, soplar, atizar el fuego, asar gallinas, barrer, enramar, componer aposentos, recoger la comida que de casa en casa se ha hecho: todos, para no sentir el trabajo de aquel día, andan borrachos, y si hubiese de contar lo que he visto y entendido y siento, sería nunca acabar.

11. Quiero abreviar, pero no dejar de decir lo que en el mudar y dilatar de las fiestas siento, pues no carece de mal el pedir que sea este domingo, o sea el otro, y mire el cristiano y siervo de Dios que hablo de experiencia de vistas y no de oídas, como dicen, porque puede haber engaño y malicia y superstición diabólica, y fingiendo que, para más aparejo, quieren que sea el domingo que viene, y para que sea más solemnizada; pero adviertan

que no lo hacen sino porque el ídolo de aquel barrio, o la figura del día del nacimiento del mandoncillo cae aquel día y quiere que el santo y su ídolo se solemnizen juntos y que tenga esto apariencia de verdad.

12. Cuántas veces les habrá acontecido a los padres ministros haber tres y cuatro meses que pasó la fiesta y venirla a pedir sin tiempo, ni son, después de muy olvidada! Y si les preguntan la causa de tan larga espera, responden que no había ramada, que no estaba encalado el altar, que repararon la cerca, etc. . . ; traen tres mil achaques y mentiras, Y mirandid) SU calendario, hallarán que aquel día cae la fiesta del ídolo que aquel barrio festejaba, y santo e ídolo van revueltos. Y es cierto, que no miento, que he oído semejantes días cantar en el areito unos cantares de Dios y del santo, y otros mezclados de sus metáforas y antiguallas, que el demonio que se los enseñó sólo los entiende.

13. Y porque ya hemos propuesto de dar aviso a los ministros, no dejemos nada por avisar. Sepan los reverendos padres que, juntamente con el nombre de cristiano, se pone el nombre del signo en que nació antiguo, y lo tienen por renombre. Ejemplo: Si nació en el signo de la "culebra" y en el bautismo se puso Pedro, llámase Pedro Coati, que es el nombre del signo en que nació, y si nació en el signo de la "lagartija", llámase Juan Cuetzpal, juntando el un nombre con el otro, así de todos los demás. Dios nuestro señor alumbra a los ministros para contra tan mal enemigo y adversario, como es el demonio, nos dé claridad en todas las supersticiones, para destruirlas, y para entender esta ensalada y mezcla que de sus antiguas supersticiones y de la lev y ceremonias divinas tienen hecha. Y porque no hablo de coro, como dicen, quiero contar un cuento:

14. Un padre, muy honrado y muy celoso de la honra de Dios y de la doctrina, con quien yo vivía y en cuya compañía estaba, mandó que en todos los barrios se pusiesen cruces, para que saliesen a rezar la doctrina. Todos pusieron cruces, excepto un barrio, que como gente más devota, se quiso aventajar, y pidieron que se les diese licencia para edificar una ermita, la cual (licencia) les fue concedida, y mandado que el nombre del santo fuese San Pablo o San Agustín. Ellos dijeron que se hablarían.

15. Después de los quince días, volvieron y dijeron que no querían a San Pablo, ni San Agustín. Pues preguntados qué santo querían, dijeron que a San Lucas. Yo, notando la petición y el ahinco con que la pedían, advertí en qué podía haber algún mal, y fui al calendario de sus ídolos, y miré qué fiesta y signo era en el que caía San Lucas, considerado, fuime al mandoncillo de aquel barrio y preguntéle cómo se llamaba, y él respondióme que Juan. Rogué que me dijese el nombre que tenía de su ley antigua, del día en que había nacido, y díjome que en el signo calli, que quiere decir "casa", y vi clara y manifiestamente pedir el día de San Lucas por razón de que cae en el día y signo de la casa, y aun porque dos días antes es una de las grandes y solemnes fiestas que ellos tenían. Y así, reprendiendo su doblez y mala intención, le dije que aquella superstición le había movido y no la mortificación de la cruz que trujo mientras vivió, ni la mucha devoción que le tenía.

16. Reprendiendo yo a un indio (con motivo) de ciertas cosas, y en particular de que había andado arrastrado, recogiendo dineros, con malas noches y peores (lías y, al cabo de haber allegado tanto dinero y con tanto trabajo, hac e una boda y convida al pueblo todo y gástalo todo, y así, riñendole el mal que había hecho, me respondió : ---Padre, no te espantes, pues todavía estarnos nepantla, y como entendiese lo que quería decir por aquel vocablo y metáfora, que quiere decir "estar en medio", torné a insistir roe dlijese qué medio era aquel en que estaban. Me dijo que, como no estaban aún bien arraigados en la fe, que no me espantase; de manera que aún estaban

neutros, que ni bien acudían a la tina ley, ni a la otra, o por mejor decir, ciue creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y ritos del demonio, y esto quiso decir aquel en su abominable excusa de que aún permanecían "en medio y eran neutros".

17. Algunas personas -que no son tres---- dicen que será traer otra vez a la memoria de los indios sus antiguallas y ritos. Plugiera a la bondad de nuestra señor Dios que ellos las tuvieran raídas de su memoria y de sus entendimientos, que yo fuera el primero que lo echara en el fuego, para que no hubiera memoria de tan abominable ley. Pero ¿quién no dará aviso y se dolerá de ver que algunos y en algunas partes están todavía regoldando sus idolatrías supersticiones y sus antiguas miserias?, y ya que no Son todas, hasta tino en un pueblo para hacer mucho mal y para solo aquel es justo que el rrrnistro tenga aviso de lo buscar y escudriñar y destruirlo, como cosa que toca a la honra de Dios, y para que los sudores y trabajos y las aflicciones pasadas por la conversión de estas ánimas no sean en vano, va que lo trabajan y zaquean por montes y quebradas, desterrados de todo su consuelo, haciendo vida eremítica y solitaria, vueltos bestias con las bestias e indios con los indios y bárbaros con los bárbaros, gente extraña de nuestra condición y nación política. De lo cual sienten muy poco los que hablan desde fuera, no queriendo poner las manos en la masa. Y así prometo que mi intención no es avisar, ni dar aviso a los indios, porque ellos se están avisando y tienen tanto cuidado de esconder sus papeles y antiguallas y de tenerse secreto y guardarse la cara, que no han menester avisador.

CAPITULO IV

PRIMERO MES DEL AÑO UE LOS INDIOS CELEBRABAN, EL CUAL ERA DE VEINTE DÍAS NO MÁS

1. Primero día del mes de marzo celebraban estas naciones antiguamente el año nuevo, como nosotros agora celebrarnos el primero de enero. Celebrábanlo ellos el primero de marzo, y con tanta diversidad de cerimonias, que era cosa maravillosa, y tan dignas de saber, que ics haría agravio en querer abreviar, aunque la prolijidad es enemiga de toda historia, pero diré lo que de este año nuevo hay que decir, sin que el lector reciba enfado.

2. Este día de año nuevo tenía cuatro nombres, por concurrir en él cuatro fiestas y solemnidades. La primera se llamaba Xiuhztitzquilo que quiere decir "tomar el año en la mano", y lo segundo, propiamente tomado en el rigor del vocablo, quiere decir "tener un ramo en la mano". Y porque lo entendamos, es de saber que xjhu itl significa dos cosas: "año" y "ramo". Es vocablo que significa estas dos cosas: Tomándose por "año", quiere decir "tomar el año en la mano", y, tomándose por ramo, dirá "tomar el ramo en la mano".

3. Según la pintura, que es un indio con un ramo en la mano, parece que nos quiere significar la segunda declaración del vocablo, que es tener un ramo en la mano. Pero considerado, como ellos lo consideraban, que el año era de muchos meses y días, compuesto como el ramo de muchas ramas y hojas, propiamente, aunque por metáfora, quiere decir "tomar el año en la mano", empezar el año, como acá decimos: Tomé el camino en la mano, para dar a entender que empezó el camino. Así éstos, por metáfora, daban a entender ser el principio del año y tomar y empezar a correr su año. Y esto era el primer nombre que año nuevo tenía.

4. El segundo nombre que tenía era Cuahuitlehua, que quiere decir "empezar a caminar los árboles", o "empezar los árboles a levantarse", y era propiamente decir que ya los árboles, que habían estado caídos y tristes (en) el invierno, con los hielos, entonces empezaban a levantarse y a retoñecer y a dar flores y hojas, como en realidad de verdad, entonces reverdecen y se hinchen de flores y frescura. Y éste era el segundo vocablo con que nombraban este día.

5. El tercer nombre que el año nuevo tenía era atl motzacuaya, que quiere decir "atajar el agua". Entendí de este vocablo, aunque no supieron dar perfecta relación del propósito por qué llamaban al año nuevo atajar el agua, que era porque en marzo empiezan a caer algunos aguaceros, y las sementeras, que hasta entonces habían sido de regadío, estaban ya sazonadas y no les era necesaria el agua.

6. Y de esta misma razón componían el cuarto nombre de este día, que era Xilomaniztli, que quiere decir que "va había mazorca fresca y en leche". Y esto es lo que de estos cuatro nombres que el año nuevo tenía he pedido sacar en limpio acerca de la causa por qué los tenía.

7. Dijimos que el primer nombre era Xiuhztitz quilo, que dijimos arriba quería decir "tocar ramos". Y este vocablo conformaba con la cerimonia que aquel día se hacia, la cual era que todos, chicos y grandes, salían aquel día a los campos y a las sementeras y huertos todos tocaban con las manos las yerbas, y ramos nacidos en él de nuevo aquel año, así hombres como mujeres, como queda pintado en la figura. Algunos dan diferente relación y dicen que, de más de tocar las yerbas, que arrancaban algunas y entraban con ellas en las manos en el templo, a la mesma manera que el día de ramos entramos en la iglesia con palmas en las manos. De lo cual he visto admirar a algunos viejos

que dicen que por el mismo tiempo casi siempre cae el domingo de ramos, que ellos celebraban su fiesta de ramos y año nuevo.

8. Este día hacían particular ofrenda a los dioses, así de comidas como de plumas y joyas, etc., pidiendo a los dioses año fértil y bueno y buenos sucesos. En él comían comidas nuevas y diferentes de los días cotidianos y de su ordinario. Y esto de comer comidas diferentes en sus fiestas era rito y ceremonia de diferenciar los manjares y comer en cada fiesta un manjar nuevo, el cual aquella fiesta permitía conner.

9. A los diecisiete días de este unes celebraban la fiesta, solemnísimas para ellos, del sol. Caía esta fiesta en la figura que se dice olin. que quiere decir "curso", en el número cuatro, después de los trece días. Llamábanle la fiesta del "cuarto curso". Celebrábanla los caballeros o comendadores que dijimos del sol, como habrá notado el lector en la fiesta del sol y de estos caballeros que en el capítulo quince * queda dicho. La figura que reverenciaban era la que a diecisiete días de aqueste mes de que vamos tratando queda señalada a la manera de una mariposa. Esta fiesta era particular, no se contaba con las dieciocho del año; la cual celebraban dos veces en el año, y a la otra vez que se celebraba, era a dos de diciembre, porque allí tomaba a caer el cuarto curso", contado por el número de los trece días.

10. Este día hacían una ceremonia, que además de ser ceremonia de este día, era superstición y es que, acabada la ceremonia de los ramos, antes que los niños se desayunasen, los tomaban las madres y los padres y les estiraban todos los miembros: las manos, los dedos, los brazos, las piernas, los pies, los cuellos, las narices, las orejas... todos los miembros, sin quedar ninguno, a contemplación de que. la que no lo hacía, no crecería su hijo aquel año todo lo que había de crecer, si (no) hiciera aquella ceremonia. De suerte que el estirarle era habilitarle para crecer todo lo que había de crecer aquel año con lo cual se concluye lo que de este mes hay que decir.

CAPÍTULO V

SEGUNDO MES DEL AÑO QUE LOS NATURALES CELEBRABAN, EL CUAL ERA DE VEINTE DIAS LLAMABAN A ESTA FIESTA TLACAXIPEHUALIZTLI

1. A veintiuno de marzo, según nuestra cuenta, entra el segundo mes que los indios celebraban. El cual primer día de este segundo mes celebraban la fiesta primera de las dieciocho que en cada principio de mes celebraban. Llamábanla a esta fiesta Tlacaxipehualiztli, que quiere decir "desollamiento de hombres". De la cual solemnidad y sacrificios crueles y terribles y espantosos de muertes de hombres tratamos en un capítulo del libro que atrás queda escrito,* donde dijimos, cómo después de muertos, los desollaban se vestían los cueros otros que para aquello eran diputados, y anudaban a pedir limosna por las puertas y a asombrar muchachos y a bailar de puerta en puerta, hasta que los cueros se rompían, como en su lugar vimos.

2. También dije en la relación del capítulo pasado de este calendario que en todas las fiestas había una diferencia de comida, para diferenciar la fiesta, conro había de sacrificios. Comían en este día unas tortillas retuertas, a manera de melcochas, hechas de un maíz que los indios tenían colgado en manojos de los techos, de las mismas hojas, que ellos les llaman acholli: los cuales manojos de mazorcas hoy en día los guardan de la misma manera. Llamaban a las tortillas que de este maíz y no de otro, este día comían cocolli, que quiere decir "pan retorcido". De estas tortillas hacían sartales y se componían con ellas y bailaban ceñidos con ellas, todo aquel día de estas tortillejas ofrecían mucha cantidad de ellas.

3. A los que andaban vestidos con los cueros de los muertos juntamente les ofrecían de aquellos manojos de maíz, que para aquella superstición tenían guardado todo el año, lo cual hoy en día se usa y es y fue fundado en superstición. En lo cual caí después que oí esta relación, y es hoy en día tan ordinario el tener manojos de mazorcas colgados en los techos, que en ninguna casa entraran, por desventurada que sea, que no hallen dos o tres manojos de estos colgados. Lo cual guardan para solo este efecto de comerlo por este tiempo, fundados en aquesta malicia y mala intención de que ha de ser de aquello que ha estado colgado en aquellos manojos y no otro, aunque tengan la troje llena de maíz Y es el nial que. desde la hora que cuelgan aquel maíz así en manojos, desde aquella hora está dedicado al demonio y ofrecido a él para semejantes ccrimnias, y de aquél han de sembrar y no de otro.

4. Ya podrá ser que en este tiempo esté olvidada la imitend iún, ptics son ya cristianos, pero a mí pésame en el ánima, cuando los ved) penclientes de las vigas, porque se mc representa el mnso antiguo. Remítolo al juicio divino y déjoln, pues no hay favor ya para otra cosa, pues no falta quien ponga silencio y mande se callen, y así se están calladas y encubiertas muchas cosas, hasta que la voluntad divina sea servida se descubran.

5. Las ofrendas de este día eran papel, hule, copal, lo cual alzaban los sacerdotes, y derretían aquel hule y rayaban con él tcdos aquellos papeles y, así rayados, los llevahan a los montes, donde tenían sus cuevas y adoratorios y sacrificaderos- y mezquitas llenas de ídolos, pequeños, de piedra y de barro, a los cuales vestían con aquel papel rayado, poniéndoselos como sambenitos, ofreciéndoles delante todo ci papel que sobraba y el copal y el hule. Este hule quiere decir batel; es corno nervios y sacado de árbales; tiene virtud de saltar hacia lo alto y es veloz, de lo cual hacían pelotas grandes para el juego de pelota; puesto al fuego, se denrite fácilmente; era niuy particular y muy común ofrenda de los dioses, del cual usaban los indios médicos para algunas enfermedades y hoy en día lo usan.

6. Todos los asentaderos con que este día se asentaban habían de ser hechos de hojas de zapotes blancos. El tzápotl es una fruta del tamaño de un membrillo, y son verdes de fuera y de dentro, blancos, y de las hojas de éstos hacían asentaderos éstos aquel día para sentarse y no de otra cosa. Superstición diabólica. Duraba esta superstición hasta la fiesta venidera de esta a veinte días, juntamente con el ofrecer todos estos veinte días que no cesaba, y así se recogía grandísima copia de multitud de papel y de hule y de copal.

7. Esta fiesta era solemnísima y de mucha autoridad, tanto y más que la Pascua florida agora entre cristianos, y no hace poco mal y perjuicio a la santísima Pascua de la resurrección de Cristo, nuestro bien, el tener estos indios esta fiesta tan cercana y vecina como la tienen, para que la solemnidad de Jesucristo fuera sin mezcla de alguna superstición. Pero ¿qué se puede hacer más de que el que tiene poder lo remedie? Porque yo oí decir a una india vieja, que inc la trujeron por sabia en la ley, que debía de haber sido sacerdotiza, que también ellos tenían Pascua de Resurección y de Natividad, como nosotros y en el mismo tiempo que nosotros y Corpus Cristi, y señalóme otras fiestas principales que nosotros celebramos. Yo le respondí: M ala vieja, ci diablo que tan bien supo ordermar y sembrar su cizana res olverla con el trigo, para que no acabásedes de conocer la verdad...Tenía esta fiesta y pascua suya veinte días de octava, donde en cada día había bailes en el tianguiz y mil cenimonias y juegos.

CAPITULO VI

TERCERO MES DEL AÑO, QUE LOS INDIOS CELEBRABAN ANTIGUAMENTE DEBAJO DE ESTE NOMBRE: TOZOZTONTLI

1. El tercero mes del año que éstos contaban era de otros veinte días, como los demás. Tenía en el primer día su fiesta, como está dicho en los demás. Y la efigie que reverenciaban en ella era un pájaro galano, con un hueso atravesado; a la cual figura llamaban tozoztontli, que quiere decir por este vocablo diminutivo "la punzadurilla pequeña", que hablando a nuestro modo, quiere decir "cosilla pasada con alguna cosa de una parte a otra". Y la misma figura lo demuestra, pues pintan en el cielo un pájaro con un hueso atravesado por medio, y nombraban a esta figura con vocablo diminutivo, a causa de que la punzadura grande era dende a veinte días, a principio del mes que viene después de éste.

2. Para declaración de esta barbaridad, aunque confieso que yo no hallo vocablos para poder explicar en español, es de saber que, aunque confusamente, entendí ser unas estrellas que en el cielo se mostraban como pájaro atravesado con un hueso. A cuya imaginación acude la de los poetas y astrólogos que imaginaron el signo de Taurus, compuesto de tantas estrellas, así éstos imaginaban en el cielo este signo y llámanle por nombre diminutivo y punzadura pequeñita: era por dos cosas, la primera, porque las agitas iban entrando poco a poco y en estos veinte días iban creciendo hasta la punzadura grande, cuando ya entraban las aguas de golpe. Celebrábase este día a diez de abril, según nuestra cuenta, donde a gran prisa todos salían a sembrar los llanos y las pertenencias, aunque algunas dejaban para el mes que viene de la punzadura grande.

3. La segunda causa porque tenía este nombre de punzadura chica, era porque diez días después de este día, que era a medio mes, sesaerificaban todos los muchachos de doce años para abajo, hasta los niños de teta, punzándose las orejas, las lenguas, las pantorrillas, y este sacrificarse era prepararse para la fiesta venidera, donde se hacía una general purificación de las madres, casi al modo judaico y ley antigua, como en su lugar diremos.

4. Item, este día se hacía una abusión y superstición en algunas partes, y en casi todas, el día de hoy lo he visto hacer, y era que, de árbol a árbol, por encima (le las milpas, ataban unos cordeles; colgaban de estas cuerdas algunos idolillos, o trapos. en fin, alguna cosa, de trecho en trecho, que los que no lo saben y entienden creerán que son espantajos para pájaros, o juguetes de muchachos, en realidad no es sino superstición abusión.

5. También componían de las nuevas rosas que empezaban a nacer, componían (sic) rosas para recrearse. Este día con ellas comían y bebían y bailaban con ellas todo este día festivo, e inventaban mil géneros de regocijos. La cual cerimonia era ofrecer a los dioses las primicias de las rosas. Ya verán en la figura un indio sentado haciendo rosas, al modo que ellos las componen, de lo cual había y hay grandes maestros.

6. Había otra cerimonia, y era que a todos los muchachos que se sacrificaban, de doce años o menos, y más, como dije arriba, los hacían ayunar a pan y agua. Y, para que todos guardasen sin violación esta cerimonia, luego de mañana les alzaban los bastimentos, que era quitarles la ocasión, del chile, del maíz, del pan y todo género de legumbres, escondiéndoselas, hasta que llegaba la hora de medio día, desde la cual hora. iban a comer hasta hartar y no les era nada vedado, habiendo una hora o dos antes comido pan y agua.

7. Unos viejos supersticiosos, que eran los agoreros (le los pueblos, andaban de casa en casa este día a preguntar por los muchachos que habían ayunado y hecho aquel sacrificio de punzarse las orejas, etc., y, como hubiesen ayunado y hecho lo que eran obligados, por superstición les ataban unos hilos colorados, o verdes, o azules, a los cuellos, o negros, o amarillos en fin de la color que se les antojaba a aquellos agoreros, poniéndoles en el hilo algún huesezuelo de culebra, o algunas piedrezuelas ensartadas, o alguna figura de ídolo. Lo mesmo hacían a las muñecas de las niñas, poniéndoles zarcillos en las orejas, no por ornato, sino por superstición y agüero.

8. Las madres y padres, conforme a su calidad, contribuían con alguna limosna a estos agoreros, en reconocimiento del bien que habían hecho a su hijo, porque les hacían creyentes de que, con aquello, huirían las enfermedades de ellos y no les empecería ningún mal. Y hoy en día hay de estos agoreros tras cada cantón, que con mil engaños hacen que crean dos mil agüeros y engaños, persuadiendo a tener fe y esperanza en las tresquilas de los cabellos. Que sea así, o así, de este modo o de otro modo, al modo que los papas antiguos se tresquilahan: a tinos, haciendo coronas, o a otros, cercos y cruces; a otros, dejándoles pegujones de cabellos, atrás, otros, adelante, a otros, a los lados, y a otros les ponían gargantillas de huesos de culebras y zarcillos y piedras, dándoles a beber polvos y raeduras de idolillos, dándoles a entender que con aquello sanarían de las enfermedades y fiebres, de las cámaras y ciciones, engañando a esta gente, tan simpel miserable que lo cree como el Credo, y el Credo no cree y aquello, sí ...!Y despersuadirles es hablar en el desierto. Y si llega el religioso con celo de Diosa tresquilarle el hijo y quitarle al hijo aquellas cruces y cabellos, así se turba y se pone mortal y temerosa, como si ya tuviese su hijo delante muerto.

9. En este día bendecían las sementeras los labradores e iban a ellas con braseros en las manos y andaban por todas ellas echando incienso, e íbase al lugar donde tenían el ídolo y dios de su sementera y allá ofrecían copal y hule comida y vino, Y con esto concluía la fiesta chica de Tozoztontli.

CAPÍTULO VII

CUARTO MES DEL AÑO QUE LOS INDIOS CELEBRABAN EN SU ANTIGUA LEY. ERA DE VEINTE DIAS COMO LOS DEMÁS, Y CELEBRABAN EN ÉL LA FIESTA LLAMADA OCHPANIZTLI, QUE QUIERE DECIR "DIA DE BARRER", Y JUNTAMENTE CELEBRABAN LA FIESTA DE TOCI, MADRE DE LOS DIOSES

1. La fiesta solemnidad que en el principio del cuarto mes celebraban los naturales era solemnísima Caía, según nuestra cuenta y calendario, a treinta de abril. Llamabanla la solemnidad del Huey Tozoztli, que quiere decir "la gran punzada", como dijimos, era preparación para esta la del mes pasado pequeña (punzadora).

2. Era esta fiesta una purificación de las mujeres paridas y como circuncisión de niños. Y en lo que parecía ser purificación de estas mujeres era en que, así por el niño corno por las madres, ofrecían este día ofrendas al modo de la vieja ley, donde ofrecían corderos, tórtolas o palominos, acá ofrecían este día codornices, gallinas, pan, mantas, etc. Hacían esta ceremonia todas las paridas que de la fiesta pasada del año pasado acá habían parido, la ceremonia era de esta manera:

3. Compraban aquellos días antes gran cantidad de astillas de tea; de estas astillas hacían una larga hacha gruesa. También se apercebían de la ofrenda que habían de llevar. Molían un poco de maíz frangollado y mal molido, y revolvíanlo con semilla de bledos, tostada y amasábanlo una harina con la otra, echándole miel en lugar de agua, y hacían un pan que se llamaba en la lengua toma/li. Y por el propio nombre de este género de pan se decía tzocoyotl, que es como nosotros decimos por este vocablo diminutivo "bollitos". El cual género de pan no sólo se hacía para ofrenda, pero también para comer este día, pues era ceremonia de su religión que no se había de comer otro pan.

4. También se ocupaban las madres de los niños que habían de ser presentados al templo y ellas purificadas, en tejer mantas y camisas de mujeres, bragueros y faldellines, para vestir a todos y a todas las que las acompañaban, de sus parientes y amigos, en aquella estación que hacían, y cada uno hacía conforme a su posibilidad: los ricos, más, los pobres, menos, cada uno conforme a su estado.

5. Llegada la víspera de la fiesta, en poniéndose el sol, los sacerdotes del templo hacían señal con aquellos caracoles y bocinas y atambor que solían tocar y tañer en las solemnidades; la cual hecha, los que habían de salir se aderezaban y juntamente vestían un indio, que para este efecto tenían alquilado y una india juntamente. Al indio le daban el hachero de tea encendido, y a la india ponían el niño a cuestas.

6. La madre tomaba ella misma su ofrenda en la mano y a cuestas, y yendo el indio delante alumbrando, salía de su casa y andaban las estaciones, por todas las ermitas de los barrios de la ciudad, a la misma manera que lo usamos el jueves santo, y en cada ermita dejaba alguna ofrenda. Y a este modo andaban todas las paridas toda la ciudad, tan llena de hacheros y lumbradas que era cosa de ver, y tan llena de gente que no podían por las calles romper unos con otros. Concluido el andar de las ermitas de los barrios, venían al gran templo, donde era la principal ofrenda, presentándose a los sacerdotes, los cuales las purificaban con ciertas ceremonias y palabras y quedaban limpias de aquel parto.

7. En lo que dijimos que también parecía esta ceremonia que en este día se hacía circuncisión de niños, parécelo por lo que diré, y era que, llegando al gran templo de Huitzilopochtli, allí tomaban al niño, por

pequeñito que fuese, y ofrecíanlo al sacerdote, y el sacerdote tomaba el niño y con una navaja de piedra que la misma madre traía le sacrificaba la oreja y la puntica del capullito de su miembrecito, dándole así en la oreja como en el lugar indicado una muy delicadita cuchillada, que apenas salía sangre, o se parecía, y a las mujeres sola la oreja.

8. Acabado el sacerdote de cortar con aquella navaja, luego le echaba delante de los pies del ídolo y la madre pedía nombre para su hijo. Y si era señor, dábanle nombre exquisito, ejemplo: "Motecuhzoma", que quiere decir "Señor enojado", que fue la causa porque le nombraron así: consideró el sacerdote la fisonomía del niño y parecióle de rostro mohíno y triste y airado, o nació en día triste o melancólico, y púsole aquel nombre, y lo mesmo era de los demás señores.

9. Si era macehual y de baja condición, poníanle el nombre del día en que había nacido y no curaban de más consideración. Puesto el nombre, ofrecía su ofrenda, poca o mucha, e íbase a su casa, tan santificada y purificada como de antes y peor. Hacía banquete y comida a los que la habían honrado y vestíalos y agradecíales la honra e íbase a su casa.

10. Resta agora decir de la cerimonia que los padres de los niños hacían, pues en este día no estaban ociosos, aunque los principales pocas veces se ocupaban en ceremonias, usando de su autoridad y gravedad, porque siempre las redimían y recompensaban con ofrendas y limosnas; los que las cumplían siempre era gente labradora y baja. Hacían, pues, una cerimonia este día, que iban a las sementeras, que la solemnidad pasada fue como preparación de ésta y fue la punzadura pequeña, a donde santificaron las milpas y sementeras, y muy de mañana, juntos en escuadrones, arremetían a estas sementeras con gran vocería y alarido y arrancaban de aquellas cañas de maíz pequeño, o grande, si lo había, una mata o dos, y con aquello en las manos, unos iban al templo y echábanlo allí. Otros las arrojaban en los parladeros o mentideros, como decimos; otros, en las calles cada uno como tenía la devoción y su agüero los inclinaba, y luego se iban a su casa y sacrificábanse las orejas, los molledos, las pantorrillas, todos, sin quedar ninguno que aquel día no se sacrificase y se punzase los lugares dichos, a cuya causa la llamaban la gran punzadura, porque se sacrificaban los grandes y los chicos.

11. Este día se celebraba la grande y solemne fiesta de Tlaloc, que es el dios de las lluvias, de quien tratamos en el capítulo doce del libro donde tratamos de los dioses y de la laguna, en el capítulo veintitrés,* donde dijimos que en el monte donde este dios estaba mataban niños, y en la laguna, a la diosa de las aguas una niña en medio de la laguna. Era este día tan solemnizado y había en él tantas y tan innumerables ceremonias, que habiéndolas ya tratado allí, aunque no por muy extenso, no hay para qué tratarlas aquí.

12. Pero, por ser superstición, quiero avisar de una cerimonia que los indios hacían y era que, cuando los indios arrancaban las matas de maíz, que las llamaban centeoti ana, que quiere decir "quitar el dios de las mazorcas", en arrancando estas matas, las cuales ofrecían como primicias de sus sementeras, decían las indias en alta voz: "Señora mía, venga presto." Y esto decían hablando con las sementeras que se sazonasen presto, antes que los hielos las cociesen. Luego, los indios tomaban flautilas y andaban por todas las sementeras tañendo a redondo de ellas.

CAPITULO VIII

QUINTO MES DEL AÑO EN EL CUAL SE CELEBRABA LA FIESTA DEL PRIMER DÍA DEL MES LLAMADO TOXCATL, QUE QUIERE DECIR "COSA SECA". EN EL CUAL DIA CELEBRABAN LA SOLEMNIDAD DEL IDOLO LLAMADO TEZCATLIPOCA, FIESTA PRINCIPAL DE LOS NATURALES

1. El quinto mes de los años mexicanos caía a veinte de mayo, según nuestra cuenta. Celebraban en este primer día del mes, corno en los demás, una gran fiesta y solemnidad, a la cual llamaban Toxcati, la cual era de las más célebres y aventajadas que estos indios tenían. De la cual solemnidad traté en el capítulo octavo,** cuando referí la solemnidad de Tezcatlipoca, ídolo de los más reverenciados en estas naciones. Tenía este día por tan principal, y más, que el de Huitzilopochtli, y así lo dije y referí en el dicho capítulo que su fiesta y regocijo y bailes, farsas y representaciones igualaban con la del Santísimo Sacramento, que casi siempre cae por ese tiempo. Maldito sea tan mal adversario que así cuadró y trujo su agua al molino para que nunca deje de andar esta rueda a punto! Era tan llena de cerimonias y de tantos ritos e infernales sacrificios cuantos en el lugar referido contamos.

2. Demás de ser día de la solemnidad referida, era día de fiesta de las del número de veinte y de las del principio del mes, que le nombraban Toxcati. Este nombre, aunque estuve muchos años que no lo entendí, por la oscuridad del vocablo, al fin vine a entender de él querer decir "cosa seca" y que influía sequedad. Y vínelo a entender por una palabra que un relator de éstos me dijo que siempre por este tiempo les faltaba el agua y que la deseaban y la pedían al dios que en este día se solemnizaba, y como nosotros decimos "deseado como agua de mayo", así teman ellos este refrán que decía titotoxcauia, que quiere decir "secarse de sed", y así toxcati quiere decir "sequedad y falta de agua".

3. Lo que hay que contar de este día, demás de lo que en la solemnidad del ídolo queda dicho, es que este día hacían los sacerdotes una cerimonia por todo el pueblo, de gran superstición y era que este día, luego de mañana, todos los sacerdotes de poca cuenta de los barrios, andaban de casa en casa con un brasero en la mano y, por muy de baja suerte que el dueño fuese, le incensaban toda la casa, empezando desde los umbrales hasta el postrero y último rincón.

4. Habiendo incensado la casa, empezaban luego por las alhajas de casa, e incensaban el fogón, y luego la piedra de moler, y luego el tiesto donde cuecen el pan, y luego las ollas y ollitas y cantarillos, platos, escudillas, aderezos de tejer, instrumentos de labrar la tierra, las trojes e instrumentos de sus oficios. En fin, no quedaba cosa, hasta los cestillos y canastillas de tejer y de hilar y de tener pan. A estos sacerdotes estaban obligados todos los caseros a dar alguna limosna, por causa de haberles hecho en su casa aquella cerimonia y beneficio, de haberles sahumado y bendito la casa, dándoles tantas mazorcas por cada cosa que sahumaban.

5. La causa de andar estos sacerdotes de esta manera era por respeto de aquella limosna que les daban, porque, como he dicho, vivían de limosnas y en pobreza. Y era aquello como en España andaban los monacillos por las puertas a echar agua bendita, por respeto de que les den alguna limosna de harina o leña. Así estos sacerdotes, no comían de otra cosa, sino de lo que de limosna les daban y debandaban y les ofrecían por las puertas, a la misma manera que andaban los padres de San Francisco, a cuya causa creo les son tan aficionados.

6. Este día hacían un solemne baile, todos coronados de unas coronas o mitras, hechas de unas cañas delgadas, pintadas y adornadas curiosamente,

compuestas como unas celosías y en todos aquellos agujeritos que entre caña y caña quedaban, llevaban colgadas estampitas de oro, o piedrecitas y mil curiosidades. Porque todos los que entraban en este baile, al cual llamaban toxcanetotiliztli, que quiere decir "el baile de Toxcatl", eran señores y gente principal. A estas coronas o tiaras llamaban tzatzaztli, que quiere decir "cosa compuesta y obrada como reja". Lo más que este día se comía era de aves de todo género, como día solemnísimos, y carne humana, de la carne de los sacrificados de aquel día que eran muchos.

7. Toda esta fiesta se enderezaba para pedir agua. Invocaban a las nubes, cuando se detenía el agua por mayo, y para impetrar y alcanzar lo que pedían, hacían este día una general invocación de los dioses más principales, como era a Huitzilopochtli y a Tezcatlipoca, y al sol y a la diosa Cihuacoatl. De todos éstos hacían conmemoración a este día, y en oyendo la gente del pueblo tañer unas flautillas que aquel día se tañían, comían tierra todos los de la ciudad, postrándose por tierra.

8. Comían este día por superstición en toda la tierra maíz tostado y reventado que parecen confites, y demás de que lo comían, hacían grandes sartas de ello y adornaban sus ídolos y ellos se las ponían al cuello para bailar.

9. Bailaban este día mujeres y hombres todos juntos, y las mujeres todas habían de ser doncellas. Iban todas emplumadas (de) las piernas, hasta las rodillas y los brazos hasta los codos con plumas coloradas. De esta superstición usaban en los casamientos, que todas las que se habían de casar, como fuesen mozas doncellas y que nunca se hubiesen casado, les emplumaban las piernas y los brazos con estas plumas coloradas. Y este día eran ellas las cantoras que empezaban el canto y los señores, que eran los que hacían la rueda, respondían, estando ellas todas en orden junto al atambor bailando.

10. Otros muchos entremeses, farsas y regocijos de truhanes y de representantes pudiera contar, pero no hace al propósito de la relación, pues sólo pretendo dar aviso de lo malo que entonces había, para que el día de hoy, si algo de ello se oliere o sintiere, se remedie y extirpe como es razón.

CAPÍTULO IX

EL SEXTO MES DEL AÑO DE QUE VAMOS TRATANDO TENÍA VEINTE DÍAS. LLAMABAN A LA FIGURA QUE EN PRINCIPIO Y DÍA PRIMERO DE ÉL SE CELEBRABA ETZALCUALIZTLI, QUE QUIERE DECIR DÍA DE COMER MAÍZ Y FRIJOL COCIDO

1. Espantado me tienen tantas niñerías y poquedades como esta gente usaba en su antigua ley, en qué bajezas fundaban sus solemnidades y fiestas y la diferencia de ellas. Y porque vean en qué se fundó la solemnidad presente, quiero decir el nombre de la fiesta, y por allí sacaremos su bajeza. Llamaban a este primer día del sexto mes etzalcualiztli, que quiere decir "el día en que se permite comer etzalli". Y porque en mi niñez lo comí muchas veces, es de saber que es unas puchas de frisol con maíz cocido entero dentro. Una comida tan sabrosa para ellos y tan deseada y apetecida, que no en balde tenía día particular y fiesta para ser solemnizada.

2. Este día y fiesta solemnizaban por muchos fines y razones. Y la primera razón era que en este tiempo entraban ya las aguas de golpe, y el maíz, y todas las legumbres, iba crecido y empezaba echar su mazorca, y así pintaban el signo de este día muy ufano y gallardo, con una caña de maíz en la mano, denotando fertilidad, y metido en el agua, que era dar a entender el buen tiempo que hacía, acudiendo con el agua a su tiempo, y en la otra mano, una olleta, que era decir que bien podían comer sin temor de aquella comida de frisol y maíz, que no había que tener hambre, pues el año iba bueno, y lo otro, que ya se daba licencia general de comer de aquel género de comida que hasta entonces no se podía comer.

3. Y para que sepamos la causa, es de saber que comer maíz y frisol todo junto hecho un manjar, para los indios es costoso, y no todos lo alcanzan para poderlo hacer, y más si tienen hambre: sacar un puño de frisol para comer es sacarle un puño de pestañas. Y así, si comían maíz, no comían frijol; si comían frijol, no comían maíz, contemporizando con el tiempo. Pero llegado este día, no habiendo esterilidad, sino año fértil, daba este día licencia con ella de comer de todo junto, denotando abundancia.

4. Caía esta fiesta a nueve de junio, que es cuando hay ya cerezas y frutillas que comer, de que se sustentan muchos de los que tienen falta de maíz, como los que andan a la haba en España y a la cereza el verano, así éstos, en habiendo "capulin", que así se llama la cereza, aunque padece necesidad de maíz, hinche el estómago de cerezas y de mil yerbezuelas comestibles, que ellos comen, y con aquello se sustentan hasta que hay mazorca.

5. Paréceme que me dijeron que era precepto o ley de que, hasta este día, so pena de la vida, no podían comer esta comida referida, y sí harían, porque sus mandamientos, especialmente los divinos, eran guardados con tanto rigor, que (no) tenía otra pena el transgresor, sino la muerte. Porque tenían éstos en tan poco matar un hombre, y érales tan fácil, como matar ahora una gallina, o un poio, sin pena ninguna.

6. Había este día una cerimonia y superstición de que no será malo avisar a los confesores y ministros, que quizá les será necesario saberlo. Es de saber que todos los indios en general que eran labradores y gente común, hacían una cerimonia, y era que todos los instrumentos de labrar las tierras, como son las coas y los palos agudos con que siembran, y las palas con que cavan la tierra, y los mecapales con que se cargan, y los cacaxtles, que son unas tablas atravesadas pequeñas, metidas en unos palos, donde atan la carga, y el cordel con que las llevan a cuestas, y el cesto en que llevan la carga: todo lo ponían el día de esta fiesta sobre un estradillo cada indio en su casa, y hacíanles un modo de reverencia y reconocimiento, en pago de lo que en

las sementeras y caminos les habían ayudado. Ofrecía ante ellos comida y bebida de vino y de esta comida que arriba dijimos, que se comían en este día; ofrecían incienso ante ellos y hacíanles mil zalemas saludándoles y hablándoles. Llamaban a esta cerimonia "descanso de instrumentos serviles".

7. Oh bestialidad extraña de esta gente, que en muchas cosas tenían buen regimiento y gobierno y entendimiento y capacidad y pulicía, pero en otras, extraña bestialidad y ceguedad! ¿Qué mayor que la dicha? Advierto que hoy en día, en unas coas de hierro que para labrar la tierra usan, traen en los palos de ellas, al cabo, unas caras de monos; otras, de perros, otras, de diablos. Y no me ha parecido bien, y es tan general que no hay indio que no traiga aquello. Y en particular en Chalco y en la cordillera toda de la comarca. Avisélo a ciertos religiosos, que mirasen en ello, y echáronlo a galanía y curiosidad, y yo también, pues es justo que todo se eche a la mejor parte.

8. Hacían en los templos, delante de los ídolos, grandes ofrendas de aquella torpe y sucia comida que dije de maíz y frisoles, y dentro echaban trozos de aves: de gallos y de gallinas, y de carne humana; especialmente cuando algún particular quería hacer algún servicio a los dioses, que nunca faltaba, mataba un esclavo en particular y ofrecía de aquella carne y comíanse la demás.

9. Después de haber comido, iban todos, así grandes como chicos, viejos y mozos, a lavarse a los ríos y a las fuentes, que no quedaba ninguno que no se lavase, y el que no se lavaba, teníanle por amigo del dios del hambre, que se llamaba Apizteotl, que quiere decir "el dios hambriento". También juntamente lavaban las cosas de labrar la tierra, y todos los demás instrumentos de sembrar.

10. Después de todos lavados, salían a bailar ios señores al patio de los templos y a los tianguiz. Iban todos aderezados, a la misma manera que vimos la figura que en la pintura del principio de este mes pusimos, cón sus cañas de maíz en la mano, y en la otra, unas olletas de la suerte dicha y hacían un solemne baile, tanto que duraba casi todo el día.

11. La gente baja, mientras los señores y principales se regocijaban en su solemne baile, tomaban ellos de las espadañas con que el templo estaba enramado y hacían de las hojas de ellas unos cercos redondos, como manillas, o cercos de anteojos, y poníanselos en los ojos, atados atrás con unos cordelitos, que hablando sin frasis exquisito, parecían anteojos (de) bestia de noria, y con aquellos en los ojos y con báculos en las manos, y en la otra una olleta vacía, andaban de casa en casa y poníanse en el patiezuelo de la casa y decían: "Dadme de vuestro etzalli", que era la comida que hemos contado de maíz y frísol.

12. Y con esto damos fin a la fiesta de este sexto mes y a las civiles ceremonias y ridiculosas supersticiones que esta gente tenía y en que se ocupaba, que, con ser tan sin fundamento y tan sin sér en todo, y que ellos mismos se ríen y hacen burla de ello, con todo eso, se les despega tan mal que no sé qué me diga, especialmente en las cosas en que interviene interés de comida, porque son peores que los epicúreos y más sensuales.

CAPÍTULO X

SÉPTIMO MES DEL AÑO. ERA DE VEINTE DÍAS. CELEBRABAN EN ÉL UNA FIESTA QUE LLAMABAN TECUILHUITONTLI, QUE QUIERE DECIR "FIESTA PEQUEÑA DE LOS SEÑORES"

1. El séptimo mes de este calendario y el día primero de él, donde se celebraba la fiesta que llamaban tecuilhuitontli, que quiere decir "fiestezuela de los señores"; caía por nuestro calendario a veintinueve de junio. Era esta fiesta de muy poca solemnidad y sin ceremonias ni comidas, ni sin muertes de hombres; en fin, no era más que una preparación para la fiesta verdadera del mes que viene, que será el octavo, a la misma manera que dijimos de las dos punzaduras, grande y chica, que la una fue preparación de la otra. Llamaban a esta fiesta, por otro nombre, tloxochimaco, que quiere decir "repartimiento de rosas".

2. El llamarse fiesta de señorcillos, o fiestezuela de ellos, era porque en ella no se celebraba lo que en la grande, y también porque la efigie y planeta de este día no denotaba cosa grande, ni de tomo, más de gozar de las rosas que en este tiempo había. Y así veremos en la fiesta y en su pintura una efigie de hombre componiendo rosas, a cuya causa le pusieron el segundo nombre, que es el "repartimiento de rosas". Porque toda la mayor solemnidad que se hacía era presentarse rosas los unos a los otros y convidarse los unos a los otros, y festejarse con comidas curiosas y banquetes costosos. Dábanse mantas y bragueros y joyas los unos a los otros, uso y costumbre suya hasta el día de hoy. Todos los señores no salían de sus casas, ni entendían en cosa alguna más de en estarse sentados en unos asentaderos, cercados de rosas, tomando una y dejando otra, mostrando gravedad y señorío. Los reyes se ponían aquel día sus coronas en la cabeza, mostrando su gravedad y señorío.

3. Este día salían todas las concubinas de los señores 'de las casas y encerramientos donde las tenían, y les era permitido andar por las calles, con guirnalda de flores en las cabezas y a los cuellos. Ibanse a los lugares recreables, las mancebas de un señor juntándose con las del otro, vestidas todas de muy galanos aderezos y camisas de muchas labores. Ibanlas festejando y requebrando muchos de los caballeros y gente principal 'de la corte, llevando ellas sus ayos y amas, que miraban por ellas con toda la diligencia del mundo.

4. Esto de tener muchas mujeres, o mancebas, no era permitido a muchos, como algunos piensan, sino sólo a todos los principales de mucha calidad y estima, a gente de valor, y no habían de tener más que las que pudiesen sustentar de comer y vestir. Hecho el paseo estas damas, había baile y canto entre ellas y los galanes, y saraos, y acabados, se iban cada una a su palacio donde eran sujetas.

CAPÍTULO XI

OCTAVO MES DEL AÑO. TENÍA VEINTE DÍAS COMO LOS DEMÁS, Y CELEBRABAN EN EL PRIMER DÍA DE ÉL LA GRAN FIESTA DE LOS SEÑORES, QUE ELLOS LLAMABAN HUEITECUILHUITL

1. Esta presente fiesta se llamaba la solemnidad de Huey Tecuilhuitl. Era el octavo mes del año, según el uso indiano. El cual nombre de la fiesta quiere decir "la fiesta grande de los señores", donde se venía a concluir la fiesta grande, que en la pequeña del mes pasado se había comenzado. La razón que me 'dieron para que se llamase la fiesta grand'e de los señores, fue que en la fiesta del mes pasado el ídolo que era semejanza de los señores era pequeño, y en la del presente, era grande y muy aderezado y compuesto, con corona de oro en la cabeza, sentado en un trono, a su modo, a la manera que los señores y reyes estaban. Imaginaban en el cielo este día una insignia real, a la manera de la que ellos usaban.

2. También ponen un indio pintado con unas mazorcas en la mano, y también una mano con una tortilla de las que ellos comen, para denotar que, cuando llegaba esta fiesta, que ya había mazorca fresca y que ya comían tortillas de maíz fresco y en leche y de todas legumbres, que como son bledos y acederas, de las cuales hacían pan, cociéndolas y moliéndolas, revolviéndolas con maíz molido; hacían tamales, que les llamaban quiltamalli, que quiere decir "pan de legumbres". Esta comida comían este día y de ella misma ofrecían en los templos a los dioses con muchas sartas de ají verde y sartales de mazorcas frescas de maíz, ofreciéndolas como por primicias.

3. En este día celebraban la fiesta del dios Ehecati, que por otro nombre llaman Quetzalcóatl, del cual tratamos en el capítulo décimo.* Ehecati quiere decir "viento". Hacíase este día sacrificio de un hombre, y este sacrificio era en nombre del viento y a honra suya, y aunque el indio moría en particular por el respeto dicho, morían empero, otros muchos por respeto a la fiesta de los señores, la cual era solemnizada con mucho señorío y gravedad y regocijo. Hacían esta fiesta en el templo de Tezcatlipoca, al cual daban aquella honra, haciendo conmemoración de Quetzalcóatl, que era el dios del viento, en memoria de aquella persecución que hicieron y victoria que tuvieron contra aquel varón santo que, andando en esta tierra, del cual, si no nos hemos olvidado, hicimos memoria en el capítulo quinto del libro pasado,* quedando ellos con victoria y señorío, y a esta causa la llamaban a esta fiesta solemnidad grande de los señores.

4. Este mismo día y fiesta grande de los señores hacían otra endemoniada conmemoración de las mazorcas frescas, porque, como ya dijimos, ya había en algunas partes, cuando esta fiesta caía, jilotes, que es o quiere decir "mazorca tiernecita". A estas mazorcas tiernas y nuevecitas hacían conmemoración sacrificando una india en nombre de la diosa Xilonen, que declarado en nuestro romance, quiere decir "la que anduvo y permaneció como xilote, ternecica", y, declarándolo más, quiere decir "la que permaneció doncella y sin pecado".

5. Y así, tenía tres nombres esta diosa. El uno era Chicomecoati, que quiere decir "siete culebras", porque fingían que había prevalecido contra siete culebras o vicios, y el otro era Chalchiuhcihuatl, que quiere decir "piedra preciosa o esmeralda", por ser escogida entre todas las mujeres, y Xilonen, que quiere decir "la que fue y anduvo delicadita y tierna, como mazorca ternecita y fresca".

6. Juntamente con la muerte de esta india, que había de ser doncella, mataban cuatro hombres, los cuales hacían estrado, matándola a ella encima 'de ellos, para denotar el menosprecio de las cosas de la carne y de la torpedad

humana que tuvo en esta vida. De 'esta diosa tratamos en el capítulo diez y ocho muy en particular,** donde la pintamos con unas mazorquitas en las manos, como ella estaban siempre desde media noche abajo.

7. Este 'día había baile 'de señores y doncellas, todos, así ellos como ellas, muy aderezados de rosas, de estas amarillas grandes. Donde, después' de haber bailado con ellas y regocijádose, las ofrecían 'delante los dioses, y los mancebos, después de haber ofrecido las doncellas sus guirnaldas subían por las gradas del templo arriba a porfía para tomar aquellas guirnaldas, y los cuatro primeros que llegaban, agora llegasen uno tras otro, agora todos juntos, aquellos cuatro eran los vencedores de aquella cerimonia, considerando en las guirnaldas que cada uno había tomado qué doncellas fue-, sen las que les habían traído, sobre lo cual fundaban malicia y superstición torpe.

8. Este día empezaban una cerimonia, la cual duraba diez días arreo, y aunque era cerimonia y rito antiguo, más parecía derrama y tiranía, y era que, los barrios por su orden, habia cada 'barrio, o tantos 'barrios cada día de dar de comer y beber a todos los valientes hombres capitanes y soldados viejos de los ejércitos, como en pago y gratificación del bien que hacían en sustentar la guerra y en defend'er la patria de los enemigos, y algunas veces los que sustentaban esta cerimonia eran forasteros, como los de Chalco, los tepanecas o xochimilcas.

9. Este día y fiesta del octavo mes aplican una cerimonia y sacrificio de las parteras y médicas de las ciudades, que habían entonces muchas, y hoy en día las hay tantas y tan embaidoras y supersticiosas y aun tan perniciosas a la república, que valdría más que no las hubiese. Lo que hacían era que buscaban una moza doncella y vestíanla muy galana y aderezada, compuesta de muchas rosas, a la manera que la 'diosa de este día estaba, y salían de México con ella, llevándola en medio con mucha honra, todas, sin quedar ninguna de aquel oficio, y sin mezclarse con ellas ninguna que no lo fuese, y llevábanla a Chapultepec, y subíanla encima del cerro y puesta allí, decíanla: "Hija mía, daos prisa a volver a donde salimos."

10. Tomaba luego la vuelta por el cerro abajo a todo correr, todo lo que podía, y ellas tras ella todas volvían a México con aquel apresurado paso, que, cuando llegaban, llegaban sin huelgo. La moza íbase derecha al templo y subíase por las gradas arriba y toda aquella canalla 'de indias tras ella. Y en estando arriba, hacíanla bailar cuanto media hora y cantar, y si veían que no lo hacía con contento y placer, embriagábanla con cierto brebaje y volvíase alegre. Después de haber bailado y cantado, entregábanla a los carniceros, los cuales le abrían el pecho y sacábanla el corazón y ofrecíanlo al sol, y con la sangre untaban los lumbrales del templo y los ídolos.

CAPÍTULO XII

EL NOVENO MES DEL AÑO TENÍA VEINTE DÍAS Y CELEBRABAN EN ÉL LA FIESTA PEQUEÑA DE LOS MUERTOS; LLAMABANLA LA FIESTA DE MICCAILHUITONTLI

1. A ocho de agosto, según nuestra cuenta, celebraban estas naciones el mes noveno de su año, por el orden de veinte días, como los demás. Llamaban a la dicha fiesta que en p'ncipio de este mes celebraban, con todo el regocijo posible, Miccailhuitontli, el cual vocablo es diminutivo y quiere decir "fiestecita de los muertos" (o fiesta de los muertecitos). Y a lo que de ella entendí, según la relación, fue ser fiesta de niños inocentes muertos, a lo cual acudía el vocablo diminutivo, y así lo que en la cerimonia de este día y solemnidad se hacía era ofrecer ofrendas y sacrificios a honra y respecto 'de estos niños.

2. La segunda causa por que esta fiesta era diminutiva, era por lo que fue' ron las pasadas, conviene a saber, porque era preparación y aparejo de la venidera, que la llamaban la fiesta grande de los muertos, donde se les hacía a los grandes su solemnidad.

3. Item, había otra causa, y era la principal, y fundábase en agüero y superstición, porque como caía esta fiesta a ocho de agosto y los de nuestra nación, en entrando este mes, dicen aquel refrán de que "en agosto frío en el rostro", así, en entrando agosto, temían la muerte de las sementeras con el hielo, para lo cual antes se apercebían con ofrendas y oblacones y sacrificios en esta fiesta 'y en la del mes que viene.

4. De la primera causa que dije para que se llamase fiesta de muertecitos, que era para ofrecer por los niños, quiero decir lo que he visto en este tiempo el día de Todos los Santos y el día de los Difuntos. Y es que el día mesmo de Todos Santos hay una ofrenda en algunas partes, y el mesmo día de Difuntos, otra. Preguntando yo por qué fin se hacía aquella ofrenda el día de los Santos, respondiéronme que ofrecían aquello por los niños, que así lo usaban antiguamente y habíase quedado aquella costumbre. Y preguntando si habían de ofrecer el mesmo día de Difuntos, dijeron que sí, por los grandes. Y así lo hicieron, de lo cual a mí me pesó, porque vide patentemente celebrar las fiestas de los difuntos chica y grande, y ofrecer en una, dinero, cacao, cera, aves y fruta, semillas en cantidad y cosas de comida, y otro día vide hacer lo mesmo. Y aunque esta fiesta caía por agosto, lo que imagino es que si alguna simulación hay o mal respeto -lo cual yo no osaré afirmar- que lo han pasado a aquella fiesta de los Santos, para disimular su mal en lo que toca a esta cerimonia.

5. La figura del signo de este día era un muerto, amortajado a la manera que ellos amortajaban, sentado en un asiento, el cual imaginaban ellos en aquel tiempo en el cielo, y así, como planeta de aquellos días, lo pintan entre las nubes. Era la fiesta principal de los tepanecas, que es la nación y provincia de Tacuba, Cuyoacan, Azcapotzalco. Esta era su fiesta principal y duraba todo este mes hasta la fiesta grande de los muertos.

6. Cortaban este día un grande y grueso madero, 'de los mayores y más gruesos que en el monte había, y solamente le quitaban la corteza y lo alisaban. Alisado, le traían y ponían a la entrada de la ciudad o villa, y en llegando que llegaban con él, salíanlo a recibir los sacerdotes de los templos con cantos y bailes y bocinas; la gente del pueblo, con ofrendas y comidas y sahumeros de copal y otros inciensos. Poníanle allí el nombre que era Xocotl, y dejábanlo allí echado todos aquellos veinte días, donde le hacían la mesma reverencia y acatamiento que nosotros hacemos a la cruz de nuestro Redentor.

7. Este palo lo bendecían y santificaban cada día con muchas ceremonias, cantos y bailes e inciensos y sacrificios de sangre en sí mismos, ayunos, azotes y otras muchas penitencias que hacían todos los días que este madero estaba allí caído, como más en particular lo tratamos en el capítulo dieciséis,* poniendo encima de (el madero) todas aquellas ofrendas, hablándole como si fuera de razón y entendimiento. No sacrificaban este día de los muertos pequeños indio ninguno, por respeto de este madero, salvo por la solemnidad del día de ser primero de su mes, y por reverencia del planeta; para lo cual nunca faltaba quien ofreciese algún esclavo para solemnizar las fiestas ordinarias.

8. Este día hacían grandes supersticiones y hechicerías los viejos con los niños dando a entender a las madres que ofreciendo tal y tal cosa no morirían sus niños aquel año, usando de mil invenciones satánicas con ellos de tresquilas, sacrificios, unciones, baños, embijamientos, betunes, emplumamientos, tiznes, gargantillas, huesezuelos, lo cual hoy en día dura. Y estánse las madres abobadas, viendo hacer esto, y tan contentas y satisfechas, que no saben regalo que hacer a aquel maldito hechicero o hechicera, embaidor, o embaidora.

CAPÍTULO XIII

DÉCIMO MES DEL AÑO. TENÍA VEINTE DÍAS Y CELEBRABAN EN ÉL LA FIESTA GRANDE DE LOS MUERTOS, Y JUNTAMENTE LA FIESTA SOLEMNÍSIMA DEL XOCOTL HUETZI, FIESTA DE LOS TEPANECAS. HABÍA ESTE DÍA UN SACRIFICIO DE FUEGO ESPANTOSO Y DE GRANDE TEMOR

1. La gran fiesta de los difuntos, de que en este décimo mes se ofrece tratar, se celebraba, según la cuenta de nuestro calendario, a veintiocho de agosto. Era día solemnisimo y principal, donde se sacrificaba gran número de hombres, en lo cual consistía la solemnidad y excelencia de las fiestas. Pero, faltando esto, dado que se celebraban las fiestas y había ofrendas y otras cerimonias y regocijo, no llevaba la pompa, ni aparato, ni grandeza, como cuando había muertes de hombres, porque el comer en ellas carne humana, la hacían toda doble y solemnisima, y las demás eran simples, o cuando mucho, dobles.

2. Porque en aquéllas, vestíanse los pontífices sus vestiduras pontificales, ponían sus tiaras en las cabezas, de rica plumería y de oro y joyas, aderezábanse los sacerdotes con sus almáticas y vestiduras sacerdotales, los levitas sus camisas y almáticas; los ministros de los templos todos se aderezaban y componían, sacando todas las riquezas y todos los ornamentos de los templos para significar la grandeza y excelencia de aquel día, donde había carnicería de hombres y potajes de sus carnes, sirviendo d'e víctimas a los falsos y mentirosos dioses, especialmente el que en esta fiesta se celebraba, tan sin apariencia de Dios, y tan sin fundamento, que en celebrar una cosa tan baja, daban a entender cuán ciegos estaban y cuán engañados del demonio, y lo están los que aún no se acaban de desarraigar de ello.

3. En la fiesta del mes pasado dijimos cómo aquella fue principio de ésta, donde cortaron aquel madero y lo pusieron caído en el suelo a la entrada de la ciudad, donde le santificaron y bendijeron con endemoniadas cerimonias, poniéndole por nombre Xocotl. En este día levantaban este madero del suelo los sacerdotes y ministros del templo antes que amaneciese, con toda la solemnidad posible y reverencia, y lo enhestaban en el patio del templo y ponían en la cumbre y punta de él un pájaro de masa, a la mesma suerte que de él dejo dicho en el capítulo dieciséis.* Al cual, después de solemnizado, hacían la prueba de subir por él, a derribar el ídolo abajo, donde, después de derribado, derribaban también el palo, y aquel día añadían una dicción más al nombre del ídolo y palo, que era Xocotl huetzi, que quiere decir "la caída de Xocotl".

4. Ponían este día alrededor de este palo, antes que le derribasen, gran ofrenda de comida y de vino de la tierra, que era cosa de admiración. Y esto mucho más en la villa de Coyuacan, que era su particular dios y abogado, como agora lo es la vocación del glorioso San Juan Bautista, donde aderezaban este madero hermosísima y curiosísimamente, de muchas joyas, de plumería y rosas.

5. Este día bailaban un solemne baile los mozos recogidos, hijos de señores, y las doncellas recogidas, juntamente con ellos. Iban, ellos y ellas, muy aderezados de plumas y joyas. Iban ellas, afeitados los rostros y puesta su color en los carrillos, y llevaban los brazos y piernas emplumados de plumas coloradas.

6. Hacíase este baile a la redonda de este madero, haciendo la ronda de este baile los señores, todos muy aderezados. Llevaban en las manos, en lugar de rosas, idolillos de masa, y piñas hechas de la mesma masa. Había gran cantidad de comidas, y mayor de bebidas, porque este día había gran

borrachera, y había licencia este día general de beber todos, excepto los mozos y mozas, que nunca la tuvieron.

7. Y es de saber que el no beber todos, ni tener licencia general para se emborrachar, era por el respeto que diré: es de saber que éstos tuvieron por cosa divina y celestial el maguey, viéndolo tan provechoso, y así le reverenciaban. Item, al vino que del zumo de él se hace, teníanle, ni más ni menos, por dios, debajo de este nombre Orne tochtli, que quiere decir "Dosconejos" Y así como nosotros vedamos la comunión a los niños que aún no tienen entendimiento para saber lo que reciben, así estas naciones vedaban el vino a mozos y mozas y no se lo consentían beber, ni aun a los ya hombres, como no fuese principal, por reverencia de este maldito vino, que no sólo les servía de bebida y de embeodarse con él, pero también lo reverenciaban como a dios y lo tenían por cosa divina, viendo el efecto que tenía y fuerza de embriagar.

8. Este maldito brebaje era particular ofrenda a los dioses y así algunos sacrificios que yo he hallado y ofrendas, demás de hallar comidas y plumas y copal y otras niñerías y juguetes de huesos y tiestecillos de barro y contezuelas, he hallado cantarillos muy pequeñitos de pulque juntamente. Tengo temor (de) que hoy en día, según la afición le muestran y le tienen, y según se mueren por él, que no haya alguna superstición en ello, porque yo veo que ya no queda viejo ni mozo, ni mujer ni hombre, ni niño ni niña, que ya no lo beba. Y a los niños de teta, recién nacidos, mojan las madres el dedo en el pulque cuando se hallan en alguna borrachera y se lo dan a chupar. Y dice (la madre) que hace aquello por que no se descríe con el deseo de verlo beber. Y si alguno o alguna se quiere abstener de no lo beber, dícenle los viejos y las viejas que criará en la garganta carraspera y llagas y mil invenciones satánicas, para provocar a beberlo. Y así los señores se honran y lo tienen por grandeza el estar borrachos y los mozos, por gentileza.

CAPÍTULO XIV

EL UNDÉCIMO MES DEL AÑO QUE ESTOS NATURALES CELEBRABAN TENIA VEINTE DIAS. LLAMÁBASE EL PRIMER DIA OCHPANIZTLI, QUE QUIERE DECIR "DÍA DE BARRER". EN EL CUAL DIA CELEBRABAN LA SOLEMNE FIESTA DE TOCI, QUE ERA LA MADRE DE LOS DIOS Y CORAZÓN DE LA TIERRA. HABÍA UN SACRIFICIO ESPANTOSO DE EMPALADOS

1. Bien se acordarán de aquella fiesta solemne que en el capítulo diecinueve * contamos que se hacía a la madre o abuela de los dioses, llamada Toci y Corazón de la Tierra, la cual diosa y solemnidad se solemnizaba y festejaba en el primer día de este mes undécimo. Llamaban al día Ochpaniztli, que quiere decir "día de barrer". Caía esta solemnidad, según la cuenta de nuestros meses, a diecisiete de septiembre; la cual, como allí referimos, era tal y (con) tantas ceremonias, que bastaba leerlas allí, sin tornar aquí a contar cómo, por ser corazón de la tierra, la hacía estremecer y temblar en la ceremonia de la sangre humana.

2. También hicimos relación del modo y manera con que hacían aquel combate aquellos escuadrones de gente, hasta llegar al lugar donde ponían en aquel andamio las insignias de la diosa, que eran la escoba, y los huesos y los vestidos que ella traía. Las cuales ceremonias se hacían a la diosa Toci.

3. Resta agora tratar de las que en particular pertenecían a este primer día del mes que, aunque iban revueltas con las de la solemnidad, eran empero objeto a la fiesta y día primero del mes, que era Ochpaniztli, fiesta barrendera, donde ellos celebraban la fiesta de sus signos y ceremonias de sus estatutos y ritos, según el orden de los meses.

4. La ceremonia primera de aquel día era que todos en general habían de barrer aquel día todas sus pertenencias y todas sus casas y rincones, sin quedar cosa que no barriesen y deshollinasen con gran diligencia. Además de esto, se barrían todas las calles del pueblo antes que amaneciese. La cual costumbre ha quedado en toda la tierra de barrer las pertenencias y las calles, dejando la casa de dentro sucia y llena de basura, que parece establo, la cual jamás creo que la barren, si no es el día de esta fiesta, porque era rito antiguo. Heo tenido por malo y lo he reñido y reprendido en algunas partes, declarándoles ser superstición y (haciéndoles) entender su malicia. No sé si ha aprovechado.

5. También este día barrían los baños y los lavaban; en los cuales no poca superstición hay. Pues es cierto que jamás se bañaban hombres sin mujeres y mujeres sin hombres, porque el bañarse solos, ellos o ellas, lo tenían por agüero y malo. Y según se les hace de mal hoy en día de dejar esta costumbre, creo no se les ha despegado el hacerlo, por respeto de la mesma superstición. Y lo que me hace temer esto es que, reprendiendo yo esta abominable costumbre de bañarse revueltos los hombres con las mujeres, temiendo el castigo y amenazas que les hacía, vine a saber que ya que no entraban hombres grandes: metían consigo en el baño un niño chiquito ellas, y ellos, una niña, o dos, por temor del mal agüero e idolatría antigua y del mal pronóstico que los viejos antiguos les dejaron sobre ello. Y no se bañarán unos sin otros, aunque los asierren, antes se estarán sin lavar mientras, en el baño, toda su vida, si varón no entra con ellas, en él, o mujer con ellos.

6. Lo mesmo hallarán en el bañar a los enfermos, que si es mujer, el médico ha de entrar a bañarla, y si es varón, la saludadora y médica ha de entrar a lavarlo. Sobre lo cual he hallado entre ellos muchos males y agüeros y supersticiones y abominaciones y pecados y creo, y lo tengo por muy cierto, no lo ignoran los ministros. La causa por qué lo disimulan no la sé, pues es tan común en toda la tierra esta costumbre que nadie de ella pretende ignorancia. Debe de ser que no se imagina haber en ello superstición, ni

agüero; pues esto es verdad que lo hay, y muy grande, y un mal respeto y con harto olor de idolatría.

7. Item, por este tiempo limpiaban las acequias y los ríos y las fuentes y se bañaban y lavaban en ellas aquestos días, como la mañana de San Juan se suelen lavar algunos.

8. Este día aderezaban y limpiaban las calzadas y caminos reales, especialmente la que iba hacia Goyuacan, teniendo respeto a la ermita de la diosa que este día se celebraba, que estaba en este camino y por respeto del combate que aquel día hacían.



CAPÍTULO XV

EL DUODÉCIMO MES DE ESTE AÑO DE QUE VAMOS TRATANDO TENÍA VEINTE DÍAS. CELEBRÁBASE EN SU PRIMER DÍA LA FIESTA DE PACH TONTLI, QUE QUIERE DECIR "MAL OJUELO", NOMBRE DIMINUTIVO;

EL CUAL DÍA CELEBRABAN JUNTAMENTE LA FIESTA SOLEMNE DEL ADVENIMIENTO DE HUITZILOPOCHTLI; EN EL CUAL DÍA HABÍA UN TERRIBLE Y ESPANTOSO SACRIFICIO DE HOMBRES

1. El mes doceno de que agora se ofrece tratar: en el día primero de él se hacía una solemnísima fiesta, donde moría mucha multitud de gente. Llamaban a este primer día del mes Pachtontli, nombre diminutivo, como los demás que hemos venido declarando, porque luego se le seguía a este día diminutivo de éste, a veinte días el superlativo. Pachtontli quiere decir "mal ojuelo". Este "mal ojo" es una yerba que nace en los árboles y se cuelga de sus ramas. Sobre la cual yerba hacían y fundaban su solemnidad, fingiendo entre las nubes, o en el cielo, o en las estrellas, este signo de esta yerba de "mal ojo", como fingían los demás de que hemos venido tratando.

2. Esta fiesta, demás de ser una de las de los principios de los meses, era también fiesta particular del ídolo llamado Huitzilopochtli, donde se hacía la solemnidad de su advenimiento, como en su lugar queda dicho,* cuando ponían aquella jícara llena de masa, desde las siete de la noche para abajo, en lo alto del templo, y sobre ella velaban, visitándola con mucho cuidado y vigilancia hasta que, impreso en la masa aquel pie de niño, o puesto encima de ella algún cabello, tocaban las bocinas y caracoles y hacían gran muestra de regocijo con la venida de su dios Huitziopochtli.

3. Por el regocijo y contento, y en pago y agradecimiento de tan gran beneficio, como se les hacía en venir su dios a visitarlos, hacían aquellos espantosos sacrificios en sí mismos y en sus personas, sangrándose de los pechos, las lenguas, las orejas, los molledos, las pantorrillas, pasando por las heridas, que con gran osadía se daban, cordeles, cañas, pajas, cada uno como más devoción tenía, donde se bañaban de sangre con aquellas crueles penitencias y sangrientos sacrificios, la cual sangre ofrecían al demonio. ; A aquel traidor de Abimelec, lamedor de la sangre humana, la cual lamía por momentos en los sacrificios de estos ciegos y desventurados indios, que con su sangre aplacaban por instantes la ira de los enojados dioses, los cuales no se desenojaban, sino con sangre de hombres!

4. Acabado el sacrificio de sangre y penitencia, donde el que más podía, más hacía, salían luego los incensadores con sus incensarios en las manos e incensaban la jícara de masa y juntamente los ídolos, echando en los incensarios grandes puños de copal, que henchían de aquel humo todos los templos. Comían todos aquel día el pan hecho de aquel género de masa de que era lo que en la jícara estaba donde había llegado el vestigio de Huitzilopochtli, y así concluía esta fiesta, de la cual era octava la verdadera.

CAPÍTULO XVI

EL TRECENO MES DEL AÑO TENÍA VEINTE DÍAS. CELEBRABAN EL PRI-

MERO DÍA DE ÉL LA FIESTA DE HUEY PACTLI, SUPERLATIVO NOMBRE QUE QUIERE DECIR EL GRAN "MAL OJO". LLAMABASE POR OTRO NOMBRE COAILHUITL, QUE QUIERE DECIR "FIESTA GENERAL DE TODA LA TIERRA", DONDE SE CELEBRABA LA FIESTA DE LOS CERROS, EN ESPECIAL LA DEL VOLCÁN Y LA SIERRA NEVADA

1. El mes treceno que los naturales tenían era de veinte días, como eran los demás. Demás de la fiesta que el primer día se celebraba, como día primero del mes, la cual llamaban Huey Pachtli, que quiere decir el "gran mal ojo", superlativo de la fiesta del mal ojuelo pasado, que por haber tenido tan grande octava de veinte días había subido a superlativo grado. Y esta fiesta solemnísima y de gran autoridad, donde celebraban la solemne fiesta de los montes y collados, la cual fiesta referí en el capítulo doce * y en el capítulo veintidós,** donde además de hacer conmemoración de Tláloc, que era el dios de los rayos y truenos, y de la diosa de las aguas y fuentes, este día la fiesta principal se hacía al Volcán y Sierra Nevada, y a los demás principales cerros de la tierra, y así la llamaban Tepeilhuitl, por otro nombre, quiere decir "fiesta de cerros", la cual se celebraba a veintisiete de octubre.

2. La solemnidad que a estos cerros se hacía dejó contada en el capítulo veintidós ;*** que era hacer cerros de masa de semilla de bledos. Y esto cada uno en su casa de sus puertas adentro, donde ellos tenían unos adoratorios y piecitas particulares, donde tenían sus idolillos, a la misma manera que hoy en día lo usan para tener sus imágenes.

3. En aquellas piecitas y oratorios hacían esta cerimonia de hacer cada uno la figura de todos los principales cerros de la tierra, poniendo en medio de todos al Volcán y a la Sierra Nevada, y a todos los demás a la redonda de ellos. A estos cerros de masa ponían caras, ojos, y los vestían con unos papeles de estos de la tierra, como de estraza, y en ellos unas pinturas de negro, hechas con hule. Hacían figuras de arbolillos y colgaban en ellos de aquel género de yerbas que nombramos, por no saber con qué nombre romancearlo, "mal de ojo", que ellos lo llaman pachtli, que, como he dicho, es una yerba parda, que nace y se cuelga en los montes, de las ramas de los árboles de encinos y de robles, como cordelejos asidos los unos a los otros. De esta yerba colgaban este día por las cercas de los templos y echaban por los suelos, en lugar de juncia.

4. Había en cada casa fiesta y regocijo, el que más podía hacer a sus cerros fingidos, ofreciéndoles grandes ofrendas y sahumerios. Y hacían innumerables ceremonias y zalemas delante de ellos, y al cabo de haberlos festejado, tomaban los cerrillos de masa, y con un cuchillo de pedernal, les cortaban la cabeza, como a cosa viva, y en acabando de cortarles la cabeza a todos, en nombre de sacrificio, comíanse aquella masa que había servido de representar cerros, la cual era -según su opinión- medicinal para los bubosos y tullidos. Y así, estos tullidos y cojos hacían de esta masa unas culebras retuertas, y después, las mataban con la ficción que los demás. habían muerto a los cerrillos, fingiendo ser los mismos dioses, y aquello comían, creyendo ser aquello bastante para sanarlos de su cojera o manquera. .

5. Hacían este día. aquella cerimonia de derramar el maíz a las. cuatro partes que su año tenía: la una, a la parte oriente, a la caña, y el otro, a la parte del occidente, a la casa; y la otra, a la parte del norte, al pederal, y a la parte del mediodía, al conejo; que eran aquellos cuatro géneros de maíz, conviene a saber, negro, blanco, amarillo y entreverado.

6. Bailaban en este día un baile solemnísimo, todos vestidos de albas pintadas muy galanas, hasta los pies; pintadas y labradas con unos corazones y palmas de manos abiertas, cifra que daba a entender que con las manos y el corazón pedían buena cosecha, por ser ya tiempo de ella. Llevaban en las manos unas bateas de palo y jícaras grandes, muy galanas, con que iban pidiendo remedio y limosna a los ídolos. Las indias, que juntamente bailaban, llevaban en los faldellines pintadas unas tripas retuertas, para denotar el hambre, o hartura que esperaban. Morían en el sacrificio aquellas dos hermanas mozas, que significaban hambre o hartura.



CAPITULO XVII

EL MES CATORCENO DE ESTE AÑO TENÍA VEINTE DÍAS, Y CELEBRABAN EN SU PRIMERO DÍA LA SOLEMNIDAD DEL DIOS DE LA CAZA, QUE SE LLAMABA CAMAXTLE, POR OTRO NOMBRE, IXMAXTLE, QUE QUIERE DECIR "EL DE LOS TRES BRAGUEROS". EL NOMBRE PROPIO DEL DÍA ERA QUECHQLLI, QUE QUIERE DECIR "VARAS O FISGAS ARROJADIZAS"

1. Llegado hemos a la fiesta de los cazadores, la cual se celebraba en este mes catorceno, con tantas y tan diversas cerimonias, cuantas en el capítulo once,* en la relación del dios Camaxtle, dios de la caza, referimos, donde, al que se le hubiere olvidado, las podrá ir a ver, porque tomarlas aquí a contar, sería cansarnos sin propósito.

2. Llamaban al primero día de este catorceno mes Quecholli, que romanceado este vocablo, quiere decir "flecha arrojadiza", y así, veremos en la figura y signo que de este día imaginaban un hombre, con un arco y flechas en la mano, y en la otra, una esportilla, y un venado junto a los pies, la cual figura imaginaban ellos en el cielo, por signo de este mes. La cual fiesta caía, según nuestra cuenta y meses, a dieciséis de noviembre.

3. Demás de ser el día de Quecholli, era también la fiesta y solemnidad de Camaxtie, al cual festejaban y regocijaban con toda la excelencia posible y majestad, no sacrificando en este día hombres, sino caza, y así la caza servía de víctima a los dioses, y así a los que habían en aquel día cazado, algo, poco o mucho, los honraban y vestían de nuevas ropas y aderezos, y les hacían un camino, desde el monte hasta la ciudad, por el cual no había de pasar otro, sino sólo los que habían prendido alguna caza. Este camino estaba lleno de paja del monte, en lugar de juncia, sobre la cual iban aquellos cazadores venturosos en procesión, todos unos tras otros, muy puestos en orden y concierto, muy contentos y alegres.

4. A estos cazadores ponían cercos de tizne en los ojos y en torno de la boca; poníanles unos plumajes de águilas, emplumábanles las cabezas y las orejas, y embijábanles las piernas con yeso blanco; con lo cual iban tan ufanos y contentos, que mayor honra no se les podía dar que aquella señal de grandes cazadores.

5. Había aquel día gran fiesta en los montes en toda la tierra, y grandes ofrendas al dios de la caza, especialmente los que deseaban cazar. Y sobre ello había grandes ofertas y rogativas y oraciones supersticiosas, hechizos, conjuros, cercos y suertes. Invocaban las nubes, los aires, la tierra, el agua, los cielos, el sol, la luna, las estrellas, los árboles, plantas y matorrales; los montes y quebradas, cerros y llanos; culebras, lagartijas, tigres y leones, y todos géneros de fieras. Todo encaminado a que aquella caza se les viniese, a las manos, porque con este oficio, si eran en él venturosos, cobraban renombre de señores, y caballeros prepósitos, y mandonculos, cuyos dictados eran amiztlato que y amiztequihuaque, que quiere decir "prepósitos y señores de la caza y capitanes de ella".

CAPITULO XVIII

EL MES QUINCENO DE ESTE AÑO DE QUE HACEMOS MENCIÓN ERA DE VEINTE DÍAS, Y LA FIESTA QUE EL PRIMERO DÍA DE ÉL SE CELEBRABA TENÍA POR NOMBRE PANQUETZALIZTLI, QUE QUIERE DECIR "ENSALZAMIENTO DE BANDERAS". CELEBRABAN JUNTAMENTE LA SOLEMNE Y LARGA PROCESIÓN PRESUROSA DEL GRAN DIOS DE LOS MEXICANOS LLAMADO HUITZILOPOCHTLI

1. El primero día de este quinceno mes celebraban la refiesta del gran ídolo llamado Huitzilopochtli, aquel gran dios de los mexicanos, ayuda y favor suyo, en quien tenían puesta toda su confianza, así en las guerras -pues él las guerrea por ellos- y en todas las demás necesidades que tenían. Y así tenía fiestas y refiestas y conmemoraciones y octavas y mil memorias, y la más principal, después de la referida en el capítulo sexto.* Y aunque allí juntamente referí y conté la procesión y priesa de Huitzilopochtli, no se hacía aquel día, sino este primero día del mes presente. Díjelo y contélo en aquel lugar como cosa que a este día pertenecía. Llamaban a este día Panquetzaliztli, que quiere decir "ensalzamiento de banderas". El cual nombre cuadraba con la cerimonia que en este día se hacía, como adelante diré, en acabando de contar la solemne y larga procesión que este día se hacía.

2. Demás de ser este día primero del mes y fiesta de Panquetzaliztli, que por sí era muy solemne, había, empero, una conmemoración del gran ídolo dicho, y era que, haciéndolo de masa, tamaño que un hombre lo pudiese llevar en brazos y huir con él tan apriesa y con tanta velocidad que los demás que le siguiesen no le pudiesen alcanzar. Y si no se nos ha olvidado, llamaban a este priesa ipaina Huitziopochtli: "la priesa y velocidad y ligereza de Huitzilopochtli".

3. Llamábanle así a esta solemnidad y conmemoración a causa de que, en todo el tiempo que vivió, nunca fue alcanzado de nadie, ni preso en guerra, y que siempre salió victorioso de sus enemigos y por pies ninguno se le fue, ni menos, siendo seguido, lo alcanzó. Y así esta fiesta era a honra de esa ligereza. Lo que este día hacían era que aquel ligero y corredor indio, salía a todo correr y priesa del templo de Huitzilopochtli, abrazado con su ídolo de masa, y tomaba el camino de la calle de Tacuba, que es agora, y daba la vuelta por la huerta que se dice del Marqués, y llegaba a Tacubaya, y de Tacubaya iba a Cuyuacan, y de Cuyuacan iba a Huitzilopochco, y de allí daba la vuelta a México, sin parar ni hacer pausa en ninguna parte.

4. Iba tras él gran multitud de gente, de hombres y mujeres, con toda la priesa del mundo y aun dicen que algunos porfiaban por alcanzar al indio que llevaba el ídolo para quitárselo, y al que lo alcanzaba, aunque pocas veces acontecía, teníanlo por hombre de valor y bien afortunado, a quien el dios había de conceder grandes mercedes, pues había permitido que aquél le alcanzase.

5. Había por este camino que he contado grandes arcos triunfales, de rosas y plumería, muy aderezados y llenos de banderetas de oro y de mantas y de muchas maneras, por ser este día de ensalzamiento de banderas. Había por todos estos arcos atambores y bocinas y caracoles, que hacían abominable y desgraciado sonido.

6. Cuando volvía la vuelta d'e México, que sería en poco más de dos horas, según la priesa que llevaba, salían todas las dignidades de los templos, con toda la solemnidad posible, con sonidó de atambores y bocinas y con 'danzas y bailes, a recibir a su dios de masa, el cual 'tomaban en medio y lo llevaban' al templo. Con el cual (ídolo) hacían después aquella cerimonia de mostrárselo a todos los que habían de ser sacrificados, que estaban en ringlera, junto a la estacada de las calaveras, como dijimos atrás.

7. Cuatro días antes de esta solemnidad de Panquetzaliztli había un ayuno voluntario para la preparación de esta fiesta, que era de cuatro días, y los que ayunaban, comían a media noche en punto unos tzoallis con miel y bebían un poco de agua, y no comían más bocado en todo el día, ni bebían, hasta la misma hora de la media noche. Llamaban a este ayuno netehua.tzaiiztli, que quiere decir "secamiento, o enjugamiento de boca". Y los que se ponían a guardar este ayuno habíanlo de cumplir, sin violación, porque temían la ira del dios y su castigo, sobre lo cual había grandes agüeros y supersticiones.

8. Había otra superstición y el día de 'hoy la he visto en algunas partes, aunque no en general, sino cual y cual superstición, que nunca acaban de desechar perfectamente de desarraigarse de estas cerimonias y bajezas tan sin fundamento. La cerimonia era que a todos los árboles frutales y plantas ponían este día unas banderetas pequeñas: a los cerezos, a los zapotes de todo género, a los aguacates, a los guayabos, a los ciruelos, a los tunales, a los magueyes, etc. En fin, a todos los árboles ponían estas banderetas.

9. Y esta cerimonia, donde más se usaba, era en el Marquesado y en la provincia de Cholula y de Tlaxcala; especialmente en el Marquesado, que cierto es y era la gente más supersticiosa y agorera y hechicera que había en toda la tierra. Y más en particular, la gente de Malinalco, de donde salían los brujos. Y aún hoy en día tienen en este caso mala fama. Pero, viniendo al punto, ellos ponían estas banderetas en todos los árboles, por superstición este día. Y así estará avisado el cristiano lector que, cuando lo Viere, lo evite y lo riña, como cosa que huele a idolatría, porque después de puestas aquellas banderetas en los árboles, había ofrendas de pan y de vino y de inciensos y de otras mil cosas, que para advertirlo, basta lo dicho.

CAPÍTULO XIX

EL MES DIECISÉIS QUE LOS NATURALES CELEBRABAN ERA DE VEINTE DÍAS. LLAMABASE LA SOLEMNIDAD DEL PRIMERO DÍA DE ÉL, ATEMOZTLI, QUE QUIERE DECIR "DESCENDIMIENTO DE AGUA". ERA CONMEMORACIÓN DEL ADVENIMIENTO DE HUITZILOPOCIÍTLI. DÍA MUY SOLEMNE Y DE GRAN FIESTA

1. Hasta ahora hemos venido tratando de las fiestas solemnísimas que se hacían a los falsos dioses en los meses pasados. Ahora en este mes dieciséis y en el pasado y en los dos que faltan, todas son conmemoraciones de aquellos falsos dioses y refiestas que les hacían; las cuales conmemoraciones eran de ochenta en ochenta días después de celebrada la principal solemnidad. Y así, esta fiesta que en el principio de este mes dieciséis se celebraba era una conmemoración de la bajada de Huitziopochtli al mundo y de su abominable advenimiento, del cual hicimos mención en el mes doceno de este año. Había en este principio 'de mes una memoria y muy particular culto y cerimonia de su venida. La cual fiesta caía, según nuestro calendario, a veintiséis de diciembre, un día 'después del, nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, día del glorioso San Esteban.

2. Era la figura de este día la que vemos pintada en el principio de este mes. Fingían que bajaba un niño del cielo este día, y a este niño llamaban "Agua", como 'del vocablo mexicano se colige, conviene a saber atemoztli, que quiere decir el "bajamiento de agua". Ati quiere decir "agua" y temo quiere decir "bajar". Y así componen atemoztli, que quiere decir lo dicho. Y así quisieron algunos interpretar que esta fiesta se encaminaba y dirigía para empezar a pedir agua para la primavera, y que a esta causa la llamaban descendimiento de agua, y a esta petición se encaminaban todas las ceremonias de este día, que eran comidas particulares de unos tamales de masa y legumbres y ofrendas de ellos; sacrificios de sí mismos, sacándose la sangre de sus lenguas y orejas, y de sus miembros viriles, de brazos, de pantorrillas y de pechos. Sacaban algunos por aquellas heridas que en los molledos o pantorrillas se daban, muchas brazas de cordel delgado por ellas, y algunos por los miembros viriles, haciendo en sí mismos una abominable carnicería.

3. Todos habían de comer de aquel género de comida, sin poder comer otra. Había este día riguroso mandato de no dormir toda esta noche, sino estar todos en vela en el patio del templo, esperando la venida del agua. Llamaban a esta vela ixtozotli, que quiere decir "estar en vela o alerta", y así estaban todos, así indios, como indias, en el patio del templo en vela, con lumbradas para resistir el frío, a la misma manera que ahora lo suelen estar toda la noche de Navidad. Y es costumbre venir la gente de los pueblos a estar todos, desde prima noche, en los patios, a aguardar esta cerimonia.

CAPÍTULO XX

EL MES DIEZ Y SIETE TENÍA VEINTE DÍAS. CELEBRÁBASE EN ÉL LA FIESTA QUE LLAMABAN TITITL. JUNTAMENTE CELEBRABAN A LA CONMEMORACIÓN DEL DIOS DE LA CAZA, LLAMADO CAMAXTLE

1. Otra conmemoración había en este principio de mes, que era la conmemoración del dios de la caza, que llamaban Camaxtle, del cual hicimos mención en el capítulo once * y en el mes catorceno de este calendario. Ochenta días antes de este día hacíaase una solemne fiesta, así al dios Camaxtle, como a la fiesta del mes, que tenía por nombre Tititi, que quiere decir "estirar", y así lo demuestra la pintura, pues ponían, o imaginaban en el cielo dos niños estirándose el uno al otro, al mismo modo que nosotros pintamos el signo! de Géminis, figurado en ciertas estrellas del cielo.

2. Y así, en la fiesta y solemnidad de este día había bailes de mujeres y hombres, asidos unos con otros de las manos. Comían este día un pan acedo que ellos llaman xocotamalli, que quiere decir "pan acedo o agrio". Este pan se comía generalmente y no otro. Bebían también unas puchas acedas de maíz morado. De esta comida y bebida ofrecían en los templos y cada uno en su oratorio.

3. Holgábanse extrañamente los mozos de los colegios y recogimientos. Hacían este día un combate, y era que hacían unas pelotas de hojas de espadañas, y otros las hacían de papel y, puestas en unos cordeles de a vara, dividíanse en dos partes y combatíanse, dándose con aquellas pelotas hasta que se deshacían (éstas). Unos dicen que este combate era en el mes pasado y no en éste y otros que en éste. Que sea en éste, que sea en el pasado, va poco a decir, pues cuento ceremonias y niñerías de estas fiestas, fundadas en niñerías sin fundamento.

4. La solemnidad que al dios Camaxtle se hacía era, que como en la relación del mes catorceno dijimos, no sacrificaban hombres, sino caza y aquello servía de víctimas. En este mes, empero, vestían un esclavo comprado para el efecto y vestido con las ropas del dios que solemnizaban de la caza. Le hacían que este día le representase vivo, donde, después de haberle representado, le sacrificaban, abriéndole por el medio y ofreciendo el corazón al demonio, arrojándolo delante del ídolo llamado Yemaxtle, que quiere decir "el de los tres bragueros". Con esto se hacía este día muy solemne, celebrando la fiesta y conmemoración del dios fingido. Comíanse la carne de aquel hombre los que lo habían comprado a honra de la solemnidad. La cual solemnidad caía, según nuestro calendario y cuenta de nuestros días, a quince de enero, dos días después de (la octava de la) Epifanía.

CAPÍTULO XXI

EN ESTE MES DIECIOCHO CELEBRABAN LA SOLEMNIDAD DE IZCALLI Y XILOMANIZTLI Y LA CONMEMORACIÓN DE TLÁLLOC, QUE ERA EL DIOS DE LAS AGUAS Y RAYOS Y TRUENOS Y RELÁMPAGOS, Y EN EL FIN DE ESTE MES, ANTES DE LOS DÍAS SIN PROVECHO Y DEMASIADOS, CELEBRABAN LA CONMEMORACIÓN DE CUAUHUITLEHUA

1. Este mes dieciocho y postrero, (era en) el cual se concluía el año y las solemnidades de él. Hallo de la fiesta y primero día de él dos nombres: el uno es Xilomaniztli, que quiere decir "estar las mazorcas en leche, o empezar a brotar y a nacer la espiga del maíz". El otro nombre era Izcalli, que quiere decir "criarse", porque sale de este verbo "mozcaltía", que como digo, quiere decir "criarse". Y el un nombre y el otro casi vienen a conformarse en alguna manera, porque el estar la mazorca en leche tiernecita viene a conformar con que se va criando poco a poco.

2. Y así la cerimonia de este día conformaba con estos dos nombres, y era que a todos los niños de tierna edad les hacían la cerimonia que dijimos se hacía en el principio del año, de estirarles los miembros todos para que se criasen. Estirábanies los cuellos, las orejas, las narices y las manos y pies, etc., porque no se quedasen descriadados: llamaban a esta cerimonia izcalaana, que quiere decir "criar estirando".

3. También había este día particular comida 'de bledos cocidos y pan mezclado con los mismos bledos, sin haber otra mezcla de comida ninguna. Porque en estas diferencias de comidas que antiguamente en' estas fiestas había eran ritos y ceremonias con que los' dioses eran reverenciados y servidos; no 'había (de) quebrantarlos ni comer más de. lo que en aquel día era ordenado, porque, como ya he dicho, todas las fiestas de éstos era comer y en esto consistían, y para comer y pedir de comer a sus falsos dioses se ordenaban. Y entiendo yo de estas diferencias de comidas que en cada fiesta había que se fundaban en pedir que no les faltase de aquel género de comida jamás, porque por todas estas fiestas están repartidos todos los géneros de pan que éstos tienen y comen y aun muchos de los manjares y legumbres que comen.

4. La segunda fiesta era la conmemoración de Tláloc y de Matialcueye, los cuales eran dos cerros solemnes que hay en esta tierra, donde se arman aguaceros. El uno es el que está en Tlaxcala y el otro en el que dijimos estaba el dios de los rayos y tempestades. El de Tlaxcala se llama Matlalcueye, al cual los españoles han puesto Doña Mencía. Es esta tierra donde se arman grandes tempestades, que no poco perjuicio hacen a la ciudad de los Angeles con sus rayos y tempestades.

5. Llamábanla Matlalcueye, que quiere decir "la del faldellín aceitunado", aunque algunos han querido interpretar "la del faldellín de red".

Y es que se equivocan en el vocablo, porque matialin quiere decir "color aceitunado" y matlatl quiere decir "red". Pero a mí me cuadra más el aceitunado, por causa del frescor verde que este cerro tiene en sus faldas y verdes arboledas.

6. Mataban en esta conmemoración un niño y una niña en honra de estos dos cerros; iban a ofrecer a los montes y a las cuevas y quebradas sacrificios, así de ofrendas de comida, como de sangre de sus cuerpos.

7. Empezaba ya la siembra en este mes en los montes y collados, porque como antiguamente había tanta multitud de gente y ellos no tenían otras granjerías, ni modos de ganar de comer, sembraban los montes y los llanos, laderas y quebradas, sin dejar cosa por sembrar. Pero ahora los indios tienen mil granjerías y ocúpanse en ellas y no quieren sembrar, haciéndose cuenta que

con el dinero que ganan con las granjerías comprarán maíz, cuando tuvieren necesidad. Y así no siembran ni quieren y ha venido a haber la penuria de maíz que hay. Y así esta solemnidad se enderezaba a este objeto de la siembra 'de los montes. Y sembrábanlos tan temprano a causa de la humedad de los montes, que, según ellos dicen, siempre empiezan por allí los aguaceros muchos días primero que bajen a los llanos.

8. Hacíase también memoria en este mes del nombre que el principio del año tenía, que era Cuahuiti ehua, que dijimos quería decir "retoñecer y empezarse a alegrar los árboles". Aunque más claro lo declaramos el día que tratamos que celebraban el año nuevo, porque aquel día se celebraba juntamente esta solemnidad y aquí no es más de conmemoración. Y lo que en este día celebraban (era) el ensalzamiento de los árboles, y para significar esta fiesta hacían una cerimonia y era que hincaban unas varas largas, con sus ramas, en los barrios, junto a los sacrificaderos y por las calles. Hacíase esta conmemoración el postrero día de este mes a veintitrés de enero. Con la cual solemnidad se daba fin a las fiestas y solemnidades del año, y entraban los cinco días que hallaban demasitados y sin provecho, y de los cuales no hacían cuenta, como adelante trataré.

CAPITULO XXII

DIAS DEMASIADOS

1. Bien sabemos todos cómo el año tiene trescientos y sesenta y cinco días. Estos indios contaban los trescientos y sesenta, y a los cinco días que había llamaban los "días demasiados" y "sin necesidad". Y así no les daban nombres, como a los demás, ni figuras, y así los dejaban en blanco y como a días aciagos los llamaban *nen on temi*, que quiere decir "días sin necesidad ni provecho".

2. Estos cinco días ayunaban y hacían grandes penitencias de abstinencia de pan y de agua; no comían más de una vez al día, y esa comida era de tortillas secas; azotábanse, sangrábanse, apartábanse de sus mujeres; tenían por 'de mala suerte a los que en estos días nacían; hacían en este mes su bisiesto, de la misma manera que nosotros le hacemos, y si notamos la figura de la pintura veremos que encima de un cerrillo está pintada la letra dominical, que a ellos les era principio de mes, y aunque este día acababa en el signo de "rosa" tenían estotra juntamente con ella, para mudar la "rosa" en la "cabeza de sierpe", que era como mudar la "a" en "ge" en nuestro bisiesto.

3. Con lo cual hemos dado fin al calendario breve y sucintamente. Bien veo y conozco pudiera ampliar más esta obra 'y poner más cosas y más a la larga; pero mi intento sólo es avisar de lo necesario, para utilidad de los prójimos y aviso de los ministros y extirpación de las supersticiones, que estando en aviso, se toparán por momentos. Lo cual deseo no se solapen ni disimulen, porque la llaga no crezca y venga en pudrición y se encone con el disimulo, sino que se desarraigue de los corazones de esta flaca gente, a honra y gloria de Dios nuestro señor, el cual vive y reina, Padre e Hijo y Espiritu Santo, un solo Dios verdadero in saecula sempiterna. Amen.